



VIRGINIA WOOLF
RELATOS COMPLETOS

ALIANZA TRES

Versión castellana
de Catalina Martínez Muñoz

Virginia Woolf

Relatos completos

Edición de Susan Dick

Alianza Editorial

Versión castellana
de Catalina Martínez Muñoz

Virginia Woolf

Relatos completos

Edición de Susan Dick

Alianza Editorial

Título original:
The complete shorter fiction

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Julian Bell, Quentin Bell y Angelica Garnett 1985, 1989,
por los textos de Virginia Woolf

© Susan Dick 1985, 1989, por la introducción y las notas

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 741 66 00

ISBN: 84-206-3277-5

Depósito legal: M. 27.964-1994

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

Printed in Spain

Indice

- 9 Introducción, por Susan Dick
17 Agradecimientos
19 Nota a la edición española

PRIMEROS RELATOS

- 23 Phyllis y Rosamond
41 El extraño caso de la señorita V.
45 El diario de Joan Martyn
85 Diálogo en el Monte Pentélico
95 Memorias de una novelista

1917-1921

- 113 La marca en la pared
123 Kew Gardens
133 La velada
143 Objetos sólidos
151 Condolencia
157 Una novela no escrita
171 La casa encantada
175 Una sociedad
193 Lunes o martes
195 El cuarteto de cuerda
201 Azul y verde

1922-1925

- 205 Un colegio femenino visto desde fuera
 211 En el huerto
 215 La señora Dalloway en Bond Street
 227 La cortina de la niñera Lugton
 231 La viuda y el loro: una historia real
 241 El vestido nuevo
 251 Felicidad
 257 Antepasados
 261 La presentación
 269 Juntos y separados
 277 El hombre que amaba al prójimo
 285 Una sencilla melodía
 295 Un resumen

1926-1941

- 303 Momentos de vida: «Los alfileres de Slater no tienen punta»
 311 La mujer del espejo: un reflejo
 319 La fascinación del estanque
 323 Tres escenas
 329 Escenas de la vida de un oficial de la armada británica
 333 La señorita Pryme
 337 Oda escrita en parte en verso al ver el nombre de Cutbush en una carnicería de Pentonville
 343 Retratos
 351 Tío Vanya
 353 La duquesa y el joyero
 361 La cacería
 371 Lappin y Lapinova
 381 El foco
 387 Gipsy, la perra callejera
 399 El legado
 409 El símbolo
 415 El balneario
 417 Abreviaturas usadas en las notas.

Introducción

Los relatos incluidos en este volumen abarcan toda la trayectoria literaria de Virginia Woolf. El primero de ellos, «Phyllis y Rosamond», data de 1906, justo dos años después de que Virginia empezara a publicar ensayos breves y críticas en los diarios londinenses. El último relato, «El balneario», fue escrito menos de un mes antes de su muerte, el 28 de marzo de 1941, y es con toda probabilidad la última pieza de ficción terminada por la autora.

Los relatos de Virginia Woolf no se habían reunido hasta ahora en un solo volumen. Leerlos tal y como aquí se ofrecen, en orden cronológico, es seguir de cerca la asombrosa evolución del talento de su autora. Su deseo, como manifestara en 1908, de «renovar la novela y captar multitud de cosas en la fugacidad del presente, de abarcar el todo y modelar infinitas formas extrañas»¹, la llevó a experimentar a lo largo de su carrera no sólo con la novela, sino también con diversas formas de ficción breve. En 1917, comentando de nuevo lo «terriblemente torpe y abrumadora» que era la novela, añadió: «Me atrevería a decir que deberíamos inventar una forma enteramente nueva. En cualquier caso es muy divertido intentarlo con piezas breves...» (LII, 167).

¹ *The Letters of Virginia Woolf*, ed. Nigel Nicolson (Londres: The Hogarth Press, 1975-80), I, 356. En lo sucesivo I I-VI.

Habida cuenta de su constante experimentación con diferentes técnicas narrativas, los relatos de Virginia Woolf son absolutamente variados. Algunas de las piezas más breves, como «Objetos sólidos» y «El legado», son cuentos cortos en el sentido tradicional del término, narraciones con un argumento preciso y personajes claramente definidos. Otras, como «La marca en la pared» y «Una novela no escrita», son ensoñaciones que, tanto por sus cambios de perspectiva como por el lirismo de su prosa, evocan los ensayos autobiográficos de algunos escritores del siglo XIX, en particular los de De Quincey. Y otras, en fin, que podríamos llamar «escenas» o «apuntes», tienen quizá algo de Chéjov, quien nos enseñó, como observara Virginia Woolf en 1919, que «las historias sin conclusión son también legítimas»². En algunos de los relatos el narrador actúa como atento observador de la realidad externa, mientras que en otros dramatiza —desde el interior de las mentes de los personajes— sus propias percepciones acerca de sí mismos y del mundo que les rodea. Y en las ensoñaciones es la sutil mirada del narrador a los pensamientos de la autora lo que configura la prosa.

Tal como sugiere esta breve descripción, la línea que separa la ficción de Virginia Woolf de sus ensayos es realmente tenue. Así, he optado por incluir en esta recopilación sólo los relatos breves que, a mi juicio, son piezas de ficción claras, es decir, relatos en los que los personajes, el escenario y la acción son más imaginarios que reales, y en los que la voz del narrador no coincide necesariamente con la voz del autor. Esta decisión ha supuesto la exclusión de algunas obras que guardan un gran parecido con su obra narrativa: retratos biográficos, como «Old Mrs Grey» y «Eleanor Ormerod», y ensayos personales, como «To Spain» y «The Moment: Summer's Night». He incluido, sin embargo, varias obras de ficción —«Un colegio femenino visto desde fuera», «El huerto»

² «The Russian Background in *Books and Portraits*, ed. Mary Lyon (Londres: The Hogarth Press, 1977), p. 123.

y «Tres escenas»— publicados con anterioridad en recopilaciones de ensayos.

Los tres primeros relatos incluidos en este volumen son lo que podríamos llamar piezas de aprendizaje. En ellos, Virginia Woolf pone a prueba su habilidad para crear personajes y situaciones, y comienza a desarrollar una prosa dotada de estilo y voz propios. En cada uno de ellos el narrador se centra en las relaciones que establecen los personajes principales —todos ellos mujeres— con su sociedad en particular. Phyllis y Rosamond, al igual que la escurridiza Señorita V., viven en el Londres de la época, mientras que el diario de Joan Martyn nos transporta al Norfolk del siglo xv. «Diálogo en el Monte Pentélico», con su narrador anónimo, refleja el antiguo y constante interés que Virginia sintió por la lengua y la literatura griegas. Por último, «Memorias de una novelista», donde aparecen una crítica literaria, una biografía y una novelista, nos ofrece un retrato de la vida de las mujeres en la Inglaterra victoriana. Este relato en concreto refleja el gran interés de su autora por la función del biógrafo.

Con «La marca en la pared» Woolf inicia una nueva e importante etapa en su trayectoria literaria. Escribió este relato en 1917, mientras terminaba su segunda novela, *Noche y día* (1919), esa extensa obra que más tarde ella misma calificaría de «ejercicio al estilo convencional». «Nunca olvidaré», le dice a Ethel Smith, «el día en que escribí “La marca en la pared”... de un tirón, como flotando, tras meses de esfuerzo agotador». Aproximadamente dos años después escribió «Una novela no escrita» y descubrió, como diría más tarde, «el modo de representar mediante una forma adecuada toda la experiencia que he ido acumulando» (LIV, 231). Estos dos relatos experimentales, junto con otros seis y cuatro grabados de Vanessa Bell, aparecieron en *Lunes o martes* (1921), el único volumen de relatos y apuntes publicado en vida de la autora.³

³ *Lunes o martes* contiene: «La casa encantada», «Una sociedad»,

Virginia se queja en su diario de que los críticos no fueron capaces de apreciar que en *Lunes o martes* estaba «tras la pista de algo interesante»⁴. Pese a todo, su reacción fue más de asombro que de desánimo y al año siguiente publica su primera novela experimental, *El cuarto de Jacob*, el libro que mueve a T. S. Eliot a felicitarla por haber «construido un puente para salvar la laguna que existía entre *Lunes o martes* y el resto de tus novelas». ⁵ No bien hubo terminado *El cuarto de Jacob*, Virginia empezó a trabajar en su siguiente libro, que podría llamarse, según la autora, «En casa: o La fiesta». «Este va a ser un libro corto», continuaba, «de seis o siete capítulos, cada uno de ellos totalmente independiente, pero con cierta cohesión»⁶. El primer «capítulo» de los aquí incluidos fue «La señora Dalloway en Bond Street», un relato que, según Virginia Woolf, pronto «se ramificaría para crear un libro» (DII, 207).

Esta historia marcó otra importante etapa en la evolución de Virginia Woolf, pues fue al escribir «La señora Dalloway en Bond Street» cuando encontró el modo de situar al narrador en la mente del personaje y mostrar los pensamientos y emociones de ese personaje a medida que ocurrían. El uso del monólogo interior en los capítulos iniciales del *Ulises* de James Joyce, libro que Virginia estaba leyendo mientras trabajaba en este relato, influyó probablemente en su modo de presentar la vida interior de Clarissa Dalloway, pero la simiente de su nuevo método ya se había sembrado sin lugar a dudas en «La marca en la pared», «Una novela no escrita» y algunos de los primeros relatos.

Virginia descartó el proyecto inicial de escribir una serie de «capítulos» independientes y escribió *La señora*

«Lunes o martes», «Una novela no escrita», «El cuarteto de cuerda», «Azul y verde», «Kew Gardens» y «La marca en la pared».

⁴ *The Diary of Virginia Woolf*, ed. Anne Olivier Bell (Londres: The Hogarth Press, 1975-1984), II, 106, En lo sucesivo DI-V.

⁵ Quentin Bell, *Virginia Woolf: A Biography* (Londres: The Hogarth Press, 1972), II, 88.

⁶ El ológrafo de *El cuarto de Jacob*, III 131 (Berg Collection).

Dalloway (1925) sin ningún tipo de división en capítulos. Terminado este libro, empezó a escribir rápidamente un grupo de ocho relatos —que se abre con «El vestido nuevo»— ambientados todos ellos en la fiesta de la señora Dalloway. En cada uno de ellos, Woolf presenta las sutiles tensiones que caracterizan «la conciencia del grupo» desde la perspectiva de uno o dos personajes (DIII, 12). Había modificado su proyecto inicial y entonces pensó que los relatos podían convertirse en una especie de «pasillo» que condujese hasta un nuevo libro ⁷. Tras concluir el último de estos ocho relatos, oportunamente llamado «Un resumen», Virginia comenzó su siguiente novela, *Al faro* (1927). En este libro emplea con maestría las técnicas narrativas que estos relatos le habían ayudado a perfeccionar.

Entre 1917 y 1925 Virginia Woolf escribe veinticinco relatos y apuntes, además de tres novelas, un libro de ensayos y numerosos artículos. Durante este período asombrosamente fértil, sus relatos sirven a menudo como terreno para la experimentación con técnicas narrativas que luego usaría y desarrollaría en sus novelas. Los relatos incluidos en *Lunes o martes*, así como los escritos inmediatamente anteriores y posteriores a *La señora Dalloway*, reflejan de muy distintas maneras que Virginia Woolf se estaba liberando de todo tipo de convenciones, tanto de método como de pensamiento, y estaba descubriendo esa voz narradora inconfundiblemente suya.

Nunca más volvería a escribir tantas obras de ficción en tan breve espacio de tiempo; durante los dieciséis años siguientes completó diecisiete relatos y apuntes. Estos fueron escritos de manera intermitente y a menudo para relajarse o por pura diversión. «Momentos de vida: “Los alfileres de Slater no tienen punta”» fue una «historia colateral» que surgió, cuenta la autora, mientras terminaba de escribir *Al faro* (DIII, 106). «La señora en el espejo» y «La fascinación del estanque», ambos escritos

⁷ «Notes for Stories» en *Notes for Writing*, cuaderno ológrafo (Berg Collection).

en mayo de 1929, debieron de aliviar notablemente la «gran presión» que experimentó ante las dificultades derivadas de su siguiente novela, *Las olas* (DIII, 229). Algunos de los relatos y apuntes escritos en la década de 1930, como «Tres escenas», «La cacería» y, probablemente, su cómica «Oda», tuvieron su origen en situaciones o anécdotas reales. Su galería de personajes se amplía en los últimos relatos hasta incluir a un inescrutable oficial de la armada británica, un fatigoso pero infatigable benefactor, un carnicero de Pentonville, un joyero arribista, dos ancianas damas que contemplan alegremente la decadencia familiar, algunas viudas infelices con maridos abortos en sí mismos e incluso un perro revoltoso. En estos relatos, al igual que en los primeros, los recuerdos y la imaginación ofrecen a los personajes el medio de escapar de sus tediosas vidas.

La mayor parte de los últimos relatos, que comienzan con «La duquesa y el joyero», habían sido redactados con anterioridad y revisados posteriormente para su publicación. Virginia cuenta en su diario con evidente placer la cantidad que percibió por cada uno de estos relatos. Y aunque a veces se refiere con desdén a algunos de ellos como «relatos alimenticios para publicar en Estados Unidos» (LVI, 252), sus manuscritos y los relatos en sí demuestran que trabajó tanto en ellos como en cualquier otro de sus escritos. Nunca, reflexionaría más tarde, podrían acusarla de recurrir a la palabrería fácil: «Siento en mis dedos el peso de cada palabra», escribió, «incluso cuando escribo un artículo» (DV, 335).

Ha sido imposible no pensar, sobre todo en el silencio de la noche, qué habría opinado Virginia Woolf de esta selección. De haber vivido para publicar ese volumen de relatos que ella y Leonard Woolf habían proyectado, tal vez no habría incluido en él todos los publicados hasta el momento ⁸, ni tampoco todos sus relatos inéditos. Es

⁸ En su Prólogo a *A Haunted House and Other Short Stories*, Leonard Woolf explica que ha excluido «Una sociedad» y «Azul y verde» de su selección porque Virginia Woolf había decidido no reeditarlos en el volumen de relatos que pensaba publicar en 1942. En 1931 Virginia le

muy probable que hubiese revisado los relatos publicados en *Lunes o martes* o en publicaciones periódicas, y sin lugar a dudas habría sometido el material inédito a una revisión exhaustiva. También puede que hubiese ordenado los relatos de manera distinta, no en orden cronológico, como yo he hecho, sino de un modo que expresase, al igual que muchos de los relatos por separado, los ritmos especiales de su propia mente. Cuando decidí mezclar los relatos sin revisar con aquellos que Virginia Woolf ya había publicado —en lugar de incluirlos en una sección aparte—, consideré estas piezas como documentos que enriquecerían y aportarían nueva información al contexto en el que habrían de leerse los relatos más pulidos, al aparecer en estrecha relación con estos otros. Los relatos inéditos nos ofrecen además nuevas pruebas de la determinación de Virginia Woolf de no cesar en su experimentación con nuevos temas y nuevas técnicas narrativas. Al igual que otros muchos manuscritos publicados desde su muerte —los borradores ológrafos de *Al faro* y *Las olas*; los borradores más antiguos de *El viaje iniciático (Melymbrosia)* y *Los años*; los manuscritos de *Entre actos*, *Momentos de vida*, ensayos, diarios, cartas y otros—, estas obras inéditas y otras agotadas hace ya mucho tiempo, se pueden leer ahora junto con los relatos más conocidos, lo que sin duda nos permitirá apreciar mejor el valor de la obra de esta notable escritora.⁹

SUSAN DICK

confesaba a Ethel Smith que «Azul y verde» y «Lunes o martes» eran «estallidos de libertad incontrolados, simples protestas sin articular, ridículas e impublicables.» «... esa es la razón principal,» escribía antes en esa misma carta, «por la que no pienso reeditarlos» (LIV, 231).

⁹ Este volumen no incluye las obras de juventud de Virginia Woolf, así como «A Cockney's Farming Experiences» y su secuela inacabada, «The Experiences of a Pater-familias», ambas escritas por Virginia cuando tenía diez años y publicadas por Suzanne Henig, San Diego State University Press, 1972.

Agradecimientos

Quisiera agradecer la autorización para transcribir y publicar los relatos inéditos incluidos en esta colección a las siguientes personas: a Quentin Bell y Angelica Garnett, administradores del Legado Literario de la Autora; a la colección Henry W. y Albert A. Berg, a la New York Public Library, a las Fundaciones Astor, Lenox y Tilden; a la Biblioteca de la Universidad de Sussex; al King's College, a la Universidad de Cambridge; y al Harry Ransom Humanities Research Center, Universidad de Texas.

Estoy en deuda con la Universidad de Queen's, Kingston, Ontario, por concederme el año sabático que me permitió trabajar en la edición de este libro, y con el Advisory Research Committee de la Universidad de Queen's y el Social Sciences and Humanities Research Council of Canada, por concederme las becas de investigación que me permitieron viajar y realizar mi trabajo.

Quisiera dar las gracias a diferentes personas por su ayuda editorial. En especial a Elizabeth Inglis, ayudante de biblioteca de la sección de manuscritos de la Universidad de Sussex, que compartió conmigo sus amplios conocimientos de los fondos woolfianos y cuya generosa hospitalidad hizo que mis viajes a Sussex resultasen sumamente agradables. Gracias también a Lola Szladits,

conservadora de la Colección Berg, y a su eficiente personal, por la ayuda prestada en diferentes aspectos. Asimismo quisiera dar las gracias a Michael Halls, Archivero de autores modernos de la biblioteca del King's College, y a Ruth Mortimer, Conservadora de Libros Raros, a la Biblioteca William Allan Neilson del Smith College, por la ayuda prestada. S. P. Rosenbaum planteó difíciles e importantes cuestiones durante las primeras fases de esta edición; sin embargo, no se le debe responsabilizar de las soluciones que yo aportó. Le estoy muy agradecida a John Graham por su ayuda en el texto de *El foco* y a Edward Bishop por indicarme que «Un colegio femenino visto desde fuera» tiene su origen en el ológrafo de *El cuarto de Jacob*. Gracias también a Mitchell Leaska por su ayuda con *La viuda y el loro*.

Mi agradecimiento especial para Olivier y Quentin Bell, por su buena disposición a la hora de responder a mis preguntas. Estoy especialmente en deuda con Olivier Bell, que localizó tres de los *Retratos* sin publicar. También deseo dar las gracias a Betty Klarnet de *Harper's Bazaar*; Peter Jovanovich de Harcourt, Brace, Jovanovich; a Douglas Matthews, de la London Library; al personal de la Records Office de Lewes; a Anne Milton, del Departamento de Bibliotecas, London Borough of Islington; al personal de la Biblioteca Douglas de la Universidad de Queen's; a Diane Leonard y Jean-Jacques Hamm por su ayuda en diferentes cuestiones.

Quisiera dar las gracias a Carolyn Bond, Edward Lobb, Andrew McNeillie, Duncan Robertson, S. P. Rosenbaum y Douglas Spettigue por leer y comentar mi introducción; y a A. C. Hamilton, Catherine Harland, Claudette Hoover, Barbara Robertson, Catherine Smith y, como siempre, a mis padres, por su interés y su apoyo.

Por último quisiera agradecer a Hugo Brunner, de Hogarth Press, su erudito, entusiasta y siempre amable apoyo en este proyecto.

SUSAN DICK,
Kingston, Ontario, febrero de 1985

Nota a la edición española

La presente edición española se basa en la segunda inglesa, revisada y ampliada (Londres, The Hogarth Press, 1989), y recoge, respecto a la primera edición inglesa (1985), la subsanación de los errores hallados en ésta, un relato más —el titulado «Diálogo en el Monte Pentélico»— y algunos cambios introducidos en el relato «El foco», basados en una copia hallada recientemente del texto final mecanografiado.

PRIMEROS RELATOS

[*Phyllis y Rosamond*]

En estos tiempos tan extraños, ahora que comenzamos a necesitar retratos de la gente, de sus mentes y su indumentaria, un boceto fiel, dibujado sin maestría pero con veracidad, podría resultar útil.

Que cada hombre, oí decir el otro día, anote los detalles de su jornada de trabajo; la posteridad se alegrará tanto como nos alegraríamos nosotros si dispusiésemos de una crónica de cómo el portero del Globe y el guarda del Parque pasaron el sábado 18 de marzo del año del Señor de 1568.

Y como quiera que los retratos de que disponemos son casi siempre del sexo masculino, que se pavonea por el escenario de un modo más llamativo, parece oportuno tomar como modelo a una de tantas mujeres hacinadas en la sombra. Pues un estudio histórico y biográfico convence a cualquier persona honesta de que estas figuras oscuras ocupan un lugar no muy distinto del de la mano del titiritero en el baile de las marionetas; y con ello se pone el dedo en la llaga. Es cierto que nuestros inocentes ojos creyeron durante mucho tiempo que las figuras bailaban por voluntad propia y daban tantos pasos como

Título original: [*Phyllis and Rosamond*]. Se da el texto del ológrafo, fechado «Miér. 20-23 de junio de 1906».

se les antojaba; y la escasa luz que algunos novelistas e historiadores han comenzado a arrojar sobre ese lugar oscuro y atestado de gente, situado entre bastidores, ha servido hasta el momento poco más que para mostrarnos cuántos hilos hay allí, movidos por manos desconocidas, de cuya sacudida o tirón depende por completo el resultado del baile. Este prefacio nos lleva pues al punto de partida. Intentamos observar lo más atentamente posible a un pequeño grupo de personas que vive en este momento (20 de junio de 1906) y que por razones que indicaremos más adelante parece compendiar las cualidades de muchas otras. Se trata de un caso común, pues, a fin de cuentas, hay muchas mujeres jóvenes, nacidas de padres ricos, respetables, reconocidos; y todas ellas se enfrentan a problemas muy similares, y es difícil, por desgracia, hallar demasiada variedad en sus respuestas.

Son cinco, todas mujeres, le explicarán con pesar, lamentando durante toda la vida este error inicial en nombre de sus padres. Además, están divididas en dos bandos: dos de las hermanas se oponen a las otras dos; la quinta vacila igualmente entre ambos. Ha querido la naturaleza que dos de ellas hereden un carácter resuelto y batallador, que se aplica felizmente y con éxito a la economía política y los problemas sociales; mientras que a las otras dos las ha hecho frívolas, hogareñas, de temperamento más dócil y sensible. Estas últimas están pues condenadas a ser lo que en la jerga del siglo se llama «niñas de su casa». Sus hermanas, por el contrario, deciden cultivar sus mentes, van a la Universidad, terminan brillantemente sus estudios y se casan con académicos. Su trayectoria profesional es tan parecida a la de los hombres que casi no merece la pena convertirla en objeto de un estudio especial. La quinta hermana posee una personalidad menos marcada que cualquiera de las otras; pero se casa a los veintidós años, de manera que apenas tiene tiempo para desarrollar las características propias de las jóvenes damas que nos proponemos describir. En las dos «niñas de su casa», a quienes llamaremos Phyllis y Rosamond, hallamos un material excelente para nuestro estudio.

Disponemos de algunos hechos que nos ayudarán a situarlas en el lugar que les corresponde antes de comenzar nuestra investigación. Phyllis tiene veintiocho años y Rosamond veinticuatro. Son hermosas, vivaces, de mejillas sonrosadas; un observador atento no encontraría belleza alguna en sus rasgos, pero su indumentaria y sus modales les confieren la apariencia de la belleza, aunque sin su sustancia. El salón parece ser su medio natural, como si, nacidas entre mantillas de seda, jamás hubiesen pisado suelo más duro que el de la alfombra turca, o jamás se hubiesen reclinado sobre terreno más árido que el sillón o el sofá. Verlas en un salón lleno de hombres y mujeres bien vestidos es como ver al corredor en la Bolsa, o al abogado en los Tribunales. Éste, cada movimiento y cada palabra así lo proclaman, es su medio natural, su centro de operaciones, su círculo profesional. Aquí, es obvio, practican las artes en las que han sido instruidas desde su más tierna infancia. Aquí, tal vez, cosechan sus victorias y se ganan el pan. Pero sería tan injusto como fácil forzar esta metáfora hasta el punto de sugerir que la comparación resulta adecuada y completa en todos sus aspectos. Tiene sus fallos. Sin embargo, nos llevará tiempo y algo de atención descubrir dónde y por qué falla.

Debemos estar dispuestos a seguir a estas jóvenes damas hasta su casa y oír sus comentarios en el dormitorio, a la luz de las velas. Debemos estar con ellas cuando despierten a la mañana siguiente; y debemos observar su actividad a lo largo del día. Una vez hecho esto, no sólo durante un día sino durante muchos, podremos valorar correctamente las impresiones que recibiremos por la noche, en el salón.

Esto nos recuerda en cierto modo la metáfora que ya empleamos anteriormente: que el escenario del salón representa para ellas trabajo y no diversión. El hecho queda claro en la escena que tiene lugar en la calesa, de vuelta a casa. Lady Hibbert es una crítica muy severa de este tipo de representaciones. Ha estado observando si el aspecto de sus hijas era el adecuado, si hablaban como es debido, si se comportaban como es debido; si atraían a quien debían atraer y rechazaban a quien debían recha-

zar; si la impresión que causaban era en conjunto favorable. Resulta fácil apreciar, por lo variopinto y minucioso de sus comentarios, que dos horas de espectáculo son, para este tipo de artistas, un trabajo sumamente delicado y complejo. Al parecer, todo depende en gran medida de cómo se defiendan. Las hijas contestan sumisamente y luego guardan silencio, tanto si reciben halagos como si reciben censuras por parte de su madre; y sus críticas son siempre severas. Cuando por fin se quedan solas en el dormitorio de modestas dimensiones que comparten en el ático de una casa grande y fea, se abrazan y suspiran aliviadas. Su conversación no es muy edificante: hablan como hombres de negocios. Calculan sus beneficios y sus pérdidas y no manifiestan el menor interés por nada, salvo por sí mismas. Y sin embargo, también podríamos oírles hablar de libros y teatro y pintura, como si fuesen cosas de suma importancia para ellas. Discutir sobre este tipo de asuntos era el único objetivo de una «reunión social».

Con todo, en estas horas de desabrida franqueza también puede observarse algo absolutamente sincero y en modo alguno desagradable. Las dos hermanas se querían de verdad. Su afecto se había convertido en una especie de libre asociación, que es cualquier cosa menos sentimental. Comparten por igual esperanzas y temores; y es éste un sentimiento auténtico, profundo, pese a su prosaica apariencia. Demuestran un estricto sentido del honor en todos sus pactos, e incluso hay cierta hidalguía en la actitud de la más joven hacia la mayor. Para ésta, que en razón de su mayor edad es la más vulnerable, ha de ser siempre lo mejor. Hay también cierto patetismo en la gratitud con que Phyllis acepta el privilegio... Pero se hace tarde y, por respeto a sus cutis, estas jóvenes profesionales se recuerdan mutuamente que es hora de apagar la luz.

Pese a esta precaución duermen de buena gana hasta que las avisan a la mañana siguiente. Pero Rosamond se levanta de un salto y sacude a Phyllis.

—Phyllis, llegaremos tarde a desayunar.

El argumento debía de ser convincente, porque Phyllis se levantó y comenzó a vestirse en silencio. Pero las prisas no impidieron que se vistiesen con sumo cuidado y destreza, y que cada una de las hermanas examinase minuciosamente los resultados antes de bajar a desayunar. El reloj daba las nueve cuando entraron en el comedor: el padre ya estaba allí, besó a sus hijas mecánicamente, alargó la taza para que le sirvieran el café, leyó el periódico y desapareció. El desayuno transcurrió en silencio. Lady Hibbert lo tomaba en su habitación; tenían que visitarla en cuanto terminasen para recibir las órdenes del día y, mientras la una redactaba sus notas, la otra se fue a discutir el menú con la cocinera. A eso de las once quedaron libres, por el momento, y se reunieron en la sala de estudio, donde la menor de las hermanas, Doris, de dieciséis años, escribía una redacción en francés sobre la Carta Magna ¹. Sus quejas por la interrupción —pues ya soñaba con un sobresaliente— fueron recibidas sin la menor consideración:

—Tenemos que sentarnos aquí porque no disponemos de otro sitio —observó Rosamond.

—No pienses que buscamos tu compañía —añadió Phyllis. Pero ambas frases fueron pronunciadas sin acritud, como meros tópicos de la vida diaria.

Sin embargo, por deferencia a su hermana, Phyllis cogió un volumen de Anatole France y Rosamond abrió los «Estudios Griegos» de Walter Pater. Leyeron en silencio durante algunos minutos; luego, una doncella llamó a la puerta y dijo, casi sin aliento, que «la Señora quería ver a las señoritas en el salón». Todas refunfuñaron. Rosamond se ofreció a ir ella sola; Phyllis dijo que no, que las dos eran víctimas; y preguntándose cuál sería el recado, bajaron las escaleras a regañadientes. Lady Hibbert las esperaba con impaciencia.

—¡Ah, por fin llegáis! —exclamó—. Vuestro padre ha invitado a comer al señor Middleton y a Sir Thomas Ca-

¹ Si VW hubiese revisado este relato, habría aclarado sin duda la identidad de la hermana menor de Phyllis y Rosamond.

rew. ¡Qué inoportuno por su parte! No sé que le habrá movido a hacer una cosa así, y no hay suficiente comida... veo que no has arreglado las flores, Phyllis. Y tú, Rosamond, quiero que cosas un pañuelo limpio en mi vestido marrón. ¡Dios mío, qué desconsiderados son los hombres!

Las hijas estaban acostumbradas a este tipo de insinuaciones contra el padre: por lo general se ponían de su parte, pero nunca lo decían.

Salieron en silencio para cumplir sus cometidos por separado. Phyllis tenía que ir a por flores y un plato extra para el almuerzo; y Rosamond se sentó a coser.

Apenas pudieron acabar sus tareas con tiempo suficiente para cambiarse antes de comer; pero a la una y media aparecían lozanas y sonrientes en el ostentoso y gran salón. El señor Middleton era el secretario de Sir William Hibbert: un joven de cierta posición y muy prometedor, tal como lo definía Lady Hibbert; un buen partido. Sir Thomas, un tipo gordo y gotoso, atractivo pero insignificante, trabajaba en la misma oficina.

Durante la comida Phyllis y el señor Middleton entablaron una animada conversación, mientras los demás hablaban de cosas triviales con voz profunda y sonora. Rosamond se mostraba más bien reservada, como era su costumbre; especulaba con entusiasmo sobre el carácter del secretario que podría convertirse en su cuñado y revisaba sus teorías a cada palabra que él pronunciaba. Habían decidido de común acuerdo que el señor Middleton era cosa de su hermana: ella no se inmiscuiría. Si alguien hubiese podido leer sus pensamientos, mientras escuchaba las historias de Sir Thomas sobre la India en 1860, habría descubierto que Rosamond estaba enzarzada en cálculos más bien abstrusos. El pequeño Middleton, como ella lo llamaba, no estaba nada mal, tenía talento, era, a ella le constaba, un buen hijo, y sería un buen marido. Además era rico y llegaría a hacer carrera. Por otro lado, su agudeza psicológica le decía que aquel hombre era corto de miras, que carecía por completo de

imaginación o cualidades intelectuales, tal como ella las entendía, y conocía a su hermana lo suficiente como para saber que jamás amaría a aquel hombrecillo activo y eficaz, aunque sí lo respetaría. La cuestión era: ¿debía su hermana casarse con él? Este era el punto al que había llegado justo cuando Lord Mayo era asesinado²; y mientras sus labios murmuraban ¡oh! y ¡ah! con horror, enviaba con la mirada un mensaje telegráfico a través de la mesa: «Tengo mis reservas». Si ella hubiese asentido, su hermana habría comenzado a practicar esas artes mediante las cuales se habían consumado ya tantas proposiciones de matrimonio. Rosamond, sin embargo, aún no disponía de información suficiente para decidirse. Se limitó a telegrafiar: «Síguele el juego».

Los caballeros se marcharon poco después de comer y Lady Hibbert se retiró a descansar un rato. Pero antes de salir llamó a Phyllis.

—Bueno, querida —le dijo con más afecto del que había mostrado hasta entonces—, ¿has disfrutado de la comida? ¿Te ha parecido agradable el señor Middleton? —Acarició las mejillas de su hija y la miró atentamente a los ojos.

Cierta petulencia se apoderó de Phyllis, que contestó con indiferencia:

—No es mala persona, pero no me entusiasma.

El rostro de Lady Hibbert se transformó de inmediato; si antes parecía un gato bondadoso que jugaba con un ratón por razones filantrópicas, ahora mostraba al auténtico animal, sin ningún tipo de adornos.

—Te recuerdo —le espetó— que esto no puede durar eternamente. Intenta ser un poco menos egoísta, querida—. Sus palabras no habrían sonado peor de haber pronunciado directamente una maldición.

Salió majestuosamente y las dos hermanas se miraron con una expresiva mueca en los labios.

² Es probable que Sir Thomas contase la historia del sexto conde de Mayo, que fue nombrado virrey de la India en 1868 y asesinado en las islas Andaman en 1872.

—No he podido evitarlo —dijo Phyllis echándose a reír—. Y ahora, démonos un respiro. «La Señora» no nos llamará hasta las cuatro.

Subieron a la sala de estudio, que ahora estaba desierta, y se dejaron caer en unos cómodos sillones. Phyllis encendió un cigarrillo mientras Rosamond chupeteaba caramelos de menta como si la indujesen a pensar.

—Y bien, querida —dijo Phyllis al fin—, ¿qué decisión tomamos? Estamos en junio. Nuestros padres me darán de plazo hasta julio: el pequeño Middleton es el único.

—Salvo... —comenzó a decir Rosamond.

—Sí, pero más vale no pensar en él.

—¡Pobre Phyllis! Bueno, no es un mal hombre.

—Limpio y sobrio, leal y trabajador. ¡Seremos una pareja modélica! Deberías vivir con nosotros en Derbyshire.

—Podrías aspirar a algo mejor —continuó Rosamond, con el aire reflexivo de un juez—. Por otra parte, ellos no van a aguantar mucho más—. «Ellos» eran Sir William y Lady Hibbert.

—Papá me preguntó ayer qué haría si no me casase. No supe qué responder.

—No; nos han educado para el matrimonio.

—También tú podrías aspirar a algo mejor. Yo, está claro que soy tonta, de modo que no importa.

—Yo creo que el matrimonio es lo mejor que hay... si te dejasen casarte con el hombre al que quieres.

—Ya lo sé: es repugnante. Pero no hay otra salida.

—Middleton —dijo Rosamond brevemente—. Él es la salida en este momento. ¿Sientes algo por él?

—Nada en absoluto.

—¿Podrías casarte con él?

—Si «la Señora» me obliga...

—De todos modos, podría ser una solución.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Phyllis, que habría aceptado o rechazado a cualquier hombre sólo por consejo de su hermana. Rosamond se había visto obligada a desarrollar su aguda y poderosa inteligencia observando

exclusivamente la personalidad humana, y puesto que su ciencia apenas se veía entorpecida por prejuicios personales, sus conclusiones eran por lo general dignas de crédito.

—Es un hombre estupendo —comenzó—. Cualidades morales: excelentes. Inteligencia: media. Seguro que lo hará bien. No tiene ni una pizca de imaginación o romanticismo, pero será justo contigo.

—En resumen, seremos una pareja respetable: ¡como nuestros padres!

—La cuestión es —continuó Rosamond—; ¿vale la pena soportar otro año de esclavitud hasta que aparezca el próximo. ¿Y quién será el próximo? ¿Simpson, Rogers?

A cada nombre su hermana le ponía una cara.

—La conclusión parece ser esta: fíjate un plazo y guarda las apariencias.

—¡Divertámonos mientras podamos! De no haber sido por ti, Rosamond, me habría casado ya doce veces.

—Tendrías que haber pasado por la sala de divorcios, querida.

—Soy demasiado respetable para eso. Sin ti me siento muy insegura. Y ahora, hablemos de tus asuntos.

—Mis asuntos pueden esperar —dijo Rosamond con decisión. Y las dos jóvenes discutieron sobre las personalidades de sus amigos con cierta agudeza y sin la menor benevolencia, hasta que llegó la hora de cambiarse de nuevo. Pero merece la pena señalar dos aspectos de su conversación. Primero: que mostraban un gran respeto por la inteligencia y hacían de ella uno de los puntos cardinales de su discusión; segundo: que cuando albergaban la sospecha de una vida infeliz o una unión decepcionante, incluso en el caso de la menos atractiva, sus juicios eran siempre amables y comprensivos.

A las cuatro salieron con Lady Hibbert a hacer visitas. El juego consistía en recorrer solemnemente las casas en las que ya habían cenado o esperaban cenar, y depositar dos o tres tarjetas en manos del criado. En una de las casas entraron, tomaron una taza de té y hablaron del tiempo durante exactamente quince minutos. Concluyeron

con un lento paseo por el parque, sumándose a la procesión de alegres carruajes que a esa hora circulaban a ritmo de paseo alrededor de la estatua de Aquiles. Lady Hibbert lucía una sonrisa permanente e inmutable.

A eso de las seis ya estaban de vuelta en casa, donde Sir William intentaba entretener a un primo mayor y a su mujer mientras tomaban el té. Eran personas a las que se podía tratar sin ceremonia, de modo que Lady Hibbert se retiró a descansar un rato; y dejó que sus hijas se encargasen de preguntar cómo estaba John y si Milly se había recuperado ya de la viruela.

—Recuerda que cenamos a las ocho, William —dijo mientras salía de la habitación.

Phyllis se fue con ellos; la fiesta la ofrecía un distinguido juez y ella tuvo que distraer a un respetable KC *; podía relajar sus esfuerzos, al menos en una dirección; y su madre la miraba con indiferencia. Hablar con un hombre mayor e inteligente sobre temas impersonales, pensaba Phyllis, era como una corriente de agua clara y fresca. No teorizaban, pero él le ofrecía hechos y a ella le agradaba descubrir que el mundo estaba lleno de cosas importantes que nada tenían que ver con su vida.

Cuando se hubieron marchado, ella le dijo a su madre que iba a casa de los Tristram para reunirse con Rosamond. Lady Hibbert apretó los labios, se encogió de hombros y dijo «muy bien», como dispuesta a objetar algo si es que encontraba una buena razón. Pero Sir William la esperaba y se limitó a fruncir el ceño por todo argumento.

De modo que Phyllis se fue sola hasta aquel barrio de Londres, alejado y poco elegante, donde vivían los Tristram. Esa era una de las muchas cosas envidiables de su suerte. Las fachadas de estuco, las impecables hileras de Belgravia y South Kensington le parecían a Phyllis el destino más adecuado para ella; el de una vida para crecer según una pauta deplorable en consonancia con la deplorable.

* *King's Counsel*. Abogado que ostenta el cargo de consejero de la corona británica. (N. de la T.)

rable seriedad de sus semejantes. Pero quien vivía aquí, en Bloomsbury —comenzó a teorizar saludando con la mano mientras su calesa cruzaba las grandes plazas tranquilas bajo el pálido verdor de los árboles— podía crecer como quisiera. Había espacio, y libertad, y en el bullicio y el esplendor del Strand leía las vivas realidades del mundo, del cual su estuco y sus columnas la protegían tan completamente.

El coche se detuvo ante unas ventanas iluminadas que, abiertas a la noche estival, derramaban sobre el pavimento parte de la conversación y la vida del interior. Esperó con impaciencia a que se abriese la puerta que le permitiría entrar y participar en la reunión. Sin embargo, una vez en la sala, tomó conciencia de su propio aspecto, que, como muy bien sabía, era en tales ocasiones el de una mujer de Romney³. Se vio a sí misma entrando en aquella habitación llena de humo, donde todo el mundo estaba sentado en el suelo y el anfitrión llevaba una chaqueta de cazador, con su pequeña cabeza bien alta y los labios apretados como a punto de recitar un epigrama. Llamaba la atención por su vestido de seda blanca y sus lazos de color cereza. Y sin que le pasase por alto la diferencia que había entre ella y los demás, se sentó sin decir palabra y sin aprovechar el hueco que para ella se hizo en la conversación. Continuó observando a las doce personas allí reunidas, con sensación de desconcierto. La conversación versaba sobre unos cuadros que estaban expuestos al público en ese momento, y sus méritos se discutían desde un punto de vista más bien técnico. ¿Por dónde iba a empezar Phyllis? Había visto los cuadros; pero sabía que los tópicos que pudiera decir al respecto jamás pasarían la prueba de la pregunta y la crítica a la cual quedarían expuestos. Sabía además que allí no había lugar para esa gracia femenina que tantas cosas podía disimular. Había pasado el momento, pues la discusión

³ Los elegantes trajes que llevaban las mujeres retratadas por George Romney (1734-1802) habrían de resultar pasados de moda y fuera de lugar en la fiesta de los Tristram.

era seria y acalorada y ninguno de los litigantes deseaba ponerse en evidencia con argumentos ilógicos. De modo que se sentó y observó, sintiéndose como un pájaro con las alas cortadas; y más incómoda, dada la autenticidad del sentimiento, de lo que nunca se había sentido en ningún baile o fiesta. Se repetía a sí misma el amargo axioma de que había caído entre dos aguas; y al mismo tiempo se esforzaba por interpretar con sensatez lo que allí se decía. Rosamond le indicó desde el otro lado de la habitación que ella se hallaba en idéntico aprieto.

Finalmente los contendientes se dispersaron y la conversación volvió a generalizarse; pero nadie pidió disculpas por el clima tan concentrado que la discusión había generado, y las hermanas Hibbert descubrieron que la conversación general, si bien derivaba hacia asuntos más triviales, tendía a despreciar el tópico, y no vacilaron en decirlo abiertamente. Sin embargo, resultaba divertido y Rosamond se defendió muy dignamente al opinar sobre cierto personaje que pasó a ser objeto de la discusión; pero comprobó con asombro que sus más profundos hallazgos eran considerados como punto de partida para nuevas investigaciones y no resultaban en absoluto concluyentes.

Además, las hermanas Hibbert estaban sorprendidas y algo desalentadas al descubrir hasta qué punto eran víctimas de su educación. A Phyllis le habría gustado abofetearse por desaprobar de manera instintiva un chiste sobre el Cristianismo que las Tristram contaron y los demás aplaudieron tan a la ligera como si la religión fuese una minucia.

Sin embargo, lo que resultó aún más asombroso para ellas fue el tratamiento que se otorgó a su propio gremio profesional, pues ellas suponían que incluso en aquel ambiente tan extraño «los hechos de la vida» eran importantes. La señorita Tristram, joven de gran belleza y artista realmente prometedora, discutía sobre el matrimonio con un caballero que, a juzgar por su actitud, bien podía tener intereses personales sobre el particular. Pero la libertad y la franqueza con que ambos exponían sus

opiniones y teorizaban sobre la cuestión del amor y del matrimonio parecían situar el asunto bajo una luz nueva y sorprendente. Esto fascinó a las dos hermanas mucho más que todo cuanto habían visto u oído hasta entonces. Ellas se jactaban de conocer todos los aspectos o enfoques de la cuestión; pero aquello era algo no sólo nuevo, sino incuestionablemente auténtico.

—Yo no he recibido todavía ninguna proposición de matrimonio; quisiera saber qué se siente —dijo la cándida y reflexiva voz de la menor de las Tristram; y Phyllis y Rosamond sintieron que era el momento de relatar sus experiencias para ilustrar a los allí presentes. Pero no eran capaces de adoptar ese punto de vista nuevo y extraño, pues sus experiencias eran a fin de cuentas de naturaleza muy distinta. El amor era para ellas algo inducido por ciertas acciones calculadas; y surgía en los salones de baile, en los conservatorios perfumados, al abrigo de miradas furtivas, golpes de abanico y tonos de voz entrecortados y sugestivos. El amor era allí algo intenso e ingenuo que despuntaba a plena luz del día, desnudo y sólido, para ser explotado y analizado como cada cual mejor juzgase. Si bien eran libres para amar como quisieran, a Phyllis y Rosamond les pareció muy poco probable que ellas pudiesen amar de aquel modo. Se condenaron por completo movidas por ese rápido impulso juvenil, y concluyeron que todo intento de liberación sería en vano: su largo cautiverio las había corrompido tanto por dentro como por fuera.

Permanecieron pues allí sentadas, inconscientes de su propio silencio, como personas que, excluidas de una celebración, se quedan en la calle, expuestas al frío y al viento, invisibles para quienes participan en la fiesta. Pero en realidad, la presencia de aquellas dos muchachas silenciosas y de ojos ávidos resultaba opresiva para todos los allí presentes, aunque no sabían exactamente por qué; tal vez porque estaban aburridos. Las señoritas Tristram se sintieron responsables y Silvia Tristram, la más joven, tras oír un suspiro, entabló una conversación en privado con Phyllis. Phyllis se aferró a la ocasión como

el perro al hueso; de hecho, su rostro cobró una expresión voraz cuando vio que la ocasión se le escapaba y que la esencia de aquella extraña velada quedaba fuera de su alcance. Ya que no era capaz de participar podía al menos explicar qué se lo impedía. Anhelaba demostrarse a sí misma que tenía buenas razones para sentirse impotente; y como consideraba a la señorita Sylvia una mujer íntegra, pese a lo impersonal de sus generalizaciones, cabía la esperanza de que algún día ambas se encontrasen en terreno común. Cuando se inclinó hacia adelante para hablar, Phyllis tuvo la extraña sensación de abrirse camino febrilmente entre un montón de frivolidades artificiosas para aferrarse a esa sólida partícula de yo puro que ella suponía oculta en alguna parte.

—¡Ay, señorita Tristram! —comenzó a decir—. Son todos tan brillantes que me siento intimidada.

—¿Se burla de nosotros? —preguntó Sylvia.

—¿Por qué iba a burlarme? ¿No ve lo tonta que me siento?

Sylvia empezaba a ver y lo que veía suscitó su interés.

—La suya es una vida maravillosa y totalmente extraña para nosotras.

Sylvia, que era escritora y experimentaba una suerte de placer literario al verse reflejada en espejos extraños y levantar su propio espejo para observar en él las vidas de los otros, se aplicó con gusto a la tarea. Era la primera vez que consideraba a las hermanas Hibbert como seres humanos; siempre las había llamado «jovencitas». Así pues, ahora estaba plenamente dispuesta a reparar su error, tanto por vanidad como por auténtica curiosidad.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó de repente, para entrar en materia lo antes posible.

—¿A qué me dedico? —repitió Phyllis—. Bueno, me ocupo de los menús y arreglo las flores.

—Sí, pero ¿cuál es su profesión? —continuó Sylvia, que estaba decidida a no dejarse intimidar por frases estereotipadas.

—Ésa es mi profesión. ¡Ojalá no lo fuese! No olvide, señorita Tristram, que la mayoría de las muchachas jóve-

nes somos esclavas; y usted no debe insultarme sólo por que tiene la suerte de ser libre.

—Dígame —interrumpió Sylvia— lo que quiere decir exactamente. Me interesa mucho. Me gusta saber cosas de la gente. Al fin y al cabo ya sabe usted que lo importante es el alma humana.

—Sí —dijo Phyllis, ansiosa por evitar tópicos—. Pero nuestra vida es tan simple y vulgar... Seguro que conoce a docenas de personas como nosotras.

—Conozco sus trajes de noche —dijo Sylvia—. Las veo desfilar ante mí en hermosas procesiones, pero nunca las he oído hablar. ¿Son realmente de carne y hueso? —Advirtió que su tono había herido a Phyllis, de modo que cambió de táctica.

—Yo diría que somos hermanas. Pero ¿por qué somos tan distintas por fuera?

—Por desgracia no somos hermanas —dijo Phyllis con acritud—; si eso fuese cierto, la compadecería. ¿Ve usted? Nos han educado simplemente para salir por las noches y pronunciar bonitos discursos y casarnos, supongo. Por supuesto, podríamos haber ido a la universidad si hubiésemos querido; pero como no quisimos ahora sólo estamos dotadas para la vida doméstica.

—Nosotras tampoco fuimos a la universidad —dijo Sylvia.

—¿Y no se sienten como nosotras? Claro que usted y su hermana son lo auténtico, y Rosamond y yo somos burdas imitaciones: yo al menos lo soy. Pero ¿no lo ve ahora todo claro, no se da cuenta de lo perfecta que es su vida?

—No veo por qué no pueden hacer lo que quieren, igual que nosotras —dijo Sylvia, mirando a su alrededor.

—¿Cree que nosotras podríamos invitar a gente como esta? Nunca podemos invitar a nuestros amigos a casa, salvo cuando nuestros padres están fuera.

—¿Por qué no?

—Para empezar, no disponemos de una habitación, y, además, jamás nos lo permitirían. Somos hijas, hasta que seamos mujeres casadas.

Sylvia la miró con cierto desagrado. Phyllis comprendió que se había equivocado al hablar con franqueza del amor.

—¿Usted quiere casarse? —preguntó Sylvia.

—¿Cómo puede preguntarme una cosa así? ¡Qué inocente! Claro que tiene usted toda la razón. Debería ser por amor y todo lo demás. Pero —continuo Phyllis, diciendo desesperadamente la verdad—, nosotras no podemos pensar de ese modo. Es tanto lo que anhelamos, que nos resulta imposible considerar el matrimonio como un hecho aislado, tal como es o debería ser. Siempre se confunde con muchas otras cosas. El matrimonio significa libertad y amigos y una casa propia y, bueno, ¡todas esas cosas que usted ya tiene! ¿Le parece esto terrible y mercenario?

—Resulta bastante terrible, pero no creo que sea mercenario. Yo de usted me pondría a escribir.

—¡Pero bueno, señorita Tristram! —exclamó Phyllis con cómica desesperación—. No consigo hacerle comprender que, en primer lugar, no tenemos talento; y aunque lo tuviésemos, no podríamos usarlo. Menos mal que el Buen Dios es compasivo y nos ha dotado debidamente para ocupar nuestra posición. Rosamond podría haber hecho algo; pero ahora ya es demasiado mayor.

—¡Dios mío! —exclamó Sylvia—. ¡Qué panorama tan negro! Yo estallararía, mataría, saltaría por la ventana, ¡haría algo!

—¿Qué? —preguntó Phyllis sardónicamente—. Si estuviera en nuestro lugar, tal vez; pero no creo que pudiera estar en nuestro lugar. No —continuo en un tono más ligero y cínico—, nuestra vida es así y tenemos que sacar el mayor provecho de ella. Sólo quiero que comprenda por qué venimos aquí y nos quedamos sentadas sin decir nada. Este es el tipo de vida que a nosotros nos gustaría vivir, ¿sabe usted?; y ahora más bien dudo de que eso sea posible. Ustedes —dijo señalando a todos los presentes— nos consideran únicamente como unas frescas con clase; y eso es lo que so-

mos en realidad, o casi. Aunque podríamos haber sido algo mejor. ¿No es triste?

— Y soltó su tonta risita de siempre.

— Pero tiene que prometerme una cosa, señorita Tristram: que vendrá a visitarnos y que nos permitirá venir aquí de vez en cuando. Y ahora, Rosamond, tenemos que irnos.

Se marcharon y en el coche de caballos Phyllis se sorprendió un poco por el arranque que había tenido; pero sintió que había disfrutado. Estaban las dos algo excitadas; y deseosas de analizar su inquietud y ver qué significaba. La noche anterior habían regresado a casa a la misma hora, en un estado de ánimo más taciturno pero al mismo tiempo más satisfactorio. Lo que habían hecho había resultado aburrido, pero tenían la certeza de haberlo hecho bien. Y comprobaron con satisfacción que eran aptas para cosas mucho mejores. Esta noche no se habían aburrido, pero sentían que no habían dado la talla cuando tuvieron la oportunidad. Su conversación en el dormitorio fue poco animada; al penetrar en su auténtico ser, Phyllis había permitido que ráfagas de aire helado inundasen aquel lugar tan celosamente custodiado. ¿Qué quería en realidad?, se preguntaba. ¿Para qué servía? Para criticar ambos mundos y sentir que ninguno de los dos le ofrecía lo que ella necesitaba. Estaba demasiado deprimida como para exponerle el caso a su hermana; y su honestidad la convenció de que hablar no serviría de nada; si algo podía hacer, tendría que hacerlo sin ayuda de nadie. Sus últimos pensamientos de esa noche fueron que era realmente un alivio que Lady Hibbert hubiese planificado el día siguiente para ellas de principio a fin: al menos así no tendría que pensar; y las fiestas en el río eran divertidas.

El extraño caso de la señorita V.

Suele decirse que no hay soledad como la de quien se encuentra solo en medio de la multitud; los novelistas no dejan de repetirlo; el patetismo es innegable. Y ahora, desde que conocí el caso de la señorita V., también yo he llegado a creerlo. Una historia como la suya y la de su hermana —aunque es curioso que al escribir sobre ellas un solo nombre sirva indistintamente para ambas— basta para que uno recuerde de golpe a una docena de hermanas como ellas. Una historia así sólo es posible en Londres. En el campo podría haber sido la mujer del carnicero o del cartero o del Pastor; pero en una ciudad tan civilizada el civismo de la vida humana se reduce al mínimo espacio posible. El carnicero distribuye su carne por el vecindario; el cartero echa sus cartas en el buzón, y se sabe que la mujer del Pastor arroja las misivas pastorales en la misma y conveniente ranura: no hay que perder un momento, dicen todos. Y así, aunque nadie se come la carne, ni lee las cartas, ni obedece las observaciones del Pastor, los demás no se enteran. Hasta que un buen día estos ciudadanos deciden tácitamente que no se atenderá más al número 16 o al número 23. Se lo saltan en sus

Título original: «The Mysterious Case of Miss V.». Se da el texto del ológrafo, que carece de fecha. Data, probablemente, del verano de 1906.

rondas, y la pobre señorita J. o señorita V. queda fuera de la cadena de la vida humana y olvidada de todos para siempre.

La facilidad con que semejante destino puede acontecer a cualquiera indica que es realmente imprescindible hacerse valer para no ser pasado por alto. ¿Cómo podría nadie volver a la vida si el carnicero, el cartero y el policía decidiesen ignorarlo? Es un destino terrible. Creo que es el momento de volcar una silla para que el vecino de abajo sepa al menos que estoy viva.

Pero volvamos al extraño caso de la señorita V., tras cuya inicial se oculta —que quede claro— también la persona de la señorita Janet V.: aunque tampoco es necesario hilar tan fino.

Andaban por Londres desde hacía unos quince años. Se dejaban ver por ciertos salones o galerías de arte y cuando decías: «¿Cómo está, señorita V.?», como si estuvieras acostumbrado a encontrarte con ella a diario, ella respondía, «¿Verdad que hace buen día?» o «¡Qué mal tiempo estamos teniendo!» Y entonces tú te marchabas y ella parecía pasar a formar parte de un sillón o de una cómoda. El caso es que no volvías a acordarte de ella hasta que, quizá al cabo de un año, se despegaba del mobiliario, y una vez más se repetían las mismas palabras.

Un vínculo de sangre —o cualquiera que fuese el fluido que corría por las venas de la señorita V.— quiso que mi destino fuese el de tropezar con ella —o atravesarla, o dispersarla, no sé cuál sería la expresión adecuada— más a menudo que con cualquier otra persona, hasta que esta breve escena llegó a convertirse casi en hábito. Ninguna fiesta, concierto o exposición resultaban completos sin la presencia de su familiar sombra gris. Y cuando, hace ya algún tiempo, dejó de cruzarse en mi camino, tuve la vaga sensación de que *algo* faltaba. No voy a exagerar diciendo que sabía que lo que faltaba era *ella*; pero tampoco faltaría a la verdad si empleo un término indefinido.

Y así fue como me sorprendí a mí misma buscándola con la mirada en una habitación llena de gente, con indecible inquietud. Todo el mundo parecía estar allí, pero

era evidente que algo faltaba en el mobiliario o en las cortinas, ¿o es que habían quitado un cuadro de la pared?

Una mañana me desperté temprano —en realidad, al alba— y grité «¡Mary V.! ¡Mary V.!» Era la primera vez, estoy segura, que alguien gritaba su nombre con tanta convicción; por lo general parecía un epíteto insulso, usado únicamente para rematar una frase. Pero mi voz no logró, como yo en parte esperaba, convocar a la persona o la apariencia de la señorita V.: la habitación permaneció desdibujada. Durante todo el día sentí el eco de mi propio grito en el cerebro; hasta que tuve la certeza de que me encontraría con ella en cualquier esquina, como siempre, la vería desvanecerse y quedaría satisfecha. Pero no apareció; y creo que me sentí contrariada. El caso es que aquel extraño y fantástico plan volvió a mi mente esa noche, mientras yacía despierta en la cama. Al principio no fue sino un mero capricho, pero poco a poco fue cobrando fuerza y emoción, hasta que me puse a llamar a Mary V. en persona.

¡Ay, qué insensato, extraño y divertido resultaba —ahora que pienso en ello— seguir la pista de la sombra, averiguar dónde vivía y si vivía, y hablarle como si fuese una persona igual a todas las demás!

¡Imaginen lo que sería coger un autobús para visitar la sombra de una campanilla en Kew Gardens cuando el sol se encuentra justo en su cenit! ¡O atrapar la pelusa de un diente de león, a medianoche, en una pradera de Surrey! Pues esta expedición era mucho más fantástica que cualquiera de las mencionadas; y mientras me vestía para iniciarla me reí, y me reí al pensar en los preparativos que mi tarea requería. ¡Botas y sombrero para Mary V.! Resultaba de lo más incongruente.

Por fin llegué a la casa donde vivía y al mirar el letrero descubrí que indicaba con ambigüedad —como hacemos todos— que estaba en casa y había salido al mismo tiempo. Una vez ante su puerta, en el último piso del edificio, llamé con los nudillos y toqué el timbre, esperé y escudriñé; nadie acudió a abrir; y empecé a preguntarme si las sombras podían morir y cómo las enterrarían. En-

tonces, una criada abrió lentamente la puerta. Mary V. había estado dos meses enferma; había muerto ayer por la mañana, a la misma hora en que yo grité su nombre. De modo que nunca más volveré a encontrar su sombra.

[El diario de Joan Martyn]

Mis lectores tal vez no sepan quién soy. Por lo tanto, aunque tal práctica es poco común y artificiosa —pues ya sabemos lo modestos que son los escritores— no vacilaré en aclarar que soy Rosamond Merridew y tengo cuarenta y cinco años —¡mi franqueza es aplastante!— y que he adquirido cierta fama en mi profesión por mis estudios sobre el sistema de tenencia de tierras en la Inglaterra medieval. Mi nombre es conocido en Berlín. En Frankfurt organizarían una velada en mi honor y tampoco soy del todo extraña en algunos despachos de Oxford y Cambridge. Tal vez resultaría más convincente para exponer mi caso —habida cuenta de cómo es la naturaleza humana— decir que he cambiado marido, familia y un hogar en el que envejecer por unos cuantos fragmentos de pergamino amarillentos que muy pocos son capaces de leer y muchos menos aún se tomarían la molestia de hacerlo aunque pudieran. Pero del mismo modo en que una madre —eso he leído a veces no sin asombro en la literatura de mi sexo— a quien más quiere es al más feo y al más tonto de todos sus hijos, así también ha brotado en mi corazón una especie de pasión maternal por estos

Titulo original: «The Journal of Mistress Joan Martyn». Escrito en agosto de 1906. Se da el texto del borrador ológrafo, que carece tanto de título como de fecha.

gnomos arrugados y exentos de gracia. En la vida real los veo como seres tullidos, de rostro ceñudo, pero no obstante, con la chispa del genio en sus ojos. No voy a explicar este comentario; mis posibilidades de éxito serían tan escasas como si esa misma madre con quien yo me comparo se esforzase en explicar que su tullido es en realidad un niño hermoso y mejor que todos sus hermanos.

Sea como fuere, mis investigaciones me han convertido en una especie de vendedor ambulante; con la salvedad de que mi costumbre es la de comprar y no la de vender. Me presento en viejas granjas, decrepitas casas solariegas, parroquias y sacristías siempre con la misma pregunta. ¿Tiene usted documentos antiguos que pueda enseñarme? Como podrán imaginar, los días prósperos para este tipo de pasatiempo ya han pasado; la antigüedad se ha convertido en la más comercial de las mercancías; y, además, el Estado y sus Delegaciones han puesto fin a toda iniciativa individual. Cierta funcionaria, me dicen muchas veces, ha prometido venir a inspeccionar los documentos; y el favor del «Estado» que dicha promesa encierra, priva a mi pobre voz de toda su persuasión.

Con todo, no puedo quejarme, al volver la vista atrás, de algunas recompensas excelentes que habrían sido de gran interés para el historiador, y de otras que, precisamente por ser tan caprichosas e insignificantes en lo que revelan, resultan aún más de mi agrado. Esa luz que ilumina inesperadamente las piernas de la Dama Elizabeth Partridge difunde sus rayos sobre todo el Estado de Inglaterra, alcanzando hasta al mismísimo Rey en su trono. ¡Necesitaba unas medias! y no hay necesidad que deje más honda huella de la realidad de las piernas medievales; y por lo tanto de la realidad de los cuerpos medievales, y así, ascendiendo paso a paso, de la realidad de las mentes medievales; y entonces te encuentras en la encrucijada de todas las edades: la media, la antigua o la moderna. Y esto me lleva a otra confesión sobre mis propios méritos. Mis estudios sobre el sistema de tenencia de tierras durante los siglos XIII, XIV y XV han resultado doblemente valiosos, estoy segura de ello, por mi notable ta-

lento para relacionarlos con la vida de la época. He tenido en cuenta que las complejidades de la tenencia de tierras no fueron nunca un hecho capital en la vida de hombres, mujeres y niños. En ocasiones he tenido el atrevimiento de insinuar que esas sutilezas que tanto nos deleitan eran más prueba de la negligencia de nuestros antepasados que de su asombroso celo. Pues ¿qué hombre en su sano juicio, he tenido la audacia de señalar, habría desperdiciado su tiempo en complicar sus leyes en beneficio de media docena de anticuarios que nacerían cinco siglos después de que él descansase ya en su tumba?

Pero no vamos a discutir aquí ese argumento en nombre del cual tantos hábiles golpes he asestado y recibido. Introduzco la cuestión sólo para explicar por qué he realizado todas esas investigaciones secundarias sobre ciertos retratos de la vida familiar que he incluido en mi texto; como la flor de todas estas intrincadas raíces; la chispa que surge después de tanto frotar el pedernal.

Si leyesen uno de mis trabajos titulado «El Señorío de Rolls», quedarían complacidos o disgustados, según su temperamento, por ciertas digresiones que hallarían en él.

No he tenido escrúpulos en dedicar varias páginas al intento de mostrar, con la viveza de una imagen, algunas escenas de la vida en aquella época. Aquí llamo a la puerta del siervo y lo encuentro asando los conejos que ha cazado furtivamente; les muestro al Señor que se dispone a emprender un viaje, o llamando a sus perros para dar un paseo por sus tierras, o sentado en un sillón de alto respaldo y trazando con esmero un montón de números sobre un brillante pergamino. En otra estancia les muestro a la Dama Elinor, ocupada en sus labores de aguja; y a su lado, sentada en un taburete, a su hija, que también cose, pero menos asiduamente. «Hija mía, vuestro esposo llegará antes de que hayáis terminado vuestra ropa de lino», le reprueba la madre.

¡Ah, mas para leer esto con libertad tienen que estudiar mi libro! Los críticos siempre me han reprochado dos cosas. En primer lugar, dicen, tales digresiones están muy bien en una historia de la época, pero nada tienen

que ver con el sistema de tenencia de tierras en la Edad Media; en segundo lugar, argumentan, carezco de material para dar consistencia a estas palabras y conferirles cierta apariencia de verdad. De todos es sabido que el período que he escogido es mucho menos pródigo que cualquier otro en crónicas privadas; a menos que uno decida utilizar las *Paston Letters*¹ como única fuente de inspiración, hay que contentarse con imaginar, como cualquier otro narrador. Y éste, según me han dicho, es un arte útil en su contexto, pero puede afirmarse que no guarda relación alguna con el arte del historiador, más riguroso. No obstante, una vez más, me inclino por ese famoso argumento que con tanto celo desarrollé en el *Historians Quarterly*. Nuestra introducción debe servir para ir abriendo camino, de lo contrario habrá algún lector obstinado que arroje el libro y declare conocer su contenido al dedillo: ¡La misma historia de siempre! ¡Disputas de Anticuarios! Permítanme pues trazar aquí una línea, así ---- y dejar atrás toda esta cuestión sobre lo bueno y lo malo, la verdad y la ficción.

Sucedió que, una mañana de junio, hace ya dos años, iba yo por la carretera de Thetford, de Norwich a East Harling. Me había embarcado en una expedición, que resultó del todo inútil, para recuperar ciertos documentos que creía enterrados en las ruinas de la Abadía de Caister. ¡Qué diferente sería la Historia si gástasemos en excavar nuestras propias ruinas la décima parte de lo que anualmente gastamos en excavar las ciudades griegas!

Andaba yo ocupada en tales meditaciones, no obstante lo cual uno de mis ojos, mi ojo arqueológico, se mantenía atento al paisaje que atravesábamos. Y obedeciendo a uno de sus mensajes telegráficos, brinqué sobre el asiento, en un momento determinado, y ordené al cochero que girase a la izquierda. Pasamos por una avenida de viejos olmos; pero lo que había llamado mi atención era una pequeña imagen cuadrada, delicadamente enmarcada a lo lejos en-

¹ *The Paston Letters: 1422-1509*, editado por James Gairdner (Londres, 1904), 6 vols. Véase el ensayo de VW «The Paston and Chaucer», *Common Reader: First Series* (Londres, 1925;1984), reimpresso en CEIII.

tre ramas verdes, donde se veía un viejo portalón tallado con nítidas líneas en la piedra blanca.

A medida que nos acercábamos resultó que el portalón estaba rodeado por unos muros de yeso amarillento, bajos y alargados; y sobre ellos, a poca distancia, se encontraba la techumbre de tejas rojizas, y finalmente tuve ante mí aquella casita de aspecto digno, construida como la letra E, con su trazo central ligeramente pulido.

Se trataba pues de una de esas humildes casas solariegas que han sobrevivido casi intactas y prácticamente olvidadas durante siglos y siglos, pues son demasiado insignificantes como para derribarlas o reconstruirlas; y sus propietarios son demasiado pobres como para tener ambiciones. Los descendientes del constructor siguen viviendo en ella, con esa curiosa ignorancia sobre el valor de la casa que sirve para hacerlos tan parte de ella como la alta chimenea ennegrecida por varias generaciones de humo del fogón. Por supuesto sería preferible una casa más grande, y no creo que vacilaran en vender ésta si les hiciesen una buena oferta. Pero ése es precisamente el espíritu natural y desinteresado que demuestra en cierto modo la autenticidad del asunto. Es imposible ser sentimental con una casa en la que has vivido durante quinientos años. Éste es uno de esos lugares, pensé mientras me disponía a llamar, donde los propietarios guardan exquisitos manuscritos y los venden al primero que llega con la misma facilidad con que venderían a su cerdo o la madera del parque. Mi visión es, a fin de cuentas, la de un excéntrico patológico, y éstas son las gentes de naturaleza auténticamente sana. ¿Es que no saben escribir? me dirán; ¿y qué valor tienen las cartas viejas? Yo siempre las quemo... o las uso para cubrir los tarros de mermelada.

Por fin apareció una criada y me observó meditativamente, como si tuviese que recordar mi cara y mi profesión.

—¿Quién vive aquí? —pregunté.

—El señor Martyn —respondió atónita, como si le hubiese preguntado el nombre del Rey de Inglaterra.

—¿Hay también una señora Martyn, y está en casa, y puedo verla? —La muchacha me indicó que la siguiera y

me condujo en silencio hasta la persona que presumiblemente podría aceptar la responsabilidad de responder a mis extrañas preguntas.

Crucé un gran recibidor revestido de madera de roble que daba paso a una habitación más pequeña, donde una mujer de rostro sonrosado, de mi misma edad, cosía a máquina unos pantalones. Tenía aspecto de ama de llaves; pero era, susurró la criada, la señora Martyn.

Se levantó con un gesto que indicaba que no tenía costumbre de recibir visitas por la mañana, pero pese a todo era quien mandaba, la señora de la casa; y tenía derecho a saber qué me traía por allí.

La profesión del anticuario tiene sus propias reglas, la primera y más simple de las cuales es que no hay que declarar las propias intenciones en un primer encuentro.

—Pasaba por aquí y me he tomado la libertad de llamar... debo confesarle que soy gran amante de lo pintoresco... para ver si me permitían visitar la casa. Me parece una casa preciosa.

—¿Quiere usted alquilarla? —dijo la señora Martyn, que hablaba con un agradable deje dialectal.

—¿Alquilan habitaciones? —pregunté.

—Oh, no —replicó la señora Martyn con decisión—. Nunca hemos alquilado habitaciones. Pensaba que tal vez quería usted alquilar la casa entera.

—Es un poco grande para mí; pero también tengo amigos.

—En ese caso —interrumpió la señora Martyn alegremente, dejando a un lado todo afán de lucro y dispuesta tan sólo a hacer un acto de caridad—, me encantará enseñarle la casa... Yo no entiendo mucho de antigüedades, y nunca he oído que la casa tuviera un valor especial. Pero es un lugar agradable... sobre todo para quien viene de Londres. —Observó con curiosidad mi indumentaria y mi figura que, confieso, se inclinó más de lo acostumbrado bajo su mirada dulce y algo compasiva; y le ofrecí la información que deseaba. Lo cierto es que mientras recorríamos los largos pasillos, elegantemente revestidos con planchas de roble dispuestas sobre la pared blanca, y

entrábamos en las pequeñas e impecables habitaciones con sus ventanas verdes abiertas al jardín, y veía muebles ya desechados, aún en buen uso, intercambiamos muchas preguntas y respuestas. Su marido tenía una granja bastante grande, pero la tierra había perdido mucho valor; y ahora se veían obligados a vivir en aquella casa, que no pensaban arrendar pese a que era demasiado grande para ellos y las ratas resultaban un fastidio. La casa era propiedad de la familia de su marido desde hacía muchos años, comentó con ligero orgullo; no sabía desde cuándo, pero la gente decía que los Martyn fueron en su día personas importantes en el lugar. Llamó mi atención sobre la «y» de su apellido. Hablaba con ese orgullo depurado y franco de quien conoce por propia experiencia de cuán poco sirve la nobleza de cuna contra ciertos obstáculos materiales, como la pobreza de la tierra, los agujeros del tejado y la rapacería de las ratas.

Pero, si bien el lugar estaba escrupulosamente limpio y ordenado, había cierta desnudez en todas las habitaciones, un excesivo protagonismo de las mesas de roble y una ausencia total de adornos que no fueran aquellas relucientes copas de peltre y aquellos platos de porcelana que tan inquietantes resultaban para mis inquisitivos ojos. Parecía como si hubiesen vendido la mayor parte de los objetos que hacen que una habitación parezca amueblada. Pero la dignidad de mi anfitriona me impidió insinuar que la casa había sido distinta en otra época. Y, sin embargo, yo no podía dejar de advertir cierta melancolía en el modo en que me mostraba las habitaciones casi vacías, comparando la presente pobreza con días de mayor opulencia, y ella estuvo a punto de decir que «Las cosas habían sido mejores en otra época». Casi parecía pedir disculpas mientras me conducía por aquella sucesión de dormitorios y un par de habitaciones que podrían haber servido de sala de estar si la gente hubiese tenido tiempo libre para sentarse en ellas, como si quisiera demostrar que era plenamente consciente de la diferencia entre aquella casa y su propio aspecto, tan robusto. Puesto que las cosas transcurrían de ese modo, yo no

quise hacer la pregunta que más me interesaba —si tenían libros— y empezaba a sentir que ya había apartado a aquella buena mujer demasiado tiempo de su máquina de coser, cuando, de pronto, ella se asomó a la ventana, al oír un silbido en el exterior, y le gritó a alguien que viniese a cenar. Luego se volvió hacia mí con cierta timidez, pero con una expresión de franca hospitalidad, y me rogó que «Me quedase a cenar» con ellos.

«John, mi marido, sabe mucho más que yo de todas estas antiguallas, y sé que le gusta tener a alguien con quien hablar. Lo lleva en la sangre, eso le digo yo.» Se echó a reír y yo no vi razón alguna para no aceptar la invitación. Pero John no resultó tan fácilmente clasificable como su mujer. Era un hombre de mediana edad y mediana estatura, de pelo oscuro y complexión robusta, con una palidez que parecía impropia de un campesino, y un gran bigote que se atusaba lentamente mientras hablaba, con una mano bien formada. Su ojos eran claros, de color avellana, pero yo detecté cierto recelo en su mirada. Empezó a hablar con un acento de Norfolk aún más marcado que el de su mujer; y tanto su voz como su indumentaria indicaban que, aunque no en apariencia, era en realidad un duro campesino de Norfolk.

Se limitó a asentir cuando le dije que su mujer había tenido la gentileza de enseñarme la casa. Y a continuación, haciéndole un guiño, observó que «Si por ella fuera la casa sería pasto de las ratas. Es una casa demasiado grande y está llena de fantasmas. Eh, Betty». Ella se limitó a sonreír, como si ya hubiese hecho lo que debía hacía mucho tiempo.

Yo quería agradecerle haciendo hincapié en la belleza del lugar, y en su antigüedad; pero él parecía poco interesado en mis halagos, mascaba muy despacio su carne fría y añadía «síes» y «noes» con indiferencia.

El retrato que había en la pared, pintado posiblemente en la época de Carlos I, se parecía tanto a él con sólo cambiar su cuello y su traje de *tweed* por una chorrera y un jubón de seda, que yo no pude evitar la evidente comparación.

—Oh, sí —dijo, sin dar grandes muestras de interés—, es mi abuelo o mi bisabuelo. Aquí comerciamos con abuelos.

—¿Fue éste el Martyn que luchó en Bogne? —preguntó Betty con escaso interés, mientras me obligaba a tomar otra loncha de carne.

—¡En Bogne! —exclamó su marido interrogativamente y casi con irritación—. No, querida mía, estás pensando en el tío Jasper. Este hombre murió mucho antes de Bogne. Se llamaba Willoughby —continuó dirigiéndose a mí, como si quisiera que yo comprendiese la cuestión a fondo; porque era imperdonable cometer un error sobre un hecho tan simple, aun cuando el hecho en sí no tuviese gran interés.

—Willoughby Martyn: nació en 1625; murió en 1685. Participó en la batalla de Marston Moor como Capitán de una partida de hombres de Norfolk. Siempre fuimos leales a la corona. Se exilió en el Protectorado, se fue a Amsterdam; allí le compró un caballo bayo al Duque de Newcastle; aún conservamos a los descendientes de ese animal. Regresó a Inglaterra tras la Restauración y se casó con Sally Hampton... del Señorío, pero ahí se extinguió la estirpe, y tuvo seis hijos, cuatro chicos y dos chicas. Compró el Lower Meadow, tú ya lo sabes, Betty —le dijo a su esposa para refrescar su perezosa memoria.

—Ahora lo recuerdo muy bien —respondió ella plácidamente.

—Vivió aquí sus últimos años; murió de viruela, o lo que entonces llamaban viruela. Y le contagió la enfermedad a su hija Joan. Los dos están enterrados en la misma sepultura, en esa iglesia de ahí. —Señaló con el pulgar y siguió comiendo. Todo esto fue dicho tan lacónicamente como si estuviese ejecutando por obligación una tarea que con el tiempo había perdido todo interés para él; aunque por alguna razón aún tenía que repetirla.

Yo no pude ocultar mi interés por el relato, si bien era consciente de que mis preguntas no conseguían distraer a mi anfitrión.

—Parece usted tener un extraño interés por mis antepasados —comentó finalmente con cierta irritación.

—Tienes que enseñarle los cuadros después de cenar, John —intervino su mujer—, y todos los objetos antiguos.

—Eso me interesa mucho —dije—, pero no quiero quitarles tanto tiempo.

—John sabe un montón de cosas al respecto; entiende mucho de pintura.

—Cualquier idiota conoce a sus antepasados, Betty —refunfuñó su marido—. De todos modos, si desea ver lo que tenemos, señora, me sentiré muy orgulloso de enseñárselo. —La cortesía con que pronunció aquellas palabras y el aire con que me abrió la puerta me hicieron recordar la «y» de su apellido.

Me condujo por toda la casa, señalando con una fusta un lienzo tras otro y espetando sin vacilar una breve descripción de cada uno. Estaban colgados aparentemente en orden cronológico y, pese al polvo y la oscuridad, se veía claramente que los últimos retratos eran de menor valor artístico y representaban a personajes de aspecto menos distinguido. Los abrigos militares desaparecieron progresivamente, y en el siglo XVIII los hombres de la familia Martyn aparecían vestidos con trajes de color tabaco, de corte casero, y eran descritos por su descendiente como «granjeros» o «el que vendió la Granja Fen». Sus mujeres e hijas no aparecían por ninguna parte, como si en aquella época el retrato hubiese llegado a considerarse más como accesorio imprescindible del señor de la casa, que como derecho legítimo de la belleza.

Sin embargo, no detectaba nada en la voz de aquel hombre que indicase que estuviera siguiendo con su fusta la decadencia familiar, pues no había ni orgullo ni pesar en su voz; hablaba en tono uniforme, como quien cuenta una historia tan conocida que las palabras han perdido ligeramente su significado.

—Éste es el último: mi padre —dijo al fin, cuando ya habíamos recorrido lentamente hasta el último rincón de la casa. Contemplé aquel basto lienzo que supuse había

sido pintado hacia 1860 por algún pintor ambulante de tosco pincel. Tal vez la torpe mano del artista había destacado la tosquedad de los rasgos y la dureza de la complexión; había encontrado más fácil pintar al campesino que lograr ese equilibrio sutil que, como uno podía deducir, valía tanto para el padre como para el hijo. El artista había embutido a su modelo en un abrigo negro y le había colocado un rígido corbatín blanco alrededor del cuello; el pobre caballero nunca se había sentido cómodo con tal atuendo.

—Y ahora, señor Martyn —me sentí obligada a decir—, sólo me resta agradecerles a usted y a su esposa...

—Un momento —interrumpió—, aún no hemos terminado. Faltan los libros.

Su voz dejaba traslucir una cómica obstinación, como la de alguien dispuesto, pese a su escaso interés por la empresa, a cumplir minuciosamente su cometido.

Abrió una puerta y me hizo entrar en una salita, o más bien un despacho, pues la mesa repleta de papeles y las paredes cubiertas de libros de contabilidad indicaban que aquella era la habitación donde el hacendado se ocupaba de sus negocios. Había tampones y pinceles de adorno; pero sobre todo había animales muertos que enseñaban sus garras sin vida y mostraban sus dientes y sus lenguas de escayola desde diversas repisas y vitrinas.

—Éstos son más antiguos que los cuadros —dijo, mientras se inclinaba para levantar con esfuerzo un paquete de legajos amarillentos. No estaban atados ni sujetos salvo por un grueso cordel de seda verde con unas barritas metálicas en sus extremos, como el que se emplea para perforar fajos de documentos grasientos: las facturas del carnicero o las recetas del año.

—Éste es el primer lote —dijo, barajando las hojas con los dedos como si fuesen naipes—. Éste es el número 1: de 1480 a 1500. Yo me quedé boquiabierta, como cualquiera puede imaginar, pero la templada voz de Martyn me recordó que el entusiasmo estaba fuera de lu-

gar; de hecho, el entusiasmo empezaba a resultar un artículo demasiado barato comparado con la cosa auténtica.

—¿De verdad? Es muy interesante. ¿Puedo echarles un vistazo? —me limité a decir, aunque mi indisciplinada mano tembló ligeramente cuando depositaron en ella el montón de papeles sin el menor cuidado. El señor Martyn incluso se ofreció a buscar un plumero para no profanar mi blanca piel; pero yo le aseguré que no importaba, tal vez con demasiada ansiedad, pues temí que hubiese otra razón de mayor peso por la cual yo no pudiera hojear los preciados documentos.

Mientras él se inclinaba ante una librería, yo miré apresuradamente la inscripción del pergamino. «Diario de Joan Martyn», leí, «escrito en Martyn's Hall, en el Condado de Norfolk, el año del Señor de 1480.»

Era el diario de mi abuela Joan —interrumpió Martyn, volviéndose con un montón de libros bajo el brazo—. Debí de ser una mujer curiosa. Yo jamás podría llevar un diario. Nunca he pasado del 10 de febrero, aunque lo he intentado en más de una ocasión. Pero aquí, ya ve usted —se inclinó sobre mí, pasando las páginas y señalando con el dedo—, aquí está enero, febrero, marzo, abril... los doce meses completos.

—¿Lo ha leído usted? —pregunté, esperando una negativa, confiando en que dijese que no.

—Sí, lo he leído —dijo sin darle importancia, como si se tratase de una tarea sencilla—. Me llevó algún tiempo acostumbrarme a su letra; además, la ortografía de la muchacha es bastante extraña. Pero cuenta cosas curiosas. Me enseñó muchas cosas acerca de la tierra —dijo, dando unos golpecitos con aire meditativo.

—¿Conoce también su historia? —pregunté.

—Joan Martyn —comenzó a decir con voz de comediante— nació en 1495. Era hija de Giles Martyn. Su única hija. Pero además de esta hija tuvo tres hijos varones; siempre tenemos hijos. Escribió este diario cuando tenía veinticinco años. Vivió aquí toda su vida... nunca se

casó. Murió a los treinta años. Creo que puede ver su tumba allí abajo, junto a las demás ².

—Pero esto —dijo, echando mano de un grueso libro encuadernado en pergamino— es más interesante en mi opinión. Éste es el libro de contabilidad de Jasper, correspondiente al año 1583. Fíjese cómo llevaba sus cuentas el viejo caballero: lo que comían y lo que bebían, lo que costaba la carne, el pan y el vino, cuántos criados tenían, cuántos caballos, coches, camas, muebles, todo. Eso es método. Tengo diez libros como éste. —Hablaba de ellos con más orgullo del que hasta ahora había mostrado al hablar de cualquier otra de sus pertenencias.

—Ésta también es una buena lectura para una noche de invierno —continuó—. Es el registro genealógico de caballos de Willoughby. ¿Se acuerda usted de Willoughby?

—El que compró el caballo del Duque y murió de viruela —repetí con desparpajo.

—Eso es —asintió—. Éste es algo único —continuó, como un experto hablando de su marca de oporto favorita—. No lo vendería ni por veinte libras. Aquí están los nombres de los caballos, sus *pedigrees*, sus vidas, sus cualidades, su descendencia. Todo redactado como una biblia—. Y dejó resbalar por su lengua algunos de los extraños y antiguos nombres de aquellos caballos muertos, deleitándose en su sonido como si de un vino se tratara. Pregúntele a mi mujer si soy capaz de decírselos todos de memoria. Se rió, cerrando el libro con cuidado y devolviéndolo a la estantería.

—Éstos son los libros de la propiedad. Llegan hasta este mismo año. Ahí está el último. En ellos figura la historia de nuestra familia. —Desenrolló un largo pergamino en el que había dibujado un complicado árbol genealógico, con muchas florituras ya descoloridas y extravagancias de alguna pluma medieval. Las ramas se extendían cada vez más, tanto que acababan cortadas sin

² Si VW hubiese revisado este relato, habría advertido sin duda las contradicciones en lo referente a las fechas.

piedad por los bordes del papel: por ejemplo, un cabeza de familia, sin mujer y con diez hijos. Al pie de todos ellos estaban escritos con tinta fresca los nombres de Jasper Martyn, mi anfitrión, y su esposa, Elizabeth Clay: tenían tres hijos. Su dedo se desplazaba con destreza por el árbol, como si estuviera tan acostumbrado a esta ocupación que casi podía practicarla sin ayuda de nadie. La voz de Martyn recitaba en una especie de murmullo, como si repitiese una lista de Santos o Virtudes en monótona letanía.

—Sí —concluyó, enrollando el pergamino y dejándolo a un lado—, creo que estos dos son los que más me gustan. Podría recitarlos con los ojos cerrados. ¡Caballos o Abuelos!

—Entonces, ¿estudia usted mucho aquí? —pregunté algo sorprendida por aquel hombre tan extraño.

—No tengo tiempo para estudiar —replicó, con bastante brusquedad—. Me gusta leer cosas fáciles en las noches de invierno. Y también por las mañanas, cuando me despierto temprano. A veces las tengo junto a la cama. Les pido que me ayuden a dormir. No es difícil saberse los nombres de la propia familia. Es algo natural. Pero nunca se me dio bien el estudio, por desgracia.

Me pidió permiso para encender una pipa y empezó a expulsar grandes remolinos de humo mientras ordenaba los volúmenes que tenía ante sí. Pero yo me quedé con el número 1, el fajo de pergaminos, y él tampoco pareció echarlo en falta.

—¿Lamentaría separarse de estos documentos, verdad? —me aventuré a decir finalmente, camuflando mi ansiedad con un intento de risa.

—¿Separarme de ellos? —replicó—. ¿Por qué habría de separarme de ellos? —La idea era realmente tan inconcebible que mi pregunta no había despertado sus sospechas, como yo me temía.

—No, no —continuó—, los considero demasiado útiles como para separarme de ellos. Estos documentos, señora, ya han servido para hacer valer mis derechos ante los tribunales. Además, a los hombres les gusta conservar

a su familia cerca. Me sentiría... bueno, como solo, ya sabe lo que quiero decir, sin mis abuelos y abuelas y tíos y tías. —Hablaba como si estuviese confesando una debilidad.

—Claro —dije yo—, lo comprendo perfectamente.

—Me atrevería a decir que usted tiene la misma sensación, y aquí, en un lugar tan solitario como éste, la compañía es mucho más importante de lo que pueda suponer. A veces pienso que no sabría qué hacer con mi tiempo si no fuese por mis parientes.

Ninguna palabra mía, ningún intento de explicar sus palabras, podría producir la curiosa impresión que produjo él cuando dijo que todos aquellos «parientes», abuelos de la época isabelina, abuelas de la época de Eduardo IV, estaban por así decirlo, merodeando a la vuelta de la esquina; no había en su voz orgullo alguno por sus «ancestros», sino tan sólo el afecto personal de un hijo hacia sus padres. Todas las generaciones parecían bañadas en su mente bajo la misma luz clara y ecuánime: no era precisamente la luz del presente, pero tampoco era lo que normalmente llamamos la luz del pasado. Y no era romántica, sino muy sobria, muy amplia, y las figuras se perfilaban en ella nítidas y capaces, con un gran parecido, sospecho, a lo que realmente fueron.

No era necesario un gran esfuerzo de imaginación para comprender que Jasper Martyn llegaba de su granja y de sus tierras y se sentaba a solas, entregándose a un agradable chismorreo con sus «parientes», siempre que lo deseaba; y que sus voces le resultaban tan audibles como las de los trabajadores de los campos cercanos, que entraban flotando en el aire por la ventana abierta, con el sol de media tarde.

Pero ahora casi me ruborizo al recordar mi primer impulso de preguntarle si estaba dispuesto a venderlos: tan irrelevante y tan impertinente era. También, por extraño que parezca, yo ya había perdido para entonces mi ardor de anticuario. Toda mi pasión por las antigüedades y los pequeños signos de su edad me había abandonado por completo, pues no me parecieron en realidad más que

accidentes fútiles e insustanciales de cosas verdaderamente importantes. La ingenuidad del anticuario no tenía cabida en el caso de los ancestros del señor Martyn, como tampoco era necesario ningún anticuario para narrar la historia de aquel hombre.

Ellos son, me habría contestado, de carne y hueso, como yo. Y el hecho de que hayan muerto hace cuatro o cinco siglos no tiene la menor importancia, como tampoco el cristal que se coloca sobre el lienzo altera en modo alguno el aspecto del cuadro.

Pero, por otro lado, si bien el hecho de comprar parecía improcedente, sí era natural, aunque quizá algo ingenuo, pedirlo prestado.

—Bien, señor Martyn —dije finalmente con menos ansiedad y agitación de lo que habría podido imaginar dadas las circunstancias—, estoy pensando quedarme una semana por aquí, en el Swan de Gartham, y le estaría sumamente agradecida si me prestase estos documentos para echarles un vistazo durante mi estancia. Aquí tiene mi tarjeta. El señor Lathom (el gran terrateniente del lugar) podrá darle informes sobre mí. —Mi instinto me decía que el señor Martyn no era la clase de hombre que confía en los benevolentes impulsos de su corazón.

—Oh, señora, eso no es necesario —dijo con despreocupación, como si mi petición no tuviese la importancia suficiente como para tomar ese tipo de precauciones—. Si estos viejos documentos le interesan, estoy seguro de que será bienvenida. —No obstante, parecía algo sorprendido, de modo que añadí—: Me interesan muchísimo las historias familiares, incluso cuando no se trata de mi propia familia.

—Yo diría que lo pasará bien, si es que dispone de tiempo suficiente —asintió cortésmente; pero creo que mi inteligencia había descendido en su estima.

—¿Cuál quiere llevarse? —preguntó, alargando la mano hacia el Libro de contabilidad de Jasper y el Registro genealógico de caballos de Willoughby.

—Creo que empezaré por su abuela Joan —dije yo—. Me gusta empezar por el principio.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—, aunque no creo que encuentre nada extraordinario en ella. Era exactamente igual que todos nosotros... a mí no me parece nada especial.

A pesar de todo, salí de allí con la abuela Joan bajo el brazo. Betty insistió en envolverla con un papel marrón, para disimular la originalidad del paquete, pues rechazé que me lo enviaran, como era su intención, con el chico que repartía la correspondencia en bicicleta.

(1)

Los tiempos que corren, a juzgar por lo que cuenta mi madre, son menos seguros y menos felices que cuando ella era niña, y es preciso que conservemos todo cuanto podamos dentro de nuestras tierras. No bien oscurece, y el sol se pone muy pronto en enero, tenemos que refugiarnos tras las puertas de la casa; mi madre sale con un gran manojo de llaves bajo el brazo cuando la oscuridad le impide seguir bordando. «¿Está todo el mundo dentro?» grita, y toca la campana por si alguno de nuestros hombres aún sigue trabajando en los campos. A continuación cierra las puertas, echa el candado y el mundo entero queda excluido de nosotros. Yo a veces me siento muy audaz e inquieta, cuando la luna se alza sobre los campos brillantes y helados; y creo sentir la presión de este lugar hermoso y libre —toda Inglaterra y el mar y los campos...— rodando como las olas hacia nuestras puertas de hierro, rompiendo y retirándose —y volviendo a romper...— durante toda la larga y negra noche. En cierta ocasión salté de la cama y corrí al dormitorio de mi madre gritando: «¡Dejadlos pasar! ¡Dejadlos pasar! ¡Estamos muriendo de hambre!» «¿Están ahí los soldados, hija?», gritó ella, «¿O es la voz de tu padre?» Corrí hasta la ventana y juntas contemplamos los campos plateados; todo estaba en calma. Yo no pude explicar qué fue lo que había oído, y ella me mandó a dormir y me pidió que diera las gracias por tener esas puertas tan sólidas entre el resto del mundo y yo.

Pero otras noches, cuando el viento sopla con furia y la luna se hunde bajo las nubes veloces, me gusta sentarme junto al fuego y pensar que todos esos hombres malvados que merodean por los caminos y se esconden en los bosques a estas horas no pueden derribar nuestras puertas, por mucho que lo intenten. Anoche fue una de esas noches; se presentan a menudo en invierno, cuando mi padre está en Londres y todos mis hermanos, salvo el pequeño Jeremy, están en el Ejército, y mi madre tiene que dirigir la hacienda y dar las órdenes y comprobar que se respetan todos nuestros derechos. No podemos encender las velas hasta que la campana de la iglesia da las ocho, y entonces nos sentamos junto al fuego, con el sacerdote, John Sandys, y alguno de los criados que duerme con nosotros en la casa. Entonces, mi madre, que no es capaz de estar ociosa ni siquiera junto al fuego, hace un ovillo de lana para tricotar, sentada en el gran sillón que hay junto al hogar. Cuando se le enreda la lana, asesta un buen golpe con el atizador y produce una lluvia de llamas y chispas; acerca la cabeza hacia la luz rojiza y entonces ves la nobleza que aún conserva esta mujer a pesar de los años —tiene más de cuarenta— y de las arrugas talladas en su frente por tantas cavilaciones y tanta reflexión. Lleva una bonita cofia de lino que se adapta perfectamente a la forma de su cabeza, y sus ojos son profundos y severos, y sus mejillas sonrosadas, como una saludable manzana de invierno. Es estupendo ser hija de una mujer como ésta y confiar en que algún día yo tendré tanto poder como ella. Nos gobierna a todos.

Sir John Sandys, el sacerdote, es, a pesar de su oficio sagrado, un criado de mi madre: la complace a regañadientes y nunca se siente tan feliz como cuando ella le pide consejo, y acepta los suyos. Pero ella me regañaría si me atreviese siquiera a susurrar tal cosa: es una fiel hija de la Iglesia y venera a su Pastor. Están también William y Anne, los criados que se sientan con nosotros, pues son tan ancianos que mi madre quiere que compartan nuestro fuego. William es tan viejo, está tan encorvado de

sembrar y cavar, tan quemado y castigado por el sol y el viento que es como pedirle al sauce desmochado del pantano que comparta nuestro fuego o se sume a nuestra conversación. Sin embargo, aún tiene una excelente memoria y si pudiera contarnos, como a veces intenta, las cosas que vio en su juventud, sería curioso escucharle. La vieja Anne fue la nodriza de mi madre; fue mi nodriza; y aún nos cose la ropa, y sabe llevar la casa mejor que nadie, con la excepción de mi madre. Ella también podría contar la historia de cada silla y cada mesa o cada tapiz de la casa; pero lo que más le gusta es discutir con mi madre y Sir John cuáles son los hombres que más me convienen para casarme.

Mientras la luz lo permite es mi obligación leer en voz alta..., porque yo soy la única que sabe leer, aunque mi madre sabe escribir y escribe las palabras con la ortografía de su época, y mi padre me ha enviado un manuscrito de Londres: El Palacio de cristal, de John Lydgate³. Es un poema sobre Helena y el sitio de Troya.

Ayer por la noche estuve leyendo la historia de Helena y de su belleza y de sus pretendientes y de la hermosa ciudad de Troya, y todos me escuchaban en silencio; pues aunque ninguno de nosotros sabe dónde están esos lugares, todos vemos perfectamente cómo fueron; y podemos llorar por las penalidades de los soldados e imaginarnos a esa impresionante mujer que debió de ser, creo yo, muy parecida a mi madre. Mi madre da golpecitos con el pie mientras ve desfilar a toda la procesión; yo lo sé por cómo brillan sus ojos y como sacude la cabeza. «Debió de ser en Cornualles» dijo Sir John, «donde vivía el Rey Arturo con sus caballeros. Podría contaros muchas historias sobre sus hazañas, pero me falla la memoria».

—También hay historias muy hermosas sobre los escandinavos —interrumpió Anne, cuya madre era de

³ Como señalan Susan M. Squier y Louise A. DeSalvo, es posible que VW se refiera al libro *Temple of Glass*, de John Lydgate, confundiendo al parecer con *Troy-book*, del mismo autor.

aquellas tierras—, pero ya se las he cantado muchas veces a mi Señor y a usted también, señorita Joan.

—Sigue leyendo mientras haya luz, Joan —ordenó mi madre. Creo que era la que escuchaba con más atención, y se sintió de lo más ultrajada cuando las campanas de la iglesia cercana anunciaron el toque de queda. Y sin embargo, decía que era una vieja tonta por sentarse a escuchar historias cuando aún estaban por hacer las cuentas de mi padre en Londres.

Cuando se va la luz y ya no puedo leer, ellos comienzan a hablar de cómo está el país y a contar historias terribles sobre las conspiraciones y las batallas y las sangrientas hazañas que están ocurriendo a nuestro alrededor. Pero, a juzgar por lo que veo, no estamos peor que antes; y nosotros vivimos hoy en Norfolk de un modo muy similar a como se vivía en los tiempos de Helena, dondequiera que ella viviese. ¿No fue raptada Jane Moryson, la víspera de su boda, hace tan sólo un año?

De todos modos, la historia de Helena es muy antigua; mi madre dice que ocurrió mucho antes de que ella naciese; pero los saqueos y los incendios aún continúan. Por eso la conversación nos hace temblar a Jeremy y a mí y creer que cada crujido de la puerta es el ariete de algún salteador de caminos.

Pero lo peor es cuando llega el momento de irse a la cama y el fuego se consume y tenemos que subir las grandes escaleras y recorrer los pasillos, con sus brillantes ventanas grises, para llegar a nuestros fríos dormitorios. La ventana de mi dormitorio está rota y rellena de paja, pero aún así entran ráfagas de aire que levantan el tapiz de la pared, hasta me parece que una hueste de caballos y hombres armados se abalanza sobre mí. Anoche recé para que las grandes puertas de nuestra casa se mantuviesen bien cerradas y los saqueadores y asesinos pasasen de largo.


El alba, aun cuando es fría y melancólica, siempre me atraviesa las extremidades como flechas de hielo acerado y brillante. Abro las gruesas cortinas y busco en el cielo ese primer resplandor que anuncia el estallido de la vida. Y con la mejilla apoyada contra el cristal de la ventana, me gusta imaginar que estoy empujando con todas mis fuerzas la sólida muralla del tiempo que no deja de presionar y de crecer en altura y de inundarnos con nuevos espacios de vida. ¡Ojalá me fuese dado saborear el momento antes de que se extienda sobre el resto del mundo! Dejádme saborear lo más nuevo y lo más fresco. Desde mi ventana veo el patio de la Iglesia, donde están enterrados muchos de mis antepasados, y en mis oraciones me apiado de estos pobres hombres muertos que se agitan perpetuamente en las viejas y recurrentes aguas; pues los veo girando y arremolinándose eternamente en una pálida corriente. Dejádnos pues a nosotros, que gozamos del don del presente, hacer uso de él y disfrutarlo: esto, lo confieso, es parte de mi oración matinal.

Hoy ha llovido sin parar durante todo el día, de modo que he tenido que dedicar la mañana a mi costura. Mi madre le ha escrito a mi padre una carta que John Ashe llevará a Londres la semana que viene. Mis pensamientos, claro está, se hallaban detenidos en ese viaje, y en la gran ciudad que tal vez nunca llegaré a ver, aunque siempre sueño con ella. El viaje comienza al amanecer, pues conviene pasar pocas noches en el camino. John viaja con otros tres hombres; todos ellos se dirigen al mismo sitio. A veces los he visto partir y he ansiado cabalgar con ellos. Se reúnen en el patio, cuando las estrellas aún brillan en el cielo, y las gentes del lugar salen envueltas en capas y ropas extrañas, y mi madre ofrece una jarra de cerveza a cada uno de los viajeros; y se la entrega con sus propias manos. Los caballos van cargados de fardos por delante y por detrás, pero no hasta el punto de impedirles el galope si fuese necesario; y los hombres van bien armados y cubiertos de pieles forradas de lino, por-

que los días de invierno son cortos y fríos y tal vez tengan que dormir debajo de un seto. Es una visión que resulta espléndida al amanecer; los caballos relinchan y se impacientan por iniciar el viaje; la gente se agolpa alrededor. Pronuncian sus «¡Dios os ampare!» y transmiten sus últimos mensajes para sus amigos de Londres; y cuando el reloj da las cuatro se ponen en marcha. Saludan a mi madre y a los demás y desaparecen por el camino. Muchos hombres jóvenes, y también mujeres, los acompañan en su camino hasta que la niebla se interpone, pues a menudo los hombres que parten así, al alba, no regresan jamás.

Los imagino cabalgando durante todo el día por blancos caminos y los veo descabargar ante el Altar de Nuestra Señora para rendirle tributo y rogarle que los proteja de los peligros del viaje. No hay más que un camino que atraviesa vastas regiones habitadas tan sólo por asesinos o ladrones; pues estos hombres no pueden vivir con los demás, en las ciudades, sino que tienen que pasar sus vidas entre las bestias salvajes, que también asesinan y te atacan por la espalda. Es un viaje lleno de peligros; pero, francamente, creo que me gustaría hacerlo alguna vez, y surcar las tierras como un barco sobre el mar.

A mediodía llegan a una posada..., pues hay posadas en todas las etapas del camino a Londres donde un viajero puede descansar a salvo. El posadero les cuenta cómo está el camino y les pregunta por sus aventuras, para así prevenir a otros viajeros. Pero hay que apresurarse para llegar a la posada antes de que la oscuridad ponga en libertad a todas esas fieras criaturas que han permanecido ocultas durante el día. John me ha contado muchas veces cómo cuando el sol desaparece del cielo, el silencio se cierne sobre la comitiva y los hombres empuñan sus armas y hasta los caballos levantan las orejas y no necesitan que el jinete les obligue a caminar. Entonces llegan a la cima del camino y miran recelosamente hacia abajo, por temor a que algo se mueva entre las sombras del abeto que crece al borde del camino. Y en ese momento, Robin, el alegre molinero, entona una canción, y

todos cobran ánimo y descienden valerosamente colina abajo, charlando, temerosos de que el profundo aliento del miedo, como el suspiro de una mujer, pueda inundar de pánico sus corazones. Luego, alguno se pone en pie sobre el estribo y vislumbra el resplandor de una posada a lo lejos, en el horizonte. Y  Nuestra Señora se apiada de ellos, consiguen llegar sanos y salvos hasta allí, mientras nosotros, en casa, rezamos por ellos.

(3)

Esta mañana mi madre me apartó de mi lectura para hablarme en su habitación. La encontré en la pequeña estancia donde a mi padre le gusta sentarse cuando está en casa, con los pergaminos del Señorío y otros documentos. Aquí es donde ella se sienta cuando tiene algún quehacer como señora de la casa. Yo hice una profunda reverencia y en seguida adiviné para qué me había hecho llamar.

Frente a ella había una hoja de papel escrita en letra muy pequeña. Me pidió que la leyese; y acto seguido, antes de que yo pudiese coger el papel, exclamó, «No, lo leeré yo misma».

—Hija —comenzó a decir solemnemente, ya es hora de que te cases. De hecho, ha sido la agitada situación del país —suspiró— y nuestra propia perplejidad, lo que ha retrasado tanto el asunto.

—¿Piensas mucho en el matrimonio? —me miró con una media sonrisa.

—No quiero dejarte —dije yo.

—Vamos, hija mía, hablas como una niña —rió, aunque yo creo que se sentía muy complacida por mi muestra de cariño.

—Además, si te casaras como a mí me gustaría —tamborileó con los dedos sobre el papel— no estarías lejos de mí. Podrías, por ejemplo, gobernar las tierras de Kirflings... sus tierras se unirían con las nuestras y serías nuestra buena vecina. El Señor de Kirflings es Sir Amyas

Bigod, un hombre de antiguo linaje. Creo que es un buen hombre, justo lo que una madre desearía para su hija —dijo meditativamente, sin apartarse del papel.

Como yo tan sólo había visto a Sir Amyas una vez, cuando vino a casa con mi padre tras las sesiones de Norwich, y como en aquella ocasión sólo hablé con él para invitarle a beber la copa que yo le ofrecía, haciendo una reverencia, no pude añadir nada a lo que dijo mi madre. Todo cuanto sabía de él era que tenía un rostro hermoso y franco; y si bien sus cabellos eran grises, no eran tan grises como los de mi padre, y sus tierras lindaban con las nuestras, de modo que podríamos vivir felizmente juntos.

—Has de saber, hija mía —continuó mi madre—, que el matrimonio es un gran honor y una gran carga. Si te casas con un hombre como Sir Amyas no sólo te conviertes en la señora de su casa, y eso ya es mucho, sino en cabeza de su linaje por siempre jamás, y eso es mucho más. No hablaremos del amor... como habla del amor ese trovador tuyo, como una pasión y un fuego y una locura.

—No es más que un juglar, Madre —intervine yo.

—Esas cosas no existen en la vida real; al menos no son frecuentes. —Mi madre solía reflexionar gravemente mientras hablaba—. Pero eso no viene al caso. Esto, hija mía —dijo, extendiendo el papel que tenía ante sí—, es una carta de Sir Amyas dirigida a tu padre; le pide tu mano y desea saber si hay otros pretendientes y cuál será tu dote. Él dice lo que aportará por su parte. Ahora te entrego este papel para que lo leas a solas; para que puedas considerar si este intercambio te parece justo.

Yo ya sabía qué tierras y qué dinero me correspondían; y sabía también que, como hija única de mi padre, mi dote no sería insignificante.

Mas para seguir viviendo en este país que tanto amo y para estar cerca de mi madre, estaría dispuesta a aceptar menos de lo que me corresponde, tanto en tierras como en dinero. Pero la gravedad del pacto era tal que me sentí como si se me hubiesen echado varios años encima cuando mi madre me entregó el pergamino. Desde que

era niña he oído a mis padres hablar de mi matrimonio; y durante los últimos dos o tres años estuvieron casi a punto de cerrarse varios tratos, que yo sepa, aunque finalmente quedaron en nada. Entretanto he perdido mi juventud y ya es más que hora de cerrar un trato.

Estuve pensando durante un buen rato, como es natural, hasta que sonó la campana que anunciaba el almuerzo, sobre el honor y la carga, como decía mi madre, del matrimonio. Ningún otro acontecimiento en la vida de una mujer puede suponer cambio más importante. Pues, de ser una sombra que revolotea por la casa paterna sin que nadie le preste atención, la mujer pasa a ser, con el matrimonio, un cuerpo sustancial, dotado de un peso que la gente debe ver y respetar. Eso, claro está, si el matrimonio es satisfactorio. Y así, todas las muchachas aguardan este cambio con asombro y ansiedad; pues esto demostrará si será una mujer digna y con autoridad, como mi madre; o si carece de importancia o valor. Ya sea en esta vida o en la vida futura.

(4)

Andaba yo sumida en estas reflexiones cuando me interrumpió en primer lugar la campana del almuerzo. No hay que llegar tarde: eso es abusar de la bondad de Sir John y significa quedarse sin budín; luego, cuando ya estaba dispuesta a ponerme más en el papel de mujer casada, mi hermano Jeremy insistió en que diésemos un paseo con Anthony, el principal ayudante de mi padre... después de mi madre, claro está.

Es un hombre tosco, pero a mí me gusta porque es un criado leal y sabe más de tierras y ovejas que cualquier otro hombre de Norfolk. Fue él quien le rompió la crisma a Lancelot, el último día de San Miguel, por hablarle mal a mi madre. Está siempre recorriendo nuestras tierras y las quiere más, eso le digo yo, que cualquier otro ser humano. Está muy apegado a este terruño y ve en él las mil bellezas y cualidades que los hombres corrientes

ven en sus mujeres. Y como nosotros hemos trotado a su lado desde que aprendimos a andar, parte de su afecto nos pertenece también; Norfolk, y el municipio de Long Winton, en Norfolk, significa para mí tanto como mi propia abuela: un pariente amable, querido, familiar y silencioso a quien corresponderé a su debido tiempo. ¡Qué bendición sería no casarse nunca, no envejecer! ¡Pasar la vida, inocente y despreocupada, entre los árboles y los ríos, los únicos que pueden mantenerla a una pura e ingenua en medio de las preocupaciones del mundo! El matrimonio, o cualquier otra gran dicha, confundiría esa clara visión que aún es mía. Y ante la sola idea de perderla grité en secreto: «No, nunca te dejaré... por un marido o un amante», y comencé a perseguir a los conejos por el páramo con Jeremy y los perros.

Era una tarde fría, pero clara; como si el sol estuviese hecho de hielo resplandeciente y no de fuego; y sus rayos fuesen largos carámbanos que caían del cielo a la tierra. Se nos clavaban en las mejillas y brillaban sobre el pantano. El campo parecía vacío, con la excepción de algunos conejos veloces, muy castos y muy contentos en su soledad. Corríamos para entrar en calor y parloteábamos cuando la sangre fluía vivamente por nuestros brazos y piernas. Anthony avanzaba a paso ligero, como si sus zancadas fuesen el mejor remedio contra el frío. Cuando llegábamos a un seto roto, o a una trampa para conejos, Anthony se quitaba los guantes, se arrodillaba y la inspeccionaba como si fuese un día de pleno verano. En cierta ocasión tropezamos con un hombre extraño, vestido con un traje de color verde mohoso, que avanzaba con andar desgarbado, con el aspecto de quien no sabe qué dirección tomar. Anthony me cogió la mano con fuerza. Dijo que se trataba de un hombre del Asilo *, que merodeaba por allí en busca de comida. Había robado o asesinado, o tal vez era sólo un deudor. Jeremy juró haber visto sangre en sus manos, pero Jeremy es un niño y le gustaría defendernos a todos con su arco y sus flechas.

* Lugar privilegiado de refugio para los delincuentes. (N. de la T.)

Anthony tenía que visitar una de las casas de los labradores y entramos con él para resguardarnos del frío. Pero lo cierto era que yo apenas soportaba el calor y el olor. Beatrice Somers y su esposo Peter vivían allí con sus hijos. Pero aquello se parecía más a la sofocante madriguera de un conejo que a la vivienda de un ser humano. El tejado estaba hecho de maleza y paja y el suelo no era más que un montón de tierra pisoteada, desprovista de hierba o de flores. En una esquina ardían unos cuantos maderos y el humo nos irritaba los ojos. No había más que un tronco podrido en el que estaba sentada una mujer, amamantando a un bebé. Nos miró, no con temor, sino con una clara nota de recelo y desagrado en sus ojos, y sujetó al niño con más fuerza. Anthony le habló como hablaría a un animal de fuertes garras y mirada feroz: se detuvo frente a ella, y sus grandes botas parecían dispuestas a aplastarla. Pero ella no se movió, ni habló; y yo me pregunté si realmente sabía hablar o si su único lenguaje era el de los gruñidos y los aullidos.

Al salir nos encontramos con Peter, que volvía a casa desde el pantano y, aunque se llevó una mano a la frente a modo de saludo, no parecía más humano que su mujer. Nos miró y pareció fascinado por una capa de colores que yo llevaba; luego entró dando traspiés en su madriguera, supongo que para echarse en el suelo, envuelto en helechos secos, hasta la mañana siguiente. Estas son las gentes a las que debemos dominar y pisotear y azotar para que hagan el único trabajo que son capaces de hacer, de lo contrario nos destrozarían con sus colmillos. Así habló Anthony mientras nos alejábamos de allí, y luego apretó los puños y frunció los labios, como si de verdad estuviese aniquilando a uno de esos pobres miserables. A pesar de todo, la visión de aquel horrible rostro echó a perder el resto del paseo, pues parecía que incluso mi querido país producía engendros como aquellos. Yo veía aquellos ojos que me observaban ocultos entre las aulagas y la maraña de la maleza.

Entrar en nuestra limpia casa fue como despertar de una pesadilla; los troncos ardían allí perfectamente apila-

dos en la gran chimenea, y el roble resplandecía; y mi madre bajó las escaleras vestida con un elegante traje y la cabeza tocada por una cofia de lino inmaculado. Pero algunas de las arrugas de su rostro y parte de la severidad de su voz, pensé yo entonces, estaban allí porque ella siempre había visto de cerca cosas como las que yo vi aquella tarde.

(5)

Mayo

La primavera, que ya nos visita, significa algo más que el mero nacimiento de verdes brotes. Una vez más, la corriente de la vida que rodea a Inglaterra ha fundido el hielo del invierno y sentimos que la marea barre las costas de nuestra pequeña isla. Durante las últimas semanas se han visto por los caminos extraños caminantes, que pueden ser peregrinos y buhoneros o caballeros que viajan en grupo hacia Londres o hacia el norte. Y en esta época del año la mente se vuelve más despierta y esperanzada, si bien el cuerpo debe permanecer inmóvil. Pues a medida que se alargan los días y una nueva luz parece manar del oeste, uno imagina que otra luz nueva, más blanca y distinta, se está extendiendo sobre los campos; y sientes cómo te golpea los párpados mientras paseas o te sientas a bordar.

En mitad de semejante agitación y tumulto, una clara mañana de mayo, divisamos la figura de un hombre que avanzaba a grandes zancadas por el camino, agitando los brazos como si conversase con el aire. Llevaba un gran fardo a la espalda y en una de las manos sostenía un grueso volumen de pergaminos al que dirigía la vista constantemente; y entretanto no dejaba de gritar palabras como al compás de sus pasos, y su voz subía y bajaba de tal modo, en tono amenazante o apesadumbrado, que Jeremy y yo nos agazapamos detrás del seto. Pero nos vio y se quitó el sombrero, haciendo una profunda reverencia, a lo cual yo correspondí lo mejor que pude.

—Señora —dijo, con una voz ronca como el trueno del verano—, ¿puedo preguntarle si es este el camino de Long Winton?

—Está a sólo una milla de aquí, señor —dije yo, y Jeremy le indicó el camino con su bastón.

—Entonces, señor —continuó, cerrando su libro y pareciendo de pronto más calmado y más consciente de la hora y el lugar—, ¿puedo preguntarle también en qué casa podré vender mis libros más fácilmente? Vengo desde Cornualles, cantando canciones e intentando vender los manuscritos que llevo conmigo. Mi morral aún está lleno. Estos son malos tiempos para las canciones.

Lo cierto era que aquel hombre, aunque de mejillas rubicundas y complexión robusta, iba tan mal vestido como cualquier gañán; y sus botas estaban tan remendadas que caminar con ellas debía de haber sido un auténtico suplicio. Pero había en él una especie de alegría y de cortesía, como si la dulce música de sus canciones lo atrapase y lo elevase por encima de los pensamientos corrientes.

Yo le apreté el brazo a mi hermano y dije: —Nosotros vivimos en la casa, señor, y le mostraremos el camino con sumo gusto. Me gustaría mucho ver esos libros—. Su mirada perdió la alegría de inmediato, y me preguntó casi con severidad: —¿Sabe usted leer?

—Joan mete las narices en todos los libros que encuentra —dijo Jeremy, apretándome el brazo a su vez.

—Háblenos de sus viajes, señor. ¿Ha estado usted en Londres? ¿Cómo se llama?

—Me llaman Richard, señor —dijo el hombre sonriendo—. Sin duda tengo otro nombre, pero nunca lo he oído. Nací en Gwithian, en Cornualles, y puedo cantarle más canciones de mi tierra, señora, que cualquier otro hombre del ducado—. Se volvió hacia mí y blandió el libro que sostenía en la mano—. Aquí, por ejemplo, en este pequeño volumen, están todas las historias de los Caballeros de la Tabla Redonda, escritas de puño y letra por el mismísimo Maese Anthony e ilustradas por los Monjes de Cam Brea. Este libro es para mí más valioso

que mi esposa o mis hijos, pues no tengo ni esposa ni hijos. Significa para mí carne y bebida, pues me ofrecen cena y posada por cantar las hazañas que contiene. También significa caballo y sostén, pues me ha permitido recorrer muchas millas por fatigosos caminos; y es el mejor de cuantos compañeros de viaje pueda encontrar, pues siempre tiene algo nuevo que cantarme; y guarda silencio cuando deseo dormir. ¡Jamás hubo libro igual!

Habló de este modo, que era totalmente desconocido para mí, pues al hablar no parecía decir exactamente lo que pensaba ni preocuparse de si nosotros lo entendíamos. Pero parecía sentir un gran afecto por las palabras, ya hablase en broma o en serio. Entramos en el patio y él se enderezó, se limpió las botas con un pañuelo y, con rápidos movimientos de sus dedos, intentó adecentar un poco su indumentaria. Se aclaró la garganta, como quien se dispone a cantar. Yo corrí en busca de mi madre, que se acercó lentamente y lo miró desde una ventana antes de decidirse a escucharlo.

—Lleva su morral repleto de libros, madre —dije yo con impaciencia—. Tiene todos los relatos de Arturo y la Tabla Redonda; estoy segura de que podría contar-nos lo que fue de Helena cuando su marido se la llevó. ¡Por favor, madre, déjanos escucharle!

Ella rió ante mi impaciencia; pero me pidió que llamase a Sir John, pues a fin de cuentas era una hermosa mañana.

Cuando bajamos, el hombre daba vueltas de acá para allá, hablando con mi hermano sobre sus viajes. Le contaba que había golpeado a un hombre en la cabeza y le había gritado a otro, «Vamos, bribón» y todos los demás huyeron como...» entonces vio a mi madre y se quitó el sombrero como era su costumbre.

—Mi hija me ha dicho, señor, que viene usted de tierras extranjeras y que sabe cantar. Somos gente del campo y por lo tanto me temo que estamos poco familiarizados con las historias de otros lugares. Pero estamos dispuestos a escuchar. Cántenos algo de su tie-

rra. Luego, si lo desea, puede sentarse a comer con nosotros y escucharemos con agrado las noticias del país.

Mi madre se sentó en un banco, bajo el roble; y Sir John llegó jadeando y se puso a su lado. Ella le pidió a Jeremy que abriese las puertas para que entrasen quienes quisiesen oír. Entraron, tímidos y curiosos, y se quedaron allí, mirando boquiabiertos a Maese Richard, que una vez más les saludó agitando su sombrero.

Él estaba de pie sobre un pequeño montículo de hierba y, con voz melodiosa, comenzó a contar la historia de Tristán e Isolda.

Abandonó sus alegres maneras y nos observó a todos fijamente, como si sus palabras surgiesen de alguna visión no muy alejada de él. Y a medida que la historia cobraba pasión, él levantaba la voz, y apretaba los puños y levantaba los pies, y extendía los brazos hacia adelante; y luego, cuando llegó a la parte que hablaba de los amantes, pareció como si viese a la Dama desvanecerse ante sus ojos, y su mirada buscó cada vez más lejos, hasta que la visión se disipó por completo y sus brazos quedaron vacíos. Luego, a él lo hieren en Bretaña; y oye a la princesa que surca los mares para reunirse con él.

No soy capaz de describirlo bien, pero parecía que el aire estaba repleto de Caballeros y Damas que desfilaban junto a nosotros, cogidos de la mano, murmurando y sin vernos; y entonces, de los álamos y las hayas surgieron figuras grises que flotaban por el aire, con alhajas de plata; y la mañana se llenó súbitamente de susurros y suspiros y lamentos de amantes.

Pero entonces la voz se detuvo; y todas las figuras se retiraron, desvaneciéndose y avanzando lentamente por el cielo hacia el oeste, donde tenían su morada. Y cuando abrí los ojos, el hombre y la pared gris, la gente que había junto a las puertas, se alzaron lentamente como de las profundidades, y se posaron sobre la superficie, y allí permanecieron fríos y claros.

—¡Pobres criaturas! —dijo mi madre.

Entretanto, Richard era como un hombre al que algo se le escapa de las manos, e intenta atrapar el aire. Nos

miró y yo estuve a punto de tenderle la mano, y decirle que estaba a salvo. Pero, justo en ese momento, se serenó y sonrió como si tuviese razones para estar contento.

Miró a la multitud agolpada en la puerta y entonó una alegre melodía sobre una muchacha de cabellos castaños y su amante, y la multitud sonrió y llevó el compás con los pies. Entonces, mi madre nos pidió que entrásemos a almorzar; y sentó a Maese Richard a su derecha.

Comió como un hombre que ha estado alimentándose de escaramujos y bayas de espino y bebiendo agua del arroyo. Y cuando hubieron retirado la comida, rebuscó solemnemente en su morral y sacó de él varios objetos, depositándolos sobre la mesa. Había pasadores y broches y collares de cuentas, pero también había muchos pergaminos cosidos unos a otros, aunque ninguno de ellos era tan grande como el libro. Luego, adivinando mi deseo, me ofreció el precioso volumen y me invitó a mirar las ilustraciones. Era un libro realmente hermoso; las letras mayúsculas enmarcaban brillantes cielos azules y túnicas doradas; y entre las letras había grandes espacios de colores en los que se veían príncipes y princesas avanzando en procesión, y ciudades con iglesias sobre abruptas colinas, y el mar, irrumpiendo con su azul al fondo. Eran como pequeños espejos que reflejaban las mismas visiones que yo había visto flotar en el aire pero que aquí permanecían atrapadas para siempre.

—¿Ha tenido alguna vez este tipo de visiones?— le pregunté.

—Sólo las tienen quienes miran —respondió enigmáticamente. Y, quitándome el manuscrito de las manos, ató firmemente la cubierta y lo apretó contra su pecho.

Estaba tan amarillento y bien atado por fuera como el misal de un sacerdote; pero en su interior, los elegantes caballeros y las damas se movían, nítidamente, al son de la incesante melodía de hermosas palabras. Era todo un mundo encantado lo que encerraba en su gabán.

Le ofrecimos alojamiento para esa noche, no quiso más, pese a que le rogamos que se quedase y cantase para nosotros de nuevo. Pero no prestó más atención a

nuestras súplicas que a la lechuza que cantaba oculta entre la hiedra, y se limitó a decir: «He de seguir mi camino». Al alba abandonó la casa, y sentimos como si un ave extraña se hubiese posado un momento en nuestro tejado, antes de alzar nuevamente el vuelo.

(6)

Mediados del verano

Hay una semana, o tal vez es sólo un día, en que el año parece quedar conscientemente suspendido en su cumbre más alta. Permanece allí, inmóvil, durante un intervalo breve o largo, como en mayestática contemplación, y luego, lentamente, se hunde como un monarca que desciende de su trono y se envuelve en la oscuridad.

¡Pero las figuras son cosas resbaladizas!

En este momento tengo la sensación de quien asciende hasta regiones tranquilas, sobre el gran lomo del mundo. La paz de la nación y la prosperidad de nuestro pequeño rincón —pues mi padre y mis hermanos están en casa— dibujan un perfecto círculo de satisfacción; puedes pasar desde la tersa bóveda del cielo hasta nuestro tejado sin cruzar golfo alguno.

Así pues, parecía el momento más idóneo para nuestra peregrinación estival hasta el altar de Nuestra Señora, en Walsingham; y este año más especialmente, pues tengo mucho que agradecer y aún más por lo que rezar. Mi matrimonio con Sir Amyas se ha fijado para el 20 de diciembre y estamos muy ocupados con los preparativos. De modo que ayer me levanté al alba y recorrí el camino a pie para demostrar que me acercaba al altar con espíritu humilde. ¡Y un buen paseo es sin duda la mejor preparación para los que rezan!

Comenzar con el ánimo fresco, como un caballo alimentado con avena; dejarle encabritarse y lanzarse al galope y transportarte raudo de acá para allá. Nada conseguirá obligarle a seguir el camino; y trotará por praderas cubiertas de rocío, aplastando mil flores delicadas bajo sus patas.

Pero el día se vuelve cada vez más caluroso; y puedes conducirlo, todavía al trote, de nuevo hasta el camino; y te transporta ligeramente, con un suave balanceo, hasta que el sol del mediodía te obliga a descansar. La pura verdad, sin metáforas, es que la mente viaja libre de obstáculos por los laberintos de un espíritu estancado si un enérgico par de piernas le impulsan a ello; y la criatura cobra agilidad con el ejercicio. Supongo que durante aquellas tres horas que pasé camino de Walsingham podría haber reflexionado tanto como durante toda una semana de vida en casa.

Y mi mente, que se mostraba al principio rápida y alegre, y brincaba como un niño, se adaptó poco a poco a las fatigas del camino, sin perder no obstante su contento. Comencé a pensar en las cosas serias de la vida —como la vejez y la pobreza y la enfermedad y la muerte—, y concluí que sin duda sería mi destino conocerlas; y pensé también en esas alegrías y esas penas que se daban caza mutuamente y sin tregua a lo largo de mi vida. Las cosas pequeñas ya no me agradarían o me atormentarían como antaño. Pero aunque estas reflexiones me hacían sentirme solemne, sentía también que había llegado para mí el momento en que tales sentimientos son ciertos; y luego, a medida que avanzaba, me pareció que uno podía ahondar en ese tipo de sentimientos y estudiarlos, pues, de hecho, yo había caminado por un amplio espacio abierto, en la cubierta del manuscrito de Maese Richard.

Los vi como sólidas esferas de cristal; con una pelota de tierra coloreada y aire en su interior donde trabajaban diminutos hombres y mujeres, como bajo la bóveda del mismo cielo.

Walsingham, como todo el mundo sabe, es un pueblecito muy pequeño, situado en la cima de una colina. Pero a medida que te aproximas por una llanura de abundante vegetación, ves alzarse ese terreno elevado mucho antes de llegar allí. El sol de mediodía iluminaba los suaves verdes y azules de las tierras pantanosas; y producía en uno la impresión de atravesar una tierra suave y lujuriosa que brillaba como un libro ilustrado, rum-

bo a una austera cima donde la luz rebotaba contra algo que apuntaba hacia lo alto y era pálido como los huesos.

Finalmente llegué a la cima de la colina, sumándome a la corriente de peregrinos, y todos nos cogimos de la mano, para mostrar que acudíamos humildemente como seres humanos y recorrer juntos los últimos pasos del camino, entonando nuestro Miserere.

Había hombres y mujeres, y lisiados y ciegos; y algunos iban cubiertos de harapos, y otros habían llegado a caballo; confieso que mis ojos buscaron curiosamente sus rostros, y pensé por un momento, desesperadamente, que era terrible que la carne y los pantanos nos separasen. Seguro que tenían extrañas y alegres historias que contar.

Pero entonces, la pálida cruz con la Imagen apareció ante mis ojos, llamando a todo mi ser a reverenciarla.

No ocultaré que estos llamamientos me parecieron lúgubres, pues el sol y las tormentas habían tornado la figura dura y blanca; pero el empeño de adorarla como otros la adoraban llenó mi mente con una imagen tan grande y blanca que no dejaba cabida a ningún otro pensamiento. Por un momento me entregué a ella, como jamás me había entregado a ningún hombre o mujer, y herí mis labios con la áspera piedra de su túnica mientras la luz y el calor abrasaban mi cabeza desnuda; y cuando el éxtasis hubo pasado, el paisaje que había a mis pies voló como un estandarte que se despliega súbitamente.

(7)

Otoño

Llega el otoño; y mi matrimonio no está lejos. Sir Amayas es un buen caballero que me trata con gran cortesía y espera hacerme feliz. Ningún poeta podría cantar nuestro noviazgo; y debo confesar que, desde que empecé a leer historias de princesas, he lamentado a veces que mi destino se pareciese tan poco al suyo. Pero ellas no vivían en Norfolk, ni en la época de las guerras civiles; y mi madre me dice que la verdad es siempre lo mejor.

Con el fin de instruirme en mis obligaciones de mujer casada mi madre me ha permitido ayudar en el gobierno de la casa y las tierras; y ahora empiezo a comprender cuánto tiempo pasaré sumida en pensamientos que nada tienen que ver con los hombres o la felicidad. Están las ovejas, los bosques, las cosechas, las gentes, cosas todas ellas que requerirán mi cuidado y atención cuando mi Señor esté ausente, lo cual sucederá muy a menudo; y si los tiempos son tan turbulentos como lo han sido hasta ahora, también tendré que actuar como general y dirigir las tropas de mi Señor contra el enemigo. Y además tendré que ocuparme de las tareas que me son propias como mujer y me reclaman en la casa. ¡Realmente, como dice mi madre, quedará poco tiempo para príncipes y princesas! Y continuó exponiéndome lo que ella llama su teoría de la propiedad; cómo, en estos tiempos, quien gobierna una pequeña isla se encuentra en medio de una corriente de aguas turbulentas; cómo hay que sembrar y cultivar la tierra; y abrir caminos en ella y amurallarla sólidamente para protegerla de las mareas; y tal vez un día las aguas lo anegarán todo y esta parcela de terreno quedará lista para formar parte de un mundo nuevo. Tales son sus sueños con respecto a lo que el futuro deparará a Inglaterra; y ha sido la esperanza de su vida convertir su provincia en un lugar seguro sobre el que pisar en todo momento. Me insta a confiar que viviré para ver el día en que toda Inglaterra esté así, sólidamente afianzada; y si llego a verlo, daré las gracias a mi madre y a otras mujeres como ella.

Mas debo confesar que, si bien honro profundamente a mi madre y respeto sus palabras, no puedo aceptar su sabiduría sin un suspiro. Ella parece no ansiar nada mejor que una tierra que se alza sólida entre las brumas que ahora la envuelven; y su mayor anhelo es, creo yo, un ancho camino que surque la tierra, y en él ve largas hileras de jinetes que cabalgan en paz, peregrinos que caminan alegremente y sin armas, y carretas que se dirigen cargadas hacia la costa y regresan igualmente cargadas con las mercancías de los barcos. También sueña con casas gran-

des que se alzan abiertamente a la vista de todos, con sus fosos llenos y sus torres derribadas; y las puertas se abrirán libremente a todos los caminantes; y huéspedes y sirvientes compartirán alegremente la mesa con el Señor. Y cabalgaremos por campos rebosantes de grano, y habrá manadas de ovejas y de vacas en los pastos y casitas de piedra para los pobres. Mientras escribo esto comprendo que es bueno y que haríamos bien en desearlo.

Pero al mismo tiempo, cuando imagino esta escena, no me resulta agradable y creo que me será difícil respirar en medio de ese estilo de vida sosegado y luminoso.

Y sin embargo no soy capaz de decir qué es lo que quiero, aunque lo deseo ardientemente y, en secreto, espero que así sea. Pues muchas veces, y cada vez con más frecuencia a medida que pasa el tiempo, me sorprendo a mí misma deteniendo bruscamente mi paseo, como si una apariencia extraña y desconocida sobre la superficie de esos campos que tan bien conozco me impidiese avanzar. Es un indicio de algo, pero se desvanece antes de que consiga comprender su significado. Es como si una sonrisa desconocida surgiese de pronto en un rostro familiar; en cierto modo te asusta, y sin embargo te atrae.

Ultimas páginas

Mi padre entró ayer cuando yo estaba sentada ante el escritorio sobre el que redacto estas notas. Está muy orgulloso de mi capacidad para leer y escribir, capacidad que de hecho adquirí principalmente sentada sobre sus rodillas.

Pero la confusión se apoderó de mí cuando me preguntó qué escribía y, balbuciendo que era un «Diario», cubrí las páginas con las manos.

—¡Ah —exclamó—, ojalá mi padre hubiese llevado un diario! Pero él, pobre hombre, no sabía siquiera escribir su nombre. Ahí están John y Pierce y Stephen enterrados en el patio de la iglesia, pero ellos no dejaron ninguna palabra que indique si fueron hombres buenos o ma-

los. —Así habló mi padre, hasta que mis mejillas palidieron de nuevo.

—Y lo mismo dirá mi nieto de mí —continuó—. A mí me gustaría escribir tan sólo una línea, si supiera, para decir: «Soy Giles Martyn; soy un hombre de mediana estatura, de tez oscura y ojos color de avellana, y tengo bigote; sé leer y escribir, aunque no me resulta fácil. Cabalgo hasta Londres a lomos de una yegua baya que es de lo mejor que puede encontrarse en todo el Condado. ¿Qué más podría decir? ¿Y se tomarían ellos la molestia de escucharlo? ¿Y quiénes serán *ellos*? —Se rió, pues acostumbraba a concluir sus alocuciones con una risotada, a pesar de que al comienzo se mostraba grave.

—A ti te gustaría oír cosas de tu padre —dijo yo—. ¿Por qué no habrían de tomarse ellos la molestia de oír lo que tú quieres decir?

—Mis antepasados se parecían mucho a mí —dijo—. Vivieron aquí, todos ellos; araron la misma tierra que yo aro; se casaron con mujeres del lugar. Y si apareciesen por la puerta en este momento yo los reconocería, y no me resultaría nada extraño. Pero el futuro —extendió las manos— ¿quién sabe cómo será? Podemos desaparecer de la faz de la tierra, Joan.

—¡Oh no! —exclamé yo—. Estoy segura de que viviremos aquí siempre. Esto agradó en secreto a mi padre, pues no hay hombre que se preocupe más por sus tierras y su apellido que él; aunque siempre sostiene que si fuésemos de una estirpe más orgullosa no habríamos conservado nuestra prosperidad durante tanto tiempo.

—Bien, Joan, tienes que guardar tus escritos —dijo—. O mejor aún, yo los guardaré por ti. Porque vas a dejarnos... aunque no sea para irte lejos —añadió rápidamente—; y los nombres de poco importan. Además, me gustaría conservar algo tuyo cuando te hayas ido. De este modo, nuestros descendientes tendrán una razón para respetar al menos a uno de los nuestros. —Miró con gran admiración las pulcras líneas trazadas por mi mano—. Ahora, hija mía, ven conmigo a la iglesia a visitar la tumba de mi padre.

Mientras caminaba con él pensé en sus palabras y en las muchas hojas escritas que reposaban en mi escritorio de roble. El invierno había regresado de nuevo desde que con tanto orgullo yo hiciera mi primer trazo, pensando que había pocas mujeres en Norfolk capaces de hacer lo mismo; y de no ser porque parte de ese orgullo permaneció conmigo, creo que habría dejado de escribir hace ya tiempo. Pues, a decir verdad, no hay nada en la palidez de mis días digno de ser contado; y el relato se vuelve tedioso. Y mientras caminaba bajo el hiriente aire de esa mañana de invierno pensé que si alguna vez volvía a escribir no sería sobre Norfolk y sobre mí misma, sino sobre Caballeros y Damas y aventuras en tierras extranjeras. Hasta las nubes, que avanzan surcando el cielo desde el oeste, cobran las formas de capitanes y soldados, y me resulta difícil dejar de imaginar yelmos y espadas, así como hermosos rostros y altos peinados en esas olas de bruma teñida de colores.

Pero como diría mi madre, las mejores historias son las que se cuentan al amor de la lumbre; y yo estaré más que satisfecha si puedo terminar mis días como una de esas ancianas capaces de mantener en calma una casa en las noches de invierno, con sus historias sobre las extrañas cosas que han visto y las hazañas que tuvieron lugar durante su juventud. Siempre he pensado que esas historias surgían en parte de las nubes, de lo contrario, ¿por qué nos excitan más que cualquier otra visión? A buen seguro que ningún libro vale tanto como ellas.

Así fue Elsbeth Aske, quien, cuando ya era demasiado vieja para tricotar o coser y estaba demasiado anquilosada como para levantarse de su silla, pasaba el día sentada junto al fuego con las manos entrelazadas, y bastaba con que alguien le tirase de la manga para ver cómo se le encendían los ojos, y contaba historias de batallas y reyes y grandes nobles, y también historias de las gentes sencillas, hasta que el aire parecía agitarse y murmurar. También sabía cantar baladas; y cantaba mientras permanecía allí sentada. Y hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, recorrían largas distancias para escucharla; pues, pese a

todo, no sabía leer ni escribir. Y la gente pensaba que también podía predecir el futuro.

Así llegamos hasta la iglesia donde están enterrados mis antepasados. El famoso escultor, Ralph de Norwich, ha tallado recientemente la tumba de mi abuelo, y ahora ya está casi terminada, cubriendo su cuerpo; y las velas ardían erguidas en la penumbra de la iglesia. Nos arrodillamos y susurramos oraciones por su alma; y luego, mi padre se retiró para hablar con Sir John, y yo me entregué a mi tarea favorita de leer los nombres y observar los rasgos de mis parientes y antepasados muertos. Cuando era niña me asustaban esas figuras rígidas y blancas; sobre todo cuando pude leer que llevaban mi apellido; pero ahora que sé que nunca se moverán y mantendrán sus manos entrelazadas para siempre, siento lástima de ellas, y me gustaría hacer cualquier pequeño gesto para complacerlas. Tiene que ser algo secreto e inesperado... un beso o una caricia como las que se hacen a una persona viva.

[*Diálogo en el Monte Pentélico*]

Ocurrió hace no muchas semanas que un grupo de turistas ingleses se encontraba descendiendo por la ladera del Monte Pentélico. Ellos habrían sido los primeros en corregir esta frase y señalar cuánta inexactitud e incluso injusticia se ocultaba tras semejante descripción de sus personas. Porque llamar turista a alguien a quien encuentras en el extranjero es definir no sólo su circunstancia sino también su espíritu, y su espíritu, habrían dicho —de no ser porque los burros resbalaban sobre las piedras—, no estaba sujeto a tales limitaciones. Los alemanes son turistas y los franceses son turistas, pero los ingleses son griegos. Ése era el significado de su discurso, y debemos creer en su palabra, pues en realidad estaban en lo cierto.

El Monte Pentélico, como sabemos quienes hemos leído a Baedeker, aún conserva en su ladera la noble cicatriz abierta por las manos de ciertos canteros griegos que recibían la sonrisa y tal vez la maldición de Fidias como recompensa a su trabajo ¹. Por eso, para hacerle justicia

Título original: [«A Dialogue upon Mount Pentelicus»]. Escrito probablemente a finales de noviembre o en diciembre de 1906. Se da el texto del original mecanografiado —del ológrafo sólo se conserva una página—, carente tanto de título como de fecha.

¹ El Monte Pentélico fue la cantera empleada en la construcción del Partenón, de cuya supervisión se encargó el escultor griego Fidias. El nombre de Karl Baedeker se convirtió en sinónimo de sus famosas guías de viaje.

hay que meditar sobre diversos temas y combinarlos de la mejor manera posible. Hay que pensar en él no sólo como la silueta que se ve desde tantas ventanas griegas —Platón levantaba la vista del papel y lo miraba en las mañanas soleadas— sino también como el lugar de trabajo y la morada donde tantos esclavos griegos consumieron sus vidas. Y era saludable cuando el grupo desmontaba a mediodía, tropezar penosamente con los toscos bloques de mármol que por alguna razón habían sido ignorados o apartados cuando los carros bajaron a Atenas. Era saludable porque en Grecia es posible olvidar que las estatuas son de mármol, y era bueno ver que el mármol se resistía, sólido y duro y terco, al cincel del escultor.

«¡Así eran los griegos!» Y quien oyese tal exclamación supondría que cada uno de los que hablaban tenía alguna conquista personal que celebrar y era el noble vencedor de la piedra en persona. Él la había obligado a convertirse en su Hermes o su Apolo con sus propias manos. Pero entonces los burros, cuyos antepasados habían tenido por establo una caverna, pusieron fin a la meditación, y los jinetes, en fila de seis, descendieron solemnemente colina abajo. Habían visto Maratón y Salamina, y Atenas habría sido también suya de no ser porque quedaba oculta tras una nube; lo cierto es que se sentían acosados por terribles presencias. Y para demostrarse que estaban debidamente inspirados, no sólo compartieron su botella de vino con el séquito de niños griegos, campesinos y sucios, sino que incluso se dignaron hablarles en su propia lengua, como habría hablado Platón si hubiese estudiado griego en Harrow. A otros corresponderá decidir si actuaron o no con justicia; pero el hecho de que los griegos no entendiesen la lengua griega hablada en suelo griego, aniquila de golpe a toda la población de Grecia, hombres, mujeres y niños por igual. En mitad de esta crisis una palabra acudió oportunamente a sus labios; una palabra que bien podría haber pronunciado Sófocles y sancionado Platón; eran «bárbaros». Denunciarlos así no era sólo cumplir con un deber para con los muertos, sino proclamar a los legítimos herederos, y por espacio de al-

gunos minutos las canteras de mármol del Pentélico pregonaron la noticia a todos cuantos podían dormir bajo sus rocas o habitar sus cavernas. El pueblo espurio fue condenado; la raza melancólica y charlatana, lenguaraz y voluble, que había parodiado el discurso y usurpado el nombre de los grandes durante tanto tiempo, fue atrapada y condenada. Obediente al grito, el arriero descendió a lomos de su montura —una mula blanca encabezaba la fila— con el buen talante de quien consigue esquivar cada uno de los golpes que asesta a otro. Pues cuando los ingleses gritaron, el arriero pensó que más valía apretar el paso. Difícilmente hubiera podido tomar decisión más feliz; el momento tenía su palabra; ningún poeta podría hacer más; un novelista probablemente habría hecho menos. Y así, con ese único grito, los ingleses cayeron desordenadamente de su clímax y rodaron con gran estrépito por la ladera de la montaña tan despreocupados y alegres como si aquella tierra fuera suya.

Pero el descenso del Pentélico se ve frenado por una cornisa plana y verde donde la naturaleza parece alzarse por un momento antes de hundirse de nuevo en la colina. Hay grandes plátanos que extienden generosamente sus ramas, y arbustos pequeños, pulcramente alineados, y un arroyo que parece cantar sus alabanzas y las delicias del vino y el canto. Casi se podía oír la voz de Teócrito en el lamento que el agua producía sobre las piedras, y algunos de los ingleses la oyeron, pese a que el texto se encontraba cubierto de polvo en las bibliotecas de sus casas. Lo cierto es que aquí la naturaleza y el cántico del espíritu clásico incitaron a los seis amigos a descabalar y tomarse un descanso. Los guías se alejaron, aunque no tanto como para no ser vistos mientras hacían sus cabriolas, rodaban y cantaban, se tiraban de la manga unos a otros y hablaban de los viñedos que teñían de púrpura los campos. Pero si algo sabemos de los griegos es que eran gente tranquila, grandilocuentes en sus ademanes y en su modo de hablar, y cuando se sentaron junto al arroyo que había detrás del plátano, se colocaron justo como el pintor habría querido representarlos: el viejo

apoyó la barbilla en el bastón de manera que con la frente daba sombra a los muchachos que yacían tendidos en la hierba a sus pies. Y un solemne grupo de mujeres vestidas de blanco pasó por detrás, en silencio, balanceando los cántaros sobre sus hombros. Ningún erudito de Europa habría dispuesto la escena de otro modo o convencido a nuestros amigos de que había alguien con más derecho que ellos a construir tales visiones.

A continuación se tumbaron a la sombra, y no fue culpa suya ni tampoco de los clásicos que su discurso no llegase a la altura, al menos en intenciones, de su noble modelo. Pero puesto que es aún más difícil escribir un diálogo que pronunciarlo, y es dudoso que los diálogos escritos se hayan hablado alguna vez o que los diálogos hablados se hayan escrito, sólo rescataremos los fragmentos que interesan a nuestro relato. Sí diremos no obstante una cosa: que la conversación fue absolutamente espléndida.

Abarcó muchos temas: aves y zorros, si se debe echar agarrás al vino... cómo hacían el queso en la antigüedad... la situación de las mujeres en el Estado griego... ¡aquello era elocuencia!... la métrica de Sófocles... la forma de ensillar las mulas... y así, cayendo y remontándose como un águila en pleno vuelo, la conversación acabó finalmente en el incomprensible enigma del hombre griego moderno y el lugar que ocupa en el mundo actual. Algunos, de naturaleza optimista, reclamaban un presente para él, otros, menos crédulos pero también optimistas, confiaban en que habría un futuro, y otros, bien dotados de imaginación, recordaban el pasado; pero a uno le tocó combatir todas aquellas supersticiones al tropezar con la cepa de un olivo seco, y tuvo que demostrar a golpe de discurso y de músculo qué habían sido los griegos y por qué han dejado de serlo.

Esta gente —dijo y, mientras hablaba, el sol brillaba en el cielo y un águila dorada planeaba sobre la colina—, esta gente era tan repentina como el alba, y moría como muere el día en Grecia, completamente. Ignorantes de todo cuanto debía ser ignorado —la caridad, la religión, la vida doméstica, el conocimiento y la ciencia— se concen-

traron en lo bello y en lo bueno, y lo encontraron suficiente no sólo para este mundo sino también para un número infinito de mundos por venir. «Allí donde los griegos se mostraban modestos...» mas para concluir la cita, pues tenía que leer lo que entonces nadie podía decir, recurrió a su Peacock, pero su Peacock había quedado olvidado con un par de calcetines y una lata de tabaco, la más amarga de las pérdidas, en las ruinas de Olimpia, y se vio obligado a retomar el hilo en un nivel algo inferior, aunque no con menos ardor que cuando empezó ². Entonces dijo que los griegos, al prescindir de lo superfluo, habían creado al fin la estatua perfecta, o la estrofa ideal, mientras que nosotros, por el contrario, al envolverlas con nuestros sentimientos y nuestra imaginación, habíamos ocultado la forma y destruido la sustancia. Mirad, exclamó, el Apolo de Olimpia, el busto de un muchacho en Atenas, leed *Antígona* ³, pasead entre las ruinas del Partenón, y pensad si queda sitio a su lado o a sus pies para cualquier forma de belleza posterior. ¿No es acaso cierto, como sugiere la imaginación en la oscuridad y la palidez del alba, que había tantas formas de belleza flotando en el limbo a la espera de ser aprehendidas por el pensamiento como las que los griegos habían plasmado en piedra y palabra, y que a nosotros no nos queda sino venerarlas en silencio o, si lo preferimos, remover el aire vacío?

Uno le respondió, alguien cuya persona estaba ya manchada por una peligrosa herejía; pues tan sólo un año antes había esgrimido una teoría enteramente nueva para afirmar que los griegos tenían que dejar, como él decía, «de azotar a los niños malos para que se porten bien.» ⁴ Y sin embargo era un erudito. Su razonamiento,

² Thomas Love Peacock (1785-1866) fue un escritor de sátiras, ensayista y poeta, cuya prosa satírica sirvió, en opinión de S. P. Rosenbaum, como modelo para la forma de diálogo que VW emplea en este relato.

³ VW citará posteriormente la *Antígona* de Sófocles de manera sumamente eficaz en *Los años y Tres guineas*.

⁴ S.P. Rosenbaum identifica como modelos de estas voces a Thoby Stephen, cuyo reciente título de Doctor en Letras le permitió votar en

aunque hemos de prestar atención al diálogo, fue más o menos como sigue, exceptuando ciertas interrupciones que ninguna variación del alfabeto podría expresar.

«Cuando hablas de los griegos», dijo, «hablas como un sentimental y un sensiblero; y te gusta mucho hablar de los griegos. No es de extrañar que los admires tanto, puesto que representan, como has dicho, todo cuanto de noble hay en el arte y de verdadero en la filosofía y, como podrías haber añadido, todo lo mejor de ti mismo. Ciertamente nunca hubo un pueblo igual; y la razón por la que tú —que como recordarás no sacaste más que un aprobado en tu examen de grado— los llamas griegos es porque te parece irreverente llamarlos italianos o franceses o alemanes, o por el nombre de cualquier pueblo capaz de construir flotas mayores que la nuestra o de hablar una lengua que nosotros podamos comprender. No, démosles un nombre que se pueda escribir de distintas formas, que se pueda asignar a distintos pueblos, que los etimólogos puedan definir, que los arqueólogos puedan discutir, que signifique, en suma, todo lo que desconocemos y, como en tu caso, todo lo que soñamos y deseamos. De hecho no hay razón para que leas sus escritos, pues ¿no los has escrito tú? Sus páginas místicas y secretas conservan todo cuanto has considerado bello en arte y verdadero en filosofía. Porque hay, tú lo sabes, un espíritu de belleza que se alza sin bautizar sobre las palabras de Milton, como se alza también sobre la Bahía de Maratón; tal vez pueda escapársenos y desaparecer, porque desconfiamos de los fantasmas. Pero tú, no me cabe duda, estás muy ocupado incluso en este momento bautizándolo con un nombre griego y encerrándolo en una forma griega. ¿No va ya implícito ahí ese «algo de los griegos» que nunca has leído? Y parte —la mejor parte— de Sófocles y Platón y todos esos enigmáticos libros, ¿no está ya en casa? De modo que mientras lees a tus griegos en las laderas del Pentélico niegas que sus hijos sigan existiendo. Pero para nosotros, los eruditos...».

contra del griego obligatorio en Cambridge, y Adrian Stephen, que obtuvo una mediocre calificación en su Licenciatura en Letras (TLS).

«¡Oh ignorante e ilógico!», interrumpió la respuesta, y así habría continuado hasta el final del párrafo de no ser porque llegó otra respuesta que en aquel momento pareció concluyente pese a que no procedía de los Cielos sino de la ladera del monte. Los arbustos crujieron y se doblaron y una figura de color pardo surgió de su interior, con la cabeza oculta bajo el haz de leña seca que llevaba sobre los hombros. Al principio pensamos que se trataba de un hermoso ejemplar de oso europeo, pero al mirarlo de nuevo resultó que no era más que un monje desempeñando las humildes tareas del monasterio cercano. No vio a los seis ingleses hasta que estuvo junto a ellos, y entonces se irguió y los miró como si hubiesen interrumpido sus placenteras meditaciones. Era un hombre corpulento y bien formado, con nariz y frente de estatua griega. Ciertamente es que llevaba barba y que tenía el pelo largo, y había sobradas razones para considerarlo sucio y analfabeto. Pero mientras permanecía allí, inmóvil, con los ojos abiertos, una extraña —patética— esperanza cruzó por las mentes de algunos de quienes lo miraban, la esperanza de que fuese uno de esos personajes primitivos que, sumergidos en la tosca tierra, han resistido al tiempo y nos recuerdan los orígenes y la especie aún intacta: podría existir algo parecido al ser humano.

Pero la mente inglesa ya no es capaz —tal vez en Rusia sí gocen de este don— de ver cómo unas orejas desnudas se cubren de pelo o cómo crecen pezuñas donde ahora hay diez dedos. Tienen capacidad para ver algo distinto y, tal vez, quién sabe, algo mejor. El caso es que los seis ingleses tendidos bajo el plátano se sintieron ante todo obligados a recoger sus desmañadas piernas y luego a sentarse y luego a devolver la mirada al monje como suelen mirarse las personas. Tal era la fuerza de los ojos que los observaban, pues no sólo se vieron aclarados por la brisa entre los olivos sino también iluminados por una fuerza que sobrevive a los árboles e incluso a las plantas. Y ciertamente, puedes interpretarlo como quieras, lo mismo da que lo lloames hecho o que lo susurres como un milagro —y puede ser las dos cosas—, la luz era tan

intensa que hacía murmurar a los árboles y agitarse al aire. Y miles de pequeñas criaturas correteaban por la hierba, y la tierra se volvía sólida bajo los pies en kilómetros y kilómetros a la redonda. La atmósfera tampoco empezaba y concluía con ese día y ese horizonte, sino que se extendía por todas partes como un lúcido río verde, inconmensurable, y el mundo flotaba en su cinturón de eternidad. Así era la luz de los ojos del monje, y pensar en la muerte o en el polvo o en la destrucción tras aquella mirada era como exponer al fuego una hoja de papel de seda. Pues lo atravesaba todo y corría como una flecha trazando una cadena dorada a través de las épocas y las razas, hasta que las formas de los hombres y las mujeres y el cielo y los árboles se alzaban a ambos lados a su paso y se extendían formando una sólida y continua avenida desde un extremo del tiempo al otro.

Y los ingleses no podrían haber dicho entonces en qué punto se encontraban, pues la avenida era tan lisa como un anillo de oro. Pero los griegos, es decir Platón y Sófocles y los demás, estaban cerca, tan cerca como un amigo o un amante, y respiraban ese mismo aire que acariciaba las mejillas y agitaba las viñas, sólo que, como los jóvenes, aún empujaban hacia adelante y cuestionaban el futuro. Una llama como la de los ojos del monje, aunque había vagado por lugares oscuros y brillado sobre la ladera yerma de la montaña y sobre las piedras y los arbolitos atrofiados, había recibido su luz del fuego primigenio; y sin duda seguiría ardiendo en la cabeza del monje o del campesino incluso después de pasadas más épocas de las que el cerebro es capaz de enumerar.

Sin embargo, el monje se limitó a decir *καλησπέρα*, que significa buenas tardes, y curiosamente se dirigió al caballero que había sido el primero en proclamar la decadencia del pueblo griego. Y mientras éste le devolvía el saludo, poniéndose en pie y quitándose la pipa de la boca, tuvo la certeza de que hablaba como un griego habla con otro, y si Cambridge desaprobaba la relación,

las laderas del Pentélico y los olivares de Mendeli la confirmaban.

Pero el crepúsculo que pone fin al día griego caía como un cuchillo sobre el cielo; y mientras cabalgaban de vuelta a casa por el camino que discurría entre los viñedos, las luces se encendían en las calles de Atenas y ellos hablaban de cenar y meterse en la cama.

Memorias de una novelista

La muerte de la señorita Willatt, en octubre de 1884, produjo la sensación, como dice su biógrafa, de que «el mundo tenía derecho a saber algo más sobre una mujer admirable aunque retraída». De la elección de adjetivos se deduce que ese no habría sido su deseo, a menos que alguien hubiese logrado convencerla de que el mundo saldría ganando con ello. Puede que, antes de morir, la señorita Linsett la convenciese, pues los dos volúmenes de vida y cartas publicados por esta mujer se realizaron con el consentimiento de la familia. Si decidiésemos tomar la frase introductoria con fines moralizantes podríamos llenar toda una página con preguntas interesantes. ¿Qué derecho tiene el mundo a saber sobre los hombres y las mujeres? ¿Qué puede contar un biógrafo? Y también, ¿en qué medida puede decirse que el mundo se beneficia por ello? La objeción a formular estas preguntas no obedece únicamente al hecho de que ocupan demasiado espacio, sino también a que producen una incómoda sensación de vaguedad. Concebimos el mundo como una esfera, coloreada de verde allí donde hay cam-

Título original: «Memoirs of a Novelist». Escrito en 1990, VW tenía proyectado que fuera el primero de una serie de retratos literarios. El texto que se da es el mecanografiado por VW con revisiones ológrafas.

pos y bosques, rizada de azul donde está el mar, salpicada de pequeñas cimas allí donde hay cadenas montañosas. Cuando se nos pide que imaginemos el efecto que la señorita Willatt o cualquier otra persona ejerce sobre este objeto, la petición merece todo respeto pero carece de interés. Sin embargo, aunque sería una pérdida de tiempo comenzar por el principio y preguntar por qué se escriben las vidas de algunas personas, tal vez no sería del todo absurdo preguntar por qué se escribió la vida de la señorita Willatt, para así responder a la pregunta de quién era ella.

Si bien la señorita Linsett ocultó sus motivos bajo ampulosas frases, estaba respaldada no obstante por un impulso más fuerte. Al morir la señorita Willatt, «tras catorce años de amistad ininterrumpida», la señorita Linsett (si se nos permite teorizar) se sintió inquieta. Le parecía que si no hablaba de inmediato algo se perdería. Al mismo tiempo, no cabe duda de que hubo también otros pensamientos que influyeron en su decisión: lo agradable que es escribir por el mero hecho de hacerlo, lo importante y lo irreal que se vuelve la gente sobre la hoja impresa, de manera que resulta un honor haberla conocido; la posibilidad de hacer justicia a la propia persona... pero el primer sentimiento era el más auténtico. Mientras miraba por la ventanilla del coche, a su regreso del funeral, pensó primero que era extraño y luego que era indecoroso que la gente pasase por la calle con aire indiferente, algunos incluso silbando. Además, naturalmente, tenía cartas de «amigos comunes». El editor de un periódico le pidió un panegírico en mil palabras; y finalmente ella le sugirió a William Willatt que alguien debería escribir la vida de su hermana. El era notario y carecía por completo de experiencia literaria, pero no mostraba objeción alguna a lo que otros escribiesen, siempre y cuando no «derribasen las barreras». En suma, la señorita Linsett escribió el libro que, con un poco de suerte, aún se puede encontrar en Charing Cross Road.

No parece, a juzgar por las apariencias, que el mundo haya hecho hasta el momento uso de su derecho a saber

algo sobre la señorita Willatt. Los volúmenes han quedado atrapados entre *Sobre las bellezas de la naturaleza*,¹ de Sturm, y el *Manual del veterinario* en la estantería de la calle, donde el humo y el polvo ensucian los volúmenes y la gente puede hojearlos siempre y cuando el niño se lo permita. Casi inconscientemente empezamos a confundir a la señorita Willatt con lo que queda de ella y a condescender un poco con respecto a esos pobres y ajados volúmenes. Tenemos que repetirnos que estuvo viva, para lo cual más vale ver cómo fue entonces a decir (aunque sea cierto) que ahora resulta algo ridícula.

¿Quién fue pues la señorita Willatt? Tal vez su nombre sea poco conocido por la generación actual. Es mera casualidad que alguien haya leído algunos de sus libros. Estos descansan entre los tres pisos de novelas de los sesenta y los setenta, en los anaqueles más altos de pequeñas librerías costeras, de modo que hace falta una escalera para alcanzarlos y un trapo para limpiarles el polvo.

La señorita Willatt nació en 1823 y era hija de un notario de Gales. La familia pasaba parte del año cerca de Tenby, donde el padre tenía su oficina, y ella «salió» para asistir a un baile ofrecido por los oficiales de la Loggia Masónica local en el Ayuntamiento de Pembroke. Si bien la señorita Linsett dedica treinta y seis páginas a dar cuenta de estos diecisiete años, apenas habla de ellos. Es verdad que nos cuenta que los Willatt descendían de un comerciante del siglo XVI que escribía su apellido con V; y que Frances Ann, la novelista, tenía dos tíos, uno de los cuales inventó un innovador sistema para lavar a las ovejas, y el otro «será recordado por sus feligreses durante mucho tiempo. Dicen que incluso los más pobres llevaron alguna prenda de luto en memoria del “buen Pastor”». Pero esto no son más que artimañas propias del biógrafo, un modo de definir el tiempo en las primeras y frías páginas, cuando el héroe no hace ni dice nada «característico». Por alguna razón se nos habla poco de la

¹ Christoph Christian Sturm, *Beauties of Nature Delineated* (Londres, 1800).

señora Willatt, hija de Josiah Bond, un respetable lence-ro que, más tarde, compró al parecer «un local». La mu-jer murió cuando su única hija tenía dieciséis años. Tu-vo también dos hijos, Frederic, que murió antes que su hermana, y William, el notario, que la sobrevivió. Tal vez valga la pena señalar estas cosas pues, si bien es cier-to que carecen de interés y nadie las recordará, nos ayu-dan a creer en la juventud de nuestra heroína, que de lo contrario resultaría visionaria. Cuando la señorita Lin-sett se ve obligada a hablar de ella en lugar de hablar de sus tíos el resultado es el siguiente. «De este modo, Frances, se vio privada de la protección de su madre a la edad de dieciséis años. No es difícil imaginar que la pobre muchacha —pues ni siquiera la cariñosa compa-ñía de su padre y sus hermanos podía llenar *ese* vacío [aunque no sabemos nada sobre la señora Willatt] ²— buscó consuelo en la soledad y se dedicó a vagar entre el brezo y las dunas, donde los castillos de otras épocas yacen hoy abandonados y en ruinas, etc., etc.» La apor-tación de William Willatt a la biografía de su hermana resulta sin duda más valiosa. «Mi hermana era una chi-ca tímida y desgarbada, muy dada a la “ensoñación”.» En la familia siempre nos reíamos porque una vez en-tró en la pocilga confundiéndola con el lavadero y no se dio cuenta de dónde estaba hasta que Grunter (la vieja cerda negra) le arrancó de un mordisco el libro que llevaba en la mano. En lo que respecta a sus hábi-tos de estudio yo diría que fueron siempre muy marca-dos; puedo mencionar que el mejor modo de castigar cualquier acto de desobediencia por su parte era con-fiscarle la vela de su dormitorio, a cuya luz acostumbra-ba a leer en la cama. Recuerdo muy bien, cuando yo era niño, la imagen de mi hermana incorporada en la cama y con un libro entre las manos, como para apro-vechar el resquicio de luz que entraba por la puerta abierta desde la habitación contigua, donde cosía nues-tra niñera. Fue así como leyó la Historia Completa de

¹ Los corchetes son de VW.

la Iglesia, de Bright ³, que siempre fue uno de sus libros favoritos. Me temo que nosotros no supimos tratar su estudio siempre con el respeto que merecía... Por lo general no se la consideraba atractiva, aunque tenía (en la época de la que hablo) unos brazos casi perfectos.» Con respecto a esta última observación, sin duda importante, podemos recurrir al retrato que cierto artista local pintó de la señorita Willatt cuando ésta tenía diecisiete años. No es necesaria mucha perspicacia para afirmar que el suyo no era un rostro que llamase la atención en el Ayuntamiento de Pembroke en 1840. Llevaba una gruesa trenza (que el artista realza de manera especial) enrollada sobre la frente. Tenía los ojos grandes, aunque ligeramente saltones, y sus labios eran carnosos, sin llegar a ser sensuales. El único rasgo que al comparar su rostro con los de sus amigas le confería por lo general cierto valor era la nariz. Puede que alguien llegase a decirle que tenía una nariz bonita... una nariz muy marcada para una mujer. En cualquier caso, sus retratos, con una sola excepción, son todos de perfil.

Podemos imaginar (robando la acertada frase de la señorita Linsett) que esta «chica tímida y desgarbada muy dada a la ensoñación» que entraba en las pocilgas y leía historia en lugar de ficción, no lo pasó muy bien en su primer baile. Las palabras de su hermano resumen sin lugar a dudas cuál era el ambiente de vuelta a casa. Ella encontró una esquina en el gran salón de baile donde pudo ocultar casi por completo su desmañada figura, y aguardó allí a que alguien le pidiese un baile. Fijó su mirada en las guirnaldas que adornaban el escudo de la ciudad e intentó imaginar que estaba sentada en una roca y que las abejas zumbaban a su alrededor. También pensó que ninguno de los allí presentes sabía tan bien como ella lo que era el Juramento Cívico. Luego pensó que en cuestión de sesenta años, o quizá menos, todos serían pasto de los gusanos; a continuación se preguntó si antes de que llegase ese día todos los hombres que en-

³ William Bright, *A history of the Church* (Londres, 1860).

tonces bailaban en aquel salón no tendrían alguna razón para respetarla. Escribió a Ellen Buckle, a quien van dirigidas todas sus primeras cartas, que «la decepción se confunde sabiamente con nuestros placeres, para que no olvidemos, etc, etc». Y sin embargo, es probable que entre todos los que entonces bailaban en el Ayuntamiento y hoy son pasto de los gusanos, la señorita Willatt fuese la más adecuada para conversar, aun cuando nadie sintiese deseos de bailar con ella. Su rostro era duro, pero inteligente.

Ésta es la impresión que en conjunto se desprende de sus cartas. «Son las diez y he de subir a acostarme, pero antes quiero escribirte... Ha sido un día agotador, mas creo que no del todo desaprovechado... Ah, mi más querida amiga, pues tú *eres* la más querida, ¿cómo podría soportar los secretos de mi alma y el peso de lo que el poeta llama “este mundo incomprensible”⁴ sin compartírtelos contigo?» Es preciso dejar a un lado un buen número de cumplidos ya deslustrados para ahondar un poco más en la mente de la señorita Willatt. Hasta que no hubo alcanzado la edad de más o menos dieciocho años no comprendió que tenía relación alguna con el mundo. Con esta toma de conciencia llegó la necesidad de aclarar el asunto y, consecuentemente, una terrible crisis. Puesto que no disponemos de más datos que los ofrecidos por la señorita Willatt, no tenemos más remedio que especular sobre cómo llegó a sus concepciones sobre la naturaleza humana, el bien y el mal. A través de las historias que leía había adquirido cierta noción de lo que es el orgullo, la avaricia y el fanatismo. En las novelas de Waverley⁵ leyó sobre el amor. Estas ideas la inquietaron ligeramente. En las obras religiosas que le prestó la señorita Buckle aprendió, con gran alivio, que es posible escapar del mundo y al mismo tiempo gozar de un contento eterno. Jamás habría santo más santo que ella, pues tenía la

⁴ William Wordsworth, *Lines Composed a Few Miles Above Tintern Abbey*.

⁵ Serie de novelas escritas por Sir Walter Scott (1771-1832).

costumbre de preguntarse siempre antes de hablar o actuar: ¿es esto correcto? El mundo era pues realmente horrible y cuanto más desagradable lo encontraba más virtuosa se volvía. «La muerte estaba en aquella casa y el Infierno se abría ante ella», escribió, después de haber pasado una noche en esa sala con ventanas escarlata y oído las voces de los que allí bailaban. Pero las sensaciones que la incitaban a escribir no eran enteramente dolorosas. Con todo, su seriedad no servía sino para protegerla a medias y en ella tenían cabida innumerables tormentos. «¿Soy yo el único monstruo sobre la faz de la tierra?» preguntó, en mayo de 1841. «Los pájaros canturrean en el exterior; hasta los insectos se liberan de la escoria del invierno.» Ella era la única «pesada como el pan ácimo». Estaba poseída por una terrible timidez y escribe a la señorita Buckle como si viese su sombra temblar sobre el mundo entero bajo la inquisitiva mirada de los ángeles. Era una sombra encorvada, henchida de maldad, y ponía a prueba la capacidad de ambas jóvenes para enderezarla. «¿Qué no daría para *ayudarte?*», escribe la señorita Buckle. La dificultad con que tropezamos al leer ahora estas palabras es la de comprender cuál era su objetivo, pues está claro que las dos amigas imaginaban un estado en el que el espíritu permanecía sereno y feliz, y quien lo alcanzase sería perfecto. ¿Era la belleza lo que buscaban? Puesto que entonces ninguna se interesaba por nada salvo la virtud, puede que una suerte de placer estético camuflado formase parte de su religión. Lo cierto es que cuando caían en este tipo de trances quedaban aisladas de su entorno. Pero el único placer que se permitían sentir era el placer de la sumisión.

Aquí, lamentablemente, nos encontramos con un abismo. Ellen Buckle, a quien el mundo desagradaba menos que a su amiga y era más capaz de soportar esa carga sobre sus hombros, se casó con un ingeniero y con ello sus dudas se serenaron para siempre. Al mismo tiempo, Frances tuvo una extraña experiencia que la señorita Linsett oculta, de la forma más provocadora que quepa imaginar, en el siguiente pasaje. «Nadie que haya leído el

libro (*Life's Crucifix*) puede poner en duda que el corazón que concibió las penas de Ethel Eden en su desdichada unión había sentido necesariamente ese mismo dolor; es todo cuanto podemos decir, más es imposible.» El acontecimiento más importante de la vida de la señorita Willatt se convierte así en un vacío por la mojigatería de su amiga y sus estúpidas convenciones literarias. Naturalmente creemos que amó, que esperó y vio cómo sus esperanzas se desvanecían, pero qué ocurrió y qué sintió ella es algo que sólo podemos imaginar. Sus cartas de esta época son terriblemente tristes, cosa que obedece en parte al hecho de que la palabra amor y pasajes enteros relacionados con ella han quedado reducidos a asteriscos. Ya no se vuelve a hablar de indignidad y «¡Qué bendición sería encontrar un retiro para escapar del mundo!» La muerte desaparece por completo. Se diría que la señorita Willatt ha entrado en la segunda fase de su evolución, esa fase en la cual, una vez asimiladas o desechadas las teorías, sólo busca protegerse a sí misma. La muerte de su padre, en 1855, cierra un capítulo, y su traslado a Londres, donde vivió con sus hermanos en Bloomsbury, abre el siguiente.

Llegado este punto no podemos seguir pasando por alto lo que ya se ha insinuado en varias ocasiones. Está claro que hay que prescindir de la señorita Linsett o tomarse todo tipo de libertades con su texto. Y con «un breve esbozo de la historia de Bloomsbury que no vendría nada mal», con las crónicas de sociedades benéficas y sus héroes, con un capítulo sobre las visitas de la realeza al hospital, con el elogio de Florence Nightingale en el Crimea, no vemos sino una especie de reproducción en cera, como si se tratase de la señorita Willatt protegida en el interior de una vitrina de cristal. Nos sentimos tentados de cerrar el libro definitivamente cuando una reflexión nos obliga a detenernos. El asunto es, a fin de cuentas, de lo más extraño. Parece increíble que los seres humanos piensen que cosas así son ciertas de los demás, y si no lo son, que deben tomarse la molestia de decirlas. «Era justamente estimada por su benevolencia y su es-

tricta honradez, lo cual nunca fue motivo sin embargo para que se le reprochase muestra de dureza alguna. Amaba a los niños, a los animales y a la naturaleza, y Wordsworth estaba entre sus "poetas de cabecera". Y aunque sintió su muerte (la de su padre) con la ternura de una hija entregada, no se dejó llevar por lamentaciones inútiles y por tanto egoístas. Los pobres, podríamos decir, ocuparon para ella el lugar de los hijos que no tuvo.» Sacar de contexto frases como ésta es un modo fácil de satirizarlas, pero el tono uniforme del libro en el que se incluyen hace que la sátira esté fuera de lugar; lo que resulta desalentador es el hecho de que la señorita Linsett creyese estas cosas y no lo absurdas que son. Lo cierto es que creía que debíamos admirar tales virtudes y atribuirles a los amigos, tanto por su bien como por el nuestro. Así pues, leerla es como abandonar el mundo a plena luz del día y entrar en una habitación cerrada, decorada con cortinas de color burdeos e ilustrada con textos. Sería interesante descubrir qué suscitó esta curiosa visión de la vida humana, pero bastante difícil es liberar a la señorita Willatt de los disfraces con que su amiga la viste como para investigar además de dónde los ha sacado. Felizmente hay indicios de que la señorita Willatt no era lo que parecía. Indicios que se deslizan en las notas, en sus cartas, y con mayor claridad en sus retratos. La visión de aquel rostro amplio y tímido, de frente decidida y mirada hosca pero inteligente, desacredita todos los tópicos de la página anterior; parece muy capaz de haber engañado a la señorita Linsett.

Cuando murió su padre (ella nunca le había tenido afecto) se sintió más animada y decidió buscar en Londres una esfera de acción para «las grandes facultades de las que soy consciente». Puesto que vivía en un barrio pobre, la ocupación más evidente para una mujer de aquella época era hacer el bien. Y la señorita Willatt se aplicó inicialmente a la tarea con un vigor ejemplar. Como no estaba casada decidió representar a la parte menos sentimental de la comunidad. Si otras mujeres traían hijos al mundo ella se ocuparía de la salud de

estos niños. Tenía por costumbre comprobar sus progresos espirituales y reflejaba el balance en las últimas páginas de su diario, donde se anota el peso y la altura y el número del reloj; y lamentaba con frecuencia su «carácter inestable que está siempre intentando distraerme y preguntando: ¿adonde?» Puede que en realidad no estuviese tan satisfecha de su filantropía como la señorita Linsett pretendía hacernos creer. «¿Sé lo que es la felicidad?» pregunta en 1859 con extraño candor; y tras reflexionar contesta: «No.» Así pues, imaginarla como la mujer sobria y sin tacha que su amiga describe, siempre dispuesta a hacer el bien con una fe inquebrantable, es bastante incierto. Muy al contrario, era una mujer angustiada e insatisfecha, que buscaba más su propia felicidad que la de los demás. Fue entonces cuando pensó en la literatura, y cogió la pluma a los treinta y seis años más para justificar su complicado estado anímico que para decir lo que había que decir. Es obvio que su estado de ánimo era complicado, aun cuando vacilemos, desde nuestra distancia, a la hora de definirlo. De algún modo descubrió que «no tenía vocación» para la filantropía, y así se lo manifestó al Reverendo R. S. Rogers en una entrevista «que resultó dolorosa y perturbadora para ambos», el 14 de febrero de 1856. Mas, al reconocerlo, admitía también que carecía de muchas virtudes y que era necesario demostrarse, al menos a sí misma, que tenía otras. Al fin y al cabo el mero hecho de sentarse con los ojos bien abiertos colma la mente de imágenes, y tal vez al vaciarla sea posible descubrir algo revelador. George Eliot y Charlotte Brontë comparten la autoría de muchas de las novelas pertenecientes a este período, pues ambas revelaron el secreto de que la preciada materia de que están hechos los libros se encuentra a nuestro alrededor, en salas de estar y en cocinas donde viven mujeres, y se acumula con cada tic-tac del reloj.

La señorita Willatt adoptó la teoría de que no es preciso ningún tipo de formación, pero le pareció indecente describir lo que había visto, de modo que en lugar de un retrato de sus hermanos (y eso que uno de ellos había

llevado una vida de lo más extraña) o una memoria de su padre (cosa que le habríamos agradecido) inventó amantes árabes y los situó a orillas del Orinoco. Los hizo vivir en una comunidad ideal, pues disfrutaba elaborando leyes, y creó un escenario tropical, porque es más fácil lograr el efecto deseado allí que en Inglaterra. Escribía páginas enteras sobre «montañas que parecían murallas de nubes, de no ser por los profundos barrancos azules que hendían sus laderas y las cascadas diamantinas que discurrían brincando y centelleando, ora doradas, ora púrpuras, y se adentraban en la oscuridad de los pinares, emergiendo de nuevo a la luz del sol para perderse en una miríada de torrentes que fluían sobre los pastos cubiertos de flores en su base». Pero cuando tenía que enfrentarse a sus amantes y a las conversaciones de las mujeres en el interior de las tiendas cuando llegaba la hora del crepúsculo y las cabras entraban para ser ordeñadas, o a la sabiduría de «esa anciana que había presenciado demasiados nacimientos y muertes como para alegrarse de lo uno o lamentarse de lo otro», entonces tartamudeaba y se sonrojaba de forma notoria. No podía decir «Te amo», sino que empleaba «os» y «vos», lo cual, por lo indirecto de su estilo, parecía indicar que no se comprometía. Esa misma timidez le impedía ponerse en el papel del árabe o de su prometida y en realidad de cualquiera que no fuese la portentosa voz que unía los diálogos y explicaba cómo las mismas tentaciones nos asaltan igualmente bajo las estrellas del trópico y bajo la sombra de los olmos en Inglaterra.

Por estas razones ahora cuesta trabajo leer el libro, además, la señorita Willatt tenía dificultades para escribir correctamente. Había algo falso, pensaba, en la elección de las propias expresiones; lo mejor era escribir de un modo directo, decir cuanto le viniese a la mente, como un niño sentado en las rodillas de su madre, y confiar en que, como recompensa, quedase algo con sentido. Pese a todo el libro tuvo dos ediciones; un crítico lo comparó con las novelas de George Eliot, con la salvedad de que el tono era «más satisfactorio», y otro pro-

clamó que era «obra de la señorita Martineau ⁶ o del Diablo».

Si la señorita Linsett viviese aún (pero murió en Australia hace ya algunos años) nos sentiríamos tentados de preguntarle qué sistema siguió a la hora de dividir la vida de su amiga en capítulos. Los capítulos parecen obedecer, siempre que es posible, a cambios de domicilio, y nos reafirman en nuestra creencia de que la señorita Linsett carecía de otro tipo de guía para el personaje de la señorita Willatt. El gran cambio aconteció sin duda tras la publicación de *Lindamara: A Fantasy*. Cuando la señorita Willatt tuvo su memorable «escena» con el señor Rogers, estaba tan alterada que dio dos vueltas a Bedford Square llorando de tal modo que las lágrimas acabaron por pegarle el velo a la cara. Tenía la sensación de que tanto hablar de filantropía era completamente absurdo, y no dejaba la menor posibilidad de «vida individual», como ella decía. Se le ocurrió emigrar y fundar una sociedad en la que se veía a sí misma, cuando hubo terminado de dar su segunda vuelta, transmitiendo la sabiduría contenida en un libro a un círculo de aplicados discípulos que se parecían mucho a la gente que conocía, pero que la llamaban por un nombre que es un eufemismo de «Madre». Hay pasajes en *Lindamara* que así lo sugieren y aluden veladamente al señor Rogers: «el hombre que carecía por completo de sabiduría». Pero era una mujer indolente y la alabanza la volvió creíble; ésta llegó de quien no debía llegar. Los mejores de sus escritos —pues hemos rastreado en varios libros y los resultados parecen confirmar nuestra teoría— tenían como fin justificarse a sí misma, y, una vez hecho esto, siguió profetizando para otros, habitando en vagas regiones, con gran perjuicio para su sistema. Se volvió enormemente obstinada, «un síntoma de trastorno» dice la señorita Linsett, a quien le encantaba aquel lúgubre asunto... un

⁶ Harriet Martineau (1802-1876), novelista y periodista a cuya defensa de las reformas sociales y puntos de vista antiteológicos alude tal vez el crítico anónimo.

síntoma para quienes tomábamos el té en su pequeña y sofocante salita, con las paredes cubiertas de papel pintado, y participábamos en las conversaciones íntimas sobre «el Alma». «El Alma» se convirtió en su jurisdicción y abandonó las llanuras del sur por un extraño país sumido en un crepúsculo eterno, donde hay cualidades incorpóreas. Así, la señorita Linsett, que en aquella época se sentía tremendamente desanimada ante la vida, «desde que la muerte de un pariente muy querido me privase de todas mis esperanzas terrenales», se fue a visitar a la señorita Willatt, y la dejó confusa y temblorosa, pero convencida de que conocía un secreto que lo explicaba todo. La señorita Willatt era demasiado lista para creer que alguien pudiese dar respuesta a algo; pero la visión de aquellas extrañas y temblorosas mujercillas que la miraban preparadas para recibir un golpe o una caricia, como perros, producía un cúmulo de emociones, no todas ellas negativas. Lo que querían aquellas mujeres, comprendió, era oír que formaban parte de un todo, como la mosca que busca en la jarra de leche el sostén de la cuchara. Sabía también que es necesario un motivo para trabajar; era lo bastante fuerte como para convencer; y el poder, que como madre le habría correspondido, le resultaba sumamente grato, aun cuando llegase por medios ilegítimos. Poseía asimismo otra cualidad sin la cual todo lo demás habría sido inútil; podía emprender el vuelo en la oscuridad. Después de decir a los demás lo que tenían que hacer, les ofrecía, primero entre susurros y luego con voz entrecortada y temblorosa, algunas razones místicas de por qué debían hacerlo. Tales razones sólo podía descubrirlas atisbando, como si dijéramos, desde el borde del mundo; y para empezar intentó honestamente no decir más que lo que veía. El estado actual, en el que estamos destinados a ser el blanco de todos los ataques, le resultaba por lo general monótono y a veces insoportable. Una especie de corriente de aire, imprecisa y dulce como el cloroformo, que difuminase los contornos e hiciese bailar la vida cotidiana ante los propios ojos, insinuando una vista al fondo, eso era lo

que necesitaban, y la naturaleza la había dotado a ella para ofrecérselo a los demás. «La vida es una dura escuela», decía. «Cómo soportarla a menos que...» y entonces sobrevénía una rapsodia sobre los árboles y las flores y los peces de las profundidades, y una armonía eterna, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos medio cerrados, para ver mejor. «A veces nos parecía tener una Sibila entre nosotros», escribe la señorita Haig; y si es cierto que la inspiración de las Sibilas es tan sólo parcial, que son conscientes de la locura de sus discípulos, que sienten lástima de ellos, que se envanecen ante su aplauso y están hechas un lío, todo al mismo tiempo, entonces la señorita Willatt también era una Sibila. Pero lo más sorprendente de esta imagen es la triste visión que ofrece del estado de ánimo de Bloomsbury en aquella época, cuando la señorita Willatt merodeaba por Woburn Square como una araña ahíta en el centro de su tela, por cuyos filamentos corrían mujeres desdichadas, menudas como gallinas, asustadas por el sol y los carros y el horrible mundo, y ansiosas por desaparecer por completo de la escena cobijándose tras las faldas de la señorita Willatt. Las Andrew, las Spalding, el joven Charles Jenkinson «que ya nos ha dejado», la anciana Lady Battersby, que padecía de gota, la señorita Cecily Haig, Ebenezer Umpelby, que sabía de escarabajos más que nadie en toda Europa... todas aquellas personas que venían a tomar el té y luego se quedaban para la cena y la tertulia posterior, vuelven a la vida y nos tientan casi irresistiblemente a saber más de ellas. ¿Qué aspecto tenían, qué hacían, qué querían de la señorita Willatt y qué pensaban de ella en privado? Mas nunca lo sabremos ni volveremos a saber de ellas. Han quedado irremediabilmente enterradas.

Lo cierto es que sólo resta espacio para mostrar el meollo de ese último y largo capítulo que la señorita Linsett llamó «Ejecución». Sin duda es uno de los más extraños. La señorita Linsett, que estaba dolorosamente fascinada por la idea de la muerte, se amedrenta ante ella y se resiste a poner fin a su vida. Es más fácil escribir sobre la muerte, que al fin y al cabo es común a todo el mun-

do, que sobre una vida en concreto; hay criterios generales que nos gusta aplicar de vez en cuando a nosotros mismos, y hay algo en el hecho de decir adiós a una persona que produce suaves modales y sensaciones agradables. Además, la señorita Linsett sentía una desconfianza natural hacia la vida, que era tempestuosa y vulgar y nunca la había tratado demasiado bien, y, como quien reprende a un colegial maleducado, aprovechaba cualquier ocasión para demostrar que los seres humanos mueren. Quien realmente lo deseara podría ofrecer más detalles sobre estos últimos meses de la vida de la señorita Willatt que sobre todos los anteriores. Sabemos exactamente de qué murió. La narración discurre a paso fúnebre y permite saborear cada una de las palabras; pero, en realidad, no pasa de ahí. La señorita Willatt padecía una dolencia interna desde hacía años, pero sólo lo mencionaba con sus amigos íntimos. Más tarde, en el otoño de 1884, cogió un resfriado. «Fue el principio del fin, y a partir de ese momento tuvimos pocas esperanzas». En cierta ocasión le dijeron que se estaba muriendo, pero ella «parecía absorta en una alfombra que estaba tejiendo para su sobrino». Cuando se fue a la cama no pidió ver a nadie salvo a su vieja criada, Emma Grice, que llevaba treinta años a su servicio. Finalmente, la noche del 18 de octubre, «una tormentosa noche de otoño, con nubes veloces y ráfagas de lluvia», la señorita Linsett fue requerida para decir adiós. La señorita Willatt estaba tendida, con los ojos cerrados, y su cabeza en penumbra resultaba «espléndida». La señorita Willatt permaneció en esa posición durante toda la noche, sin hablar o moverse o abrir los ojos. Una vez levantó la mano izquierda «en la que llevaba la alianza de su madre», y la dejó caer de nuevo. Esperaban algo más, pero como no sabían qué quería no hicieron nada; media hora más tarde la colcha se quedó inmóvil y todos se acercaron desde sus rincones y vieron que había muerto.

Tras leer esta escena, con su acompañamiento de detalles superfluos, sus caprichosas florituras para crear un clímax —cómo mudaba de color y le refrescaban la fren-

te con agua de colonia, cómo el señor Sully llegó y se marchó, cómo las aves trepadoras golpeaban en la ventana, cómo la habitación se tornaba pálida con la luz del amanecer, cómo los gorriones gorjeaban y los carros traqueteaban por la plaza camino del mercado—, comprendemos que a la señorita Linsett le gustaba la muerte porque le producía una emoción y le hacía sentir las cosas como si realmente significasen algo. En aquel momento quiso a la señorita Willatt; la muerte de la señorita Willatt le hizo sentirse incluso feliz. Era un final imperturbado por la posibilidad de un nuevo comienzo. Pero luego, cuando se fue a casa a desayunar, se sintió sola, pues tenían la costumbre de dar un paseo por Kew Gardens, todos los domingos.

1917-1921

La marca en la pared

Fue quizá a mediados de enero del presente año cuando levanté la vista y vi por primera vez la marca en la pared. Para concretar una fecha es preciso recordar lo que se vio. Y ahora pienso en el fuego; la película uniforme de luz amarilla sobre la página de mi libro; los tres crisantemos en el jarrón redondo sobre la repisa de la chimenea. Sí, seguramente era invierno y acabábamos de tomar el té, pues recuerdo que estaba fumando un cigarrillo cuando levanté la vista y vi por primera vez la marca en la pared. Miré a través del humo del cigarrillo y mis ojos se posaron un momento en las brasas, y me vino a la memoria la vieja imagen de la bandera escarlata ondeando en la torre del castillo, y pensé en el desfile de caballeros vestidos de rojo que ascendían por la ladera de la negra roca. Con gran alivio para mí, la visión de la marca interrumpió la imagen, pues se trata de una imagen vieja, de una imagen automática, forjada tal vez durante la infancia. Era una marca pequeña y redonda, negra sobre la pared blanca, situada a unos quince centímetros de la repisa de la chimenea.

Título original: «The Mark on the Wall». «La marca en la pared» fue publicada en julio de 1917 junto con el relato de Leonard Woolf titulado «Three Jews» en *Two Stories*, el primer libro de The Hogarth Press. En junio de 1919 fue publicado solo, con una somera revisión. Incluido (con más cambios) en *MT*, fue reproducido en *HH*. Damos el texto de *MI*.

Con qué rapidez se arremolinan nuestros pensamientos sobre un objeto nuevo, lo levantan un poco, como hormigas que transportan febrilmente una brizna de hierba, y luego lo abandonan... Si la marca era de un clavo, no podía haber sido para un cuadro, tenía que tratarse de una miniatura: la miniatura de una dama de rizos blancos, mejillas empolvadas, y labios como claveles rojos. Una falsificación, claro, pues la gente que ocupó la casa antes que nosotros habría elegido ese tipo de cuadros: un cuadro viejo para una habitación vieja. Era gente así —gente muy interesante— y si pienso en ellos tan a menudo, y en lugares tan extraños, es porque nunca los volveré a ver, nunca sabré lo que ocurrió después. Dejaron esta casa porque querían cambiar el estilo de su mobiliario, eso dijo él, y estaba a punto de añadir que en su opinión el arte debía estar respaldado por ciertas ideas cuando nos separaron, como nos separamos de la anciana que se dispone a servir el té y del niño que está a punto de golpear la pelota de tenis en el jardín de una casa de las afueras, mientras pasamos velozmente en el tren.

Pero en lo que respecta a la marca, no estoy segura; a fin de cuentas no creo que sea la marca de un clavo; es demasiado grande, demasiado redonda. Podría levantarme, mas aunque me levantara y la mirase, las posibilidades de asegurarlo seguirían siendo una entre diez; porque una vez hecha una cosa, nadie llega a saber cómo ocurrió. ¡Ah, Dios mío, el misterio de la vida! ¡La inexactitud del pensamiento! ¡La ignorancia de la humanidad! Para demostrar cuán poco dominio tenemos sobre nuestras posesiones —cuán accidental es nuestra vida tras tantos siglos de civilización—, permítaseme enumerar sólo algunas de las cosas que perdemos en el curso de la vida, comenzando por lo que siempre parece ser la más misteriosa de las pérdidas... ¿qué gato mordisquearía o qué rata roería... tres cestos azul pálido con utensilios para encuadernar libros? Estaban también las jaulas para pájaros, los aros de hierro, los patines de acero, el cubo del carbón estilo Queen Anne, la mesa de billar, el orga-

nillo... todo ha desaparecido, y también las joyas. Ópalos y esmeraldas yacen ahora enterrados entre las raíces de los nabos. ¡Qué difícil e irritante es la certeza! Lo asombroso es que voy vestida, que en este momento estoy sentada entre sólidos muebles. En realidad, si queremos comparar la vida con algo, hemos de recurrir al símil de ser lanzados por el túnel del metro a cien kilómetros por hora, para aterrizar en el extremo opuesto sin una sola horquilla en el pelo. ¡De ser arrojados a los pies de Dios completamente desnudos! De rodar patas arriba por las praderas de asfódelos como esos paquetes de papel marrón que se deslizan por el tobogán de la oficina de correos! Con el cabello al viento, como la cola de un caballo de carreras. Sí, eso parece expresar la rapidez de la vida, el perpetuo deterioro y la perpetua reparación; todo tan fortuito, tan sin sentido.

Y luego la vida. Ese lento arrancar gruesos tallos verdes para que el cáliz de la flor, al inclinarse, nos inunde de luz púrpura y roja. ¿Por qué, a fin de cuentas, no habríamos de nacer allí como nacimos aquí, indefensos, mudos, incapaces de ver con claridad, buscando a tientas entre las raíces de la hierba, entre los dedos de los pies de los Gigantes? En cuanto a decir lo que son árboles, lo que son hombres y mujeres, o si es que existen tales cosas, no estaremos en condiciones de hacerlo hasta pasados más o menos cincuenta años. No habrá sino espacios de luz y de tinieblas, cruzados por gruesos tallos, y tal vez más arriba, manchas en forma de rosa de un color impreciso —rosas y azules pálidos—, que se volverán más nítidas con el paso del tiempo, se convertirán en... no sé en qué...

Sin embargo, la marca de la pared no es un agujero, ni mucho menos. Puede haber sido causada por una sustancia redonda y negra, como un pequeño pétalo de rosa que sigue ahí desde el verano, porque yo no soy una ama de casa muy diligente... basta con ver el polvo en la repisa de la chimenea, el polvo que, según dicen, enterró a Troya tres veces, y sólo algunos fragmentos de vasijas se resistieron a ser aniquilados, cosa que parece cierta. ¹

¹ [En *Two Stories* y en la edición de 1919 esta frase va seguida de:]

El árbol que hay junto a la ventana golpea suavemente contra el cristal... Quiero pensar en silencio, en calma, con tiempo, sin ser interrumpida, sin tener que levantarme del sillón, quiero deslizarme sin dificultad de una cosa a otra, sin ningún sentimiento de hostilidad, sin ningún obstáculo. Quiero hundirme cada vez más, alejarme de la superficie con sus hechos duros y aislados. Para calmarme, me aferraré a lo primero que se me ocurra... Shakespeare... Bueno, servirá tan bien como cualquier otro. Un hombre que se sentaba cómodamente en un sillón y contemplaba el fuego, de modo que... un diluvio de ideas caía ininterrumpidamente desde un Cielo muy alto y penetraba en su mente. Apoyaba la frente entre las manos, y la gente miraba por la puerta abierta... porque esta escena ocurre supuestamente en una noche de verano. ¡Pero qué aburrido es esto, esta novela histórica! No me interesa en absoluto. Me gustaría encontrar una senda de pensamientos gratos, una senda que indirectamente me diera prestigio, pues éstos son los pensamientos más gratos y se encuentran muy a menudo incluso en las mentes de la gente sencilla y gris, la gente sinceramente convencida de que no le gusta oír alabanzas. No son pensamientos que halaguen directamente; en eso reside precisamente su belleza; son pensamientos como este:

«Y entonces entré en la habitación. Estaban hablando de botánica. Yo dije que había visto una flor que crecía

Pero conozco a un ama de llaves, una mujer con perfil de policía, con esos botoncitos redondos marcados incluso en el perfil de su sombra, una mujer con una escoba en la mano, el pulgar en los marcos de los cuadros, un ojo puesto debajo de la cama y que habla de arte a todas horas. Se acerca cada vez más; y ahora, tras señalar ciertas manchas de óxido en la rejilla de la chimenea, se vuelve tan amenazadora que para echarla tendré que levantarme y comprobar qué es esa mancha...

Pero no. Me niego a ser derrotada. No me moveré. No le prestaré atención. Mirad, ya se marcha. Ya casi estoy libre de ella y de sus insinuaciones, que oigo con absoluta claridad. Sin embargo, esa mujer tiene el patetismo propio de la gente que intenta llegar a un acuerdo. ¿Y por qué iba a ofenderme el hecho de que tenga unos cuantos libros en casa y un par de cuadros? Lo que realmente me ofende es que ella me ofende... pues la vida es a fin de cuentas cuestión de ataque y defensa. En otra ocasión aclararé las cosas con ella. Ahora tiene que irse. Fuera, el árbol

en un montón de polvo, en el solar de una vieja casa de Kingsway. La semilla, dije, debió de sembrarse durante el reinado de Carlos I. ¿Qué tipo de flores había durante el reinado de Carlos I?, pregunté»... (pero no recuerdo la respuesta). Flores altas con borlas púrpuras, tal vez. Y así sucesivamente. No hago más que embellecer mentalmente mi propia imagen, amorosamente, furtivamente, sin adorarla a las claras, pues si lo hiciese, yo misma me sorprendería y alargaría la mano de inmediato para coger un libro en busca de protección. De hecho, es curioso cómo instintivamente protegemos la propia imagen de la idolatría o de cualquier otra manipulación que pudiera ridiculizarla o fuese demasiado distinta del original como para resultar convincente. ¿O no es tan curioso, a fin de cuentas? La cuestión es de suma importancia. Supongamos que el espejo estalla, la imagen desaparece y el personaje romántico rodeado por la verde profundidad del bosque deja de existir, y sólo queda la envoltura de ese personaje, que es lo que los demás ven... ¡qué sofocante, superficial, árido e inhóspito se torna el mundo! Un mundo en el que no se puede vivir. Cuando nos miramos cara a cara en los autobuses y en los vagones del metro, miramos el espejo; y esto explica esa vaguedad, ese brillo vidrioso en nuestros ojos. Y los novelistas del futuro comprenderán cada vez mejor la importancia de estos reflejos, pues, claro está, no hay un sólo reflejo sino un número casi infinito de reflejos. Éstas son las profundidades que explorarán, éstos los fantasmas que perseguirán, dejando cada vez más fuera de sus historias la descripción de la realidad, dando por sentado que todo el mundo la conoce, como hicieron los griegos y quizá Shakespeare... pero este tipo de generalizaciones son absolutamente inútiles. Basta con el sonido militar del mundo. Trae a la memoria artículos de fondo, ministros del gabinete... todo un género de cosas que de niños tomábamos por la cosa en sí, lo normal, lo real, algo de lo que era imposible apartarse sin quedar expuesto a una indecible maldición. Las generalizaciones evocan en cierto modo los domingos en Londres, los paseos de las tar-

des de domingo, los almuerzos del domingo, y también modos de hablar de los muertos, ropas y costumbres... como la costumbre de reunirse en una habitación hasta cierta hora, aunque a nadie le gustase. Había normas para todo. La norma con respecto a los manteles en aquella época en concreto era que debían ser bordados, con pequeños compartimentos amarillos, como los que se ven en fotografías de las alfombras que cubren los pasillos de los palacios reales. Los manteles que no fuesen de esa clase no eran auténticos manteles. ¡Qué sorprendente y al mismo tiempo qué maravilloso fue descubrir que estas cosas reales, los almuerzos del domingo, los paseos del domingo, las casas de campo y los manteles, no eran enteramente reales, que en el fondo eran medio fantasmales, y la maldición que caía sobre los incrédulos no era sino una sensación de libertad ilegítima. ¿Qué es lo que ahora ocupa el lugar de aquellas cosas, aquellas cosas corrientes y reales? Los hombres quizá, si es que eres mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestras vidas, que sienta las normas, que establece la Tabla de Precedencia ² de Whitaker, que, a mi juicio, se ha convertido desde la guerra en una especie de fantasma para muchos hombres y mujeres, y pronto, cabe esperar, será ridiculizado y tirado a la basura, donde van a parar los fantasmas, los aparadores de caoba, los grabados de Landseer ³, los Dioses y los Diablos, el Infierno y todo lo demás, dejándonos con una sofocante sensación de libertad ilegítima... si es que existe la libertad...

Bajo determinada luz la marca parece sobresalir de la pared. No es del todo circular. No estoy segura, pero parece proyectar una sombra perceptible, lo cual parece indicar que si pasase un dedo por esa zona de la pared, el dedo ascendería y descendería por un pequeño túmulo, un túmulo suave como los que hay en las South Downs

² Se trata probablemente de una alusión a «La nobleza del Reino Unido», incluida en el *Anuario* de Whitaker.

³ Muchas de las populares pinturas de Sir Edwin Henry Landseer (1802-1873) fueron reproducidas en forma de grabado por su hermano Thomas (1795-1880).

y son, dicen, cementerios o castros. Entre ambas posibilidades yo preferiría que fuesen cementerios, pues me gusta la melancolía, como a la mayoría de los ingleses, y considero natural, al término de un paseo, pensar en los huesos que yacen bajo la turba... Debe de haber algún libro sobre el particular. Algún arqueólogo habrá desenterrado estos huesos y les habrá dado un nombre... ¿Qué clase de hombre es un arqueólogo? Me atrevería a decir que, en su mayoría, son coroneles retirados que conducen a cuadrillas de obreros bien entrados en años hasta esa cima, examinan terrones y piedras y establecen correspondencia con los clérigos del lugar, correspondencia que, al ser abierta durante el desayuno, les hace sentirse importantes, y la comparación de las puntas de flecha exige emprender viajes campo a través hasta las cabezas de partido, cosa que resulta un placer tanto para ellos como para sus mujeres ya entradas en años, que desean hacer mermelada de ciruela o limpiar el estudio y tienen sobradas razones para mantener en eterno suspense la cuestión de si es cementerio o es castro, mientras el Coronel, por su parte, se siente agradablemente filosófico al acumular pruebas que respaldan ambas opciones. Cierto es que finalmente se inclina a creer que se trata de un castro; y, al ver refutada su tesis, redacta un panfleto que se dispone a leer en la reunión trimestral de la sociedad local cuando sufre un ataque de apoplejía, y sus últimos pensamientos conscientes no son para su mujer o sus hijos, sino para el castro y esa punta de flecha, que ahora se encuentra en una vitrina del museo local junto con el pie de una asesina china, un puñado de clavos de la época de Isabel I, muchas pipas de arcilla Tudor, una vasija romana y la copa de vino en que bebió Nelson... lo cual demuestra no sé qué realmente.

No, no, nada está demostrado, nada se sabe. Mas, si me levantase en este preciso instante y comprobase que la marca de la pared es realmente —¿qué diría yo?— la cabeza de un clavo gigantesco, clavado hace doscientos años, que ahora, gracias a la paciente atrición de muchas generaciones de criadas, asoma su cabeza sobre la capa

de pintura y obtiene su primera impresión de la vida moderna en esta habitación de paredes blancas iluminada por el fuego, ¿qué ganaría yo con eso? ¿Conocimiento? ¿Material para nuevas especulaciones? Puedo pensar tan bien sentada como de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son nuestros sabios sino los descendientes de brujas y ermitaños que se escondían en bosques y cavernas para preparar pócimas de hierbas, interrogaban a las musarañas y anotaban el lenguaje de los astros? Y cada vez les honramos menos, a medida que nuestras supersticiones menguan y nuestro respeto por la belleza y la salud mental crece... Sí, cabe imaginar un mundo muy agradable. Un mundo sereno y espacioso, con flores rojas y azules en los campos abiertos. Un mundo sin profesores ni especialistas ni caseros con perfil de policía, un mundo que pudiésemos surcar con el pensamiento como el pez surca las aguas con sus aletas, rozando los tallos de los nenúfares suspendidos sobre nidos de blancos huevos marinos... ¡Qué apacible es todo aquí abajo, arraigado en el centro del mundo y mirando hacia la superficie a través de las aguas grises, con sus fugaces rayos de luz, y sus reflejos... ¡si no fuese por el Anuario de Whitaker!... ¡si no fuese por su Tabla de Precedencia!

Debo ponerme en pie de un salto y comprobar qué es realmente esa marca en la pared: ¿un clavo, un pétalo de rosa, una grieta de la madera?

He aquí a la naturaleza entregada de nuevo al viejo juego de la autoconservación. La naturaleza advierte que esta sucesión de pensamientos no es sino un mero derroche de energía, incluso un conflicto con la realidad, pues ¿quién se atreverá nunca a alzar un dedo en contra de la Tabla de Precedencia de Whitaker? Detrás del arzobispo de Canterbury va el Presidente de la Cámara de los Lores; detrás del Presidente de la Cámara de los Lores va el Arzobispo de York. Todos van detrás de alguien, tal es la filosofía de Whitaker; y lo importante es saber quién va detrás de quién. Whitaker lo sabe, y tú deja que eso te consuele, como recomienda la naturaleza, en lugar de enfurecerte; y si no consigues consolarte, si te ves obli-

gado a destruir esta hora de paz, piensa en la marca de la pared.

Comprendo el juego de la naturaleza: su invitación a pasar a la acción para poner fin a todo pensamiento que amenace con alterar o causar dolor. De ahí, supongo, surge nuestro ligero desprecio hacia los hombres de acción... hombres que, suponemos, no piensan. Sin embargo, nada hay de malo en poner punto final a los pensamientos desagradables mirando la marca de la pared.

De hecho, ahora que he fijado mis ojos en ella, siento como si me hubiese asido a un madero en el mar; siento una grata sensación de realidad que transforma de golpe a los dos arzobispos y al Presidente de la Cámara de los Lorens en sombras de sombras. Aquí hay algo definido, algo real. Así, al despertar tras una pesadilla terrorífica, uno se apresura a encender la luz y permanece inmóvil, adorando la cómoda, adorando su solidez, adorando la realidad, adorando el mundo impersonal que revela otra existencia distinta de la nuestra. Esto es lo que queremos saber con certeza... Es agradable pensar en la madera. Procede de un árbol; y los árboles crecen y nosotros no sabemos cómo crecen. Crecen durante años y años sin prestarnos ninguna atención, en praderas, en bosques, y en las riberas de los ríos... cosas todas ellas en las que resulta agradable pensar. Las vacas agitan la cola bajo los árboles en las tardes calurosas; los árboles tiñen los ríos de un verde tan intenso que cuando la cerceta se sumerge en las aguas casi esperamos verla emerger con las plumas teñidas de verde. Me gusta pensar en los peces flotando en equilibrio contra la corriente, como una bandera azotada por el viento; y en los escarabajos de agua que construyen lentamente sus cúpulas de barro en el lecho del río. Me gusta pensar en el propio árbol: primero la inmediata y seca sensación de ser madera; luego el azote de la tormenta; más tarde el lento y delicioso rezumar de la savia. También me gusta imaginarlo en las noches de invierno, en medio de los campos solitarios, con sus hojas replegadas, protegiendo su ternura de las aceradas balas de la luna, como un mástil desnudo sobre

una tierra que gira y gira sin cesar durante toda la noche. El canto de los pájaros debe resultar muy intenso y extraño en el mes de junio; y qué frías parecerán las patas de los insectos en el árbol, mientras ascienden laboriosamente por las grietas de la corteza, o toman el sol en la delgada y verde marquesina de hojas, mirando fijamente al frente con sus ojos rojos tallados como diamantes... Una tras otra, las fibras se quiebran bajo la inmensa y fría presión de la tierra, luego llega la última tormenta y las ramas más altas caen y penetran de nuevo en las profundidades de la tierra. Pero aun así, la vida no ha concluido; quedan millones de vidas pacientes y vigilantes para un árbol, a lo largo y ancho del mundo, en dormitorios, en barcos, en las calles, en habitaciones donde hombres y mujeres se reúnen después de tomar el té y fuman cigarrillos. Rebose pensamientos de paz, pensamientos felices, este árbol. Me gustaría considerarlos por separado... pero algo se interpone... ¿Dónde estaba? ¿A qué viene todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Las Downs? ¿El Anuario de Whitaker? ¿Los campos de asfódelos? No recuerdo nada. Todo se mueve, cae, resbala, se desvanece... Hay una vasta conmoción en la materia. Alguien se detiene frente a mí y dice:

—Voy a comprar el periódico.

—¿Si?

—Aunque de nada sirve comprar periódicos... Nunca pasa nada. Maldita sea esta guerra; ¡Dios la maldiga!... De todos modos, no veo por qué hemos de tener un caracol en la pared.

¡Ah, la marca en la pared! Era un caracol.

Kew Gardens

Del arriate ovalado surgían tal vez cien tallos que se abrían a partir de la mitad en hojas acorazonadas o lanceoladas y despleaban en la punta pétalos rojos o azules o amarillos con su superficie salpicada de motas de colores. Y de la palidez roja, azul o verde del cuello emergía una espádice recta y rugosa, cubierta de polvo dorado y ligeramente hinchada en su extremo. Los pétalos eran lo bastante grandes como para mecerse con la brisa del verano y, cuando se movían, las luces rojas, azules y amarillas se entremezclaban, tiñendo la pulgada de tierra parda que yacía debajo con una mancha del más intrincado color. La luz caía ora sobre el lomo gris y pulido de un guijarro, ora sobre la concha de un caracol con sus vetas circulares de color pardusco, o bien al alcanzar una gota de lluvia, dilataba con tal intensidad de rojo, azul y amarillo las finas paredes del agua que uno casi esperaba verlas reventar y desaparecer. Sin embargo, en cuestión de

Título original: «Kew Gardens». En la correspondencia de VW hay referencias a este relato desde agosto de 1917 hasta noviembre de 1918, conservándose de él una copia mecanografiada y carente de fecha con revisiones ológrafas de VW. Fue publicado por The Hogarth Press el 12 de mayo de 1919 con dos xilografías de Vanessa Bell. Hubo una segunda edición en junio de ese mismo año y una tercera en noviembre de 1927. Fue incluido en *MT* y en *HH*. Damos el texto de la tercera edición.

un segundo, la gota cobró una vez más su tono gris plateado, y la luz se posó entonces sobre la carne de una hoja, revelando sus finas ramificaciones bajo la superficie, y se movió de nuevo para lanzar sus rayos sobre los vastos espacios verdes bajo la bóveda de hojas acorazonadas y lanceoladas. Luego la brisa sopló más vivamente en las alturas y el color centelleó en el aire, en los ojos de los hombres y las mujeres que paseaban por Kew Gardens en el mes de julio.

Las figuras de estos hombres y estas mujeres pasaban junto al arriate con un movimiento curiosamente irregular, no muy distinto del de las mariposas blancas y azules que sobrevolaban el césped zigzagueando de arriate en arriate. El hombre caminaba con aire distraído un poco por delante de la mujer, mientras que ella avanzaba con decisión y sólo volvía la cabeza de vez en cuando para comprobar que los niños no se rezagaban en exceso. El hombre mantenía su distancia con respecto a la mujer de manera intencionada, aunque tal vez inconsciente, pues deseaba seguir ocupado en sus pensamientos.

«Hace quince años estuve aquí con Lily», pensó. «Nos sentamos allí, no recuerdo exactamente dónde, junto a un lago, y yo le supliqué una y otra vez que se casara conmigo aquella tarde tan calurosa. ¡Cómo revoloteaba la libélula a nuestro alrededor! ¡Con cuánta claridad veo a la libélula y el zapato de Lily, con una hebilla de plata en la punta! Mientras yo hablaba no dejaba de ver su zapato y cuando este se movía con impaciencia yo sabía, sin levantar la vista, lo que ella iba a decir: todo su ser parecía estar en aquel zapato. Y mi amor, mi deseo, estaban en la libélula. Por alguna razón pensé que si se posaba allí, sobre aquella hoja, la más ancha y con una flor roja en el centro, si la libélula se posaba en aquella hoja ella diría "Sí" de inmediato. Pero la libélula no cesaba de revolotear: nunca se posaba en ninguna parte... por supuesto que no, felizmente no, de lo contrario yo no estaría ahora aquí paseando con Eleanor y los niños.»

—Dime, Eleanor, ¿piensas alguna vez en el pasado?

—¿Por qué me lo preguntas, Simon?

—Porque yo estaba pensando en el pasado. Estaba pensando en Lily, la mujer con la que podría haberme casado... ¿Por qué no dices nada? ¿Te molesta que piense en el pasado?

—¿Por qué iba a molestarme, Simon? ¿Acaso no piensa uno siempre en el pasado cuando está en un parque con hombres y mujeres tumbados bajo los árboles? ¿No son acaso ellos nuestro pasado, lo que queda de él, esos hombres y esas mujeres, esos fantasmas tumbados bajo los árboles... nuestra felicidad, nuestra realidad?

—Para mí, un zapato con hebilla de plata y una libélula...

—Para mí, un beso. Imagina seis niñas de corta edad sentadas ante sus caballetes, hace veinte años, a la orilla de un lago, pintando los nenúfares, los primeros nenúfares rojos que había visto en mi vida. Y de repente un beso en la nuca. Y la mano me tembló de tal modo durante toda la tarde que no pude seguir pintando. Saqué mi reloj y fijé la hora en la que me permitiría pensar en aquel beso tan sólo durante cinco minutos, tan precioso era, el beso de una anciana de pelo cano, con una verruga en la nariz, la madre de todos los besos de mi vida. Vamos Caroline, vamos Hubert.

Dejaron atrás el arriate, caminando ahora los cuatro a la misma altura, y pronto su tamaño disminuyó entre los árboles y se volvieron casi transparentes cuando la luz del sol y la sombra flotaron sobre sus espaldas formando grandes manchas irregulares y temblorosas.

En el arriate ovalado, el caracol, cuya concha había estado teñida de rojo, azul y amarillo por espacio de más o menos dos minutos, pareció agitarse levemente en el interior de su concha, y a continuación comenzó a arrastrarse penosamente sobre los grumos de tierra que se rompían y se desmoronaban bajo su paso. Parecía tener un objetivo claramente definido, distinguiéndose en este aspecto del extraño insecto verde y anguloso que a grandes saltos intentaba adelantar al caracol, y permaneció

inmóvil por un instante con sus antenas temblorosas, como si estuviese deliberando, y luego se marchó de un salto en dirección contraria, tan rápida y extrañamente como había llegado. Barrancos pardos con lagos profundos y verdes en sus hondonadas, árboles planos como briznas de hierba que se agitaban de la raíz a la copa, cantos rodados de color gris, vastas superficies rugosas de textura delgada y quebradiza, todos estos objetos encontraba el caracol mientras avanzaba de tallo en tallo camino de su meta. Antes de que pudiese decidir si rodeaba la arqueada tienda de campaña formada por una hoja muerta o si la embestía, pasaron junto al arriate los pies de otros seres humanos.

En esta ocasión se trataba de dos hombres. El más joven tenía una expresión de calma tal vez poco natural. Levantó la mirada y fijó la vista al frente mientras su compañero hablaba, y en cuanto su compañero dejó de hablar, volvió a mirar al suelo abriendo a veces los labios tras una larga pausa y a veces sin abrirlos en absoluto. El de más edad tenía un modo de andar curiosamente irregular y compulsivo, lanzando una mano hacia adelante y estirando bruscamente la cabeza, como un caballo de tiro impaciente y cansado de esperar a la puerta de la casa; pero en aquel hombre tales gestos eran indecisos y carecían de finalidad. Hablaba casi sin cesar; sonreía para sus adentros y hablaba de nuevo, como si la sonrisa fuese una respuesta. Hablaba de espíritus... de los espíritus de los muertos que, según decía, incluso en aquellos momentos le contaban toda suerte de cosas extrañas sobre sus experiencias en el cielo.

—En la antigüedad, William, se daba al cielo el nombre de Tesalia, y ahora, con esta guerra, la materia espiritual rueda como el trueno por entre las montañas. —Guardó silencio, pareció escuchar, sonrió, sacudió la cabeza y continuó—: Supongamos que tienes una pequeña batería eléctrica y un trozo de goma para aislar el cable, ¿se dice aislar?, bueno, bueno, pasaremos por alto los detalles, de nada sirve entrar en detalles que nadie entendería, y en resumen, la maquinita se coloca en su

debida posición junto a la cabecera de la cama, digamos sobre un limpio velador de caoba. Una vez que los obreros han realizado los preparativos necesarios bajo mi supervisión, la viuda acerca la oreja e invoca al espíritu con la señal convenida. ¡Mujeres! ¡Viudas! ¡Mujeres de negro!

Llegado este punto pareció vislumbrar un traje de mujer en la distancia, que, en la sombra, parecía de un negro púrpura. Se quitó el sombrero, se puso la mano en el corazón y corrió hacia ella murmurando y gesticulando febrilmente. Pero William le agarró de la manga y tocó una flor con la punta de su bastón para distraer la atención del anciano. Tras mirarla un instante con cierta perplejidad, el anciano acercó la oreja a la flor y pareció responder a una voz que desde allí le hablaba, pues entonces se puso a hablar de los bosques del Uruguay, que había visitado hacía cientos de años en compañía de la mujer más bella de Europa. Se le oía murmurar sobre los bosques del Uruguay, alfombrados con los céreos pétalos de las rosas tropicales, con ruiseñores, playas, sirenas y mujeres ahogadas en el mar, mientras se dejaba guiar por William, en cuyo rostro la expresión del estoicismo se volvía cada vez más profunda.

Tras los pasos del anciano, lo suficientemente cerca como para quedar ligeramente sorprendidas por sus gestos, se acercaban dos mujeres entradas en años, de clase media baja, robusta y corpulenta la una, ágil y de mejillas sonrosadas la otra. Como la mayoría de la gente de su condición, se sentían francamente fascinadas por cualquier signo de excentricidad propio de una mente trastornada, especialmente en los ricos; pero estaban demasiado lejos como para saber si los gestos eran simple excentricidad o auténtica locura. Tras escudriñar por un momento en silencio la espalda del anciano e intercambiar una extraña mirada de soslayo, siguieron hilvanando enérgicamente su complicadísimo diálogo:

—Nell, Bert, Lot, Cess, Phil, Pa, dice él, digo yo, dice ella, digo yo, digo yo, digo yo...

—Mi Bert, Sis, Bill, el abuelo, el viejo, azúcar,
Azúcar, harina, arenques, verduras
azúcar, azúcar, azúcar.¹

La mujer corpulenta contempló con curiosa expresión, a través de aquella cascada de palabras, las flores que se alzaban en la tierra, serenas, firmes y erguidas. Las miró como quien despierta de un profundo sueño y ve un candelabro de bronce que refleja la luz de un modo extraño, y cierra los ojos y los abre, y al verlo de nuevo, se despierta por fin y lo observa con toda su atención. La mujer corpulenta se detuvo frente al arriate ovalado e incluso dejó de fingir que prestaba atención a lo que la otra mujer decía. Se quedó allí, dejando que las palabras resbasalen sobre ella, balanceando lentamente la parte superior del cuerpo hacia adelante y hacia atrás, mirando las flores. Después propuso que buscasen un lugar para sentarse y tomar el té.

Para entonces el caracol ya había estudiado todos los métodos posibles de alcanzar su objetivo sin tener que rodear la hoja muerta ni trepar por ella. Al margen del esfuerzo que escalar una hoja requería, dudada de si la frágil estructura que tan alarmantemente vibraba y crujía con el solo roce de la punta de sus cuernos podría soportar su peso; y esto le decidió finalmente a deslizarse bajo ella, pues había un punto en el que la hoja se arqueaba lo suficiente como para permitir el paso del caracol. Acababa de introducir la cabeza en la abertura y estaba examinando el alto techo pardo y acostumbrando-

¹ [El siguiente pasaje precede en el texto mecanografiado al párrafo que empieza diciendo «La mujer corpulenta...» Probablemente se omitió en su día por error.] Formaban a su alrededor en el aire cálido e inmóvil un mosaico de estas gentes y estos productos, mientras cada una de ellas introducía con firmeza su propia aportación en el conjunto, sin apartar la vista de él, sin prestar atención a los fragmentos de distintos colores tan apresuradamente encajados por la otra. Pero en esta competición, la mujer menuda, ya fuese por tener más parientes o más facilidad de palabra, salió vencedora y la mujer corpulenta se vio obligada a guardar silencio.

La otra continuó:

—Nell, Bert, Lot, Cess, Phil, Pa. Dice él, digo yo, dice ella, digo yo digo yo digo yo...

se a la fresca luz, cuando otras dos personas pasaron por allí. Esta vez eran las dos jóvenes: un hombre y una mujer. Se hallaban ambos en la flor de la vida, o incluso en esa edad que precede a la flor de la vida, la edad anterior al momento en que los suaves y sonrosados pliegues de la flor rompen su envoltura viscosa, la edad en que las alas de la mariposa, aunque plenamente desarrolladas, permanecen inmóviles bajo la luz del sol.

—Es una suerte que no sea viernes —dijo él.

—¿Por qué? ¿Es que eres supersticioso?

—Los viernes hay que pagar seis peniques.

—¿Y qué son seis peniques? ¿Es que esto no vale seis peniques?

—¿Qué es «esto»? ¿A qué te refieres con «esto»?

—A cualquier cosa... quiero decir... bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Cada una de estas observaciones fue seguida de una larga pausa; hablaban con voz neutra y monótona. La pareja se detuvo junto al arriate y los dos al tiempo hundieron la punta de la sombrilla de la muchacha en la tierra mullida. Tal acción, y el hecho de que la mano de él reposase sobre la de ella, expresaba sus sentimientos de un modo extraño, como si esas palabras breves e insignificantes también indicasen algo, palabras con alas demasiado cortas para sus cuerpos cargados de significado, insuficientes para llevarlas lejos y que por lo tanto se posaban torpemente sobre los objetos ordinarios que tenían a su alrededor y resultaban demasiado sólidas para el tacto inexperto de los jóvenes: pero ¿quién sabe (eso pensaban mientras hundían la sombrilla en la tierra) qué precipicios no se ocultan en ellas o qué laderas de hielo no brillan bajo el sol al otro lado? ¿Quién sabe? ¿Quién ha estado allí antes? Incluso cuando ella preguntó qué tal sería el té de Kew Gardens, él sintió que algo surgía de sus palabras y se alzaba vasto y sólido a sus espaldas. Y la neblina se levantó muy despacio y reveló —¡Oh cielos, ¿qué eran aquellas formas?— mesitas blancas y camareras que la miraban primero a ella y luego a él; y había una cuenta que él pagaría con una auténtica moneda

de dos chelines, y era real, todo era real, se reafirmó en la idea, palpando la moneda en su bolsillo, real para todos salvo para él y para ella. Incluso para él comenzaba a ser real; y entonces... pero era demasiado inquietante seguir allí pensando, de modo que sacó la sombrilla de la tierra de un tirón y se sintió impaciente por encontrar el sitio donde se tomaba el té con otra gente, igual que otra gente.

—Vamos, Trissie. Es hora de tomar el té.

—¿Y dónde se toma el té? —preguntó ella con un extraño temblor de emoción en la voz, mirando vagamente alrededor y dejándose llevar por el sendero, arrastrando la sombrilla, volviendo la cabeza aquí y allá, olvidándose del té, deseando ir allí y luego allá, recordando orquídeas y grullas entre flores silvestres, una pagoda China y un pájaro de cresta carmesí; pero él tiraba de ella.

Así, una pareja tras otra, con el mismo movimiento irregular y carente de sentido, pasaban junto al arriate y todas quedaban envueltas, capa tras capa, en una bruma verdeazulada en la que al principio sus cuerpos tenían sustancia y un toque de color, pero luego sustancia y color se desvanecían en la atmósfera verdeazulada. ¡Qué calor hacía! Tanto que hasta el tordo optaba por brincar, como un pájaro mecánico, a la sombra de las flores, con largas pausas entre un movimiento y el siguiente. En lugar de revolotear sin rumbo fijo, las mariposas blancas danzaban unas sobre otras, trazando con sus temblorosos copos blancos el perfil de una columna de mármol rota sobre las flores más altas; el techo de cristal del invernadero resplandecía como si todo un mercado repleto de brillantes sombrillas verdes se hubiese abierto bajo el sol; y en el zumbido del aeroplano, la voz del cielo estival murmuraba su alma ardiente. Amarillo y negro, rosa y blanco de nieve, formas de todos estos colores, hombres, mujeres y niños, salpicaban por espacio de un segundo el horizonte, y luego, al ver la extensión de amarillo proyectada sobre la hierba, vacilaban y buscaban la sombra de los árboles, evaporándose como gotas de agua en la atmósfera amarilla y verde, tiñéndola levemente de rojo y

azul. Parecía como si todos los cuerpos grandes y pesados se hubiesen desplomado a causa del calor y yaciesen amontonados en el suelo, pero sus voces escapaban de ellos como llamas surgidas de los densos cuerpos de cera de las velas. Voces, sí, voces, voces sin palabras, rompiendo súbitamente el silencio con tan profundo contento, con tan apasionado deseo, o, en las voces de los niños, con tan espontánea sorpresa; ¿rompiendo el silencio? Mas no había silencio. Los autobuses no dejaban de rodar y de cambiar de marcha; la ciudad murmuraba como un vasto nido de cajas chinas, todas ellas de acero forjado, que girasen incesantemente unas dentro de otras; y en lo alto las voces gritaban y los pétalos de miríadas de flores lanzaban sus colores al aire.

La velada

¡Ah, esperemos un poco! La luna está alta; el cielo despejado; y allí, alzándose en montículo contra el cielo y cubierta de árboles, está la tierra. Las nubes plateadas contemplan las olas del Atlántico. El viento sopla suavemente en la esquina de la calle, levantando mi capa, sosteniéndola dulcemente en el aire y dejándola caer como el mar que ahora se encrespa y rompe sobre las rocas y luego se retira.

La calle está casi vacía; los postigos están cerrados; los costados amarillos y rojos de los trasatlánticos tiñen por un momento el vertiginoso azul. Dulce es el aire nocturno. Las muchachas merodean alrededor del buzón o pasan el rato a la sombra de la pared sobre la que el árbol derrama su oscura lluvia de flores. En la corteza del manzano tiemblan las polillas, extrayendo el azúcar con su trompa larga y negra. ¿Dónde estamos? ¿Cuál será la casa de la fiesta? Todas estas con sus ventanas rosas y amarillas no transmiten nada. Ah... a la vuelta de la esqui-

Título original: «The Evening Party». Tanto por su estilo como por el aspecto de los borradores mecanografiados, el relato parece datar del período en que VW escribió las piezas incluidas en *MT*. Se conservan dos textos mecanografiados carentes de fecha y con revisiones ológrafas, a los que llamo «borrador A» y «borrador B». Este último incorpora la mayoría de las revisiones ológrafas del primero. Salvo por lo que se refiere a las dos primeras páginas (siete primeros párrafos), perdidas en el «borrador B», se da el texto de éste.

na, en el centro, allí donde hay una puerta abierta... espera un momento. Vamos a observar a la gente, uno, dos, tres, precipitándose hacia la luz, como polillas que chocan contra el cristal de una farola instalada en mitad de un bosque. Aquí llega un taxi que gira hacia el mismo sitio. Una mujer pálida y voluminosa desciende y entra en la casa; un caballero con traje de etiqueta paga al conductor y sigue a la mujer como si él también tuviese prisa. Vamos, o llegaremos tarde.

En cada silla hay un almohadón pequeño y mullido; pálidas volutas de gasa serpentean sobre sedas brillantes; las velas lanzan sus llamas en forma de pera a ambos lados del espejo oval; hay peines de carey; frascos de cristal tallado con taponés de plata. ¿Por qué no ofrece siempre este aspecto... no es ésta la esencia... el espíritu? Algo ha diluido mi rostro. Apenas se vislumbra entre la bruma plateada de las velas. La gente pasa a mi lado sin verme. Tienen rostros. En sus rostros las estrellas parecen brillar a través de la carne rosada. La sala está llena de figuras vivas aunque insustanciales; están de pie, muy erguidas, ante los estantes repletos de volúmenes de formato pequeño; sus cabezas y hombros ocultan la esquina de los cuadros con molduras doradas; y el volumen de sus cuerpos, depurado como el de las estatuas de piedra, se agolpa sobre algo gris, tumultuoso, que también brilla como si hubiese agua tras las ventanas desprovistas de cortinas.

—Ven al rincón y charlemos un poco.

—¡Maravillosos! ¡Maravillosos seres humanos! ¡Espirituales y maravillosos!

—Pero no existen. ¿No ves el estanque a través de la cabeza del Profesor? ¿No ves nadar al cisne a través de la falda de Mary?

—Los imagino salpicados de pequeñas rosas ardientes.

—Las pequeñas rosas ardientes son como las luciérnagas que vimos juntos en Florencia, diseminadas entre las glicinias, átomos de fuego flotantes que arden mientras flotan... que arden, no piensan.

—Arden, no piensan. Y lo mismo todos los libros que hay a nuestras espaldas. Aquí está Shelley... ahí Blake.

Lánzalos al aire y mira cómo descienden sus poemas cual paracaídas de oro, girando y resplandeciendo y derramando su lluvia de flores estrelladas.

—¿Quieres que cite a Shelley? «¡Atrás! el páramo está oscuro bajo la luna...»¹

—¡Espera, espera! No condenses nuestra sutil atmósfera en las gotas de lluvia que salpican el pavimento. Sigamos respirando entre las cenizas del fuego.

—Luciérnagas entre las glicinias.

—Es cruel, te lo aseguro. Pero mira cómo cuelgan esas flores grandes frente a nosotros; enormes arañas de oro y púrpura que penden del cielo. ¿No sentiste que ese hermoso tono dorado teñía nuestras piernas cuando entramos, y que las paredes color pizarra restallaban fríamente a nuestro alrededor mientras nos adentrábamos cada vez más en los pétalos, o que se tensaban como tambores?

—El Profesor se nos acerca.

—Díganos, Profesor...

—¿Señora?

—¿Es preciso, en su opinión, respetar la gramática? Y la puntuación. La cuestión de las comas de Shelley me interesa enormemente.

—Sentémonos. Para decir la verdad abrir las ventanas tras la puesta de sol... en pie de espaldas ... agradable aunque la conversación... Me preguntaba usted por las comas de Shelley. Una cuestión importante. Ahí, un poco a su derecha. La edición de Oxford. ¡Mis gafas! ¡Qué castigo es el traje de etiqueta! No me atrevo a leer... Además, las comas... La tipografía moderna es execrable. Diseñada a juego con la exigüidad moderna; confieso que encuentro pocas cosas dignas de admiración entre los modernos.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted.

—¿Y eso? Temía encontrarme con su oposición. A su edad, con esa... indumentaria.

—Señor, yo encuentro pocas cosas dignas de admiración entre los antiguos. Estos clásicos... Shelley, Keats,

¹ P.B. Shelley, «*Stanzas: April, 1814*».

Browne, Gibbon; ¿puede usted citar una página completa, un párrafo perfecto, al menos una frase que no veamos enmendada por la pluma de Dios o del hombre?

—Chsss, Señora. Su objeción es válida pero poco sensata. Además, los nombres que ha elegido... ¿En qué cámara del espíritu puede usted reunir a Shelley con Gibbon? A menos que sea por su ateísmo... Pero vayamos al grano. El párrafo perfecto, la frase perfecta. Humm... mi memoria... y además me he dejado las gafas en la repisa de la chimenea. Lo confieso. Pero su crítica va dirigida a la propia vida.

—Seguramente esta noche...

—La pluma del hombre, supongo, no hallará dificultades para reescribir eso. La ventana abierta... expuestos a la corriente... y, se lo diré en voz baja, la conversación de estas mujeres, sinceras y bondadosas, con exaltadas opiniones sobre el destino del negro que en este momento trabaja duramente a golpe de látigo para proporcionar caucho a algunos de nuestros amigos ocupados aquí en agradable conversación. Para disfrutar de esa perfección de la que usted habla...

—Comprendo lo que quiere decir. Hay que excluir.

—La mayor parte de todas las cosas.

—Pero para discutir eso correctamente debemos llegar a la raíz de las cosas; pues supongo que su creencia es como esos pensamientos efímeros que compramos y plantamos para una fiesta nocturna y a la mañana siguiente ya se han marchitado. ¿También sostiene que hay que excluir a Shakespeare?

—Yo no sostengo nada, señora. Estas mujeres me han sacado de quicio.

—Son bondadosas. Han instalado su campamento a orillas de uno de esos arroyuelos, donde recogen juncos y los sumergen en veneno, con el cabello deslustrado y la piel teñida de amarillo, y los reparten de vez en cuando para plantarlos en los jardines de los ricos; así son las gentes bondadosas.

—Sus dardos escuecen. Eso y el reúma...

—¿Ya se ha marchado el profesor? ¡Pobre hombre!

—Pero ¿cómo es posible que aún conserve a su edad lo que nosotros ya estamos perdiendo? Quiero decir...

—¿Sí?

—¿No recuerdas que de niños, mientras jugábamos o charlábamos, y alguno metía los pies en el charco o aterrizaba contra la ventana, una imperceptible sacudida congelaba el universo y lo convertía en una esfera de cristal macizo que podíamos sostener un instante?... tengo la creencia mística de que todo el tiempo pasado y también el futuro, las lágrimas y las cenizas polvorientas de muchas generaciones se concentraban en una esfera; entonces éramos absolutos y completos; entonces no se excluía nada; éso era la certeza... la felicidad. Pero luego estas esferas de cristal se diluyen al cogerlas: alguien habla de los negros. ¡Para que veas lo que pasa cuando intentas decir lo que piensas! ¡No tiene sentido!

—Desde luego. ¡Pero qué cosa tan triste es el sentido! ¡Qué gran renuncia representa! Presta atención un momento. Identifica una voz entre todas estas voces. Ahora. «Debió de resultar tan frío después de la India. También fueron siete años. Pero la costumbre lo es todo.» Éso es sentido. Éso es concordancia. Han fijado su mirada en algo visible para todos ellos. Ya no intentan mirar la pequeña chispa de luz, la pequeña sombra púrpura que puede ser tierra fértil en el borde del horizonte, o tan sólo un reflejo fugaz en el agua. Todo es término medio... todo seguridad, el trato común entre seres humanos. Por lo tanto no descubrimos nada; dejamos de explorar; dejamos de creer que hay algo por descubrir. «No tiene sentido», dices; y con eso quieres decir que yo no veré tu esfera de cristal; y yo estoy demasiado avergonzada para intentarlo.

—El lenguaje es como una red vieja y agujereada, por la que escapan los peces tras quedar atrapados. Quizá sea mejor el silencio. Probémoslo. Vamos hasta la ventana.

—Es una cosa extraña, el silencio. La mente se vuelve como una noche sin estrellas; y entonces pasa un meteoro, espléndido, surca la oscuridad, y se extingue. Nunca agradecemos lo bastante este espectáculo.

—¡Ay, somos una especie ingrata! Cuando veo mi mano sobre el alféizar de la ventana y pienso cuánto placer me ha proporcionado —cómo ha tocado seda y cerámica y paredes calientes, se ha posado sobre la hierba húmeda o se ha tostado al sol, ha dejado que el Atlántico se deslizase entre sus dedos, ha cortado campanillas azules y dientes de león, arrancado ciruelas maduras, no ha dejado de hablarme ni siquiera un instante desde que nací sobre el calor y el frío, lo húmedo y lo seco—, me asombra tener que usar esta maravillosa herramienta hecha de nervio y carne para escribir sobre los abusos de la vida. Y sin embargo éso es lo que hacemos. Piénsalo, la literatura es la crónica de nuestro descontento.

—Nuestro distintivo de superioridad; nuestra exigencia de reconocimiento. Admítelo, a ti te gusta más la gente descontenta.

—A mí me gusta el sonido melancólico del mar distante.

—¿Quién habla de melancolía en mi fiesta? Claro, si os ponéis a cuchichear en un rincón... Venid y dejadme que os presente. Ahí está el señor Nevill, un admirador de tu literatura.

—En ese caso... Buenas noches.

—No sé dónde, he olvidado el nombre del periódico... leí algo suyo... ahora no recuerdo el nombre del artículo... ¿o era un relato? ¿Escribe usted relatos? ¿O es poesía lo que escribe? Uno tiene tantos amigos... y además, todos los días aparece algo nuevo que... que...

—Que uno no lee.

—Bueno, aunque parezca descortés, para ser honesto, teniendo en cuenta que paso el día entero ocupado en asuntos de tipo más bien odioso o agotador... el tiempo que me queda para la literatura lo dedico a...

—Los muertos.

—Detecto cierta ironía en su corrección ².

—Envidia, no ironía. La muerte es un asunto de suma importancia. Al igual que los franceses, los muertos escri-

² En el borrador A, se tacha «corrección» y se escribe «interrupción».

ben muy bien y por alguna razón podemos respetarlos y al mismo tiempo sentir que son mayores, más sabios, como nuestros padres; la relación entre los vivos y los muertos es sin duda una de las más nobles.

—Ah, si eso es lo que piensa, hablemos de los muertos. Lamb, Sófocles, De Quincey, Sir Thomas Browne.

—Sir Walter Scott, Milton, Marlowe.

—Pater, Tennyson.

—Ahora, ahora, ahora.

—Tennyson, Pater.

—Cierra la puerta; corre las cortinas para que sólo pueda ver tus ojos. Me arrodillo. Me cubro el rostro con las manos. Adoro a Pater. Admiro a Tennyson.

—Continúa, hija.

—Es fácil confesar los propios defectos. Pero ¿hay tinieblas lo bastante profundas para ocultar las propias virtudes? Amo, adoro... no, no puedo decir qué rosa de veneración es mi alma... el nombre tiembla en mis labios... hacia Shakespeare.

—Te doy la absolución.

—Y, sin embargo, ¿con qué frecuencia leemos a Shakespeare?

—¿Con qué frecuencia es inmaculada la noche estival, está alta la luna, son los espacios entre las estrellas profundos como el Atlántico y brillan las rosas blancas en la oscuridad? La mente antes de leer a Shakespeare...

—La noche estival. ¡Así es como hay que leer!

—La rosa se mece...

—Las olas rompen...

—Sobre los campos avanza esa extraña brisa del amanecer que intenta abrir las puertas de la casa sin éxito...

—Luego, al acostarse, el lecho está...

—¡Un barco! ¡Un barco! Surca el mar durante toda la noche...

—Y al incorporarse, las estrellas...

—Sola, en medio del océano, nuestra pequeña embarcación flota aislada, pero se sostiene, guiada por las luces del norte, a salvo, rodeada, se funde allí donde la noche reposa sobre el agua; allí disminuye y desaparece, y noso-

tros, sumergidos, fríamente sellados como piedras pulidas, volvemos a abrir los ojos; raya, pincelada, punto, brochazo, los muebles del dormitorio, y el traqueteo de la cortina en su barra... yo me gano la vida. ¡Presénteme! ¡Ah, conoció a mi hermano en Oxford!

—Y a usted también. Acérquese. Hay alguien que se acuerda de usted.

—Te conocí cuando eras una niña, querida. Llevabas un vestido rosa.

—El perro me mordió.

—Tan peligroso, lanzando palos al mar. Pero tu madre...

—En la playa, junto a la caseta...

—Sentada, sonriendo. Le gustaban los perros... ¿Conoces a mi hija? Éste es su marido... ¿No se llamaba Tray?, el que era grande y marron, y había otro, más pequeño, que mordió al cartero. Ahora lo recuerdo. ¡Qué cosas recuerda uno! Pero le estoy impidiendo...

—Por favor (Sí, sí, escribí, ya voy) Por favor, por favor... ¡Maldita seas, Helen! ¿Por qué interrumpes? Ahí va ella, nunca más... abriéndose camino entre la gente, sujetándose el chal, bajando lentamente las escaleras: ¡se ha esfumado! ¡El pasado! ¡el pasado!...

—Ah, pero escucha. Dime; tengo miedo; tantos extraños; algunos con barba; algunos tan guapos; ella ha tocado la peonía; todos los pétalos caen. Y orgullosos... la mujer de los ojos. Los armenios mueren. Y trabajos forzados. ¿Por qué? Esta charla también; menos ahora... susurra... todos debemos susurrar... ¿estamos escuchando... esperando... a qué? ¡El farolillo se ha encendido! ¡Cuidado con tu gasa! Una mujer murió así en cierta ocasión. Dicen que el cisne se ha despertado.

—Helen tiene miedo. Los farolillos de papel se encienden y las ventanas abiertas dejan que la brisa levante nuestros volantes. Pero yo no tengo miedo de la llama, tú lo sabes. Es el jardín... quiero decir, el mundo. Eso es lo que me asusta. Esas lucecillas ahí afuera, todas ellas con un círculo de tierra detrás... colinas y ciudades; luego las sombras; las lilas se agitan. No te quedes ahí hablando. Salgamos. Al jardín; tu mano en la mía.

—Fuera. La luna luce oscura sobre los páramos. Fuera, les haremos frente, esas olas de oscuridad coronadas de árboles, que se alzan eternamente, solitarias y oscuras. Las luces ascienden y caen; el agua es ligera como el aire; la luna está detrás. ¿Te hundes? ¿Te levantas? ¿Ves las islas? A solas conmigo.

Objetos sólidos

Lo único que se movía sobre el vasto semicírculo de la playa era una pequeña mancha negra. A medida que se acercaba al esqueleto de la barca sardinera varada en la arena, cierta tenuidad en su negrura dejó ver que la mancha en cuestión poseía cuatro piernas; y poco a poco resultó evidente que estaba compuesta por dos hombres jóvenes. Aun así, con su silueta recortada contra la arena, había en ellos una inconfundible vitalidad; un indescriptible vigor en el avance y el retroceso de los cuerpos que, si bien era leve, revelaba que una violenta discusión surgía de las diminutas bocas de aquellas dos cabezas. Esto quedaba corroborado, al mirar con más atención, por las constantes embestidas de un bastón situado a la derecha. «¿Intentas decirme...? ¿De verdad piensas...?», esto parecía afirmar el bastón que avanzaba del lado de las olas trazando largas líneas rectas en la arena.

—¡Al diablo la política! —emitió claramente el cuerpo de la izquierda, y mientras se pronunciaban estas palabras, las bocas, las narices, las barbillas, los bigotitos, las gorras de *tweed*, las botas toscas, los abrigos de caza y los calcetines de rombos de los dos hablantes se volvieron

Título original: «Solid Objects». En noviembre de 1918 VW había empezado ya a escribirlo. Publicado en *The Athenaeum* el 22 de octubre de 1920 —texto que se da—, fue recogido posteriormente en *HH*.

cada vez más nítidos; el humo de sus pipas ascendía por el aire; no había nada tan sólido, tan vivo, tan intenso, rojo, hirsuto y viril como estos dos cuerpos en millas y millas a la redonda de mar y dunas.

Se sentaron en la arena junto al esqueleto de la negra barca sardinera. Ya sabéis que el cuerpo parece relajarse al dar por concluida una discusión, y pedir disculpas por haberse exaltado, aplacándose y expresando con la laxitud de su postura su disposición a ocuparse de algo nuevo... cualquier cosa, lo primero que encuentre a mano. Por eso Charles, que había azotado la playa con su bastón durante más o menos media milla, comenzó a tirar fragmentos de pizarra sobre la superficie del agua, y John, que había exclamado «¡Al diablo la política!», comenzó a escarbar con los dedos en la arena. Hundió la mano más allá de la muñeca, lo cual le obligó a subirse ligeramente la manga, y sus ojos perdieron su intensidad o, mejor dicho, ese trasfondo de reflexión y experiencia que confiere a los ojos de los adultos una profundidad inescrutable desapareció, dejando sólo esa superficie clara y transparente que no expresa sino asombro y que se ve en los ojos de los niños de corta edad. Sin duda alguna el hecho de escarbar en la arena tenía algo que ver con todo esto. Recordó que, después de cavar durante un rato, el agua rezuma alrededor de las puntas de los dedos; el hoyo se convierte entonces en un foso; en un pozo; en un manantial; en un canal secreto que llega hasta el mar. Mientras decidía en cuál de estas cosas iba a convertirlo, sin dejar de trabajar con los dedos en el agua, éstos tropezaron con un objeto duro —un trozo de materia sólida— y poco a poco desenterraron un gran fragmento irregular y lo sacaron a la superficie. Una vez eliminada la capa de arena que lo cubría se apreció un tono verde. Era un trozo de cristal, tan grueso que resultaba casi opaco. El mar lo había pulido por completo, privándolo de toda arista y toda forma, de tal manera que resultaba imposible decir si había sido botella, vaso o cristal de ventana. No era más que un trozo de vidrio; era casi una piedra preciosa. Bastaba con engastarlo en

una montura de oro o ensartarlo en un alambre para transformarlo en una joya; en un colgante o un reflejo verde y apagado en un dedo. Tal vez, a fin de cuentas, fuese una auténtica gema; tal vez perteneció a una triste princesa que deslizaba la mano por el agua sentada en la popa de la embarcación y escuchaba el canto de los esclavos que la transportaban por la bahía a golpe de remo. O tal vez las tablas de roble de un cofre isabelino hundido y repleto de tesoros se habían roto y, tras rodar y rodar, rodar y rodar, sus esmeraldas habían llegado finalmente a la playa. John dio la vuelta al cristal; lo puso a contraluz; lo sujetó de modo que su masa irregular ocultó el cuerpo de su amigo y su brazo derecho extendido. El verde se aclaraba y oscurecía ligeramente, según se pusiera el cristal contra el cielo o contra el cuerpo. A John le gustaba; le intrigaba; era un objeto tan duro, tan compacto, tan definido, en comparación con el mar vago y la costa brumosa.

Entonces le interrumpió un suspiro... profundo, definitivo, que le hizo tomar conciencia de que su amigo Charles había tirado ya todas las piedrecitas que tenía a su alcance, o bien que había llegado a la conclusión de que no valía la pena tirarlas. Se comieron los bocadillos sentados el uno junto al otro. Hecho ésto, y tras haberse sacudido y puesto en pie, John cogió el trozo de cristal y lo observó en silencio. Charles también lo miró. Pero entonces descubrió que no era plano y, cargando su pipa, dijo con esa energía con que se pone fin a una cadena de pensamientos absurdos:

—Volviendo a lo que decía...

No vio, o si lo vio apenas reparó en ello, que John, tras observar el cristal un momento, como si dudase, se lo guardó en el bolsillo. Este impulso podría haber sido el mismo que mueve a un niño a recoger una piedra en un camino, prometiéndole una vida cálida y segura sobre la repisa de la chimenea del cuarto de los niños, deleitándose en la sensación de poder y benevolencia que tal acción proporciona, y creyendo que el corazón de la piedra brinca de alegría al verse escogida entre un millón de piedras iguales a ella para gozar de esta dicha en lugar de pasar la vida expuesta al frío y a la humedad del camino.

«¡Podría haber sido cualquier otra entre todos los millones de piedras, pero fui yo, yo, yo!»

Tanto si fue éste como si no el pensamiento que ocupó la mente de John, lo cierto es que el trozo de cristal encontró su lugar en la repisa de la chimenea, sobre un montón de facturas y cartas, y no sólo sirvió como excelente pisapapeles, sino que también se convirtió en un punto sobre el cual la mirada del joven se detenía de manera natural cuando apartaba la vista de su lectura. Al ser observado una y otra vez de manera inconsciente por una mente ocupada en cualquier otro pensamiento, cualquier objeto se mezcla tan profundamente con la materia del pensamiento que pierde su forma real y se recompone de un modo distinto, convirtiéndose en una forma ideal que visita nuestra mente cuando menos lo esperamos. Y fue así como John comenzó a sentirse atraído por los escaparates de las tiendas de regalos cuando iba por la calle, simplemente porque veía algo que le recordaba al trozo de cristal. Cualquier cosa, con tal de que fuese un objeto más o menos redondeado, acaso con una llama agonizante profundamente hundida en su masa, cualquier cosa —porcelana, cristal, ámbar, roca, mármol—, hasta el suave huevo ovalado de un ave prehistórica, le servía. Adquirió también la costumbre de andar con la mirada fija en el suelo, sobre todo cuando se acercaba a los solares donde se acumula la basura doméstica. Era frecuente encontrar en ellos tales objetos... arrojados, inservibles, informes, desechados. En pocos meses reunió cuatro o cinco ejemplares que ocuparon su lugar en la repisa de la chimenea. Además, eran útiles, pues un hombre que aspira a un escaño en el Parlamento y está a punto de iniciar una brillante carrera debe mantener en orden cierto número de papeles: direcciones de electores, declaraciones políticas, peticiones de suscripciones, invitaciones a cenas, etc.

Cierto día, al salir de su despacho en el Colegio de Abogados de Londres para coger un tren con la intención de participar en un acto electoral, sus ojos descubrieron un curioso objeto que yacía medio oculto en una

de esas pequeñas franjas de césped que rodean la entrada de los grandes edificios oficiales. No acertaba sino a tocarlo con la punta del bastón a través de la verja; pero veía que era un fragmento de porcelana de forma sumamente curiosa, más parecido a una estrella de mar que a ninguna otra cosa... tallado, o roto accidentalmente, en cinco puntas irregulares pero inconfundibles. Su tono era predominantemente azul, pero una especie de vetas o manchas cubrían el azul, y unas líneas de color carmesí le conferían una suntuosidad y un lustre de lo más atractivo. John estaba decidido a poseer aquel objeto; pero cuanto más lo empujaba con el bastón, más lo alejaba de sí. Finalmente se vio obligado a volver a su despacho e improvisar un aro de alambre sujeto a la punta del bastón, con el cual, a fuerza de gran cuidado y habilidad, consiguió situar el trozo de porcelana al alcance de la mano. Al cogerlo lanzó una exclamación triunfal. En ese momento el reloj daba la hora. Era evidente que ya no llegaba a su cita. El acto se celebró sin él. Pero, ¿cómo se había roto el trozo de porcelana de una forma tan curiosa? Tras examinarlo atentamente no le cupo duda de que la forma de estrella era accidental —lo cual resultaba aún más extraño— y pensó que era poco probable que hubiese otro igual. Colocado en la repisa de la chimenea, en el extremo opuesto a donde se encontraba el trozo de cristal que desenterrara de la arena, el fragmento de porcelana parecía una criatura de otro mundo, extraña y fantástica como un arlequín. Parecía hacer piruetas en el espacio, parpadeando como una estrella temblorosa. El contraste que se creaba entre la porcelana, tan viva y vigilante, y el cristal, tan mudo y contemplativo, le fascinaba, y se preguntaba con asombro cómo era posible que los dos objetos hubiesen llegado a existir en el mismo mundo y, lo que es más, a encontrarse en la misma y estrecha repisa de mármol de la misma habitación. La pregunta quedó sin respuesta.

Comenzó entonces a frecuentar esos lugares donde abunda la porcelana rota, tales como descampados junto a las vías férreas, solares de casas derribadas y pueblos

de los alrededores de Londres. Pero los objetos de porcelana rara vez se arrojan desde grandes alturas; éste es uno de los actos humanos menos frecuentes. Deben coincidir por una parte una casa muy alta y por otra una mujer de impulsos tan irrefrenables y carácter tan apasionado como para arrojar sus jarrones o sus floreros por la ventana sin preguntarse si hay alguien debajo. No era difícil encontrar porcelana rota en abundancia, pero rota en accidentes domésticos sin importancia, sin intención, sin carácter. A medida que fue ahondando en la cuestión se asombraba cada vez más ante la inmensa variedad de formas que cabía encontrar sólo en Londres, y hallaba aún más causa de asombro y especulación en las diferencias de calidades y formas. Se llevaba a casa los mejores ejemplares y los colocaba en la repisa de la chimenea, donde, sin embargo, su función era cada vez más ornamental, pues los papeles necesitados de un peso para mantenerse en su sitio eran cada vez más escasos.

Descuidaba sus obligaciones o las despachaba distraídamente, y cuando recibía visitas de sus electores, éstos quedaban negativamente impresionados por el aspecto que ofrecía la repisa de su chimenea. El caso es que no fue elegido para representarlos en el Parlamento y su amigo Charles, que se lo tomó muy a pecho y corrió a manifestarle su condolencia, lo encontró tan poco abatido por el desastre que llegó a suponer que el asunto era demasiado grave como para asimilarlo de repente.

Lo cierto es que ese día John había ido al municipio de Barnes y allí, debajo de una aulaga, había encontrado un curioso trozo de hierro. Era casi idéntico al cristal en cuanto a su forma, compacto y esférico, pero tan frío y pesado, tan negro y metálico que era evidentemente ajeno a la tierra y tenía su origen en alguna estrella muerta o bien eran los restos de algún satélite. El bolsillo se hundía bajo su peso; la repisa de la chimenea se hundía bajo su peso; irradiaba frío. Y pese a todo, el meteorito reposaba en el mismo lugar que el trozo de cristal y la porcelana en forma de estrella.

Mientras su mirada vagaba de un objeto a otro, el joven se sentía atormentado por la necesidad de poseer objetos que llegasen a superar incluso a aquéllos. Se entregó a la búsqueda con más y más afán. De no haber estado consumido por la ambición y convencido de que algún día hallaría su recompensa en algún montón de basura, las desilusiones sufridas, por no hablar de la fatiga y las burlas de que era objeto, le habrían obligado a abandonar su empeño. Provisto de una bolsa y un largo bastón en el que había acoplado un gancho adaptable, registraba los depósitos de tierra; hurgaba entre la maleza; rebuscaba en los callejones y en los espacios entre los muros, donde sabía que encontraría ese tipo de objetos desechados. Los desengaños se multiplicaban a medida que su criterio se volvía más estricto y su gusto más severo, pero siempre había un destello de esperanza, un trozo de porcelana o cristal rotos de forma curiosa que le incitaban a seguir. Pasaron los días. Ya no era joven. Su carrera —es decir, su carrera política— pertenecía ya al pasado. La gente dejó de visitarlo. Era demasiado silencioso como para que valiese la pena invitarlo a cenar. Jamás habló con nadie de sus serias ambiciones; a juzgar por cómo se comportaban los demás, estaba claro que no lo entendían.

Entonces se recostó en su sillón y observó cómo Charles levantaba las piedras de la repisa de la chimenea una docena de veces y volvía a colocarlas enfáticamente para subrayar lo que estaba diciendo sobre la conducta del gobierno, pero sin reparar para nada en su existencia.

—¿Cuál fue la verdad de todo esto, John? —preguntó Charles de pronto, volviéndose hacia él—. ¿Qué te hizo renunciar de ese modo tan repentino?

—Yo no he renunciado —replicó John.

—Pero ahora no tienes la menor posibilidad —dijo Charles bruscamente.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo John con convicción. Charles lo miró y se sintió profundamente incómodo; las más extraordinarias dudas se apoderaron de él; tenía la extraña sensación de que hablaban de cosas

distintas. Miró a su alrededor buscando alivio a su terrible desánimo, pero el desorden que reinaba en la habitación le deprimió aún más. ¿Qué hacían aquel bastón y aquella bolsa vieja colgados en la pared? ¿Y todas esas piedras? Al mirar de nuevo a John advirtió en su expresión algo fijo y distante que le asustó. Sabía perfectamente que su mera aparición en cualquier tribuna pública estaba totalmente fuera de lugar.

—Bonitas piedras —dijo lo más alegremente que pudo; y añadiendo que tenía una cita, dejó a John... para siempre.

Condolencia

Humphry Hammond, el 29 de abril, en The Manor, High Wickham, Bucks. ¡El marido de Celia! Tiene que ser el marido de Celia. ¡Muerto! ¡Dios mío! ¡Humphry Hammond muerto! Pensaba invitarles... y lo olvidé. ¿Por qué no fui el día que me lo pidieron? Había un concierto, interpretaban obras de Mozart... por eso rechacé la invitación. El apenas habló la noche que cenaron aquí. Se sentó en frente, en el sillón amarillo: dijo que lo que le gustaba eran los «muebles». ¿Que quería decir? ¿Por qué no hice nada para que se explicara? ¿Por qué dejé que se marchara sin decir todo cuanto podría haber dicho? ¿Por qué permaneció tanto tiempo sentado allí, en silencio, y nos dejó en el recibidor, hablando de autobuses? ¡Con cuánta claridad lo veo ahora y supongo que la timidez, o la sensación de querer decir algo que no podía decir, le decidieron a callarse después de decir que «le gustaban los muebles»! Ahora nunca lo sabré. Ahora las mejillas rosadas están

Título original: «Sympathy». Aunque el texto mecanografiado de «Condolencia» (con revisiones ológrafas) carece de fecha, la referencia que se hace en el relato a un martes 29 de abril respalda mi suposición de que fue escrito en la primavera de 1919, año en que tal fecha cayó en martes. VW utilizó un pasaje de «Condolencia» en «Lunes o martes» (v. nota 2). Se da el texto del original mecanografiado.

pálidas y los ojos, con esa mirada de resolución y desafío propia del hombre joven, cerrados, aunque aún desafiantes bajo los párpados. Varonil, inflexible, rígido, yace en su lecho, y yo lo veo blanco y elevado; las ventanas abiertas, los pájaros cantando, sin concesiones a la muerte; sin lágrimas, sin sentimentalismos, acaso un ramillete de lirios esparcidos por el embozo... de su madre o de Celia.

Celia. Sí... la veo, y luego dejo de verla. Hay un momento que no logro imaginar: ese momento en la vida de otros que uno siempre pasa por alto; ese momento a partir del cual todo aquello por lo que los conocemos deja de ser; la sigo hasta la puerta; la veo girar el picaporte; luego sobreviene un momento de ceguera y, cuando mi imaginación abre de nuevo los ojos, la encuentro preparada para el mundo: viuda; ¿o acaso no va, a primera hora de la mañana, cubierta de blanco de la cabeza a los pies como si la luz se rompiera en pedazos sobre su frente? Veo el signo exterior y lo veré siempre; pero su significado sólo podré intuirlo. Señalaré con envidia sus silencios y su severidad; la observaré moverse entre nosotros con su secreto inconfesado; la imaginaré anhelando la llegada de la noche con su solitario viaje; la evocaré aterrizando entre nosotros para el trabajo del día, desdeñosa y condescendiente con nuestras diversiones. En medio del clamor pensaré que oye más; el vacío guarda un espectro para ella. La envidiaré por todo ello. Envidiaré su seguridad... su sabiduría. Pero, a medida que el sol se vuelve más intenso, el velo blanco se desvanece de su frente y ella se acerca a la ventana. Los carros traquetean por la calzada y los hombres, puestos en pie para conducir, silban o cantan o se gritan unos a otros.

Ahora la veo con más claridad. El color ha vuelto a sus mejillas; pero el rubor ha desaparecido; el velo que tornaba su mirada dulce y vaga se ha borrado de sus ojos; el murmullo de la vida resuena con violencia en sus oídos y, de pie, junto a la ventana abierta, se estremece y se encoge. La sigo; ya sin envidia. ¿Acaso no rehúsa la mano que le tiendo? [Todos somos ladrones; todos crueles; todos gotas de agua en la corriente que fluye indife-

rente ante sus ojos. Podría salir de un salto y acercarme hasta ella, pero sólo para hundirme de nuevo y fluir veloz en la corriente. La piedad que me mueve a tenderle la mano para que ella se agarre se convierte, o se convertirá, en un impulso de compasión que, por su generosidad, a ella le resulta humillante] ¹. Inmediatamente después le grita a la mujer que sacude la alfombra en la puerta de al lado, «¡Qué hermosa mañana!». La mujer se detiene, la mira, asiente con la cabeza y corre a meterse en casa. Con la cabeza apoyada en la mano, contempla las flores que cubren la pared rojiza. Las lágrimas caen, pero ella se frota los ojos con los nudillos. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinticuatro?... como mucho veinticinco. ¿Puede uno invitarla a... pasear por la montaña? Pisando fuerte con nuestras botas sobre el empinado camino nos ponemos en marcha, saltamos la cerca, cruzamos el campo y subimos hasta el bosque. Allí, ella se precipita sobre las anémonas y las recoge «para Humphry»; y se abstiene diciendo que estarán más frescas al atardecer. Nos sentamos y miramos el espacio triangular de campo amarillo y verde que se extiende ante nosotras a través del arco de zarzas que las divide de un modo tan extraño.

—¿Qué piensas? —preguntó ella de pronto (eso es lo que imagino), chupeteando el tallo de una flor. —Nada... nada —respondo, obligada contra mi voluntad a hablar bruscamente. Ella frunce el ceño, tira su flor y se pone en pie de un salto. Camina a grandes zancadas unos cuantos metros y luego se cuelga impetuosamente de una rama baja para ver un nido de zorzal que hay en un árbol.

—¡Cinco huevos! —grita. Y otra vez bruscamente respondo: —¡Qué divertido!

Pero todo es una ilusión. No estoy con ella en la habitación, ni tampoco en el bosque. Estoy aquí, en Londres, junto a la ventana, con *The Times* en la mano. ¡Cómo lo ha cambiado todo la muerte! Como en un eclipse de sol, los colores se esfuman y los árboles parecen delgados

¹ No está claro si al encerrar este pasaje entre corchetes VW pretendía suprimirlo.

como el papel y lívidos al paso de la sombra. Se percibe una brisa heladora y el rugido del tráfico llega a través de un abismo. Luego, un segundo después, las distancias se estrechan, los sonidos se funden; y mientras contemplo los árboles aún pálidos, me convierto en centinela y guardián; el cielo extiende su delicado telón de fondo; y todo remoto, como si se elevase hasta la cima de una montaña, al alba. Ha sido la muerte; la muerte acecha tras las hojas y las casas y el humo que asciende tembloroso, y lo sosiega todo en su apacible quietud antes de ponerse cualquiera de las máscaras de la vida. Así, desde un tren, yo he contemplado las colinas y los campos y he visto al hombre con la guadaña mirando por encima del seto a nuestro paso, y a los amantes tumbados en la hierba que me observaban sin disimulo, como yo a ellos². Ha caído un peso; un obstáculo ha sido eliminado. Libremente, en este aire puro, mis amigos desfilan oscuros por el horizonte, implorando todos ellos sólo bondad, eludiéndome tiernamente y descendiendo desde el filo del mundo al interior del barco que aguarda para conducirlos a la tormenta o a la serenidad. Mis ojos no pueden seguirlos. Pero uno tras otro, con besos de despedida y risas más dulces que antaño, pasan junto a mí antes de zarpar para siempre. En ordenado tropel descienden hasta la orilla del agua como si este fuese el único destino de nuestras vidas. Todos nuestros caminos se tornan ahora claros, se desvían y divergen para reunirse aquí, bajo el solemne sicomoro y este cielo tan tierno y las ruedas y los gritos que suenan ahora fuertes, ahora suaves y armoniosos.

El joven sencillo al que yo apenas conocí había pues ocultado en su ser el inmenso poder de la muerte. Había eliminado los límites y fusionado las distintas entidades al cesar de existir... allí en la habitación, con las ventanas abiertas y el canto de los pájaros en el exterior. Se retiró en silencio y, si bien su voz no fue nada, su silencio es profundo. Tendió su vida como un manto para que caminásemos sobre él. ¿Adónde nos conduce? Llegamos

² Véase «Lunes o martes». p. 193.

hasta el borde y nos asomamos. Pero él se nos escapa; se desvanece en el cielo lejano; a nosotros nos queda la ternura del verde y el azul del cielo; pero puesto que el mundo es transparente, no obtendrá nada de él; se ha apartado de nosotros, agrupados en el mismo límite del límite; desaparece rompiendo el alba en mil pedazos. Se ha ido. Nosotros debemos regresar.

El sicomoro sacude sus hojas dibujando inquietas manchas de luz en el profundo estanque de aire sobre el que se yergue; el sol sale disparado por entre las hojas, sobre la hierba; los geranios se encienden de rojo en la tierra. A mi izquierda se oye un grito, y otro, brusco y aislado, a la derecha. Las ruedas giran en dirección contraria; los autobuses se aglomeran en pugna; el reloj asevera con doce inconfundibles campanadas que es mediodía ³.

¿He de volver, entonces? ¿He de ver cerrarse el horizonte, hundirse la montaña y regresar los fuertes y vivos colores? No, no, Humphry Hammond está muerto. Está muerto... las sábanas blancas, el perfume de las flores... la abeja que entra en la habitación y sale zumbando. ¿Adonde se dirige? Hay una en la campana de Canterbury; pero allí no encuentra miel y decide probar en la pared de flores amarillas; mas, ¿qué esperanza de miel puede haber en estos viejos jardines de Londres? La tierra debe de estar seca como granos de sal espolvoreados sobre grandes tuberías de hierro, y las curvas de los túneles... ¡Pero Humphry Hammond! ¡Muerto! Dejadme leer otra vez el nombre en el periódico; dejadme regresar junto a mis amigos; no permitáis que los abandone tan pronto; murió el martes; hace tres días; de repente; dos días enfermo; y luego, se acabó: la gran operación de la muerte. Se acabó. Puede que ya esté bajo tierra y que la

³ [Las dos últimas frases sustituyen al siguiente final, que fue suprimido:] ¿Quieres decir que Humphry sigue vivo y nunca has abierto la puerta del dormitorio ni cogido las anémonas, y que yo he desperdiciado todo esto; la muerte no estuvo nunca detrás del árbol; y voy a cenar contigo; tendré años y años para hacerte preguntas sobre los muebles. ¡Humphry, Humphry deberías haber muerto! [Antes de suprimir este pasaje VW tachó la frase final y la substituyó por:] ¿Por qué me habéis engañado?

gente haya cambiado ligeramente de rumbo; aunque algunos, que no se han enterado, aún le envían cartas; pero los sobres parecen ya viejos sobre la mesa del recibidor. Siento como si llevase muerto semanas, años. Cuando pienso en él, apenas veo nada y eso que dijo —que le gustaban los muebles— carece por completo de sentido. Y, sin embargo, ha muerto; todo cuanto pudo hacer apenas me produce ahora sensación alguna. ¡Terrible! ¡Terrible! ¡Ser tan insensible! Ahí está el sillón amarillo en el que se sentó, raído, aunque lo bastante sólido aún como para sobrevivirnos a todos nosotros; y la repisa de la chimenea cubierta de cristal y plata; pero él es efímero como la polvorienta luz que dibuja rayas en la pared y en la alfombra. Así brillará el sol sobre el cristal y la plata el día en que yo muera. El sol proyecta su luz a un millón de años sobre el futuro; una ancha senda amarilla que discurre a una distancia infinita de esta casa y esta ciudad; discurre tan lejos que no queda nada sino el mar, que se extiende uniformemente con su infinitad de pliegues bajo la luz del sol. Humphry Hammond... ¿Quién era Humphry Hammond?... un extraño sonido, a veces crepitante, a veces suave, como una caracola.

¡Los terribles sobres! ¡El correo! Esos cuadraditos blancos llenos de trazos negros. «Mi suegro... ¿vendrás a cenar?» ¿Es que se ha vuelto loca? ¿Por qué habla de su suegro? Aún lleva el velo blanco; el lecho es blanco y está elevado; los lirios... la ventana abierta... la mujer que sacude las alfombras. «Humphry se ha hecho cargo del negocio...» ¿Humphry?... ¿Quién ha muerto?... «Creo que nos mudaremos a la casa grande.» ¿A la casa de la muerte? «Debes venir e instalarte allí. Yo tengo que quedarme en Londres y comprar ropa de luto.» ¡Oh, no me digáis que aún está vivo! ¿Por qué me habéis engañado?

Una novela no escrita

Semejante expresión de infortunio bastaba por sí sola para que la mirada se deslizase por el borde del periódico hacia el rostro de aquella pobre mujer... insignificante sin aquella expresión, casi un símbolo del destino humano con ella. La vida es lo que vemos en los ojos de la gente; la vida es lo que aprenden y, una vez aprendido, nunca, por más que intenten ocultarlo, dejan de ser conscientes de... ¿de qué? De que la vida es así, al parecer. Cinco rostros frente a frente... cinco rostros maduros... y el conocimiento en cada rostro. ¡Qué extraño, sin embargo, que la gente quiera ocultarlo! En todos ellos hay signos de reticencia: labios cerrados, ojos tristes; los cinco hacen algo para ocultar o adormecer su conocimiento. Uno fuma; el otro lee; un tercero consulta su agenda; el cuarto mira el mapa de ferrocarriles colgado en frente; y la quinta... lo terrible de la quinta es que no hace absolutamente nada. Mira la vida. Ay, mi pobre y desdichada mujer, ¡juega la partida... ocúltalo por el bien de todos nosotros!

Título original: «An Unwritten Novel». Escrito con toda probabilidad en torno a enero de 1920, fue publicado en el *London Mercury* en julio de ese mismo año, incluido (levemente revisado) en *MT* —texto que se ofrece— y reproducido en *HH*. La revisión consistió en tres pequeñas supresiones que se dan entre asteriscos en las notas 3, 4 y 5. Los corchetes son de la propia VW.

Levantó la vista como si me hubiese oído, se rebulló ligeramente en el asiento y suspiró. Parecía pedir disculpas y al mismo tiempo decir, «¡Si usted supiera!» Luego volvió a mirar la vida. «Pero yo lo sé», respondí en silencio, fijando la vista en *The Times*, por educación: «Lo sé todo. “Ayer se anunció oficialmente en París la paz entre Alemania y las Potencias Aliadas¹... Nitti, el Primer Ministro italiano... Un tren de pasajeros colisiona en Doncaster con un tren de mercancías...” Todos lo sabemos... *The Times* lo sabe... pero fingimos lo contrario.» Mi mirada había vuelto a deslizarse por encima del periódico. La mujer se estremeció, se llevó el brazo de un modo extraño hacia el centro de la espalda y sacudió la cabeza. Yo volví a sumergirme en mi gran represa de vida. «Escoge lo que quieras», continué, «nacimientos, defunciones, matrimonios, las costumbres de las aves, Leonardo da Vinci, el asesino de Sandhills, el aumento de sueldos y el coste de la vida... «¡Escoge lo que quieras!», repetí, «¡todo está en *The Times!*». Con infinito cansancio, la mujer volvió a mover la cabeza a uno y otro lado, hasta que como una peonza cansada de girar, la cabeza reposó sobre el cuello.

The Times no ofrecía protección contra una pena como la suya. Pero la presencia de los demás impedía establecer comunicación. Lo mejor que cabía hacer contra la vida era doblar el periódico en un cuadrado perfecto, definitivo, grueso, impermeable incluso a la propia vida. Hecho ésto, levanté la vista rápidamente, armada con mi propio escudo. La mujer atravesó mi escudo; me miró a los ojos como si buscara algún sedimento de valor en sus profundidades y lo mojara hasta convertirlo en barro. Pero su estremecimiento negó toda esperanza, descartó toda ilusión.

Y así, traqueteando, cruzamos Surrey y entramos en Sussex. Pero como tenía los ojos puestos en la vida no advertí que los demás viajeros se habían apeado, uno por uno, hasta que nos quedamos solas con el hombre que leía. Llegamos a la estación de Three Bridges. Avanzamos lentamente

¹ El tratado de Versalles, firmado en París el 28 de junio de 1919, entró en vigor el 10 de enero de 1920.

hacia el andén y nos detuvimos. ¿Se bajaría el hombre en esta estación? Recé por las dos cosas... finalmente recé para que se quedase. En ese momento él se levantó, dobló el periódico con descuido, como si se tratara de un asunto liquidado, abrió la puerta bruscamente y nos dejó solas.

La desdichada mujer se inclinó un poco hacia adelante y se dirigió a mí en tono suave... habló de las estaciones y de las vacaciones, de sus hermanos en Eastbourne, y de la época del año... ya no recuerdo si era a comienzos o a finales. Por fin, al mirar por la ventanilla y ver, yo me di cuenta, sólo vida, la mujer suspiró. «Vivir lejos... ése es el inconveniente...» Ay, se avecinaba la catástrofe: «Mi cuñada...» La acidez de su tono era como el limón sobre el duro acero, y hablando no para mí sino para sus adentros murmuró: «Ella diría que son tonterías... eso es lo que dicen todos», y mientras hablaba no paraba de moverse, como si tuviese la carne de gallina.

«¡Ay, esa vaca!» exclamó con agitación, como si la gran vaca de madera que había en el prado la hubiese asustado, salvándola así de alguna indiscreción. Luego se estremeció y repitió el torpe movimiento que yo ya había visto antes, como si, tras el espasmo, le escociese o le picase en algún punto situado entre los hombros. Después volvió a parecer la mujer más infeliz del mundo, y yo se lo reproché una vez más, aunque no con la misma convicción, pues si hubiese una razón, y si yo conociese la razón, el estigma desaparecería de la vida.

«Las cuñadas» dije yo...

Frunció los labios como si se dispusiera a escupir veneno sobre esa palabra; y fruncidos permanecieron. Se limitó a coger su guante y frotar con fuerza una mancha que había en la ventanilla. Frotaba como si quisiera eliminar algo para siempre... una mancha, algo indeleble. Pero la mancha siguió donde estaba, por más que frotó, y ella volvió a hundirse en el asiento con el mismo estremecimiento y el mismo tirón del brazo que para entonces yo ya había llegado a esperar. Algo me impulsó a coger el guante y frotar la ventanilla. También allí había una pequeña mancha. Por más que froté, no desapareció.

Y entonces fui yo quien tuvo el espasmo; torcí el brazo y lo llevé hacia el centro de la espalda. También a mí se me puso la carne de gallina; sentía picor y escozor en un punto situado entre los hombros, como si tuviese una herida en carne viva. ¿Podría alcanzarlo? Lo intenté disimuladamente. La mujer me vio. Una sonrisa de infinita ironía, de infinita tristeza, cruzó su rostro y se desvaneció. Pero había establecido contacto, compartido su secreto, transmitido su veneno; ya no volvería a hablar. Hundiéndome en mi rincón, protegiendo mis ojos de los suyos, mirando sólo las colinas y los valles, grises y púrpuras, del paisaje invernal, capté su mensaje, descifré su secreto, lo leí en su mirada.

La cuñada se llama Hilda. ¿Hilda? ¿Hilda? Hilda Marsh... Hilda la radiante, la de pechos abundantes, la matrona. Hilda está en la puerta con una moneda en la mano cuando llega el taxi. «Pobre Minnie, parece más que nunca un saltamontes... el mismo abrigo del año pasado. En fin, en estos tiempos y con dos hijos, no se puede hacer gran cosa. No, Minnie. Ya lo tengo en la mano; aquí tiene... No, Minnie, no lo permitiré. Pasa Minnie. ¡Deja que te lleve la maleta!» Y entran en el comedor. «Niños, la tía Minnie».

Los cuchillos y tenedores reposan lentamente sobre el mantel. Se levantan (Bob y Bárbara), extienden la mano ceremoniosamente; vuelven a sus sillas, observando entre bocado y bocado. [Pero pasaremos esto por alto; adornos, cortinas, fuente de porcelana con tréboles, taquitos de queso amarillos, cuadraditos de galletas blancas —lo pasaremos por alto— pero, ¡un momento! En mitad del almuerzo uno de esos estremecimientos; Bob la mira, con la cuchara en la boca. «Cómete el budín, Bob»; pero Hilda lo desapruueba. «¿A qué viene ese estremecimiento?» Lo pasaremos por alto, lo pasaremos por alto, hasta que lleguemos al piso de arriba; escaleras con barandilla de cobre; linóleo gastado; ¡ah, sí! un pequeño dormitorio con vistas sobre los tejados de Eastbourne... tejados zigzagueantes como orugas, hacia aquí, hacia allá, con rayas rojas y amarillas, con pizarra negro azulada.] Ahora, Minnie, la puerta se ha cerrado; Hilda desciende pesadamente las escaleras; y tú desatas las correas de la

maleta, colocas sobre la cama un ajado camisón, pones las zapatillas forradas de fieltro una junto a la otra. El espejo... no, evitas el espejo. Dispones metódicamente las horquillas. ¿Habrá algo en la cajita de carey? La agitas; el mismo botón de nácar del año pasado... eso es todo. Y luego el estremecimiento, el suspiro, el sentarse junto a la ventana. Las tres de una tarde de diciembre; llovizna; un resplandor en el tragaluz de una tienda de telas; otra luz en el cuarto de una criada... ésta se apaga. Eso la deja sin nada que mirar. Un momento de negrura... ¿en qué piensas? (Permítanme espiarla. Está dormida o finge dormir. ¿En qué podría pensar, sentada junto a la ventana a las tres de la tarde? (¿Salud, dinero, facturas, su Dios?) Sí, sentada justo en el borde de la silla, contemplando los tejados de Eastbourne, Minnie Marsh reza a Dios. Todo eso está muy bien; y tal vez frote el cristal de la ventana, como para ver mejor a Dios; pero ¿a qué Dios ve? ¿Cuál es el Dios de Minnie Marsh? ¿El Dios de los callejones de Eastbourne? ¿El Dios de las tres de la tarde? Yo también veo tejados, veo cielo. Pero, ay... ¡esto de ver Dioses! Se parece más al Presidente Kruger que al Príncipe Alberto²... es todo cuanto puedo hacer por él; y lo veo en un trono, con una levita negra, pero tampoco tan alto; puedo proporcionarle un par de nubes para que se siente; y entonces su mano, rebuscando entre las nubes, saca un cetro, ¿o es un garrote?... negro, grueso, con pinchos... un matón... ¡el Dios de Minnie! ¿Fue él quien le envió el picor y la mancha y el espasmo? ¿Es ésa la razón por la que Minnie reza? Lo que intenta borrar de la ventana es la mancha del pecado. ¡Ay, Minnie cometió un delito!

Puedo escoger entre varios delitos. Los bosques se deslizan y huyen... en verano hay campanillas; y allí, en el claro, cuando llega la primavera, prímulas. Fue una separación ¿hace veinte años? ¿Una promesa rota? ¡No sería

² Paulus Kruger (1825-1904), líder de los *boers* durante la rebelión contra Gran Bretaña en 1880 y más tarde presidente del Transvaal, contrasta vivamente con el favorito de la reina Victoria, el Príncipe Alberto (1819-1861), cuyo sincero cristianismo adoptó una forma mucho menos agresiva.

Minnie quien la rompiera!... Ella fue fiel. ¡Cómo cuidó de su madre! Gastó todos sus ahorros en la lápida de la tumba... coronas de flores bajo el cristal... jarrones con narcisos. Pero me estoy desviando. Un delito... Ellos dirían que guardó su dolor, que ocultó su secreto... su sexo, dirían... los hombres de ciencia. ¡Qué tontería dar a Minnie la carga del sexo! ¡Pamplinas! No... más bien es esto otro. Paseando por las calles de Croydon hace veinte años, los lazos violeta en el escaparate iluminado de la mercería llamaron su atención. Se entretiene... son más de las seis. Si corre aún llegará a casa a tiempo. Empuja la puerta giratoria de cristal. Está abierto. Hay bandejas repletas de cintas ³. Se detiene, tira de ésta, acaricia aquella de las rosas... no hace falta elegir, no hace falta comprar, y cada bandeja contiene sus sorpresas. «No cerramos hasta las siete», y de pronto *son* las siete. Corre, se apresura, llega a casa, pero demasiado tarde. Vecinos... el médico... su hermano pequeño... el hervidor... escaldado... hospital... muerto... ¿o sólo la impresión que produce, la culpa? ¡Qué importan los detalles! Es lo que Minnie lleva dentro; la mancha, el delito, lo que debe expiar, siempre allí, entre sus hombros. «Sí», parece asentir con la cabeza, «eso es lo que hice».

No me importa lo que hiciste o si lo hiciste; no es eso lo que quiero. El escaparate de la mercería con sus lazos violeta... eso servirá; sin valor, quizá, algo tópico... porque es posible elegir entre varios delitos, pero tantos (déjenme espiar de nuevo... ¡aún duerme o finge dormir! blanca, exhausta, la boca cerrada... un toque de obstinación, más de la que cabría imaginar... sin rastro de sexo), tantos delitos no son *tu* delito. Tu delito fue insignificante; sólo el castigo fue solemne; ahora se abren las puertas de la iglesia, el duro banco de madera la recibe; se arrodilla en las baldosas marrones; día tras día, invierno, verano, alba, ocaso (y ahora también), reza. Todos sus pecados caen, caen, caen para siempre. La mancha los acoge. Es pronunciada, es roja, quema. Luego se estremece. Los niños

³ rebosantes de cintas * en todos los mostradores *

la señalan con el dedo. «Bob viene hoy a comer»... Pero las mujeres entradas en años son lo peor de todo.

Ya no puedes seguir rezando. Kruger se ha hundido bajo las nubes... desbibujado como por una pincelada gris a la que el pintor añade un poco de negro... hasta la punta del garrote ha desaparecido ahora. ¡Siempre pasa lo mismo! No bien acabas de verlo, de sentirlo, alguien llega e interrumpe. Esta vez es Hilda.

¡Cuánto la odias! Incluso cierra con llave la puerta del baño, por la noche, aunque tú sólo quieres agua fría, y a veces cuando la noche ha sido mala parece como si lavarse aliviase ⁴. Y John a la hora del desayuno... los niños... las comidas son lo peor, y a veces hay amigos... los helechos no llegan a ocultarlos del todo... y ellos también lo saben; por eso sales a pasear por el paseo marítimo, donde las olas son grises, y los papeles vuelan por doquier, y las marquesinas de cristal son verdes y están expuestas al viento, y las sillas cuestan dos peniques... demasiado... pues en la arena habrá predicadores. Ah, ahí llega un negro... ahí llega un hombre extraño... ahí llega un hombre con periquitos... ¡pobres criaturas! ¿Es que no hay nadie aquí que piense en Dios?... justo ahí arriba, en el rompeolas, con su cetro... pero no... allí no hay nada salvo gris en el cielo, o si es azul las nubes blancas lo ocultan, y la música —es música militar— y ¿para qué pescan? ¿Realmente atrapan algo? ¡Cómo miran los niños! Bien, otra vez de vuelta a casa... «¡De vuelta a casa!» Las palabras tienen significado; bien podría haberlas pronunciado el anciano de las patillas... no, no, él no llegó a hablar; pero todo tiene su significado... las placas en las puertas... los rótulos en los escaparates... la fruta roja en sus cestos... las cabezas de las mujeres en la peluquería... todos dicen «¡Minnie Marsh!» Otro espasmo. «¡Los huevos están más baratos!» ¡Siempre pasa lo mismo! Yo la precedía en la catarata, directamente a la locura, cuan-

⁴ como si lavarse aliviase. *Coges la esponja, la piedra pómez, frotas, restriegas, retuerces y enjuagas; es imposible... déjame intentarlo a mí; yo tampoco llego... ese punto situado entre los hombros... solamente agua fría... ¿por qué iba a molestarle una cosa así?*

do, Minnie da media vuelta y, como un rebaño de ovejas imaginarias, se me escapa entre los dedos. Los huevos están más baratos. No hay, para la pobre Minnie Marsh, delitos, ni penas, ni rapsodias ni locuras amarrados a las costas del mundo; nunca llega tarde a almorzar; nunca es sorprendida por la tormenta sin impermeable; nunca desconoce el precio de los huevos. Y así llega a casa... se sacude las botas.

¿Te he entendido bien? Pero el rostro humano... el rostro humano que asoma por encima de la hoja repleta de letra impresa contiene más cosas, retiene más cosas. Ahora, abre los ojos, mira. Y en el ojo humano... ¿cómo definirlo?... hay una cesura... una división... de manera que cuando te apoderas del tallo la mariposa vuela... la polilla que se posa al atardecer sobre la flor amarilla... se marcha, al levantar la mano, lejos, hacia lo alto. Yo no levantaré la mano. Permanece pues inmóvil, temblor, vida, alma, espíritu, lo que seas de Minnie Marsh... yo también, en mi flor... el halcón sobre la loma... solo, o ¿cuál sería el valor de la vida? Levantarse; permanecer inmóvil al caer la tarde, al mediodía; permanecer inmóvil sobre la loma. El temblor de una mano... ¡se va, hacia lo alto! y se vuelve a posar. Solo, sin ser visto; viéndolo todo inmóvil allí abajo, todo tan hermoso. Sin que nadie vea, sin que a nadie importe. Los ojos de los demás son nuestras cárceles; sus pensamientos nuestras jaulas. Aire por arriba, aire por abajo. Y la luna y la inmortalidad... ¡Pero me dejo caer sobre la hierba! ¿Tú también estás tumbada, tú, la del rincón, como te llames... mujer... Minnie Marsh; o cualquier otro nombre parecido? Ahí está, aferrada a su flor; abriendo el bolso de mano para sacar una cáscara vacía... un huevo... ¿quién decía que los huevos estaban más baratos? ¿Tú o yo? Fuiste tú quien lo dijo de vuelta a casa, ¿lo recuerdas?, cuando aquel anciano caballero abrió de pronto su paraguas... ¿o tal vez estornudó? El caso es que Kruger se fue y tú volviste a casa y te sacudiste las botas. Sí. Y ahora colocas sobre tus rodillas un pañuelo en el que dejas caer trocitos de cáscara de huevo... fragmentos de un mapa... un rompecabezas. ¡Me gus-

taría poder unirlos! Si te sentases y te estuvieses quieta. Ha movido las rodillas... el mapa ha vuelto a hacerse pedazos. Por las laderas de los Andes ruedan los blancos bloques de mármol, se precipitan violentamente, aplastan a una cuadrilla de arrieros españoles, con su reata... El botín de Drake, oro y plata. Pero volvamos a...

¿A qué? ¿Adónde? Ella abrió la puerta y, dejando el paraguas en el paraguero... eso huelga decirlo: además, el olorcillo del asado desde el piso de abajo. Punto, punto, punto. Pero lo que no puedo eliminar de ese modo, lo que debo, con la cabeza gacha, los ojos cerrados, con el coraje de un batallón y la ceguera de un toro, embestir y dispersar son, indudablemente, las figuras que hay detrás de los helechos, los viajantes de comercio. Los he mantenido ocultos allí durante todo este tiempo con la esperanza de que desapareciesen, o mejor aún, de que emergiesen, tal como deberían si es que el relato ha de seguir cobrando riqueza y rotundidad, destino y tragedia, tal como deben hacer los relatos, incluyendo a dos o tres viajantes de comercio y todo un campo de aspidistras. «La frondosidad de las aspidistras sólo ocultaba en parte al viajante de comercio...» Los rododendros lo ocultarían por completo, y por añadidura me darían esa combinación de rojo y blanco que tanto anhelo y tanto busco. Pero rododendros en Eastbourne... en diciembre... en la mesa de los Marsh... no, no, no me atrevo. Todo es cuestión de migas de pan y vinagreras, de adornos y de helechos. Más tarde tal vez habrá un momento junto al mar. Además, siento, cosquilleando deliciosamente entre la hojarasca y sobre el glacis de cristal tallado, el deseo de observar furtivamente al hombre de enfrente... tengo que limitarme a uno. ¿No será James Moggridge, ese a quien los Marsh llaman Jimmy? [Minnie, tienes que prometerme que no te estremecerás hasta que haya solucionado este asunto.] James Moggridge es viajante de comercio, vende... ¿digamos botones...?, pero aún no ha llegado el momento de incluir los botones... grandes y pequeños, colocados en largos cartones, algunos como el ojo de un pavo real, otros de oro mate; unos azules, otros

como el coral... pero ya he dicho que no ha llegado el momento. El viaja, y el jueves, el día que pasa en Eastbourne, almuerza con los Marsh. Su cara roja, sus ojos pequeños y serenos —en modo alguno vulgares—, su enorme apetito (esto elimina riesgos; no mirará a Minnie hasta haber mojado con el pan toda la salsa), la servilleta colgada del cuello... pero esto es primitivo, y sea cual fuere el efecto que pueda producir en el lector, no caeré en la trampa. Pasemos a ocuparnos de cómo viven los Moggridge, pongamos este asunto en marcha. Es el propio James quien remienda los zapatos de la familia todos los domingos. Lee *Truth*. Pero, ¿su pasión? Las rosas... y su mujer, una enfermera retirada... interesante... ¡por el amor de Dios, dejadme ponerle a una mujer un nombre que me guste! Pero no. Ella es uno de los hijos de la mente aún sin nacer, ilícita, aunque no por ello menos amada, como mis rododendros. Cuántos mueren en cada novela... los mejores, los más queridos... mientras que Moggridge vive. La culpa es de la vida. Aquí está Minnie comiéndose un huevo, frente a mí⁵ y en el otro extremo de la línea ferroviaria... ¿hemos pasado ya Lewes?... allí estará Jimmy... ¿o a qué viene ese estremecimiento?

Allí estará Moggridge... la culpa es de la vida. La vida impone sus leyes; la vida bloquea el camino; la vida está detrás del helecho; la vida es el tirano; ¡pero no el matón! No, les aseguro que vengo voluntariamente; vengo movida por Dios sabe qué impulso entre helechos y migas de pan, mesa sucia y botellas pringosas. Vengo sin poderlo resistir para alojarme en algún lugar de la carne firme, de la robusta espina dorsal, algún lugar que me permita penetrar en la persona o apoyarme en ella, en el alma de Moggridge. La enorme estabilidad de la estructura; la espina dorsal dura como barba de ballena, recta como roble; las costillas desplegándose en ramas; la carne como una lona tensa; los orificios rojos; la succión y la regurgitación del corazón; mientras que, de lo alto, la carne cae en trocitos marrones y la cerveza fluye hasta convertirse

⁵ al contrario * (¡No soporto mirarla!)*

de nuevo en sangre... y así llegamos a los ojos. Ven algo detrás de la aspidistra: negro, blanco, lúgubre; otra vez la fuente; detrás de la aspidistra ven a una anciana. «La hermana de Marsh. Me gusta más Hilda»; ahora el mantel. «Marsh debe de saber lo que les pasa a los Morris...» habrá que hablar de ello; han traído el queso; otra vez la fuente; la ofrece... los enormes dedos; ahora la mujer de enfrente. «La hermana de Marsh... no se parece en nada a Marsh; esa pobre vieja... Deberías estar dando de comer a las gallinas... Dios mío, ¿qué le hace estremecerse de ese modo? ¿Qué habré dicho? ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! estas ancianas. ¡Dios mío, Dios mío!»

[Sí, Minnie. Ya sé que te has estremecido, pero espera un momento... James Moggridge.]

«¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!» ¡Qué hermoso sonido! Como el golpe de un mazo sobre la madera seca, como el latido del corazón de un viejo ballenero cuando la mar se alza gruesa y el cielo se cubre de nubes. «¡Dios mío, Dios mío!», las campanas tocan a muerto para apaciguar y consolar las almas de los apenados, para envolverlas en lino, diciendo: «Hasta la vista. ¡Buena suerte!» y luego «¿En qué puedo servirle?», pues aunque Moggridge le ofreciera una rosa, ya es cosa pasada, se acabó. ¿Y ahora qué? «Señora, va usted a perder el tren», porque los trenes no esperan.

Ése es el camino que sigue el hombre; ése es el sonido que reverbera; ahí están la catedral de St. Paul y los autobuses. Pero ya estamos recogiendo las migas. ¿No vas a quedarte, Moggridge? ¿Tienes que marcharte? ¿Vas a recorrer Eastbourne esta tarde en una de esas pequeñas calesas? ¿Eres tú el hombre atrincherado entre cajas de cartón verde, el hombre que a veces baja las persianas, y a veces se sienta solemnemente y lo observa todo como una esfinge, y siempre hay algo sepulcral, algo fúnebre, el ataúd, y el crepúsculo sobre el caballo y el cochero? Díme... pero las puertas se cierran de golpe. No volveremos a encontrarnos. ¡Adiós, Moggridge!

Sí, sí, ya voy. Hasta lo más alto de la casa. Me detendré un momento. El barro gira en la mente... qué remoli-

no forman estos monstruos, las aguas se mecen, las algas ondean, aquí verdes, allí negras, azotando la arena, hasta que poco a poco los átomos se reagrupan, el sedimento se filtra, y los ojos vuelven a ver claridad y calma, y a los labios acude una oración por los difuntos, una exequia por las almas de aquellos a quienes se despide con una inclinación de cabeza, aquellos a los que no volveremos a ver jamás.

James Moggridge está muerto, se ha ido para siempre. Bien, Minnie... «No lo soporto más.» Esto es lo que dijo...(Déjenme mirarla. Está metiendo la cáscara de huevo en grietas profundas). Lo cierto es que lo dijo, apoyada en la pared del dormitorio y arrancando las borlas que bordean la cortina color burdeos. Pero cuando el yo le habla al yo, ¿quién habla?... el alma sepultada, el espíritu conducido a, a, a la catacumba central; el yo que tomó el velo y abandonó el mundo... un cobarde quizá, pero hermoso en cierto modo mientras se desliza incesantemente con su farolillo arriba y abajo por los oscuros pasillos. «No lo soporto más», dice el espíritu de Minnie. «Ese hombre en la comida... Hilda... los niños.» ¡Ay, Dios mío, son sus sollozos! Es el espíritu lamentando su destino, el espíritu conducido de acá para allá, alojándose en las viejas alfombras... pobres puntos de apoyo... fragmentos reducidos de un universo que se desvanece... amor, vida, fe, marido, hijos, no sé qué esplendores y pompas vislumbrados en la niñez. «No es para mí... no es para mí».

Pero entonces... ¿los panecillos, el perro viejo y calvo? Colchas de cama es lo que debería imaginar, y el consuelo de las sábanas de lino. Si atropellasen a Minnie Marsh y la llevasen al hospital, hasta los médicos y las enfermeras exclamarían... Ahí están la vista y la visión... ahí está la distancia... la mancha azul al final de la avenida, mientras, a fin de cuentas, el té está rico, los panecillos calientes, y el perro... «Benny, a tu cesto, señorito, ¡mira lo que te ha traído mamá!» Así, quitándote el guante que tiene la punta del pulgar roto, desafiando una vez más al entrometido demonio de eso que llaman estar en apuros,

renuevas tus fortificaciones, enhebrando la lana gris, metiéndola y sacándola.

Metiéndola y sacándola, cruzándola una y otra vez, tejiendo una tela a través de la cual el mismísimo Dios... ¡calla, no pienses en Dios! ¡Qué firmes son las puntadas! Debes sentirte orgullosa de tu zurcido. Que nada la perturbe. Que la luz caiga suavemente y las nubes muestren el tejido interno de la primera hoja verde. Que el gorrión se pose en la rama y haga temblar la gota de lluvia que cuelga de la punta. ¿Por qué levantar la vista? ¿Fue un sonido, un pensamiento? ¡Ay, Dios mío! ¿Otra vez a lo que hiciste, al escaparate con lazos violeta? Pero Hilda vendrá. ¡Ignominias, humillaciones, ay! Cierra esta brecha.

Una vez zurcido el guante, Minnie Marsh lo guarda en el cajón. Cierra el cajón con decisión. Vislumbro su rostro en el cristal. Los labios están fruncidos. La barbilla alta. Después se ata los zapatos. Luego se toca el cuello. ¿De qué es tu gargantilla? ¿De muérdago o de espoleta? ¿Y qué ocurre? O mucho me equivoqué o el pulso se ha acelerado, se acerca el momento, las fibras laten con fuerza. Niágara se desborda. ¡Aquí llega la crisis! ¡Que el cielo te ampare! Baja las escaleras. ¡Valor, valor! ¡Da la cara, afróntalo! ¡Por el amor de Dios no te quedes en el felpudo! ¡Ahí está la puerta! Yo estoy contigo. ¡Habla! ¡Enfréntate a ella, confunde su alma!

«¡Le ruego que me disculpe! Sí, esto es Eastbourne. Yo se la bajaré. Permítame que la ayude.» [Pero, Minnie, aunque guardemos las apariencias, te he entendido... ahora estoy contigo.]

—¿No lleva más equipaje?

—Se lo agradezco muchísimo.

(¿Por qué miras alrededor? Hilda no vendrá a la estación, y John tampoco; y Moggridge está ya en el otro extremo de Eastbourne.)

—Esperaré junto a la maleta, señora, es lo más prudente. Dijo que vendría... ¡Ah, ahí está! Es mi hijo.

Y se marchan juntos.

Estoy confundida... ¡Seguramente Minnie, tú lo sabes

bien! Un joven desconocido... ¡Espere! Le diré... ¡Minnie!... ¡Señorita Marsh!... Sin embargo, no sé. Hay algo extraño en su capa al levantarse con el viento. Ah, pero no es verdad, es indecente... Mira cómo se inclina él al llegar a la cancela. Ella encuentra el billete. ¿Qué hay de raro en ello? Se marchan, calle abajo, el uno junto al otro... ¡En fin, mi mundo está acabado! ¿Dónde estoy? ¿Qué sé? Ésa no es Minnie. Moggridge nunca existió. ¿Quién soy yo? La vida ha quedado pelada como un hueso.

Y sin embargo la última imagen de ellos —él bajando el bordillo y ella siguiéndole al doblar la esquina del gran edificio— me llena de asombro, me invade de nuevo. ¡Enigmáticas figuras! Madre e hijo. ¿Quiénes sois? ¿Por qué camináis calle abajo? ¿Dónde dormiréis esta noche, y dónde mañana? ¡Ah, cómo gira y se encrespa... me inunda de nuevo! Los sigo. La gente pasa aquí y allá. La luz blanca parpadea y se derrama. Escaparates. Claveles; crisantemos. Hiedra en oscuros jardines. Carros de leche en la puerta. Dondequiera que voy, enigmáticas figuras, os veo, doblando la esquina, madres e hijos; vosotros, vosotros, vosotros. Aprieto el paso, continúo. Esto, imagino, debe de ser el mar. Gris es el paisaje; pardo como las cenizas; el agua murmura y fluye. Si caigo de rodillas, si sigo el ritual, la vieja ceremonia, sois vosotras, desconocidas figuras, vosotras a quienes adoro; si abro los brazos, es a vosotras a quienes abrazo, a vosotras a quienes atraigo hacia mí... ¡mundo adorable!

La casa encantada

Te despertases a la hora que te despertases siempre había una puerta cerrándose. Iban de habitación en habitación, cogidos de la mano, levantando aquí, abriendo allá, cerciorándose... una pareja de fantasmas.

«Lo dejamos aquí», decía ella. Y él añadía: «¡Sí, pero también aquí.» «Está arriba», murmuraba ella. «Y en el jardín», susurraba él. «No hagamos ruido», decían, «o los despertaremos».

Pero no era que nos despertaseis. Nada de eso. «Lo están buscando; están abriendo la cortina», podíamos decir, y seguir leyendo un par de páginas más. «Lo han encontrado», podíamos asegurar, deteniendo el lápiz en el margen de la página. Y luego, cansados de leer, nos levantaríamos y lo comprobaríamos, la casa vacía, las puertas abiertas, sólo las palomas torcaces con su alegre arrullo y el zumbido de la trilladora allá en la granja. «¿Por qué he venido aquí? ¿Qué esperaba encontrar?» Mis manos estaban vacías. «¿Estará arriba, tal vez?» Las manzanas estaban en el desván. Y otra vez abajo, el jardín más tranquilo que nunca, tan sólo el libro se había caído sobre la hierba.

Pero lo habían encontrado en la sala de estar. No es

Título original: «A Haunted House». Relato publicado en *MT* y, posteriormente, en *HH*. Damos el texto de *MT*.

que llegases a verlos. Las ventanas reflejaban manzanas, reflejaban rosas; todas las hojas eran verdes sobre el cristal. Si se movían por la sala de estar, la manzana se limitaba a mostrar su lado amarillo. Pero, al instante, si la puerta se abría, se esparcía por el suelo, colgaba de las paredes, pendía del techo... ¿qué? Mis manos estaban vacías. La sombra de un zorzal cruzó la alfombra; desde los más profundos abismos del silencio llegó el arrullo de la paloma torcaz. «A salvo, a salvo, a salvo», latía suavemente el pulso de la casa. «El tesoro enterrado; la habitación...» el pulso se detuvo bruscamente. ¿Sería eso el tesoro enterrado?

Un momento después la luz se había desvanecido. ¿Fuera, en el jardín quizá? Pero los árboles tejían la oscuridad para un rayo de sol errante. Tan hermoso, tan extraño, serenamente hundido bajo la superficie, el rayo que yo buscaba ardía siempre tras el cristal. El cristal era la muerte; la muerte andaba entre nosotros; se acercó primero a la mujer, hace cientos de años, abandonó la casa, selló todas las ventanas; las habitaciones quedaron a oscuras. Él dejó la casa, la dejó a ella, fue al norte, fue al este, vio aparecer las estrellas en el cielo del sur; buscó la casa, la encontró derruida bajo las Downs. «A salvo, a salvo, a salvo», latía alegremente el pulso de la casa, «El tesoro es vuestro».

El viento ruge en la avenida. Los árboles se cimbrean a uno y otro lado. Rayos de luna se derraman y chapotean frenéticamente en la lluvia. La vela arde erguida y serena. Deambulando por la casa, abriendo ventanas, susurrando para no despertarnos, la pareja de fantasmas busca su alegría.

«Aquí dormíamos,» dice ella. Y él añade, «Innumerables besos». «Despertar por la mañana...» «Plata entre los árboles...» «Arriba...» «En el jardín...» «Cuando llegaba el verano...» «En invierno, la nieve...» Las puertas van cerrándose en la distancia, batiendo suavemente como el latido de un corazón.

Se acercan; se detienen en el pasillo. El viento sopla, la lluvia tiñe de plata el cristal. Nuestros ojos se oscurecen; no oímos pasos a nuestras espaldas; no vemos a nin-

guna dama extender su manto espectral. Él protege el farolillo con las manos. «Mira», susurra él. «Profundamente dormidos. El amor en sus labios.»

Se inclinan, sostienen la lámpara de plata justo encima de nuestras cabezas, nos observan larga e intensamente. Se demoran. Entra un golpe de viento; la llama tiembla ligeramente. Enfurecidos rayos de luna cruzan el suelo y las paredes, y, al encontrarse, tiñen los rostros inclinados; los rostros que meditan; los rostros que examinan a los que duermen y buscan su alegría oculta.

«A salvo, a salvo, a salvo», late con orgullo el corazón de la casa. «Tantos años...» suspira él. «Has vuelto a encontrarme.» «Aquí», murmura ella, «durmiendo; leyendo en el jardín; riendo, apilando las manzanas en el desván. Aquí dejamos nuestro tesoro...» Se inclinan; la luz me abre los párpados. «¡A salvo! ¡a salvo! ¡a salvo!», late enloquecido el pulso de la casa. Me despierto, grito. «Ah, ¿es éste *vuestro* tesoro enterrado? La luz en el corazón.»

Una sociedad

Así fue como ocurrió todo. Seis o siete de nosotras nos reunimos un día para tomar el té. Unas miraban al otro lado de la calle, al escaparate de una sombrerería donde la luz aún brillaba intensamente sobre plumas escarlata y babuchas doradas. Otras mataban el tiempo construyendo pequeñas torres de azúcar en el borde de la bandeja del té. Al cabo de un rato, si mal no recuerdo, nos sentamos junto al fuego y comenzamos, como de costumbre, a alabar a los hombres —qué fuertes, qué nobles, qué brillantes, qué valientes, qué hermosos eran... cómo envidiábamos a esas mujeres que por las buenas o por las malas conseguían amar a uno de por vida— cuando Poll, que no había dicho nada, rompió a llorar. Poll, debo aclararlo, siempre ha sido un poco rara. Su padre era un hombre extraño. Le dejó una fortuna, pero a condición de que leyese todos los libros de la Biblioteca de Londres. La consolamos lo mejor que pudimos; pero en el fondo de nuestros corazones sabíamos que todo era en vano. Pues aunque nosotras le tengamos cariño, Poll no es ninguna belleza; nunca se ata los cordones de los zapatos; y debía de pensar, mientras las demás alabábamos a los hombres, que ningún hombre querría casarse

Título original: «A Society». Relato publicado en *MT*, texto que damos.

con ella. Por fin se secó las lágrimas. Durante un rato no dimos importancia a lo que decía. Y por extraño que parezca era absolutamente sensato. Nos dijo, como sabíamos, que pasaba la mayor parte del tiempo en la Biblioteca, leyendo. Había empezado, dijo, por la literatura inglesa del piso superior; y se abrió camino rápidamente hasta *The Times*, en la planta baja. Y ahora, que sólo le quedaba la mitad, o quizá una cuarta parte, había ocurrido algo terrible. Era incapaz de seguir leyendo. Los libros no eran lo que pensábamos. «¡Los libros!», gritó, poniéndose en pie y hablando con una desolación tan profunda que jamás podré olvidarlo, «son en su mayoría indeciblemente malos!»

Por supuesto las demás exclamamos que Shakespeare escribió libros, y también Milton y Shelley.

—Oh, sí —interrumpió ella—. Ya sé que sois personas cultas. Pero no sois miembros de la Biblioteca de Londres. —Llegado este punto sus sollozos se reanudaron. Luego, se serenó un poco, abrió uno de los libros del montón que siempre llevaba consigo... *Desde una ventana* o *En un jardín*, o algo así llevaba por título, y lo había escrito un hombre llamado Benton o Henson o algo por el estilo. Leyó las primeras páginas. Escuchamos en silencio. «Pero esto no es un libro», dijo alguien. De modo que ella escogió otro. Esta vez era una novela histórica, pero he olvidado el nombre del autor. Nuestra agitación aumentaba a medida que ella avanzaba en su lectura. Ni una sola palabra parecía cierta y el estilo era execrable.

—¡Poesía! ¡Poesía! —exclamamos con impaciencia—. ¡Léenos un poco de poesía! No puedo describir la desolación que se apoderó de nosotras cuando abrió un pequeño volumen y leyó en voz alta aquella verborrea, aquella sensiblería.

—Lo ha debido de escribir una mujer —dijo una de nosotras. Pero no. Nos dijo que lo había escrito un joven, uno de los poetas más famosos del momento. Podrán imaginar la impresión que produjo semejante descubrimiento. Y aunque todas gritamos y le rogamos que no siguiese leyendo, ella insistió y nos leyó fragmentos de las *Vidas de los Lores de la Cancillería*. Cuando hubo

terminado, Jane, la mayor y más sabia de nosotras, se puso en pie y dijo que había algo que no la convenía.

—¿Por qué —pregunto— si los hombres son capaces de escribir esta morralla, desperdician nuestras madres su juventud trayéndolos al mundo?

Todas guardamos silencio; y en el silencio, aún se oía sollozar a la pobre Poll:

—¿Por qué, por qué me enseñó a leer mi padre?

Clorinda fue la primera en reaccionar:

—La culpa es nuestra —dijo—. Todas sabemos leer. Pero nadie, salvo Poll, se ha tomado la molestia de hacerlo. Yo, por ejemplo, he dado por sentado que la obligación de una mujer es pasar su juventud trayendo hijos al mundo. Admiraba a mi madre por haber criado a diez hijos; y aún más a mi abuela por haber criado a quince. Y confieso que ambicionaba criar a veinte. Hemos pasado todo este tiempo suponiendo que los hombres eran igual de industriosos y sus obras igual de meritorias. Mientras que nosotras hemos dado a luz a nuestros hijos, ellos, supongo, han creado libros y cuadros. Nosotras hemos poblado el mundo. Ellos lo han civilizado. Pero ahora que sabemos leer, ¿qué nos impide juzgar los resultados? Antes de traer otro hijo al mundo debemos jurar que averiguaremos cómo es el mundo.

De modo que constituimos una sociedad para responder a distintas preguntas. Una de nosotras visitaría un buque de guerra; otra entraría en el despacho de un erudito; otra asistiría a una reunión de hombres de negocios; y todas leeríamos libros, veríamos cuadros, iríamos a conciertos, mantendríamos los ojos bien abiertos en la calle y haríamos preguntas sin cesar. Éramos muy jóvenes. Ustedes podrán juzgar nuestra ingenuidad si les digo que esa noche, antes de marcharnos, llegamos a la conclusión de que el objetivo de la vida era producir gente buena y libros buenos. Nuestras preguntas debían ir encaminadas a descubrir hasta qué punto los hombres alcanzaban entonces tales objetivos. Prometimos solemnemente que no traeríamos al mundo un solo hijo hasta que estuviésemos satisfechas.

Y nos pusimos en camino, unas al British Museum; otras al King's Navy; otras a Oxford; otras a Cambridge. Visitamos la Royal Academy y la Tate Gallery; escuchamos música moderna en salas de concierto, fuimos a los tribunales y vimos nuevas obras de teatro. Nadie salía a cenar sin hacer a su acompañante ciertas preguntas y anotar cuidadosamente sus respuestas. Nos reuníamos con regularidad y contrastábamos nuestras observaciones. ¡Qué alegres eran aquellas reuniones! Nunca me había reído tanto como cuando Rose leyó sus notas sobre el «Honor» y nos contó cómo se había disfrazado de Princesa etíope y había subido a bordo de uno de los buques de Su Majestad ¹. Al descubrir el engaño, el capitán fue a visitarla (esta vez vestido de civil) y le exigió una satisfacción a su honor. «¿Pero cómo?», preguntó ella. «¿Cómo?», vociferó él. «¡Con la vara, por supuesto!» Viendo que él estaba fuera de sí y que había llegado su final, Rose se inclinó y recibió, con gran asombro, seis golpecitos en el trasero. «¡El honor de la marina británica ha sido vengado!», exclamó el capitán, y, cuando se levantó, Rose vio que el sudor le corría por el rostro mientras extendía temblorosamente la mano derecha. «¡Fuera de aquí!», exclamó ella, interpretando un papel e imitando la feroz expresión del capitán. «¡Mi honor aún no ha quedado satisfecho!» «¡Habla usted como un caballero!», replicó el capitán y se sumió en una profunda reflexión. «Si seis azotes vengan el honor de la Marina Real», musitó, «¿cuántos azotes vengan el honor de un caballero?» Dijo que prefería dejar el caso en manos de sus superiores. Rose replicó altivamente que no podía esperar. El capitán alabó su sensatez. «Veamos», exclamó de pronto, «¿tenía su padre un coche de caballos?» «No», respondió ella. «¿Y un caballo?» «Teníamos un burro», recordó Rose, «que tiraba del arado». Al oír esto el rostro del capitán se iluminó. «Mi madre se llama...» añadió Rose. «¡Por

¹ Esto es una alusión a la famosa broma del *Dreadnought* (febrero de 1910): VW y cinco cómplices se disfrazaron de Emperador de Abisinia y su séquito y visitaron el HMS *Dreadnought*. Véase QB1, 157-161.

el amor de Dios, no mencione el nombre de su madre!», gritó el capitán, temblando como un álamo y ruborizándose hasta la raíz del cabello, y transcurrieron al menos diez minutos hasta que ella logró convencerlo de que pasara a la acción. Finalmente el capitán decretó que si Rose le daba cuatro azotes y medio en la parte inferior de la espalda, en el lugar que él indicase (el medio azote se lo concedía, dijo, como reconocimiento al hecho de que el tío de la bisabuela de Rose había muerto en Trafalgar) su honor quedaría intacto, según él. Y así se hizo; luego se fueron a un restaurante; bebieron dos botellas de vino que él insistió en pagar; y se despidieron con promesas de amistad eterna.

Luego oímos el relato de Fanny sobre su visita a los tribunales. En su primera visita había llegado a la conclusión de que los jueces, o bien estaban hechos de madera, o bien estaban representados por grandes animales parecidos al hombre y adiestrados para moverse con extrema dignidad, hablar entre dientes y asentir con la cabeza. Para verificar su teoría decidió liberar al montón de moscas azules que llevaba envueltas en un pañuelo en el momento crítico de un juicio, pero no pudo juzgar si aquellos seres daban algún indicio de humanidad, pues el zumbido de las moscas producía un sopor tan profundo que se quedó dormida y se despertó justo cuando se llevaban a los prisioneros a los calabozos. Mas, a juzgar por las pruebas que ofreció, decidimos en votación que era injusto suponer que los jueces son hombres.

Helen estuvo en la Royal Academy, pero cuando le pedimos el informe de los cuadros comenzó a recitar lo que leía en un volumen azul pálido: «¡Oh! el roce de una mano desaparecida y el sonido de una voz serena ². El hogar es el cazador, el hogar en la montaña ³. Él tiró de las riendas ⁴. El amor es dulce, el amor es breve ⁵. Prima-

² Alfred Lord Tennyson, «Break, Break, Break».

³ Robert Louis Stevenson, *Underwoods*, «Requiem», XXI.

⁴ Robert Burns, «It was a'for our Rightfu' King».

⁵ Puede ser una alusión al «Himno a Proserpina» de A.C. Swinburne: «El laurel vive sólo una estación y el amor sólo es dulce por un

vera, la hermosa primavera, es la reina del año ⁶. ¡Oh! estar en Inglaterra ahora que es abril ⁷. Los hombres deben trabajar y las mujeres deben llorar ⁸. El sendero del deber es el camino hacia la gloria...» ⁹. No podíamos seguir escuchando aquella palabrería.

—¡No queremos más poesía! —exclamamos.

—¡Hijas de Inglaterra! —comenzó a decir, sacudiéndose como un perro—. Ahora rodare por la alfombra y comprobaré si soy capaz de sacudir lo que queda de la bandera del Reino Unido. Luego tal vez... —llegado este punto rodó enérgicamente. Se levantó, y había empezado a explicarnos como era la pintura moderna cuando Castalia la interrumpió.

—¿Cuál es el tamaño medio de un cuadro? —preguntó.

—Aproximadamente sesenta centímetros por setenta y cinco —respondió. Castalia tomaba notas mientras Helen hablaba, y cuando ésta hubo terminado y nosotras evitamos mirarnos a los ojos, se levantó y dijo:

—Tal como era vuestro deseo he pasado la última semana en Oxbridge, haciéndome pasar por asistenta. De este modo tuve acceso a las habitaciones de varios Profesores y ahora intentaré daros una idea de lo que vi... pero —se interrumpió— no sé cómo hacerlo. Es tan extraño. Estos profesores —continuó— viven en grandes casas construidas alrededor de espacios verdes, como una especie de colmena. Gozan de todos los servicios y todas las comodidades. Les basta con apretar un botón o encender una lamparilla. Sus documentos están ordenadamente archivados. Hay libros por todas partes. No hay niños ni animales, salvo una docena de gatos callejeros y un viejo pinzón real... un macho. Recuerdo —dijo— a

día; / Pero el amor se vuelve amargo con la traición y el laurel no sobrevive al mes de mayo».

⁶ Thomas Nashe, «Spring».

⁷ Robert Browning, «Home-Thoughts from Abroad».

⁸ Charles Kingsley, «The Three Fishers».

⁹ Alfred Lord Tennyson, «Ode on the Death of the Duke of Wellington».

una tía mía que vivía en Dulwich y cultivaba cactus. Entrábamos al invernadero por la sala de estar, y allí, sobre las tuberías calientes, había docenas de cactus, feos, achaparrados, llenos de pinchos, cada uno en su maceta. El *aloe* florecía cada cien años, eso decía mi tía. Pero no vivió para verlo... —Le dijimos que fuese al grano—. Bien —resumió—, cuando el Profesor Hobkin salió, yo examiné su obra de toda una vida, una edición de Safo. Es un libro de aspecto extraño, de unos veinte centímetros de grosor; no contiene todo Safo. Ni mucho menos. La mayor parte del libro es una defensa de la castidad de Safo, negada por cierto alemán, y os aseguro que la pasión con que estos dos caballeros discutían, la erudición que demostraban, la prodigiosa ingenuidad con que se disputaban el uso de cierto objeto que a mí me parecía ni más ni menos que una horquilla, me llenó de asombro; sobre todo cuando la puerta se abrió y apareció el Profesor Hobkin en persona. Un anciano caballero muy agradable, muy dulce, pero ¿qué podía saber *él* de la castidad? —No la entendimos.

—No, no —protestó—, es la honestidad personificada, de eso estoy segura... no se parece en nada al capitán de Rose. Yo pensaba más bien en los cactus de mi tía. ¿Qué podían saber *ellos* de la castidad?

Una vez más le rogamos que no se desviase del tema: ¿Contribuían los profesores de Oxbridge a producir gente buena y libros buenos?... los objetivos de la vida.

—¡De eso se trata! —exclamó—. No se me ocurrió preguntar. No se me ocurrió que pudiesen producir nada.

—Creo —dijo Sue— que has cometido algún error. Es probable que el Profesor Hobkin fuese ginecólogo. Un erudito es un hombre muy diferente. Un erudito rebosa humor e ingenio... tal vez es adicto al vino, pero ¿eso qué importa?... es un compañero delicioso, generoso, sutil, imaginativo... como todo el mundo sabe. Pasa su vida en compañía de los seres humanos más exquisitos que hayan existido jamás.

—Humm —dijo Castalia—. Tal vez debería volver e intentarlo de nuevo.

Tres meses después, poco más o menos, una tarde en que yo estaba sola, de pronto apareció Castalia. Había un no sé qué en su aspecto que me conmovió profundamente; no pude contenerme y crucé precipitadamente la habitación para estrecharla entre mis brazos. No sólo estaba muy hermosa sino que además parecía de un humor excelente.

—¡Qué feliz parece! —exclamé mientras ella tomaba asiento.

—He estado en Oxbridge —dijo.

—¿Haciendo preguntas?

—Ofreciendo respuestas —replicó.

—¿No habrás quebrantado nuestra promesa? —pregunté con ansiedad, observando algo extraño en ella.

—Ah, la promesa —dijo con indiferencia—. Voy a tener un bebé, si te refieres a eso. No puedes imaginarte —exclamó—, lo emocionante, lo hermoso, lo gratificante...

—¿Qué? —pregunté.

—Pues... pues... responder preguntas —replicó con cierta confusión. Y a continuación me contó la historia completa. Pero en mitad de aquel relato que me interesaba y emocionaba más que todo lo que había oído hasta el momento, emitió un grito sumamente extraño, mitad de alegría, mitad de asombro...

—¡Castidad! ¡Castidad! ¡Dónde está mi castidad! —exclamó—. ¡Socorro! ¡El frasco de las sales!

En la habitación sólo había un tarro de mostaza que yo ya me disponía a administrarle cuando recobró la compostura.

—Tenías que haberlo pensado hace tres meses le —dije con severidad.

—Es verdad —replicó—. Ahora ya no sirve de nada pensar en ello. Por cierto, fue una desgracia que mi madre me llamase Castalia.

—Vamos, Castalia, tu madre... —empecé a decir cuando ella se incorporó para coger la mostaza.

—No, no, no —dijo, negando con la cabeza—. Si fueses una mujer casta habrías gritado al verme... pero en lugar de gritar corriste a abrazarme. No, Cassandra, ninguna de las dos somos castas. —Y seguimos hablando de parecido modo.

Entretanto la habitación se fue llenando, pues era el día señalado para discutir los resultados de nuestras observaciones. Creo que todas sintieron lo mismo que yo al ver a Castalia. Todas la besaron y dijeron cuánto se alegraban de verla. Finalmente, cuando estuvimos todas reunidas, Jane se levantó y dijo que era hora de comenzar. Empezó diciendo que llevábamos cinco años haciendo preguntas y que, si bien los resultados no eran del todo concluyentes... pero en ese momento Castalia me dio un codazo y susurró que ella no estaba tan segura de eso. Entonces se puso en pie y, interrumpiendo a Jane en mitad de una frase, dijo:

—Antes de que digas nada más quiero saber... si puedo seguir en esta habitación, porque —añadió—, he de confesar que soy una mujer impura.

Todas la miramos mudas de asombro.

—¿Vas a tener un bebé? —preguntó Jane.

Ella asintió con la cabeza.

Fue extraordinario ver las diferentes expresiones en los rostros de cada una. Una especie de murmullo recorrió la habitación y yo capté las palabras «impura», «bebé», «Castalia», etc. Jane, que estaba visiblemente emocionada, preguntó:

—¿Debería irse? ¿Es impura?

El alboroto fue tal que podría haberse oído desde la calle.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Que se quede! ¿Impura? ¡Tontearías! —Pero yo advertí que algunas de las más jóvenes, chicas de diecinueve o veinte años, se mantenían al margen, como paralizadas por la timidez. Luego, todas nos acercamos a ella y empezamos a hacer preguntas, y al final yo vi a una de las más jóvenes, que se había mantenido en segundo plano, acercarse tímidamente y decirle:

—¿Qué es entonces la castidad? Quiero decir, ¿es buena o es mala, o no tiene ninguna importancia? —Ella respondió en voz tan baja que no pude oír lo que dijo.

—Me he quedado conmocionada —dijo otra— por lo menos durante diez minutos.

—En mi opinión —dijo Poll, que se estaba volviendo muy cáustica de tanto leer en la Biblioteca de Londres—, la castidad no es más que ignorancia... un estado de ánimo vergonzoso. Sólo deberíamos admitir en nuestra sociedad a mujeres impuras. Voto por que Castalia sea nuestra presidenta.

Esto dio pie a una violenta discusión.

—Es tan injusto tildar a las mujeres de castas como de impuras —dijo Poll—. Algunas de nosotras ni siquiera tenemos la oportunidad de elegir. Además, no creo que la propia Cassy sostenga que actuó de ese modo por puro amor al conocimiento.

—Él tiene sólo veintidós años y es hermoso como un Dios —dijo Cassy con embeleso.

—Yo propongo —dijo Helen— que sólo se permita hablar de castidad o de impureza a quienes estén enamoradas.

—¡Qué fastidio! —dijo Judith, que había estado investigando sobre asuntos científicos—, yo no estoy enamorada y me muero por presentar mis medidas para prescindir de las prostitutas y fertilizar a las vírgenes por decreto.

Siguió hablándonos de un invento que se instalaría en las estaciones de Metro y otros lugares públicos y que, previo pago de una pequeña cantidad, salvaguardaría la salud de la nación, complacería a sus hijos y aliviaría a sus hijas. Pues había ideado un sistema para preservar en tubos herméticos el germen de los futuros Lores de la Cancillería «o poetas o pintores o músicos», continuó, «suponiendo, claro está, que estas especies no se hayan extinguido y que las mujeres aún deseen tener hijos...»

—¡Claro que deseamos tener hijos! —exclamó Castalia con impaciencia. Jane dio un golpe en la mesa.

—Eso es precisamente lo que debemos discutir aquí —dijo—. Hemos pasado cinco años averiguando si teníamos justificación para continuar la especie humana. Castalia se ha anticipado a nuestra decisión. Pero las demás aún tenemos que decidirnos.

Llegado este punto, nuestras mensajeras se levantaron una por una y entregaron sus informes. Las maravillas de la civilización superaban con mucho nuestras expectativas, y cuando aprendimos por primera vez cómo el hombre vuela por el aire, habla a través del espacio, penetra en el corazón de un átomo y abarca el universo con sus especulaciones, un murmullo de admiración surgió de nuestros labios.

—¡Estamos orgullosas —exclamamos— de que nuestras madres sacrificasen su juventud por una causa como ésta! —Castalia, que había escuchado con gran atención, parecía más orgullosa que las demás. Entonces Jane nos recordó que aún teníamos mucho que aprender, y Castalia nos rogó que nos apresurásemos. Nos adentramos en una vasta maraña de estadísticas. Aprendimos que Inglaterra tiene una población de tantos millones, y que tal y tal porcentaje de esta población pasa hambre constantemente y está en prisión; que la media de hijos de una familia trabajadora era ésta y aquélla, y que un elevado número de mujeres muere a consecuencia de enfermedades relacionadas con el parto. Se leyeron informes sobre visitas a fábricas, talleres, barrios bajos y astilleros. Se ofrecieron descripciones de la Bolsa, de una gigantesca financiera de la City y de una oficina gubernamental. A continuación se discutió sobre las Colonias británicas y se ofreció un informe sobre nuestro gobierno en la India, África e Irlanda. Yo estaba sentada junto a Castalia y advertí su incomodidad.

—A este paso nunca llegaremos a una conclusión —dijo—. Puesto que al parecer la civilización es mucho más complicada de lo que pensábamos ¿no sería mejor que nos limitásemos a nuestra investigación inicial? Estábamos de acuerdo en que el objetivo de la vida era producir buenas personas y buenos libros. No hemos dejado

de hablar de aviones, fábricas y dinero. Hablemos de los hombres y de sus artes, porque ése es el núcleo de la cuestión.

De modo que quienes eran invitadas a cenar presentaban montones de papeles con las respuestas a sus preguntas. Las preguntas se habían formulado de acuerdo con innumerables consideraciones. Un hombre bueno, habíamos concluido, debía ser honesto, apasionado y en ningún caso frívolo. Pero si un hombre poseía o no estas cualidades sólo podía saberse respondiendo preguntas que a menudo se encontraban muy alejadas del centro de interés. ¿Es agradable vivir en Kensington? ¿Dónde estudia su hijo... y su hija? Dígame, por favor, ¿cuánto le cuesta uno de esos cigarros? Por cierto, ¿Sir Joseph es barón o es sólo caballero? Muchas veces parecía que aprendíamos más con este tipo de preguntas triviales que con otras más directas. «Yo acepté mi título nobiliario» dijo Lord Bunkum «porque mi esposa lo deseaba.» He olvidado cuántos títulos se han aceptado por la misma razón. «Trabajar quince horas al día, como yo trabajo...», dijeron diez mil profesionales.

«No, no, claro que usted no sabe leer ni escribir. Pero ¿por qué trabaja usted tanto?» «Mi querida señora, con una familia cada vez más numerosa...» «¿Pero *por qué* crece su familia?» Sus mujeres también lo deseaban, o tal vez era el Imperio británico. Pero más significativas que las respuestas eran las negativas a responder. Eran muy pocos los que contestaban a preguntas sobre moralidad y religión, y las respuestas que daban no eran serias. Las preguntas sobre el valor del dinero y el poder eran esquivadas invariablemente o bien ponían en un gran aprieto a quien las formulaba. «Estoy segura», dijo Jill, «de que si Sir Harley Tightboots no hubiese estado trinchanto el cordero cuando le pregunté por el sistema capitalista me habría degollado. La única razón por la que hemos salvado el pellejo una y otra vez es que los hombres son al mismo tiempo demasiado glotones y demasiado caballeros. Nos desprecian demasiado como para preocuparse por lo que decimos.

—Claro que nos desprecian —dijo Eleanor—. Y al mismo tiempo, ¿cómo interpretáis esto?... He hecho algunas investigaciones entre los artistas. Nunca ha habido mujeres artistas, ¿es eso cierto, Poll?

—Jane-Austen-Charlotte-Brontë-George-Elliot —enumeró Poll, como un hombre voceando panecillos en un callejón.

—¡Malditas sean las mujeres! —exclamó alguien—. ¡Son un fastidio!

—Desde Safo no ha habido ninguna mujer de primera fila... —empezó a decir Eleanor, leyendo la cita de una publicación semanal.

—Ahora es bien sabido que Safo fue una invención en cierto modo lasciva del Profesor Hobkin —interrumpió Ruth.

—De todos modos, no hay razón para suponer que ha habido mujeres capaces de escribir o que habrá mujeres capaces de escribir —continuó Eleanor—. Y sin embargo, cada vez que me encuentro con escritores no paran de hablar de sus libros. ¡Magistral! digo, o ¡el mismísimo Shakespeare! (pues algo hay que decir) y os aseguro que me creen.

—Eso no demuestra nada —dijo Jane—. Todos hacen lo mismo. Pero —suspiró—, no parece servirnos de gran ayuda. Tal vez sería mejor que nos ocupásemos de la literatura moderna. Liz, es tu turno.

Elizabeth se puso en pie y dijo que para llevar a cabo su investigación se había vestido de hombre y se había hecho pasar por periodista.

—He leído nuevos libros con bastante regularidad durante los últimos cinco años —dijo—. Wells es el escritor vivo más popular; luego está Arnold Bennett; luego Crompton Mackenzie; McKenna y Walpole pueden citarse juntos. —Y volvió a sentarse.

—¡Pero no nos has dicho nada! —protestamos—. ¿O quieres decir que estos caballeros han superado con creces a Jane-Elliot y que la ficción inglesa está... dónde tienes ese informe... ah, sí, «a salvo en sus manos»?

—A salvo, totalmente a salvo —dijo, cargando el pe-

so del cuerpo sobre uno y otro pie alternativamente—. Y estoy segura de que dan más de lo que reciben.

Todas estábamos seguras de eso.

—Pero —la presionamos— ¿escriben buenos libros?

—¿Buenos libros? —repitió, mirando al techo—. Debéis recordar —comenzó, hablando con extremada rapidez— que la ficción es el espejo de la vida. Y no podéis negar que la educación es de suma importancia, y que os resultaría de lo más molesto encontraros solas en Brighton a altas horas de la noche, sin saber cuál es la mejor casa de huéspedes para alojarse, y suponiendo que fuese una lluviosa tarde de domingo... ¿no sería agradable ir al cine?

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntamos.

—Nada... nada... nada en absoluto —replicó.

—Entonces, dinos la verdad —le suplicamos.

—¿La verdad? ¿No os parece maravilloso? —interrumpió—. El señor Chitter ha escrito un artículo semanal durante los últimos treinta años sobre el amor o sobre las tostadas con mantequilla y ha mandado a todos sus hijos a Eton...

—¡La verdad! —exigimos.

—Ah, la verdad —tartamudeó—, la verdad no tiene nada que ver con la literatura. —Y tras tomar asiento se negó a pronunciar palabra.

Todo nos parecía muy poco concluyente.

—Señoras, debemos intentar resumir los resultados —comenzó Jane, cuando un murmullo que llegaba desde hacía rato por la ventana abierta ahogó su voz.

—¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Ha estallado la guerra! —gritaban los hombres en la calle.

Nos miramos horrorizadas.

—¿Qué guerra? —exclamamos—. ¿Qué guerra? —Recordamos, demasiado tarde, que nunca se nos había ocurrido enviar a nadie a la Cámara de los Comunes. Lo habíamos olvidado por completo. Nos volvimos hacia Poll, que ya había llegado a los anaqueles de historia de la Biblioteca de Londres, y le pedimos que nos ilustrase.

—¿Cómo? —exclamamos—. ¿Es que los hombres van a la guerra?

—A veces por una razón, a veces por otra —replicó tranquilamente—. En 1760, por ejemplo... —Los gritos de la calle ahogaron sus palabras—. Otra vez en 1797... en 1804... En 1866 tuvo lugar la guerra de los austríacos... en 1870 la guerra franco-prusiana... en 1900, por el contrario...

—¡Pero ahora estamos en 1914! —la interrumpimos.

—Ah, yo no sé por qué van a la guerra en esta ocasión —admitió.

La guerra había terminado y estaba a punto de firmarse la paz cuando me encontré de nuevo con Castalia en la habitación donde celebrábamos nuestras reuniones. Comenzamos a pasar con desidia las páginas de nuestros viejos cuadernos de notas.

—Es extraño —dije— ver lo que pensábamos hace cinco años. «Estamos de acuerdo», citó Castalia, leyendo por encima de mi hombro, «en que el objetivo de la vida es producir gente buena y libros buenos.» No hicimos ningún comentario al respecto. «Un hombre bueno debe ser honesto, apasionado y en modo alguno frívolo.»

—¡Qué lenguaje tan femenino! —observé.

—¡Dios mío! —exclamó Castalia, apartando el cuaderno—. ¡Qué estúpidas éramos! La culpa de todo la tuvo el padre de Poll —siguió diciendo—. Creo que lo hizo a propósito... ¡qué deseo tan absurdo obligar a Poll a leer todos los libros de la Biblioteca de Londres! Si no hubiésemos aprendido a leer —dijo con amargura—, aún seguiríamos trayendo hijos al mundo en la ignorancia, y creo que a fin de cuentas esa vida era más feliz. Ya sé lo que vas a decir sobre la guerra —me advirtió— y sobre el horror de traer hijos al mundo para ver cómo los matan, pero nuestras madres lo hicieron, y sus madres, y las madres de sus madres. Y *ellas* no se quejaban. No sabían leer. Yo he hecho cuanto he podido —suspiró— para evitar que mi hija aprendiese a leer, pero ¿de qué sirve? Ayer mismo sorprendí a Ann con un periódico en la ma-

no y ya empezó a preguntarme si aquello era «verdad». Luego me preguntará si Lloyd George es un buen hombre y si Arnold Bennett es un buen novelista, y finalmente si creo en Dios. ¿Cómo puedo educar a mi hija para no creer en nada? —preguntó.

—¿Podrías enseñarle a creer que el intelecto de un hombre es, y será siempre, sustancialmente superior al de una mujer? —sugerí. Se animó al oír estas palabras y volvió a repasar nuestras viejas notas—. Sí —dijo—, piensa en sus descubrimientos, sus matemáticas, su ciencia, su filosofía, su erudición... —Y entonces se echó a reír—. Nunca olvidaré al viejo Hobkin y la horquilla —dijo, y siguió leyendo y riéndose, y yo pensé que se sentía muy feliz, cuando de repente tiró el cuaderno y exclamó:

—¡Ay, Cassandra! ¿Por qué me atormentas? ¿No sabes que nuestra creencia en el intelecto masculino es la mayor de todas las falacias?

—¿Qué? —exclamé—. Pregunta a cualquier periodista, a cualquier profesor o a cualquier político del país y te dirán que los hombres son mucho más listos que las mujeres.

—¡Como si yo lo dudase! —dijo con desdén—. ¿Qué otra cosa podrían decir? ¿Acaso no los hemos criado y alimentado y protegido desde el comienzo de los tiempos para que fuesen listos aunque no fuesen nada más? ¡Todo es obra nuestra! —exclamó—. Nosotras insistíamos en que teníamos intelecto y ahora lo hemos conseguido. Y es el intelecto —continuó— lo que está en el fondo de todo. ¿Qué hay más adorable que un niño antes de empezar a cultivar su intelecto? Resulta hermoso mirarlo; no se da aires de nada; comprende el significado del arte y de la literatura de manera instintiva; disfruta de su vida y hace que los demás disfruten con él. Luego le enseñan a cultivar su intelecto. Se convierte en abogado, en funcionario, en general, en escritor, en profesor. Va todos los días a una oficina. Produce un libro todos los años. Mantiene a una familia con el producto de su cerebro... ¡pobre diablo! Pronto no puede entrar en una habitación sin que los demás nos sintamos incómodos;

condesciende con todas las mujeres que conoce, y no se atreve a confesar la verdad siquiera a su propia esposa; en lugar de ser un regalo para nuestra vista tenemos que cerrar los ojos para abrazarlo. Ciertamente es que ellos se consuelan con toda clase de estrellas, toda clase de condecoraciones y toda clase de ingresos... pero ¿qué nos consuela a nosotras? ¿Pasar una semana en Lahore dentro de diez años? ¿O que el último insecto de Japón tiene un nombre que mide dos veces más que su cuerpo? ¡Por el amor de Dios, Cassandra, vamos a idear algo para que los hombres puedan tener hijos! Es nuestra única oportunidad. Pues a menos que les facilitemos alguna ocupación inocente no tendremos ni gente buena ni libros buenos; pereceremos bajo los frutos de su frenética actividad; ¡y ni un sólo ser humano sobrevivirá para saber que una vez existió Shakespeare!

—Es demasiado tarde —repliqué—. Ni siquiera podemos mantener a nuestros hijos.

—Y tú me pides que crea en el intelecto —dijo.

Mientras hablábamos, los hombres gritaban a voz en cuello en la calle y, prestando atención, oímos que acababa de firmarse el Tratado de Paz¹⁰. Las voces se desvanecieron. La lluvia que caía en ese momento impedía sin duda la correcta explosión de los fuegos artificiales.

—Mi cocinera habrá traído el *Evening News* —dijo Castalia— y Ann lo leerá mientras tomamos el té. Tengo que volver a casa.

—No sirve de nada... de nada —dije—. Una vez que ha aprendido a leer sólo puedes enseñarle a creer en una cosa... en sí misma.

—Bueno, eso ya sería un cambio —dijo Castalia.

De modo que recogió los papeles de nuestra Sociedad y aunque Ann estaba muy feliz, jugando con su muñeca, le regalamos solemnemente parte del lote diciendo que la habíamos nombrado Presidenta de la Sociedad del futuro... ante lo cual la pobre pequeña rompió a llorar.

¹⁰ Véase «Una novela no escrita», nota 1.

Lunes o martes

Perezosa e indiferente, sacudiendo fácilmente el aire con sus alas, segura de su camino, la garza surca el cielo sobre la iglesia. Blanco y distante, absorto en sí mismo, el cielo se cubre y se descubre, se mueve y se detiene. ¿Un lago? ¡Bórrale las orillas! ¿Una montaña? Oh, perfecto... el oro del sol en sus laderas. Cae. Luego helechos, o plumas blancas, por siempre jamás...

Deseando la verdad, esperándola, destilando laboriosamente unas pocas palabras, deseando eternamente... (se oye un grito a la izquierda, otro a la derecha. Las ruedas giran en distintas direcciones. Los autobuses se aglomeran en pugna)... deseando eternamente... (el reloj asevera con doce inconfundibles campanadas que es mediodía ¹; la luz vierte escamas doradas; los niños salen en tropel)... deseando eternamente la verdad. Roja es la cúpula; de los árboles cuelgan monedas; el humo asciende lentamente desde las chimeneas; ladridos, voces, gritos «Compro hierro»... ¿y la verdad?

Como rayos que se dirigen a un mismo punto, pies de

Título original: «Monday or Tuesday». Escrito algún tiempo después del 31 de octubre de 1920, el relato fue publicado en *MT* y, posteriormente, en *HH*. Damos el texto de *MT*.

¹ Este pasaje tiene su origen en *Condolencia*. Véase p. 151.

hombre y pies de mujer, negros o con incrustaciones doradas... (Esta niebla... ¿Azúcar? No, gracias... La Commonwealth del futuro)... la luz del hogar sale disparada y tiñe de rojo la estancia, pero no a las figuras negras y sus ojos brillantes, mientras una furgoneta descarga en el exterior, la señorita Thingummy toma el té en su escritorio, y las vitrinas protegen los abrigos de piel...

Mecida por el viento, ligera como una hoja, amontonada en los rincones, empujada a través de las ruedas, salpicada de plata, en casa o fuera de casa, reunida, esparcida, desperdiciada en diferentes balanzas, barrida, desgarrada, hundida, ensamblada... ¿y la verdad?

Recordar ahora junto al hogar la blanca plaza de mármol. Desde ebúrneas profundidades ascienden palabras que vierten su negrura, florecen y penetran. El libro caído; en la llama, en el humo, en las chispas fugaces... o ahora viajando, el banderín en la plaza de mármol, más allá alminares y los mares de la India, mientras los espacios azules vuelan y las estrellas centellean... ¿la verdad? o bien, ¿contentarse con su proximidad?

Perezosa e indiferente la garza regresa; el cielo cubre con un velo sus estrellas; luego las desnuda.

El cuarteto de cuerda

Bien, aquí estamos, y si echas un vistazo a la sala advertirás que el Metro y los tranvías y los autobuses, no pocos carruajes privados, incluso, me atrevo a pensar, landos con caballos bayos, han estado muy ocupados tejiendo una vasta tela de un extremo a otro de Londres. Sin embargo empiezo a tener mis dudas...

Sobre si realmente es cierto, como dicen, que en Regent Street están informados, y que se ha firmado el Tratado de Paz ¹, y que el tiempo no es frío para esta época del año, y que es imposible encontrar vivienda, siquiera a ese precio, y que lo peor de la gripe son sus efectos secundarios; si pienso que he olvidado escribir sobre la gotera de la despensa, y que me dejé un guante en el tren; si los lazos de sangre me obligan, inclinándome hacia adelante, a aceptar cordialmente la mano que se me ofrece acaso con vacilación...

—¡Siete años sin vernos!

—La última vez fue en Venecia.

—¿Dónde vives ahora?

—Bueno, me viene mejor a última hora de la tarde, aunque, si no fuese mucho pedir...

Titulo original: «The String Quartet». Relato publicado en *MT* y, posteriormente, en *HH*. Damos el texto de *MT*.

¹ Véase «Una novela no escrita», nota 1.

—¡Pero te he reconocido al instante!

—Claro, la guerra abrió un paréntesis...

Si la mente es atravesada por semejantes dardos y —puesto que la sociedad humana así lo exige— no bien es lanzado uno, cuando otro se encuentra ya en camino; si esto produce calor y además han encendido la luz eléctrica; si el hecho de decir una cosa deja tras sí, en tantos casos, la necesidad de mejorar y revisar, provocando además lamentaciones, placeres, vanidades y deseos... si son todos los hechos a los que me he referido, y los sombreros, las boas de piel, los fracs de los hombres y los alfileres de corbata con perlas lo que aflora a la superficie... ¿qué posibilidades quedan?

¿De qué? Cada minuto resulta más difícil decir por qué, a pesar de todo, estoy aquí sentada creyendo que no puedo decir qué ocurrió o al menos recordar cuándo ocurrió por última vez.

—¿Viste el desfile?

—El Rey parecía ausente.

—No, no, no. Pero ¿qué decías?

—Que se ha comprado una casa en Malmesbury.

—¡Qué suerte encontrar una!

Por el contrario, estoy casi segura de que ella, sea quien fuere, ha tenido muy mala suerte, pues todo es cuestión de pisos y sombreros y gaviotas, o al menos así parece ser para las aproximadamente cien personas aquí sentadas, bien vestidas, encerradas entre paredes, cubiertas de pieles, repletas. No es que yo pueda vanagloriarme de nada, pues también estoy sentada pasivamente en una silla dorada, limitándome a dar vueltas y vueltas sobre un recuerdo enterrado, como hacemos todos, pues hay indicios, si no me equivoco, de que todos estamos recordando algo, buscando algo furtivamente. ¿Por qué inquietarse? ¿Por qué tanta ansiedad por colocar los abrigos? ¿Y los guantes... si abotonarlos o desabotonarlos? Y ahora mira ese viejo rostro sobre el fondo oscuro del lienzo; hace un momento cortés y arrebolado; ahora taciturno y triste, como ensombrecido. ¿Era el segundo violín mientras lo afinan en la antesala? Ya están aquí; cua-

tro figuras negras con sus instrumentos, y se sientan frente a los cuadrados blancos bajo el chorro de luz; apoyan la punta de los arcos en el atril; los levantan con un movimiento simultáneo; los dejan suspendidos un instante y, mirando al instrumentista que tiene enfrente, el primer violín cuenta, uno, dos, tres...

¡Florecimiento, primavera, explosión, estallido! El peral en la cima de la montaña. Las fuentes manan; las gotas descenden. Pero las aguas del Ródano fluyen veloces y profundas, corren bajo los puentes y borran la estela del agua, bañando con sombras al pez plateado; el pez moteado se ve arrastrado por las veloces aguas y es arrollado por un remolino donde —qué difícil es esto— los peces se aglomeran en un remanso; saltan, salpican, se arañan con sus afiladas aletas; y es tal la fuerza de la corriente que las piedrecitas amarillas giran y giran, giran y giran... ahora en libertad, precipitándose corriente abajo o incluso ascendiendo por el aire en exquisitas espirales; rizadas como las finas virutas que hay bajo el plátano; arriba, arriba... ¡Qué deliciosa bondad hay en aquellos que, con paso leve, pasan sonriendo por el mundo! Y también en las alegres pescaderas, sentadas bajo los puentes, viejas obscenas, ¡cuán profundamente ríen y se estremecen y se balancean al andar de un lado a otro, jijí, jajá!

—Es una de las primeras obras de Mozart, claro...

—Pero la melodía, como todas sus melodías, produce desesperación... quiero decir, esperanza. ¿Qué quiero decir? ¡Eso es lo peor de la música! Me entran ganas de bailar, de reír, de comer pastelillos rosas, amarillos, de beber vino suave, fuerte. O una historia indecente, ahora... cómo disfrutaría. Cuanto más viejo es uno más le gusta la indecencia. ¡Ja, Ja! Me río. ¿De qué? No has dicho nada, ni el anciano de enfrente tampoco... Pero supongamos... supongamos... ¡Silencio!

El melancólico río nos arrastra. Cuando la luna asoma por entre las lánguidas ramas del sauce, veo tu rostro, oigo tu voz y el canto de los pájaros cuando pasamos junto al mimbreral. ¿Qué susurras? Tristeza, tristeza. Alegría,

alegría. Entrelazados, enredados inextricablemente, ligados en el dolor y ahogados en la pena... ¡zas!

El barco se hunde. Las figuras se elevan, ascienden, ahora delgadas como hojas, se afilan hasta convertirse en un tenebroso espectro, que, coronado de fuego, arranca esta ambivalente pasión de mi corazón. Canta para mí, libera mi pena, deshíela la compasión, inunda de amor el mundo sin sol, y, al cesar, tampoco aplaca su ternura, sino que con destreza, sutilmente, se va entretejiendo hasta que en esta textura, en esta consumación, los que están separados se unifican; se remontan, sollozan, se sumen en el silencio, la pena y la alegría.

¿Por qué apenarse entonces? ¿Qué pedir? ¿Seguir insatisfecho? Creo que todo está en su sitio; sí; reposa bajo un manto de pétalos de rosa que caen. Caen. Pero, ah, se detienen. Uno de los pétalos cae desde una enorme altura, como un diminuto paracaídas lanzado desde un globo invisible, planea, revolotea tembloroso. No nos alcanzará.²

—No, no. No he notado nada. Eso es lo peor de la música... estas absurdas ensoñaciones. ¿Dices que el segundo violín ha entrado a destiempo?

—Ahí va la anciana señora Munro, avanzando a tientas... cada año que pasa está más ciega, la pobre... con lo resbaladizo que es este suelo.

Ciega vejez, esfinge de cabeza gris... Se detiene en la acera, haciendo señas al autobús rojo.

² [Los tres breves párrafos que siguen a este punto en el texto publicado sustituyen al siguiente párrafo de la copia mecanografiada:] Me puse los guantes con la sensación de estar poniéndome el cuerpo. Es muy poco lo que puede decirse tras un movimiento lento de Mozart. Juntos hemos estado debajo; juntos cuando la última ola se despliega y alisa, despertamos, recordamos, y nos saludamos. Pero no sé. Es algo más sencillo; más completo; más intenso. ¡Ah, mucho más intenso! ¿Acaso no siguen temblando las cuerdas como si el arco acabase de rozarlas? ¿No estamos casi fuera de nuestra mente y nuestro cuerpo, llamados quedamente a liberarnos, a bailar en libertad, sorprendidos al cesar la música, lejos de casa? Pero ya sólo queda un movimiento, de modo que, por el amor de Dios, mirad a vuestro alrededor, las caras, los muebles, los cuadros de la pared, mirad a través de la abertura de la cortina y ved la rama a la luz de la farola. Reunid cada fragmento en este adorable y emocionante universo. Escuchad; comunicad.

—¡Qué delicia! ¡Qué bien tocan! ¡Qué... qué... qué!

La lengua no es más que un badajo. La sencillez en sí misma. Las plumas del sombrero que tengo a mi lado son brillantes y agradables como el sonajero de un bebé. La hoja del plátano lanza sus verdes destellos a través de la pequeña abertura de la cortina. Muy extraño, muy emocionante.

—¡Qué... qué... qué! —¡Silencio!

Ahí están los amantes, tendidos en la hierba.

—Si quisiera darme la mano, señora...

—Señor, hasta mi corazón le confiaría. Además, hemos dejado nuestros cuerpos en la sala del banquete. Ésas que están sobre el césped son las sombras de nuestras almas.

—Entonces éstos son los abrazos de nuestras almas. Los limoneros asienten con sus ramas. El cisne se aleja de la orilla y se deja arrastrar, soñando, hasta el centro de la corriente.

—Pero, volviendo a lo que decíamos. Me siguió por el pasillo y, cuando doblamos la esquina, me pisó el encaje de las enaguas. ¿Qué otra cosa podía hacer sino gritar, «¡ay!», pararme y señalar con el dedo? Y entonces desenvainó su espada, la esgrimió como si estuviese matando a alguien y gritó: «¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!». Tras lo cual yo también grité, y el Príncipe, que estaba escribiendo en el gran libro de vitela, junto a la ventana del mirador, salió con su solideo de terciopelo y sus pantuflas de piel, arrancó un estoque de la pared —regalo del Rey de España, ya sabes— y yo pude escapar, cubriéndome con esta capa para ocultar los destrozos de mi falda... para ocultar... ¡Pero, escucha! ¡Las trompas!

El caballero responde tan aprisa a la dama, y ésta sube la escalinata con tal ingenioso intercambio de cumplidos rematados con un sollozo de pasión, que las palabras resultan incomprensibles pese a que su significado es claro... amor, risa, huida, persecución, bendición celestial... todas ellas flotando en el más alegre murmullo de frases cariñosas... hasta que el sonido de las trompas de plata, muy distante al principio, se vuelve más nítido, como si

los senescales saludasen al alba o anunciaran ominosamente la huida de los amantes... El verde jardín, el estanque iluminado por la luna, los limoneros, los amantes y los peces se diluyen en el cielo opalino, a través del cual, cuando las trompetas se unen a las trompas, apoyadas por los clarines, se alzan blancos arcos firmemente asentados sobre columnas de mármol... Ruido de pasos y de trompetas. Estrépito y clangor. Firme asentamiento. Sólidos cimientos. Desfile de miríadas. La confusión y el caos asuelan la tierra. Pero esta ciudad hacia la cual nos dirigimos carece de piedra y carece de mármol; cuelga eternamente; se alza impertérrita; no hay rostro, ni bandera que salude o dé la bienvenida. Deja pues que perezca tu esperanza; que abandone en el desierto mi alegría; avancemos desnudos. Desnudas están las columnas, ajenas a todos; sin proyectar sombra alguna; resplandecientes; severas. Y entonces vuelvo a caer, ya sin ansia, deseando tan sólo salir, encontrar la calle, fijarme en los edificios, saludar a la vendedora de manzanas, decirle a la criada que me abre la puerta: Una noche estrellada.

—Buenas noches, buenas noches. ¿Viene por aquí?

—Lo siento. Voy por allá.

Azul y verde

VERDE

Los afilados dedos de cristal cuelgan hacia abajo. La luz se desliza sobre el vidrio y derrama una cascada de verde. Durante todo el día los diez dedos de la araña tienen de verde el mármol. El plumaje de los periquitos... sus gritos agudos... las afiladas hojas de las palmeras... verdes también; las agujas verdes resplandecen bajo el sol. Pero el duro cristal gotea sobre el mármol; los estanques se ciernen sobre la arena del desierto; los camellos los cruzan tambaleándose; los estanques se instalan sobre el mármol; los juncos los bordean; la maleza los cubre; aquí y allá una flor blanca; la rana salta; de noche, las estrellas se sitúan allí, intactas. Cae la noche, y la sombra cubre de verde la repisa de la chimenea; la rizada superficie del océano. No llega ningún navío; las olas sin rumbo se mecen bajo el cielo desierto. Es de noche; las agujas gotean manchas azules. El verde queda excluido.

AZUL

El monstruo de nariz chata emerge a la superficie y escupe por sus orificios nasales dos columnas de agua in-

Título original: «Blue & Green». Publicado en *MT*, fuente de nuestro texto.

tensamente blanca en el centro que se evapora en una lluvia de cuentas azules. Pinceladas azules surcan el negro alquitrán de su piel. Absorbiendo el agua por nariz y boca, se sumerge, cargado de líquido, y el azul se cierra sobre él mojando los pulidos guijarros de sus ojos. Yace en medio de la playa, adormilado, obtuso, mudando sus secas escamas azules. Su azul metálico tiñe el hierro oxidado de la arena. Azul es el esqueleto de la barca de remos naufragada. Una ola rueda bajo las campanas azules. Pero la catedral es diferente, fría, cargada de incienso, vagamente azul con los velos de las madonas.

1922-1925

Un colegio femenino visto desde fuera

La luna blanca como pluma de ave nunca dejaba oscurecerse al cielo; durante toda la noche, las flores del castaño destacaban blancas en el verdor y el cerafolio crecía oscuro en los prados¹. El viento de los patios de Cambridge no se dirigía ni a Tartaria ni a Arabia, sino que pasaba como en un ensueño entre las nubes azul grisáceas sobre los tejados de Newnham. Allí, en el jardín, si ella necesitaba espacio para pasear, lo hallaría entre los árboles; y como su rostro sólo encontraría rostros femeninos, podía mostrarlo desnudo, inexpresivo, y atisbar en habitaciones donde a esa hora, desnudas, inexpresivas, los blancos párpados cerrados, las manos sin anillos extendidas sobre las sábanas, dormían innumerables mujeres. Pero aquí y allá aún brillaba alguna luz.

Título original: «A Woman's College from Outside». Se puede hallar un borrador de este relato (probablemente escrito en julio de 1920) en el capítulo X de *JR I*. El texto mecanografiado, con revisiones ológrafas, tiene escrito en la parte superior «Jacob's Room», luego tachado, y está encabezado por una «X», cosa que sugiere que VW seguía pensando incluirlo en esta obra. Finalmente, no obstante, no fue así, sino que se publicó en noviembre de 1926 como «A Woman's College from Outside» en *Atalanta's Garland: Being the Book of the Edinburgh University Women's Union*, texto que damos.

¹ Esta frase aparece también en *El cuarto de Jacob* (Londres: The Hogarth Press, 1976), p. 36.

Cabía imaginar una doble luz en la habitación de Angela, a la vista de lo brillante que era la propia Angela, y de cómo resplandecía su reflejo en la ventana. Todo su ser aparecía perfectamente dibujado... tal vez el alma. Pues el cristal ofrecía una imagen estática... blanca y dorada, zapatillas rojas, pelo claro con piedras azules, y jamás un rizo o una sombra que alterase la suave caricia de Angela y su reflejo en la ventana, como si le agradase ser Angela. El momento era en sí mismo agradable... la brillante imagen colgada en el corazón de la noche, el altar hundido en la negrura nocturna. Era francamente extraño tener esta prueba visible de la exactitud de las cosas; ese lirio flotando immaculado en el estanque del Tiempo, sin temor, como si eso fuese suficiente... ese reflejo. Tal fue el pensamiento que reveló al darse la vuelta, y el espejo no reflejó nada, o sólo el armazón de cobre de la cama, y ella, corriendo de acá para allá, pataleando y precipitándose, se volvió como una mujer en una casa, y cambió de nuevo, apretando los labios ante un libro negro y señalando con el dedo lo que sin duda no podía ser una sólida comprensión de la ciencia económica. Pero Angela Williams estaba en Newnham con la intención de prepararse para ganarse la vida, y no podía olvidar, siquiera en los momentos de apasionada adoración, los cheques que su padre le enviaba desde Swansea; a su madre haciendo la colada en el lavadero: las batas rosas tendidas en la cuerda; indicios de que ni siquiera el lirio sigue flotando immaculado en el estanque, sino que tiene un nombre escrito en una tarjeta como cualquier otro.

A. Williams... se leía a la luz de la luna; y junto a este nombre había otros como Mary o Eleanor, Mildred, Sarah, Phoebe, escritos en tarjetitas cuadradas y colgados en las puertas. Nombres todos ellos, nada más que nombres. La fría luz blanca los marchitaba y los volvía rígidos, hasta que parecía que la única finalidad de todos aquellos nombres fuese alinearse marcialmente por si los llamaban para apagar un fuego, sofocar una insurrección o pasar un examen. Tal es el poder de los

nombres escritos en las tarjetas clavadas en las puertas. Tal es también el parecido que guardan las baldosas, los pasillos y las puertas de los dormitorios con la lechería o el convento, un lugar de reclusión o disciplina donde hay un cuenco de leche fresca y pura y una abundante colada de ropa blanca.

En ese mismo instante llegó una risa ahogada de detrás de una puerta. Un solemne reloj anunció la hora... una, dos. Pero si el reloj estaba dando alguna orden, ésta no fue obedecida. Fuego, insurrección, examen, quedaron sepultados bajo la risa, o suavemente eliminados, pues el sonido parecía bullir desde las profundidades arrastrando dulcemente por el aire horarios, normas, disciplina. La cama estaba cubierta de cartas. Sally estaba en el suelo. Helena en la silla. La buena de Bertha sentada junto al fuego con las manos entrelazadas. A. Williams entró bostezando.

—Porque es total y absolutamente detestable —dijo Helena.

—Detestable —repitió Bertha. Luego bostezó.

—No somos eunucos.

—Yo la vi deslizarse por la puerta trasera con ese viejo sombrero. No quieren que lo sepamos.

—¿Quiénes? —preguntó Angela—. Ella.

Luego las risas.

Repartieron las cartas, que quedaron con sus lados rojos y amarillos sobre la mesa, y una lluvia de manos cayó sobre ellas. La buena de Bertha, con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, suspiró profundamente. De buena gana se iría a dormir, pero como la noche es un pusto libre, un campo ilimitado, como la noche es riqueza en bruto, hay que adentrarse en su túnel de oscuridad. Hay que llenarlo de joyas. La noche transcurría en secreto, el día paciando junto al resto del rebaño. Las persianas estaban levantadas. La neblina cubría el jardín. Sentada en el suelo junto a la ventana (mientras las demás jugaban), cuerpo y mente parecían flotar por el aire, deslizarse entre los arbustos. ¡Ay, pero ella deseaba tumbarse en la cama y dormir! Creía que nadie advertía sus

ganas de dormir; creía humildemente —somnolienta—, con súbitas cabezadas y estremecimientos, que las demás estaban completamente despiertas. Cuando rieron al unísono un pájaro gorjeó en mitad de su sueño, fuera, en el jardín, como si la risa...

Sí, como si la risa (pues ahora ella dormitaba) saliese flotando igual que la neblina y quedase atada por suaves cintas elásticas a las plantas y los arbustos, de modo que el jardín resultaba vaporoso y evanescente. Y luego, azotados por el viento, los arbustos se inclinaban y el vapor blanco se extendía por el mundo.

Este vapor salía de todas las habitaciones donde dormían las mujeres, adhiriéndose a los matorrales, como la neblina, para luego flotar libremente en el espacio abierto. Las ancianas dormían y al despertarse se aferraban de inmediato a la ebúrnea vara de su autoridad. Ahora tranquilas y pálidas, en profundo reposo, yacen rodeadas, yacen sostenidas por los jóvenes cuerpos apoyados o reunidos junto a la ventana; derramando sobre el jardín esta risa borboteante, esta risa irresponsable: esta risa de cuerpo y mente que arrastra consigo normas, horarios, disciplina: inmensamente fértil, aunque informe, caótica, que se desliza y se pierde entre los rosales y los adorna con jirones de vapor.

—Ah —suspiró Angela de pie junto a la ventana, en camisón. Había dolor en su voz. Sacó la cabeza. La neblina se abrió como si su voz la hubiese partido en dos. Había estado hablando, mientras las demás jugaban, con Alice Avery, sobre Bamborough Castle; el color de la arena al atardecer; a lo que Alice respondió que escribiría para fijar la fecha, en agosto, e inclinándose, la besó, al menos le acarició la cabeza con la mano, y Angela, completamente incapaz de estarse quieta, como si su corazón fuese un mar azotado por el viento, se puso a deambular por la habitación (testigo de la escena), estirando los brazos para aliviar aquella agitación, aquel asombro ante la increíble inclinación del árbol milagroso con el fruto dorado en su copa... ¿no había caído entre sus brazos? Lo estrechó brillando contra su pecho,

un objeto que no se podía tocar, en el que no se podía pensar, del que no se podía hablar, sino que había que dejar allí, brillando. Y luego, colocando despacio aquí las medias, allí las zapatillas, doblando con esmero su enagua, Angela, cuyo apellido era Williams, comprendió ¿cómo expresarlo? que tras la oscura agitación de miríadas de siglos había luz al final del túnel; vida; el mundo. Se extendía ante ella... todo bondad; todo amabilidad. Tal fue su descubrimiento.

Pero realmente ¿cómo podía asombrarse cuando, tumbada en la cama, no era capaz de cerrar los ojos? —algo irresistible los mantenía abiertos—, ¿cuando en la penumbra, la silla y la cómoda resultaban imponentes y el espejo exquisito con su pálida huella del día? Chupándose el pulgar como un bebé (había cumplido los diecinueve el pasado noviembre), permaneció tumbada en este mundo amable, este mundo nuevo, este mundo al final del túnel, hasta que el deseo de verlo o de abarcarlo la empujó, apartando las mantas, a ir hasta la ventana, y allí, contemplando el jardín cubierto de neblina, con todas las ventanas abiertas, un azul intenso, un murmullo en la distancia, el mundo, por supuesto, y la llegada de la mañana, gritó «ay», como con dolor.

En el huerto

Miranda dormía en el huerto, tumbada en una hamaca bajo el manzano. El libro se había caído sobre la hierba y su dedo aún parecía apuntar a la frase «Ce pays est vraiment un des coins du monde où le rire des filles éclate le mieux...», como si se hubiese dormido justo allí. Su anillo de ópalos lanzaba destellos verdes, rosas y también naranjas cuando el sol, que rezumaba entre los manzanos, lo iluminaba con su luz. Al soplar la brisa, su vestido púrpura se mecía como una flor unida a su tallo; la hierba asentía; y la mariposa blanca revoloteaba de acá para allá sobre su rostro.

Las manzanas colgaban a poco más de un metro por encima de su cabeza. De pronto se oyó un intenso clamor, como si alguien golpease un gong de cobre violentamente, irregularmente, brutalmente. No eran más que los colegiales recitando al unísono la tabla de multiplicar, interrumpidos por el maestro, reprendidos, y otra vez vuelta a recitar la tabla de multiplicar. Pero este clamor pasaba a más de un metro por encima de la cabeza de Miranda, se colaba entre las ramas del manzano y, al cho-

Título original: «In the Orchard» Publicado en *Criterion* en abril de 1923 y, posteriormente, sin cambios, en *Broom* (en septiembre del mismo año) y en *Books and Portraits*. Damos el texto de *Criterion*.

car con el hijo pequeño del vaquero, que estaba cogiendo moras junto al seto cuando debía estar en la escuela, le hizo pincharse el pulgar con las espinas.

Después se oyó un grito solitario... triste, humano, brutal. El viejo Parsely estaba, sin duda, completamente borracho.

A continuación las hojas más altas del manzano, planas como pececillos contra el azul, a nueve metros de la tierra, emitieron una nota pensativa y lúgubre. Era el órgano de la iglesia tocando uno de los Himnos Antiguos y Modernos. El sonido salió flotando y quedó dividido en átomos al paso de una bandada de zorzales que volaba a gran velocidad... hacia alguna parte. Miranda dormía nueve metros más abajo.

Luego, más arriba del manzano y del peral, a sesenta metros por encima de donde Miranda dormía en el huerto, las campanas redoblaron, intermitentes, tristes, aleccionadoras, pues seis mujeres pobres de la parroquia estaban siendo purificadas y el párroco daba gracias al cielo.

Y más arriba aún, con un intenso crujido en la campana dorada de la torre, el viento roló de sur a este. Zumbaba sobre todas las cosas, sobre los bosques, los prados, las colinas, a muchos kilómetros por encima del lugar donde Miranda dormía en el huerto. Soplaba y soplaba, ciego, enfurecido, derribándolo todo a su paso, hasta que, dando la vuelta, roló de nuevo hacia el sur. A muchos kilómetros por debajo, en un espacio del tamaño del ojo de una aguja, Miranda se puso en pie y exclamó en voz alta: «¡Voy a llegar tarde para el té!»

Miranda dormía en el huerto... o tal vez no dormía, pues sus labios se movieron ligeramente como si dijese «Ce pays est vraiment un des coins du monde... où le rire des filles... éclate... éclate... éclate...», y luego sonrió y dejó que su cuerpo se hundiera en la enorme tierra que se alza, pensó, para llevarme en su lomo como si fuese una hoja, o una reina (los niños seguían recitando la tabla de multiplicar), o, continuó Miranda, podría estar tumbada en la cima de un acantilado con las gaviotas chillando a mi alrededor. Cuanto más alto vuelan, continuó, mientras el

maestro reprendía a los niños y pegaba a Jimmy en los nudillos hasta hacerle sangrar, más profundamente miran en el interior del mar... en el interior del mar, repitió, y sus dedos se relajaron y sus labios se cerraron dulcemente, como si flotase en el mar, y entonces, cuando el grito del borracho sonó por encima de su cabeza, Miranda tomó aliento con extraordinario éxtasis, pues pensó que oía a la propia vida gritando con su áspera lengua y su boca escarlata, desde el viento, desde las campanas, desde las rizadas y verdes hojas de las coles.

Naturalmente Miranda se estaba casando cuando el órgano interpretó la melodía de los Himnos Antiguos y Modernos, y, cuando las campanas redoblaron por las seis pobres mujeres que habían sido purificadas, su lúgubre e intermitente tañido le hizo pensar que la propia tierra temblaba bajo los cascos del caballo que galopaba hacia ella («¡Ah, no tengo más que esperar!», suspiró), y le pareció que todo había empezado a moverse, a gritar, a cabalgar, a volar en torno a ella, a través de ella, hacia ella, como siguiendo una pauta.

Mary está cortando leña, pensó; Pearman está reuniendo a las vacas; los carros suben desde los prados; el jinete..., y trazó las líneas que hombres, carros, pájaros y jinete dibujaban sobre los campos hasta que todos parecieron completamente borrados por el latido de su propio corazón.

Arriba, a muchos kilómetros de distancia, el viento cambió de dirección; la campana de la torre chirrió; y Miranda se puso en pie de un salto y gritó: «¡Ay, llego tarde para el té!»

Miranda dormía en el huerto, pero ¿estaba o no estaba dormida? Su vestido púrpura estaba extendido entre los dos manzanos. Había veinticuatro manzanos en el huerto, algunos ligeramente torcidos, otros con un tronco recto y erguido que se abría en amplias ramas y formaba brotes redondos, rojos o amarillos. Cada manzano tenía el espacio necesario. El cielo encajaba perfectamente entre las hojas. Cuando soplabla brisa, la sombra de las ramas en la pared se inclinaba levemente y luego

regresaba a su posición inicial. Un aguzanieves cruzó el huerto en diagonal de esquina a esquina.

. Brincando con cautela, un zorzal se acercó hasta una manzana caída; un gorrión revoloteó al ras de la hierba, alzando el vuelo desde la pared opuesta. El ascenso de los árboles quedaba limitado por estos movimientos; el conjunto quedaba encerrado entre los muros del huerto. La tierra se amontonaba a muchos kilómetros de profundidad; rizada en la superficie por el aire trémulo; y al otro lado del huerto, el tono verdeazulado quedaba rasgado por una línea púrpura. Al rolar el viento, una rama cargada de manzanas salió disparada tan alto que tapó a las dos vacas del prado («¡Ay, llego tarde para el té!», gritó Miranda), y las manzanas volvieron a colgar por encima del muro.

La señora Dalloway en Bond Street

La señora Dalloway dijo que iría ella misma a comprar los guantes.

El Big Ben daba las campanadas cuando salió a la calle. Eran las once y la hora aún sin estrenar parecía fresca, como destinada a un grupo de niños en una playa. Pero había algo solemne en el ritmo deliberado de las campanadas; algo incitante en el murmullo de las ruedas y el arrastrar de los pasos.

Sin duda, no todos estaban llamados a hacer diligencias felices. Cabe decir mucho más sobre nosotros que el simple hecho de que caminemos por las calles de Westminster. Y el mismo Big Ben no sería más que un montón de varillas de acero corroídas por el óxido, si no fuese por los cuidados del Ministerio de Obras Públicas. Sólo para la señora Dalloway era completo el momento; para ella junio era puro. Una infancia feliz... y no fueron sólo las hijas de Justin Parry quienes lo consideraron un buen hombre (aunque débil en los tribunales); flores al atardecer, el humo ascendiendo; el graznido de los grajos cada vez más alto, cayendo, cayendo por el aire de octubre... no hay nada que pueda ocupar el lugar de la infancia. Una hoja de menta la trae de nuevo, o una taza con el borde azul.

Título original: «Mrs Dalloway in Bond Street». Relato publicado en *Dial* en julio de 1923 y posteriormente en *MDP*. Damos el texto de *Dial*.

Pobres infelices, suspiró, y siguió adelante. ¡Vaya, en las mismas narices del caballo, demonio de crío!, y allí quedó, en la acera, con la mano extendida, mientras Jimmy Dawes se reía burlonamente desde el otro lado.

Una mujer encantadora, elegante, vehemente, cuyos cabellos blancos contrastaban de un modo extraño con sus mejillas sonrosadas, así es como la veía Scope Purvis, Caballero de la Orden del Baño, mientras apretaba el paso hacia su despacho. Se detuvo un momento a la espera de que pasase la camioneta de Durtnall. El Big Ben dio la décima campanada; dio la undécima. Los círculos de plomo se disolvían en el aire. El orgullo la mantenía erguida, heredando un legado, transmitiéndolo, familiarizada con la disciplina y el sufrimiento. Cuánto sufría la gente, cuánto sufría, se dijo, recordando a la señora Foxcroft en la Embajada la noche anterior, cubierta de joyas, con el corazón destrozado porque aquel agradable muchacho había muerto y ahora la vieja Manor House (la camioneta de Durtnall pasó) pasaría a un primo suyo.

—¡Buenos días tenga usted! —dijo Hugh Whitbread, quitándose el sombrero con gesto teatral junto a la tienda de porcelanas, pues se conocían desde niños—. ¿Adónde vas?

—Me encanta pasear por Londres —dijo la señora Dalloway—. Es mucho mejor que pasear por el campo.

—Nosotros acabamos de llegar —dijo Hugh Whitbread—. Por desgracia, de médicos.

—¿Milly? —dijo la señora Dalloway, compadeciéndose al punto.

—Está pachucha —dijo Hugh Whitbread—. Ya sabes, eso. ¿Dick está bien?

—¡Estupendamente! —dijo Clarissa.

Claro, pensó, siguiendo su camino, Milly es más o menos de mi edad... cincuenta... cincuenta y dos. De modo que probablemente se trataba de *eso*, el modo en que lo había dicho Hugh no dejaba lugar a dudas... el viejo Hugh, pensó la señora Dalloway, recordando con agrado, con gratitud, con emoción, lo tímido, como un hermano —una preferiría morir antes que hablarle a su hermano—, que había sido siempre Hugh, cuando llegaba de

Oxford, y tal vez uno de los dos (¡maldita sea!) no podía montar a caballo. ¿Cómo entonces iban a ocupar escaños las mujeres en el Parlamento? ¿Cómo podían hacer cosas con los hombres? Porque hay un instinto extraordinariamente profundo, algo en tu interior que no puedes superar; de nada sirve intentarlo; y los hombres como Hugh lo respetan sin decirlo, y eso es lo que una adora, pensó Clarissa, en el viejo Hugh.

Había pasado bajo el arco del Almirantazgo y, al final de la desierta avenida, con sus delgados árboles, vio el montículo blanco del monumento a la Reina Victoria, que irradiaba la maternidad, amplitud, intimidad de la reina, ridículo y sin embargo qué sublime, pensó la señora Dalloway, recordando Kensington Gardens y a la anciana con gafas de concha y a la niñera que le ordenaba estarse quieta e inclinarse ante la Reina. La bandera ondeaba en el palacio. Eso significaba que el Rey y la Reina habían regresado. Dick había conocido a la Reina en un almuerzo... una mujer sumamente agradable. Significa tanto para los pobres, pensó Clarissa, y para los soldados. Sobre un pedestal se alzaba un hombre de bronce en actitud heroica, con un fusil en la mano izquierda... la guerra de Suráfrica. Significa mucho, pensó la señora Dalloway, mientras caminaba hacia el Palacio de Buckingham. Allí estaba, rotundo, sencillo, sin adornos, bajo la amplia luz del sol. Pero era el carácter, pensó; algo innato en la raza; lo que la India respetaba. La Reina visitaba hospitales, inauguraba tómbolas benéficas... la Reina de Inglaterra, pensó Clarissa, contemplando el palacio. En ese momento salió un coche; los soldados saludaron; las puertas volvieron a cerrarse. Y Clarissa cruzó la avenida y entró en el parque, erguida.

Junio había hecho brotar las hojas de los árboles. Las madres de Westminster amamantaban a sus pequeños. Muchachas muy respetables yacían tendidas en la hierba. Un anciano se agachó con dificultad para recoger un papel arrugado, lo alisó y lo tiró. ¡Qué horrible! La noche anterior, en la Embajada, Sir Dighton había dicho, «Si necesito que alguien me sujete el caballo no tengo más que levantar una mano.» Pero la cuestión religiosa es

mucho más sería que la económica, había dicho también Sir Dighton, cosa que a ella le pareció sumamente interesante, viniendo de un hombre como él. «Ah, el país nunca sabrá lo que ha perdido», añadió, opinando sin que nadie le preguntase sobre el difunto Jack Stewart.

Subió la colina ágilmente. El viento soplaba con fuerza. Se enviaban mensajes de la Flota al Almirantazgo. Piccadilly y Arlington Street y el Mall parecían calentar el aire del parque y sus hojas ascendían en brillantes remolinos, con esa divina vitalidad que tanto agradaba a Clarissa. Cabalgar; bailar; cuánto le había gustado todo aquello. O dar largos paseos por el campo, hablando de libros, de qué hacer con la propia vida, pues la juventud es de lo más presuntuosa... ¡ah, las cosas que ella había dicho! Pero tenía sus convicciones. La madurez es diabólica. La gente como Jack nunca lo sabrá, se dijo; pues él no había pensado en la muerte ni una sola vez, ni supo, decían, que se estaba muriendo. Y nunca llorará —¿cómo seguía?— a una cabeza gris... libre de la escoria del mundo¹... apuraron su copa una o dos rondas antes²... ¡del contagio del estúpido mundo! Se mantenía erguida.

¡Pero cómo hubiera gritado Jack! ¡Citar a Shelley en Piccadilly! «Se te ha caído una horquilla», habría dicho. Odiaba el desaliño. «¡Por Dios, Clarissa! ¡Por Dios, Clarissa!» Aún lo estaba oyendo en la fiesta de Devonshire House, junto a la pobre Sylvia Hunt, con su collar de ámbar y su ajado vestido de seda. Clarissa se irguió al advertir que había hablado en voz alta y que ya estaba en Piccadilly, pasando junto a la casa con esbeltas columnas verdes y balcones; pasando junto a los ventanales del

¹ Aquí Clarissa evoca unos versos de la estrofa XI del «Adonais» de Shelley, un poema que cita también en *El viaje iniciático* (1915), donde Clarissa aparece por primera vez en las obras de VW.

Del contagio del estúpido mundo está seguro
y nunca llorará a un corazón helado,
a una cabeza gris inútilmente

² Edward Fitzgerald, «The Rubáiyát of Omar Jayyım» (ed. 1, XXI).

club llenos de periódicos; pasando junto a la mansión de la anciana Lady Burdett-Coutt, donde había un loro blanco de porcelana; y junto a Devonshire House, sin sus leopardos dorados; y el Claridge, donde debía acordarse de dejar, por encargo de Dick, una tarjeta para la señora Jepson antes de que se marchase. Los americanos ricos pueden ser muy agradables. Ahí estaba St. James Palace; como una construcción infantil; y ahora —ya había cruzado Bond Street— se encontraba junto a la librería Hatchard. El tráfico era incesante... incesante... incesante. Lords, Ascot, Hurlingham... ¿dónde era? Qué encantadora muchacha, pensó, mirando la cubierta de un libro de memorias abierto en el escaparate, la habrá pintado Sir Joshua o Romney; maliciosa, vivaracha, remilgada; tal como debía ser una muchacha, como su Elizabeth. Y vio también aquel libro absurdo, *Soapy Sponge*,³ que Jim citaba a todas horas; y los sonetos de Shakespeare. Se los sabía de memoria. Phil y ella habían discutido todo el día sobre la Dama Morena, y esa misma noche, durante la cena, Dick dijo que nunca había oído hablar de ella. ¡Desde luego, para eso se había casado con él! ¡No había leído a Shakespeare! Tenía que encontrar algún librito barato para Milly... ¡ya está, *Cranford*!⁴ ¿Había algo más gracioso que esa vaca con enaguas? Si la gente tuviese ahora este tipo de humor, este tipo de dignidad, pensó Clarissa al recordar las amplias páginas; la cadencia de las frases; los personajes... el modo en que se hablaba de ellos, como si fuesen reales. Para todas las cosas grandes hay que remontarse al pasado, pensó. Del contagio del estúpido mundo está seguro. No temas más el calor del sol⁵... Y nunca llorará, y nunca

³ Al héroe de R. S. Surtees en la novela *Mr Sponge's Sporting Tour* (Londres, 1853) sus amigos lo llaman «Soapy Sponge».

⁴ Al recordar la novela de Elizabeth Gaskell, *Cranford* (Londres, 1853), Clarissa asocia el nombre que los niños de Cranford dan a la primera sombrilla de seda roja que ven —«un bastón con enaguas»— con la vaca de la señorita Betsy Barker, que va por ahí con un pañuelo gris tras quedarse sin pelo al caer en un pozo de cal.

⁵ Aquí Clarissa recuerda unos versos del *Cymbeline*, IV, ii, de William Shakespeare.

llorará, repitió, la mirada perdida en el escaparate; pues lo tenía grabado en la mente; la prueba de la gran poesía; los autores modernos jamás habían escrito nada sobre la muerte digno de ser leído, pensó; y dio media vuelta.

Los omnibuses se unían a los coches; los coches a las camionetas; las camionetas a los taxis, los taxis a los coches... había un descapotable con una muchacha en su interior, sola. Me lo sé de memoria, pensó Clarissa, no paró de bailar hasta las cuatro de la madrugada, pues la muchacha parecía como ausente, adormilada en un rincón del coche después del baile. Y llegó otro coche; y otro. ¡No! ¡No! ¡No! Clarissa sonrió amablemente. La mujer gorda se había esmerado en su atuendo, ¡pero brillantes! ¡orquídeas! ¡a esas horas de la mañana! ¡No! ¡No! ¡No! El guardia levantaría la mano llegado el momento. Pasó otro coche. ¡Qué desagradable resultaba! ¿Por qué se pintaba los ojos de negro una muchacha de esa edad? Y ese joven con la muchacha, a esta hora, cuando el país... El guardia levantó la mano y Clarissa reconoció su indicación, cruzó sin prisa, se encaminó hacia Bond Street; vio la estrecha y tortuosa calle, los carteles amarillos; los gruesos cables del telégrafo que surcaban el aire.

Cien años atrás su bisabuelo, Seymour Parry, que se escapó con la hija de Conway, había paseado por Bond Street. Los Parry habían paseado por Bond Street durante todo un siglo, y quizá se hubieran encontrado allí con los Dalloway (Leigh por parte de madre). Su padre se vestía en Hill's. Había una pieza de tela en el escaparate, y un jarrón sobre una mesa negra, increíblemente caro; como el salmón rosado sobre un bloque de hielo en la pescadería. Las joyas eran exquisitas... estrellas rosas y anaranjadas, imitaciones, españolas, pensó, y cadenas de oro viejo; hebillas relucientes, pequeños broches usados sobre satén verde-mar por damas con altos tocados. ¡Basta de mirar! Hay que reducir gastos. Tenía que pasar junto a la galería de arte donde se exhibía uno de esos extraños cuadros franceses que parecían salpicados de confetti —rosas y azules—, como si se tratase de una broma.

Si hubieses vivido rodeada de cuadros (y lo mismo puede decirse de los libros y la música), se dijo Clarissa, pasando por delante del Aeolian Hall, no te dejarías engañar por una broma.

Había un gran atasco en Bond Street. Allí, como una reina en un torneo, elevada, regia, estaba Lady Bexborough. Sentada en su carruaje, erguida, sola, mirando a través de sus gafas. El guante blanco sin abrochar en la muñeca. Llevaba un traje negro muy usado, y sin embargo, pensó Clarissa, qué extraordinaria resulta, elegante, digna, sin decir nunca una palabra de más o permitir chismorreos en su presencia; una amiga asombrosa; nadie había encontrado un solo defecto en ella después de tantos años, y ahora, ahí está, pensó Clarissa, dejando atrás a la condesa que esperaba empolvada, perfectamente inmóvil, y Clarissa hubiera dado cualquier cosa por ser como ella, la señora de Clarefield, que hablaba de política como un hombre. Pero nunca va a ningún sitio, pensó Clarissa, es inútil invitarla, y el carruaje siguió su camino con Lady Bexborough sentada como una reina en un torneo, aunque carecía de razón para vivir y su marido estaba enfermo y dicen que ella está harta de todo, pensó Clarissa, y cuando entró en la tienda los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Buenos días —dijo Clarissa con su agradable voz—. Guantes —añadió con su exquisita amabilidad, y dejando el bolso en el mostrador comenzó, muy despacio, a desabrochar los botones—. Guantes blancos. Por encima del codo. —Y miró de frente a la dependienta... ¿no era ésta la misma joven que recordaba? Pero estaba muy mayor—. Estos no me sirven —dijo Clarissa. La dependienta los miró.

—¿Lleva pulseras la señora? —Clarissa estiró los dedos—. A lo mejor son los anillos.

—Y la dependienta se llevó los guantes grises al otro extremo del mostrador.

Sí, pensó Clarissa, si es la misma joven, parece veinte años mayor... Sólo había otra clienta, sentada junto al mostrador, con el codo apoyado, la mano desnuda colgando, vacía; como una figura en un abanico japonés,

pensó Clarissa, tal vez demasiado vacía, aunque algunos hombres la adorarían. La mujer sacudió la cabeza con pesar. Los guantes eran demasiado grandes. Se volvió hacia el espejo.

—Por encima de la muñeca —le indicó a la mujer del pelo gris; ésta miró y asintió.

Esperaron; se oía el tic-tac del reloj; se oía el bullicio de Bond Street, amortiguado, distante; la dependienta se llevó los guantes.

—Por encima de la muñeca —dijo la mujer en tono triste, levantando la voz. Y tendría que encargar sillas, helados, flores y billetes para el guardarropa, pensó Clarissa. Vendría la gente que ella no deseaba; los demás no vendrían. Clarissa los recibiría en la puerta. Venden medias... medias de seda. A una mujer se la conoce por sus guantes y sus zapatos, decía el tío William. Y a través de las medias de seda que colgaban como trémula plata, miró a la mujer: los hombros caídos, la mano colgando, el bolso deslizándose, la mirada perdida en el suelo. ¡Sería intolerable que a su fiesta acudiesen mujeres mal vestidas! ¿A quién le habría gustado Keats si hubiese llevado calcetines rojos? Ah, por fin... se acercó al mostrador y se le ocurrió decir:

—¿Se acuerda usted de unos guantes con botones de perlas que tenían antes de la guerra?

—¿Guantes franceses, señora?

—Sí, franceses —dijo Clarissa. La otra mujer se levantó con aire desolado, cogió el bolso y observó los guantes que había sobre el mostrador. Pero todos eran demasiado grandes... siempre demasiado grandes en la muñeca.

—Con botones de perlas —dijo la dependienta, que cada vez parecía más vieja. Dobló los pliegos de papel de seda y los puso a un lado. Con botones de perlas, pensó Clarissa, nada más sencillo... ¡y qué franceses!

—La señora tiene unas manos tan finas —dijo la dependienta, pasando suavemente el guante sobre los anillos. Y Clarissa contempló su brazo en el espejo. El guante apenas llegaba hasta el codo. ¿No los tenía unos centímetros más largos? Pero no quería molestarla... tal

vez era justo ese día del mes, pensó Clarissa, en el que estar de pie resulta un tormento—. No se moleste, por favor —dijo. Pero los guantes ya estaban allí.

—¿No se cansa demasiado —preguntó con su encantadora voz— de estar de pie? ¿Cuándo tiene las vacaciones?

—En septiembre, señora, cuando no hay tanto trabajo.

Cuando nosotros estamos en el campo, pensó Clarissa. O de caza. Pasa quince días en Brighton. En alguna pensión mal ventilada. La patrona escatima el azúcar. Nada más fácil que enviarla a casa de la señora Lumley, en el campo (y estuvo a punto de decírselo). Pero entonces recordó que durante su luna de miel Dick le había hecho ver lo desatinado que era ofrecer impulsivamente. Era mucho más importante, dijo él, establecer comercio con China. Por supuesto estaba en lo cierto. Y además pensó que a la muchacha no le gustaría que le diesen nada. Allí estaba en su lugar. Igual que Dick. Lo suyo era vender guantes. Sus penas eran muy distintas «y ya no llorará, y ya no llorará», las palabras fluían en su mente. «Del contagio del estúpido mundo está seguro», pensó Clarissa, manteniendo el brazo rígido, pues hay momentos en los que parece absolutamente fútil (al quitarle el guante su brazo quedó cubierto de polvos de talco)... en los que sencillamente uno ya no cree en Dios, pensó Clarissa.

El tráfico se volvió atronador; las medias de seda brillaron. Entró una clienta.

—Guantes blancos —dijo, con un deje en su voz que a Clarissa le resultó familiar.

Antes, pensó Clarissa, era todo tan sencillo. Por el aire descendía el graznido de los grajos. Cuando Sylvia murió, hace cientos de años, los setos de tejo resultaban deliciosos con sus telarañas como diamantes en la neblina antes del primer servicio religioso. Pero si Dick muriese mañana, en cuanto a creer en Dios... no, dejaría que sus hijos eligieran, pero ella, al igual que Lady Bexborough, quien, según dicen inauguró la tómbola benéfica, con el telegrama en la mano... Roden, su favorito, muerto... ella

seguiría su camino. ¿Por qué, si no creía? Por el bien de los demás, pensó, cogiendo el guante. La muchacha sería mucho más infeliz si no creyese.

—Treinta chelines dijo la dependienta. No, perdón señora, treinta y cinco. Los guantes franceses son más caros.

Porque uno no vive sólo para sí, pensó Clarissa.

Y entonces la otra clienta cogió un guante, lo estiró y el guante se rompió.

—¡Vaya! —exclamó.

—Un defecto de la piel —se apresuró a decir la mujer del pelo gris—. A veces cae una gota de ácido al teñirla. Pruébese este par, señora.

—¡Pero es una estafa pedir dos libras y diez chelines!

Clarissa miró a la mujer; la mujer miró a Clarissa.

—Los guantes ya no son tan buenos como antes de la guerra —le dijo la dependienta a Clarissa, a modo de excusa.

¿Dónde había visto a aquella mujer?... mayor, con un cuello de volantes; con un cordón negro en las gafas de oro; sensual, inteligente, como un dibujo de Sargent ⁶. ¿Se puede saber por la voz de una persona si está acostumbrada a mandar?, pensó Clarissa. —Me está un poco justo —dijo. La dependienta desapareció de nuevo. Clarissa esperó. No temás más, repitió, tamborileando con los dedos sobre el mostrador. No temas más el calor del sol. No temás más, repitió. Tenía pecas en el brazo. La dependienta se movía a paso de tortuga. Vos, que habéis cumplido ya vuestra tarea en el mundo. Miles de hombres jóvenes habían muerto para que las cosas pudiesen continuar. ¡Por fin! Un centímetro por encima del codo; botones de perlas; cinco y cuarto. Querida mía, pensó Clarissa, ¿crees que puedo pasarme la mañana aquí sentada? ¡Ahora tardarás veinticinco minutos en darme el cambio!

⁶ El artista americano John Sargent (1856-1925) retrató a muchas mujeres famosas.

Hubo una violenta explosión en la calle. Las dependientas se agazaparon detrás del mostrador. Pero Clarissa, muy erguida en su asiento, sonrió a la otra mujer y exclamó:

—¡Señorita Anstruther!

La cortina de la niñera Lugton

La niñera Lugton dormía. Había lanzado un gran ronquido. Había dejado caer la cabeza; se había puesto las gafas en la frente; y estaba allí, sentada junto al fuego, con un dedo levantado y un dedal puesto en él; y su aguja enhebrada con hilo de algodón colgando hacia abajo; y roncaba, roncaba; y en sus rodillas, cubriendo por completo su mandil, había un gran corte de tela azul con figuritas.

Los animales que cubrían la tela no se movieron hasta que la niñera Lugton roncó por quinta vez. Una, dos, tres, cuatro, cinco... ah, la anciana se había dormido por fin. El antílope saludó a la cebra con una inclinación de cabeza; la jirafa mordió la hoja en la copa del árbol; todos los animales comenzaron a revolverse y a patear. Pues el dibujo de la tela azul estaba formado por rebaños de animales salvajes y más allá había un lago y un puente y un poblado de techos redondos y hombres y

Título original: «Nurse Lugton's Curtain». Existe un borrador ológrafo del relato, probablemente escrito en el otoño de 1924, en el volumen II del ológrafo de *Mrs Dalloway*. Transcrito por Hildick, fue publicado en el *Times Literary Supplement* el 17 de junio de 1965 y, en 1966, por The Hogarth Press. Recientemente, Michael Halls ha descubierto un borrador mecanografiado del relato, sin fecha y con correcciones y cambios ológrafos —el texto que damos—, que constituye una versión revisada del borrador mencionado primeramente.

mujeres asomados a las ventanas y cabalgando sobre el puente a lomos de un caballo. Pero cuando la vieja niñera roncó por quinta vez, la tela azul se convirtió en aire azul; los árboles se cimbrearon; se oía romper el agua del lago; y se veía a la gente cruzar el puente y saludar con la mano desde las ventanas.

Los animales se pusieron en marcha. En primer lugar salieron el elefante y la cebra; luego la jirafa y el tigre; más tarde el avestruz, el mandril, doce marmotas y un grupo de mangostas; los pingüinos y los pelícanos avanzaban contoneándose, picoteándose unos a otros. El dedal dorado de la niñera Lugton brillaba sobre todos ellos como un sol; y cuando la niñera Lugton roncaba, los animales oían el rugido del viento a través de la selva. Bajaron a beber y, mientras andaban, la cortina azul (pues la niñera Lugton estaba haciendo una cortina para la sala de estar de la mujer de John Jasper Gingham) se convirtió en hierba y se cubrió de rosas y margaritas; quedó salpicada de piedras blancas y negras; con charcos y rodadas de carro, y ranitas que saltaban rápidamente huyendo de las patas de los elefantes. Iban colina abajo, a beber en el lago. Y pronto todos se congregaron en la orilla del lago, algunos se inclinaban y otros levantaban la cabeza. Realmente era una hermosa visión... y pensar que todo esto reposaba sobre las rodillas de la vieja niñera Lugton mientras dormía, sentada en su sillón Windsor a la luz de la lámpara... pensar en su mandil cubierto de rosas y hierba, y pisoteado por todos aquellos animales salvajes, cuando la niñera Lugton ¡se moría de miedo con sólo meter la punta de su sombrilla en las jaulas del zoo! Un pequeño escarabajo negro bastaba para hacerle saltar. Pero la niñera Lugton dormía; la niñera Lugton no veía nada.

Los elefantes bebieron; y las jirafas mordisquearon las hojas de los tulipaneros más altos; y la gente que cruzaba los puentes les arrojaba plátanos, y lanzaba piñas al aire, y hermosos barriles dorados llenos de membrillos y hojas de rosa que hacían las delicias de los monos. La anciana Reina pasó en su palanquín; pasó también el General del

Ejército; y lo mismo hicieron el Primer Ministro, el Almirante y el Verdugo; y altos dignatarios de visita en la ciudad, que era un lugar muy hermoso llamado Millamarchmantopolis. Nadie hacía daño a los encantadores animales; muchos sentían lástima de ellos; pues era bien sabido que hasta el más pequeño de los monos estaba hechizado. Una gran ogresa los obligaba a trabajar duramente; la gente lo sabía. Y la gran ogresa se llamaba Lugton. La veían, desde sus ventanas, alzándose sobre ellos como una torre. Su rostro era como la ladera de una montaña, con grandes precipios y avalanchas, y con abismos en lugar de ojos y pelo y nariz y dientes. Y a todo animal que se adentrase en su territorio lo congelaba vivo, de modo que pasaban el día pegados a sus rodillas; pero cuando ella se quedaba dormida, los animales recuperaban su libertad y descendían al atardecer hasta Millamarchmantopolis para beber en el lago.

De pronto, la vieja niñera Lugton arrugó la cortina.

Una gran moscarda azul que zumbaba alrededor de la lámpara la había despertado. Se incorporó en su asiento y le clavó la aguja.

Los animales retrocedieron al instante. El aire se convirtió en tela azul. Y la cortina permaneció inmóvil sobre sus rodillas. La niñera Lugton cogió su aguja y continuó cosiendo la cortina para la sala de estar de la señora Gingham.

La viuda y el loro: una historia real

Hace unos cincuenta años, la señora Gage, una anciana viuda, estaba sentada en el jardín de su casita, en un pueblecito llamado Spilsby, en Yorkshire. Aunque coja y bastante corta de vista hacía cuanto podía por arreglar un par de botas, pues no disponía para vivir más que de unos pocos chelines a la semana. Y mientras martilleaba las botas, el cartero abrió la puerta y le arrojó una carta sobre el regazo.

Llevaba la dirección «Messrs Stagg and Beetle, 67 High Street, Lewes, Sussex».

La señora Gage la abrió y leyó:

«Querida señora:

Tenemos el deber de informarle de la muerte de su hermano Joseph Brand.»

—¡Dios mío! —exclamó la señora Gage—. Mi viejo hermano Joseph ha muerto.

«Le ha dejado a usted todos sus bienes», seguía la carta, «que consisten en una casa, un establo, cajones con

Título original: «The Widow and the Parrot: A True Story». Relato aparecido en *The Charleston Bulletin* —periódico hecho en la década de los 1920 en Charleston por los hijos de Bell—. Ha alcanzado mayor difusión después de ser publicado en *Redbook Magazine* (julio de 1982) y, más tarde (1988), por The Hogarth Press. Damos el texto del original mecanografiado con revisiones ológrafas.

pepinos, escurridores, carretillas, etc., etc., en Rodmell, cerca de Lewes. Asimismo le lega la totalidad de su fortuna, es decir, tres mil libras esterlinas.»

La señora Gage casi se cae al suelo de alegría. No había visto a su hermano desde hacía muchos años, y como él ni siquiera respondía a las felicitaciones que ella le enviaba todos los años por Navidad, pensó que como era muy tacaño ya desde niño, no quería gastarse ni siquiera un penique en sellos. Pero ahora todo sería distinto para ella. Con tres mil libras, por no hablar de la casa y todo lo demás, ella y su familia podrían vivir con gran lujo el resto de sus días.

Decidió ir a Rodmell de inmediato. El clérigo del pueblo, el reverendo Samuel Tallboys, le prestó dos libras y diez chelines para el billete, y al día siguiente ya había concluido todos los preparativos para su viaje. Lo más importante era el cuidado de su perro, Shag, durante su ausencia, pues, pese a su pobreza, dedicaba su vida a los animales y prefería pasar privaciones antes que escatimarle un hueso a su perro.

Llegó a Lewes un martes por la noche. Por aquel entonces, todo sea dicho, no había puente para cruzar el río en Southease, ni tampoco se había construido la carretera de Newhaven. Para llegar a Rodmell había que cruzar el río Ouse por un vado del que aún quedaban huellas, pero ésto sólo podía intentarse con la marea baja, cuando las piedras del lecho del río afloraban a la superficie. El señor Stacey, el granjero, iba en su carro camino de Rodmell y se ofreció amablemente a llevar a la señora Gage. Llegaron a Rodmell a eso de las nueve, una noche de noviembre, y el señor Stacey indicó cortésmente a la señora Gage la casa situada en un extremo del pueblo que su hermano le había dejado. La señora Gage llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar. Una voz muy extraña y aguda gritó: «¡No estoy en casa!» La señora Gage se quedó tan sorprendida que de no ser porque oyó pasos que se acercaban habría echado a correr. El caso es que una anciana, llamada señora Ford, abrió la puerta.

—¿Quién ha gritado «No estoy en casa»? —preguntó la señora Gage.

—¡El dichoso pájaro! —dijo la señora Ford muy enfadada, señalando a un gran loro gris—. Casi me revienta la cabeza con sus gritos. Se pasa el día encaramado a su percha como una estatua y gritando «No estoy en casa» cada vez que te acercas a él. —Era un pájaro muy bonito, como la señora Gage podía observar; pero tenía las plumas muy descuidadas—. A lo mejor está triste o tiene hambre —dijo. Pero la señora Ford respondió que simplemente tenía mal genio. Había pertenecido a un marinero y había aprendido a hablar en el este. Sin embargo, añadió, el señor Joseph lo quería mucho, y lo llamaba James; y, explicó, hablaba con él como si se tratase de un ser racional. La señora Ford no tardó en marcharse. La señora Gage sacó de su caja un poco de azúcar que había traído y se lo ofreció al loro, diciéndole en un tono muy dulce que no iba a hacerle ningún daño, que era la hermana de su viejo amo, que venía a tomar posesión de la casa y que haría todo lo posible para que fuese tan feliz como puede serlo un pájaro. Luego cogió un candil y recorrió la casa para ver qué tipo de propiedad le había dejado su hermano. Fue una amarga decepción. Todas las alfombras estaban llenas de agujeros. Las sillas estaban desfondadas. Las ratas corrían por la repisa de la chimenea. En el suelo de la cocina crecían setas de gran tamaño. No había un solo mueble que valiese dos perras gordas; y la señora Gage sólo se alegró al pensar en las tres mil libras guardadas a buen recaudo en el Banco de Lewes.

Decidió ir a Lewes al día siguiente para reclamar su dinero a los abogados Stagg y Beetle, y luego regresar a casa lo antes posible. El señor Stacey, que se dirigía al mercado con unos espléndidos cerdos de Berkshire, se ofreció de nuevo a llevarla, y le contó terribles historias de jóvenes que se habían ahogado en su intento de cruzar el río con la marea alta. Una gran decepción aguardaba a la pobre mujer en la oficina del señor Stagg.

—Siéntese, por favor —dijo, con aire muy solemne y gruñendo ligeramente—. El hecho es —continuó— que debe usted prepararse para afrontar una noticia muy desagradable. Después de enviarle mi carta he examinado a

conciencia los documentos del señor Brand. Lamento decirle que no he encontrado ni rastro de las tres mil liras. El señor Beetle, mi socio, fue personalmente a Rodmell e inspeccionó la casa con el mayor de los cuidados. No encontró absolutamente nada... ni oro, ni plata, ni objetos de valor... nada salvo un bonito loro gris que le aconsejo vender por lo que le ofrezcan. Benjamin Beetle dice que el animal dice cosas muy extrañas. Pero no hay nada en ningún sitio. Mucho me temo que su viaje ha sido en balde. Los bienes han sido dilapidados; y por supuesto nuestros honorarios son muy elevados. —Llegado a este punto se detuvo, y la señora Gage comprendió que era el momento de marcharse. Se sentía terriblemente decepcionada. No sólo tenía que devolverle al reverendo Samuel Tallboys las dos libras y diez chelines que le había prestado, sino que además regresaría a casa con las manos vacías, y tendría que vender el loro para pagarse el billete. Llovía con fuerza, pese a lo cual el señor Stagg no hizo nada por retenerla, y ella estaba demasiado apenada como para preocuparse de lo que hacía. Sin reparar en la lluvia, tomó el camino de Rodmell a través de los prados.

La señora Gage, como ya he dicho, era coja de la pierna derecha. En condiciones óptimas caminaba muy despacio, y ahora, con su decepción y el fango de las orillas, a duras penas podía avanzar. Mientras se arrastraba con gran esfuerzo el día se iba volviendo cada vez más oscuro y le resultaba difícil no apartarse del camino que discurría a orillas del río. Iba gruñendo y quejándose de su astuto hermano Joseph, que la había metido en aquel aprieto «expresamente», dijo, «para atormentarme. Siempre fue cruel cuando éramos niños», continuó. «Le gustaba torturar a los pobres insectos, y una vez cortó a una oruga con unas tijeras ante mis propios ojos. Además era un tacaño de primera. Escondía sus ahorros en un árbol y si alguien le ofrecía un terrón de azúcar con el té, se lo guardaba para la cena. Estoy segura de que ahora mismo está ardiendo en el fuego del infierno, pero ¿de qué me sirve eso a mí?», se preguntó, y realmente le servía de muy poco, pues tropezó con una vaca que venía por el camino y cayó rodando por el barro.

Se levantó como pudo y continuó avanzando con dificultad. Sentía como si llevase horas caminando. Todo estaba negro como la pez y apenas si veía su propia mano delante de su nariz. De pronto recordó las palabras del granjero Stacey sobre el vado. «¡Dios mío!», se dijo, «¿cómo voy a encontrar el camino? ¡Si la marea está alta me ahogaré en aguas profundas y seré arrastrada hasta el mar en un santiamén! Son muchas las personas que aquí se han ahogado; por no hablar de los caballos, gatos, carros, rebaños de ganado y fardos de heno.»

Lo cierto era que entre la oscuridad y el fango se hallaba en un buen aprieto. Apenas veía el río, y mucho menos si había llegado o no al vado. No se veía ninguna luz, pues, como tal vez ustedes sepan, no hay ninguna casa en este lado del río hasta Asheham House, propiedad del señor Leonard Woolf desde hace poco tiempo. Parecía que nada podía hacer salvo sentarse y esperar hasta que amaneciese. Pero a su edad, con su reuma, bien podría morir de frío. Por otra parte, si intentaba cruzar el río era casi seguro que se ahogaría. Se hallaba en una situación tan desesperada que de buen grado se habría cambiado por una de las vacas del campo. No había mujer más desgraciada en todo el condado de Sussex; de pie en la orilla del río, no sabía si sentarse o nadar, o simplemente tumbarse en la hierba, pese a la humedad, y dormir o congelarse hasta morir, como su destino había decidido.

Entonces ocurrió algo maravilloso. Una enorme luz brilló en el cielo como una antorcha gigantesca, iluminando hasta la última brizna de hierba y mostrándole el vado a poco menos de veinte metros. La marea estaba baja y cruzar el río sería tarea fácil si la luz no desaparecía antes de que lo consiguiese.

—Debe de ser un cometa o algún prodigio similar —dijo, mientras avanzaba renqueando. Veía Rodmell intensamente iluminado ante sí.

—¡Que Dios nos bendiga! —exclamó—. Hay una casa en llamas. ¡Alabado sea el Señor!. —Pues calculó que la casa tardaría al menos varios minutos en arder y para entonces ella ya estaría camino del pueblo.

—Es un mal viento que no puede traer nada bueno para nadie —dijo, mientras avanzaba cojeando por la calzada romana. Veía perfectamente el camino y ya estaba casi en la calle principal del pueblo cuando se le ocurrió: —¡Tal vez sea mi propia casa la que se está convirtiendo en cenizas ante mis ojos!

Estaba en lo cierto.

Un niño en pijama corrió hacia ella saltando y gritando: —¡Venga a ver cómo arde la casa del viejo Joseph Brand!

Todos los vecinos formaban corro alrededor de la casa, pasándose los cubos de agua que habían llenado en el pozo de Monks House y lanzándolos sobre las llamas. Pero el fuego había adquirido grandes proporciones y, justo cuando llegó la señora Gage, el tejado se desplomó.

—¿Ha salvado alguien al loro? —gritó.

—Dé gracias de no haber estado usted dentro, señora —dijo el reverendo James Hawkesford—. No se preocupe por ese bicho estúpido. Estoy seguro de que el loro se ha asfixiado piadosamente en su percha.

Pero la señora Gage estaba decidida a comprobarlo personalmente. La gente del pueblo, que pensaba que debía de estar loca para arriesgar su vida por un pájaro, tuvo que impedírselo.

—Pobre mujer —dijo la señora Ford—. Lo ha perdido todo, menos una de las cajas de madera con sus efectos personales. Nosotros también estaríamos como locos en un caso así.

Dicho esto, la señora Ford tomó a la señora Gage de la mano y se la llevó a su casa para pasar la noche. El fuego ya había sido extinguido y todo el mundo se fue a la cama.

Pero la pobre señora Gage no podía dormir. No dejaba de dar vueltas y de pensar en su triste situación, preguntándose cómo volvería a Yorkshire y cómo pagaría al reverendo Samuel Tallboys el dinero que le debía. Al mismo tiempo se sentía aún más apenada cuando pensaba en la suerte del pobre loro James. Le había cogido afecto y pensaba que el animal debía de tener un buen

corazon para lamentar tan profundamente la muerte del
viejo Joseph Brand, que jamás se había mostrado cariño-
so con ningún ser humano. Era una muerte terrible para
un pajarito inocente, pensó; y si ella hubiese llegado a
tiempo habría arriesgado su vida para salvarlo.

Estaba en la cama, sumida en tales pensamientos,
cuando un golpecito en la ventana la hizo sobresaltarse.
El golpecito se repitió tres veces seguidas. La señora Ga-
ge salió de la cama lo más deprisa que pudo y se dirigió
a la ventana. Allí, para su sorpresa, sentado en el alféizar,
había un enorme loro. La lluvia había cesado y era una
hermosa noche de luna. Al principio se sintió muy alar-
mada, pero en seguida reconoció al loro gris, James, y la
alegría la embargó al ver que el animal se había salvado.
Abrió la ventana, asomó la cabeza varias veces y le dijo
que entrase. El loro respondió moviendo suavemente la
cabeza a uno y otro lado, luego voló hasta el suelo, avan-
zó unos pasos, se volvió a mirar si la señora Gage lo se-
guía y regresó al alféizar de la ventana, donde ella permaneció muda de asombro.

«Los animales actúan con mucho más sentido de lo
que pensamos los hombres», se dijo para sí. —Muy bien,
James —dijo en voz alta, hablándole como si fuese un
ser humano—. Creeré en tu palabra. Sólo espera un mo-
mento a que me adecente un poco.

Y diciendo estas palabras se puso un gran delantal, ba-
jo las escaleras lo más sigilosamente posible, y salió sin
despertar a la señora Ford.

El loro daba muestras de satisfacción. Avanzó a sal-
tos unos cuantos metros por delante de ella, en direc-
ción a la casa en ruinas. La señora Gage lo seguía lo más
deprisa que podía. El loro avanzaba como si conociese
perfectamente su camino, hacia la parte trasera de la ca-
sa, donde antes había estado la cocina. Ahora nada que-
daba de ella, salvo el suelo de baldosas empapado aún
por el agua que habían tirado para apagar el fuego. La se-
ñora Gage permaneció inmóvil y llena de asombro mien-
tras James andaba de un lado para otro, picoteando aquí
y allá, como comprobando las baldosas con su pico. La

situación resultaba de lo más extraña y de no ser porque la señora Gage estaba acostumbrada a vivir con animales, habría perdido la cabeza, muy probablemente, y habría vuelto a casa cojeando. Pero lo más extraño aún no había sucedido. Durante todo este tiempo el loro no había dicho palabra. De pronto se puso en un estado de enorme excitación, aleteando, picoteando en el suelo repetidamente y gritando «¡No estoy en casa! ¡No estoy en casa!» con tal fuerza que la señora Gage temió que despertara a todo el pueblo.

—No te pongas así, James. Vas a hacerte daño —dijo dulcemente. Pero el loro repitió su ataque contra las baldosas con mayor violencia que antes.

—¿Qué querrá decir? —dijo la señora Gage, mirando con atención el suelo de la cocina. La luna iluminaba lo bastante para mostrarle una leve irregularidad en la disposición de las baldosas, como si las hubiesen quitado y vuelto a colocar sin casar unas con otras. Se había abrochado el delantal con un gran imperdible, que usó para pasarlo entre las baldosas y entonces descubrió que no estaban unidas entre sí. No tardó en levantar una de ellas y tomarla en sus manos. No bien hubo hecho esto cuando el loro saltó a la baldosa contigua, la golpeó con el pico y gritó «¡No estoy en casa!», ante lo cual la señora Gage interpretó que debía moverla. Siguió así, quitando baldosas a la luz de la luna, hasta que despejaron un espacio de un metro y medio por un metro. Al loro le pareció suficiente. Pero, ¿qué debía hacer a continuación?

La señora Gage descansó y decidió dejarse guiar enteramente por el loro. Pero éste no la dejó descansar mucho rato. Tras escarbar en la arena durante unos minutos, igual que una gallina escarba en la tierra con sus garras, el loro desenterró algo que a primera vista parecía un trozo de piedra amarillenta. Su excitación se hizo tan intensa que la señora Gage acudió en su ayuda. Con gran sorpresa descubrió que todo el espacio que habían despejado estaba lleno de largas hileras de estas piedras amarillas, tan bien colocadas unas junto a otras que re-

sultaba difícil moverlas. ¿Qué podían ser y para qué las habían escondido allí? Sólo cuando hubieron levantado la primera capa y luego un trozo de hule que había debajo, una visión milagrosa apareció ante sus ojos: ¡allí, dispuestas en hileras, hermosamente pulidas y brillando con fuerza a la luz de la luna, había miles de monedas de oro!

Así que éste era el escondite del mísero hermano; y había tomado extraordinarias precauciones para asegurarse de que nadie lo descubriría. En primer lugar, como se demostró más tarde, había construido un fogón sobre el lugar donde yacía oculto su tesoro, de manera que a menos que el fuego lo destruyese nadie tendría noticia de su existencia; y en segundo lugar, había cubierto la capa superior de las monedas con una sustancia pegajosa y después las había restregado en la tierra para que, si por casualidad alguna fuera descubierta, todos pensasen que era un guijarro como los que se encuentran en cualquier jardín. De modo que sólo la extraordinaria coincidencia del fuego y la sagacidad del loro consiguieron derrotar la astucia del viejo Joseph.

La señora Gage y el loro trabajaron duramente hasta desenterrar todo el tesoro —que constaba de tres mil piezas, ni más ni menos— y lo colocaron sobre el delantal extendido en el suelo. Cuando hubieron colocado la moneda número tres mil en lo alto del montón, el loro revoloteó triunfante y se posó con suavidad en la cabeza de la señora Gage. Fue así como volvieron a casa de la señora Ford, a paso muy lento, pues la señora Gage era coja, como ya he dicho, y ahora el peso de su delantal la hacía doblarse casi hasta el suelo. Pero llegó a su habitación sin que nadie se enterase de su visita a la casa en ruinas.

Al día siguiente regresó a Yorkshire. El señor Stacey la llevó una vez más hasta Lewes y se quedó muy sorprendido al ver cuánto pesaba la caja de la señora Gage. Pero era un hombre discreto y simplemente pensó que las buenas gentes de Rodmell le habían regalado algunas cosillas para consolarla de la terrible pérdida de su propiedad a manos del fuego. Por pura bondad, el señor Stacey

se ofreció a comprarle el loro por media corona; pero la señora Gage rehusó la oferta con gran indignación, diciendo que no vendería aquel loro ni por toda la riqueza de las Indias, ante lo cual el señor Stacey pensó que la anciana había enloquecido a causa de sus problemas.

Sólo queda añadir que la señora Gage volvió a Spilsby sana y salva; llevó su caja al Banco; y vivió con el loro James y su perro Shag con gran desahogo y felicidad hasta una edad muy avanzada.

Cuando se encontraba en su lecho de muerte le contó toda la historia al clérigo (el hijo del reverendo Samuel Tallboys), añadiendo que estaba totalmente segura de que la casa había sido incendiada a propósito por el loro James, quien, advirtiendo el peligro que ella corría en la orilla del río, voló hasta la cocina y vertió el hornillo de aceite que mantenía calientes las sobras para la cena. Con este acto, no sólo la había salvado de morir ahogada, sino que reveló el escondite de las tres mil libras que de otro modo hubiera resultado imposible encontrar. Tal es la recompensa, dijo ella, que uno obtiene por ser bueno con los animales.

El clérigo pensó que estaba perdiendo el juicio. Pero lo cierto es que en el preciso instante en que el aliento abandonó el cuerpo de la señora Gage, el loro James gritó: «¡No estoy en casa! ¡No estoy en casa!» y cayó de su percha fulminantemente muerto. El perro, Shag, había muerto unos años antes.

Quienes visitan Rodmell aún pueden ver las ruinas de la casa que se quemó hace cincuenta años, y dicen que quienes van hasta allí a la luz de la luna, oyen a un loro golpeando con su pico en el suelo de baldosas, mientras que otros aseguran haber visto allí sentada a una anciana con delantal blanco.

El vestido nuevo

Mabel tuvo su primera sospecha seria de que algo no iba bien cuando se quitó la capa y la señora Barnet, al tiempo que le pasaba el espejo y cogía los cepillos, llamando así su atención, de manera acaso exagerada, sobre todos los utensilios para el arreglo y cuidado del cabello, el cutis y la ropa, extendidos sobre el tocador, confirmó la sospecha (de que algo no iba bien, no iba del todo bien) que se agudizó mientras subía las escaleras y se apoderó de ella definitivamente mientras saludaba a Clarissa Dalloway; luego se dirigió directamente al otro extremo de la habitación, hacia un rincón en penumbra donde había un espejo, y miró. ¡No! No, algo no iba *bien*. Y de golpe la tristeza que siempre había intentado ocultar, la profunda insatisfacción —la sensación que había tenido desde niña de ser inferior a otras personas— se apoderó de ella implacablemente, inexorablemente, con una intensidad que no podía apaciguar, como hacía en casa cuando se despertaba en mitad de la noche, leyendo a Borrow o a Scott; pues aquellos hombres, aquellas mujeres, todos pensaban «¿Qué se ha puesto Mabel? ¡Parece

Título original: «The New Dress». Escrito probablemente a comienzos de 1925. Se conserva un texto mecanografiado carente de fecha y con revisiones ológrafas. Fue publicado en *Forum* en mayo de 1927 y, posteriormente, en *HH* y *MDP*. Damos el texto de *Forum*.

un espantajo! ¡Qué horroroso vestido nuevo!», pestañeando y cerrando los ojos al acercarse a ella. Era su tremenda torpeza; su cobardía; su sangre humilde y aguada lo que la deprimía. Y de golpe, la habitación en la que tantas horas había pasado con la costurera planeando cómo se vestiría, le pareció sórdida, repulsiva; y su propio salón mísero, y ella misma ridícula, en el momento de salir de casa, henchida de vanidad, mientras recogía las cartas de la mesa del recibidor y decía: «¡Qué lata!» para demostrar... todo esto le parecía ahora indeciblemente absurdo, mezquino, provinciano. Todo había quedado destruido por completo, puesto en evidencia, refutado, en el momento en que entró en el salón de la señora Dalloway.

Aquella tarde, cuando, mientras tomaba el té, llegó la invitación de la señora Dalloway, pensó que, por supuesto, ella no podía ser elegante. Era absurdo siquiera intentarlo —la elegancia significaba un buen corte, significaba estilo, significaba al menos treinta guineas—, pero ¿por qué no ser original? ¿Por qué no ser al menos ella misma? Y, poniéndose en pie, cogió un viejo figurín de su madre, un figurín de París de la época del Imperio, y pensó cuanto más bonitas, más dignas y más femeninas eran las mujeres entonces, y así se propuso —¡qué tontería!— intentar ser como ellas, alegrándose de veras por ser modesta y anticuada, y muy encantadora, entregándose, no cabía la menor duda, a una orgía de narcisismo que merecía ser castigada, y así fue cómo se atavió de esta guisa.

Pero no se atrevía a mirarse en el espejo. No era capaz de afrontar aquel horror... el vestido de seda amarillo pálido, ridículamente anticuado, con su falda larga y sus rimbombantes mangas y su cintura y todo cuanto resultaba tan agradable en el libro de moda, pero no en ella, no entre toda aquella gente corriente. Se sentía como un maniquí puesto allí para que los jóvenes le clavasen alfileres.

—¡Querida, es absolutamente delicioso! —dijo Rose Shaw, mirándola de arriba abajo con ese mohín de sarcasmo en los labios que ella se esperaba (la propia Rose iba vestida a la última moda, como todos los demás, siempre).

Somos como moscas que intentan trepar hasta el

borde del plato, pensó Mabel, y repitió la frase como si se santiguara, como si intentase encontrar algún conjuro para anular aquel dolor, para hacer soportable aquella agonía. Fragmentos de Shakespeare, líneas de libros que había leído hacía siglos volvían súbitamente a su memoria cuando sufría, y las repetía una y otra vez. «Moscas que intentan trepar»¹, repetía. Si lograba repetirlo lo suficiente como para llegar a ver las moscas, se quedaría paralizada, fría, helada, muda. Ahora veía las moscas saliendo lentamente de un platito de leche, con sus alas pegadas; y se esforzó y esforzó (de pie frente al espejo, mientras escuchaba a Rose Shaw) por ver a Rose Shaw y a los demás invitados como moscas, intentando salir de algo o entrar en algo, pobres, insignificantes, torpes moscas. Pero no era capaz de verlos de ese modo, no a los demás. Se veía a sí misma de ese modo... ella era una mosca, pero los demás eran libélulas, mariposas, hermosos insectos que danzaban y revoloteaban, mientras ella era la única que luchaba por salir del plato. (Envidia y rencor, los más detestables de los vicios, eran sus principales defectos.)

—Me siento como una mosca grande y sucia —dijo, haciendo que Robert Haydon se callase justo a tiempo de oírle decir tal cosa, sólo para tranquilizarse recurriendo a una frase pobre, mal articulada, para mostrar así que era tan independiente, tan ingeniosa, que en modo alguno se sentía fuera de lugar. Y, claro está, Robert Haydon respondió algo muy cortés, muy insincero, cosa que ella captó de inmediato, y se dijo para sus adentros (otra cita de algún libro), «¡Mentiras, mentiras, mentiras!»² Una fiesta hace que las cosas parezcan mucho más reales o mucho menos reales, pensó; se adentró por un instante

¹ Probable alusión al relato «El duelo» de Anton Chéjov: «... y le pareció [a Nadiezda Fiodorovna] que, como una mosca, no dejaba de caer en la tinta y de arrastrarse para salir de nuevo a la luz». También es posible que Mabel pensase en el relato de Katherine Mansfield titulado *La mosca*, que cuenta la historia de otra mosca en apuros.

² Véase «El duelo», de Anton Chéjov: «[Laevsky]... siempre había intentado parecer superior y mejor que ellos. Mentiras, mentiras, mentiras».

—¡Mabel lleva un vestido nuevo! —dijo, y la pobre mosca se vio arrastrada hasta el centro del plato. Realmente a Charles le hubiera gustado que se ahogase, pensó Mabel. No tenía corazón, carecía de la más mínima amabilidad, del menor atisbo de compasión. La señorita Milan era mucho más real, mucho más amable. Si fuera posible sentir así y aferrarse a ese sentimiento para siempre. «¿Por qué?», se preguntó, mirando a Charles con descaro, dejándole ver que estaba enfadada o «disgustada» como diría él («¿Muy disgustada?» dijo él, y se alejó para burlarse de ella con alguna otra mujer). «¿Por qué», se preguntó, «no puedo sentir siempre lo mismo, seguir convencida de que la señorita Milan tiene razón y de que Charles se equivoca, y aferrarme a ello, tener la certeza de que existen el canario y la compasión y el amor, y no sentirme fustigada por todas partes al entrar en una habitación llena de gente?» Era otra vez su carácter odioso, débil, indeciso, que se manifestaba siempre en el momento crítico y no se interesaba seriamente por la conquiología, la etimología, la botánica, la arqueología, el cultivo de las patatas y la satisfacción de verlas crecer, como Mary Dennis, como Violet Searle.

La señora Holman, que la vio allí de pie, se acercó a ella. Claro está que la señora Holman, con sus hijos siempre cayéndose escaleras abajo o cogiendo la escarlatina, no reparaba en algo como un vestido. ¿Podía decirle Mabel si Elmthorpe se había alquilado alguna vez en agosto y septiembre? ¡Ay, era una conversación que la aburría profundamente...! la enfurecía que la tomasen por un agente inmobiliario o un recadero al que se utiliza sin más. No tener valor, eso era, pensó, intentando aferrarse a algo sólido, a algo real, mientras se esforzaba por dar una respuesta sensata sobre el cuarto de baño y el ala sur de la casa y el agua caliente en la planta de arriba; y durante todo el tiempo veía fragmentos de su vestido amarillo en el espejo redondo, donde todos los presentes quedaban reducidos al tamaño de botones o renacuajos; y era asombroso pensar cuánta humillación y tormento y asco de sí misma y esfuerzo y violentos altibajos emocio-

nales cabían en un objeto del tamaño de una moneda de tres peniques. Y lo que resultaba aún más extraño era que, esta cosa, esta Mabel Waring, se mantenía aparte, completamente aislada; y aunque la señora Holman (el botón negro) se inclinó hacia adelante y le dijo que su hijo mayor había forzado demasiado su corazón de tanto correr, ella la veía también separada en el espejo, y era imposible que el punto negro inclinado y gesticulante hiciese partícipe de sus sentimientos al punto amarillo, sentado en soledad, egocéntrico, aunque ambos fingieran.

«Es imposible que los niños se estén quietos...» eso era lo que se solía decir.

Y la señora Holman, que nunca consideraba despertar la suficiente compasión y arrebatada con avidez lo poco que le ofrecían, como si tuviera todo el derecho del mundo (aunque ella se merecía mucho más porque su hija había llegado esa mañana con una rodilla hinchada), aceptó esta miserable ofrenda, la examinó con recelo, a regañadientes, como si fuese sólo medio penique cuando debería haber sido una libra, y se la guardó en el bolso, resignada a conformarse, por pobre y mísera que fuese, pues corrían tiempos difíciles, muy difíciles; y así, la ofendida señora Holman, siguió hablando de la niña con la rodilla hinchada. Ah, qué trágica resultaba esa avidez, ese clamor de los seres humanos, como una bandada de cormoranes, graznando y aleteando para inspirar compasión... era trágico ¡si es que uno llegaba a sentirlo de verdad y no se limitaba a fingir que lo sentía!

Pero esa noche, con su vestido amarillo, era incapaz de soltar una sola gota más de compasión; la quería toda, toda para sí. Sabía (siguió mirando al espejo, sumergiéndose en aquel estanque azulado tan terriblemente revelador) que había sido condenada, despreciada, abandonada así en un lugar remoto, por ser como era, una criatura débil e indecisa; y le parecía que el vestido amarillo era su merecida penitencia, y que si vistiera como Rose Shaw, con su precioso traje verde muy ceñido y su cuello de plumas de cisne, también la habría merecido; y pensó que no había escapatoria para ella... de ningún ti-

po. Pero no todo era culpa suya. La culpa la tenía el haber nacido en una familia de diez hijos; el no tener nunca dinero suficiente y andar siempre escatimando; y su madre cargada con latas enormes, y el linóleo gastado en el borde de la escalera, y una pequeña y sórdida tragedia doméstica detrás de otra... ninguna catástrofe, sólo que la granja de ovejas no acababa de funcionar del todo; su hermano mayor se casaba con una mujer de inferior condición, aunque tampoco demasiado... no había romanticismo, nada excepcional en todos ellos. Se consumían dignamente en poblaciones costeras; cada balneario acogía en ese momento a una de sus tías, adormiladas en pensiones desde cuyas ventanas no se veía el mar. Era cosa de familia... siempre obligados a mirar de soslayo. Y ella había hecho lo mismo... era igual que sus tías. Todos sus sueños de vivir en la India, de casarse con un héroe como Sir Henry Lawrence, con algún constructor de imperios (la visión de un nativo con turbante aún la llenaba de romanticismo), habían fracasado por completo. Se había casado con Hubert, que ocupaba un puesto de eterno subalterno, aunque seguro, en la Audiencia, y se las apañaban pasablemente en una casa más bien pequeña, sin criadas, recalentando las sobras cuando estaba sola o contentándose con pan y mantequilla, pero de vez en cuando... la señora Holman estaba indignada y pensaba que Mabel era la cosa más seca y desagradable que había encontrado jamás, ridículamente vestida, además, y que contaría a todo el mundo el grotesco aspecto que ofrecía... de vez en cuando, pensó Mabel Waring, que se había quedado sola en el sofá azul y ahuecaba el almohadón para parecer ocupada, pues no deseaba unirse a Charles Burt y Rose Shaw, que parloteaban como cotorras junto a la chimenea, tal vez riéndose de ella... de vez en cuando vivía momentos maravillosos, como por ejemplo la otra noche, leyendo en la cama, o junto al mar, sobre la arena, bajo el sol, en Pascua... dejémosla recordar... un gran penacho de juncos que se alzaban pálidos y enmarañados como una lluvia de lanzas contra el cielo, azul como un huevo de porcelana, pulido, firme, duro, y des-

pués la melodía de las olas... «Silencio, silencio», decían y los gritos de los niños mientras chapoteaban... sí, fue un momento divino, y ella reposaba en manos de esa diosa que era el mundo; una diosa de corazón duro, pero muy hermosa, un corderito sobre el altar (pensaba cosas así de ridículas, pero no importaba con tal de no decirlas). Y también con Hubert había tenido a veces momentos divinos de la manera más inesperada... trinchando el cordero para el almuerzo del domingo, sin razón alguna, abriendo una carta, entrando en una habitación... momentos divinos en los que se decía (pues jamás le diría a nadie tal cosa) «Es esto. Ha ocurrido. ¡Es esto!» Y lo contrario, cosa que resultaba igualmente asombrosa... es decir, cuando todo coincidía —música, buen tiempo, vacaciones, todas las razones para ser feliz estaban allí— y no ocurría nada. No era feliz. Todo era insulso, insulso.

¡Otra vez su mal carácter! Siempre había sido una madre irritable, débil e insatisfactoria, una esposa inestable, indolentemente instalada en una especie de existencia crepuscular, sin nada muy claro o muy marcado, sin preferir una cosa a otra, como todos sus hermanos y todas sus hermanas, salvo Herbert quizá... todos eran iguales, pobres criaturas de sangre aguada, incapaces de hacer nada. Luego, en mitad de esta vida mezquina, humillante, se encontró de pronto en la cresta de una ola. Esa pobre mosca —¿dónde había leído la historia de la mosca y el platito, que una y otra vez volvía a su mente?— lograba salir. Sí, había vivido esos momentos. Pero ahora que ya tenía cuarenta años tal vez fuesen cada vez más raros. Poco a poco dejaría de luchar. ¡Era deplorable! ¡Era insupportable! ¡Le hacía sentir vergüenza de sí misma!

Mañana mismo iría a la Biblioteca de Londres. Encontraría por azar algún libro maravilloso, útil, asombroso, escrito por un clérigo, por un americano absolutamente desconocido; o caminaría por el Strand y acabaría casualmente en una sala donde un minero hablaría sobre la vida en el pozo, y entonces se convertiría de pronto en otra persona. Se transformaría por completo. Vestiría un uniforme; la llamarían Hermana Nosecuántos; jamás vol-

vería a preocuparse por la ropa. Y a partir de ese momento tendría las cosas muy claras sobre Charles Burt y la señorita Milan y esta habitación y aquella otra; y todo sería, día tras día, como si estuviese tumbada al sol o trinchanto el cordero. ¡Así sería!

De modo que se levantó del sofá azul, y el botón amarillo del espejo se levantó también, saludó con la mano a Charles y Rose para demostrarles que no dependía de ellos en absoluto, y el botón amarillo desapareció del espejo, y todos los arpones se clavaron en su pecho mientras se dirigía hacia la señora Dalloway y decía «Buenas noches».

—Pero si es muy pronto para irse —dijo la señora Dalloway, tan encantadora como siempre.

—Lo siento, tengo que irme —respondió Mabel Waring—. Pero —añadió con su voz débil, trémula, una voz que sólo sonaba ridícula cuando intentaba forzarla—, lo he pasado estupendamente.

—Lo he pasado estupendamente —le dijo al señor Dalloway cuando se lo encontró en la escalera.

«¡Mentiras, mentiras, mentiras!» se dijo, mientras bajaba la escalera, y «¡Metida en el platito!» se dijo, mientras daba las gracias a la señora Barnet por ayudarla y se envolvía, bien envuelta, muy bien envuelta, en la capa china que usaba desde hacía veinte años.

Felicidad

Cuando Stuart Elton se agachó y se sacudió del pantalón una hebra blanca, este acto trivial, acompañado de un deslizamiento y una avalancha de sensaciones, pareció como un pétalo que cae de una rosa, y Stuart Elton, tras incorporarse para reanudar su conversación con la señora Sutton, sintió que estaba formado por muchos pétalos firme y estrechamente dispuestos unos sobre otros, todos encarnados, todos tibios, todos teñidos de ese brillo inexplicable. De modo que cuando se agachaba, un pétalo caía. De joven nunca lo había sentido —no—, pero ahora, a los cuarenta y cinco años, no tenía más que agacharse para sacudir una hebra de su pantalón y esta sensación lo invadía rápidamente, esta hermosa y apacible percepción de la vida, este deslizamiento, esta avalancha de sensaciones, de armonía, cuando se incorporaba de nuevo... pero ¿qué estaba diciendo la señora Sutton?

La señora Sutton ¹ (que aún se sentía arrastrada sobre los rastrojos y la tierra arada de la primera madurez)

Título original: «Happiness». Existe un borrador ológrafo de las primeras páginas del relato con fecha lunes 16 de marzo [de 1925]. El texto que damos es el recogido en una copia mecanografiada y con revisiones ológrafas, que parece estar elaborado a partir de dos borradores distintos.

¹ La señora Sutton aspira a tener tanto éxito como Sarah Kemble Siddons (1755-1831), la actriz inglesa más famosa de su época.

estaba diciendo que los administradores le habían escrito, incluso habían concertado citas con ella, pero no había servido de nada. Lo que hacía que las cosas fuesen tan difíciles para ella era que, por supuesto, no tenía ningún contacto con el mundo del teatro, pues su padre, toda su familia, no eran más que campesinos. (Fue entonces cuando Stuart Elton se sacudió la hebra). La señora Sutton se detuvo; se sentía contrariada. Sí, Stuart Elton tenía lo que ella deseaba, pensó, cuando él se agachó. Y cuando se incorporó de nuevo, la señora Sutton pidió disculpas —hablaba demasiado de sí misma, dijo— y añadió:

—Creo que eres la persona más feliz que conozco.

La frase concordaba curiosamente con lo que él había estado pensando y con esa sensación del suave y precipitado descenso de la vida y su reajuste perfecto, esa sensación del pétalo que caía y de la rosa completa. Pero ¿era eso la «felicidad»? No. Esa gran palabra no parecía encajar en este caso, no parecía referirse a ese estado de quedar envuelto en pétalos de rosa bajo una intensa luz. De todos modos, dijo la señora Sutton, él era a quien más envidiaba de todos sus amigos. Parecía tenerlo todo; ella nada. Echaron cuentas... él tenía dinero suficiente; ella marido e hijos; él era soltero; ella tenía treinta y cinco años; él cuarenta y cinco; ella no había estado enferma en su vida y él padecía terriblemente, dijo, a causa de cierta dolencia interna... soñaba a todas horas con comer langosta y no podía probarla. ¡Eso es!, exclamó ella como si hubiese dado en el clavo. Incluso se tomaba a broma su enfermedad. ¿Era para compensar una cosa con otra?, preguntó ella. ¿Era sentido de la proporción, era eso? Era qué, preguntó él, sabiendo muy bien lo que su amiga quería decir, pero rechazando el ataque de aquella atolondrada y devastadora mujer con sus bruscos modales, sus quejas y su vigor, que discutía y se peleaba, que podía derribar y destruir esta valiosa posesión, esta sensación de ser —dos imágenes pasaron por su mente al mismo tiempo— una bandera al viento, una trucha en el río... en equilibrio, flotando en una corriente de sensaciones limpias, frescas, claras, brillantes, lúcidas, hormi-

gueantes, contradictorias que, como el aire o el río, lo mantenían erguido, de modo que si movía una mano, se agachaba o decía algo, liberaba la presión de innumerables átomos de felicidad que se unían y volvían a levantarlo.

—A ti no te importa nada —dijo la señora Sutton—. Todo te da igual —dijo torpemente, gesticulando como un hombre que aplica un poco de masilla aquí y allá para unir los ladrillos, mientras él permanecía muy silencioso, muy críptico, muy comedido; y ella intentaba sacarle algo, una pista, una clave, una guía, lo envidiaba, le guardaba rencor, y pensaba que si además de su capacidad emocional, su pasión, su habilidad, su talento, ella tuviera eso, podría rivalizar con la mismísima señora Siddons. Él no se lo decía; debía decírselo.

—He estado en Kew esta tarde —dijo Stuart Elton, flexionando una rodilla y sacudiéndose otra vez, no porque tuviese una hebra, sino para asegurarse, repitiendo este gesto, de que su maquinaria estaba en orden, como en realidad lo estaba.

De modo que si nos encontrásemos en medio de un bosque perseguidos por una manada de lobos, arrojaríamos jirones de ropa y trocitos de galletas a los infelices lobos, sintiéndonos casi a salvo, aunque no del todo, en nuestro trineo alto, veloz y seguro.

Con esta manada de lobos hambrientos a la zaga, ahora devorando los trocitos de galleta que les había tirado —esas palabras: «He estado en Kew esta tarde»—, Stuart Elton corría velozmente ante los lobos de regreso a Kew, al magnolio, al lago, al río, levantando la mano para ahuyentarlos. Estando entre ellos (pues ahora el mundo parecía lleno de lobos aullando) recordó que la gente lo invitaba a cenar y a comer, que unas veces aceptaba y otras no, y sus sentidos se encontraban allí, en la soleada extensión de hierba de Kew, como si le bastase con mover el bastón para elegir, esto, lo otro, ir aquí, allá, hacer trocitos de galleta y tirárselos a los lobos, leer esto, ver aquello, reunirse con él o con ella, ser feliz en casa de algún amigo... «¿En Kew, solo?» Repitió la señora Sutton. «¿Tú solo?»

¡Ah!, el lobo aullaba en los oídos de Stuart. ¡Ah!, suspiró, pues al pensar por un instante en el pasado había suspirado junto al lago aquella tarde, junto a alguna mujer que cosía un paño blanco bajo un árbol mientras los gansos pasaban contoneándose, había suspirado ante la visión habitual, los amantes, abrazados, allí donde ahora había aquella paz, aquella salud, antaño había habido ruina, tempestad y desesperación; de modo que otra vez ese lobo, la señora Sutton le recordó; solo; sí, completamente solo; pero se recuperó, como se había recuperado entonces, mientras los jóvenes pasaban, y cogían esto, aquello, lo que fuese, y lo agarraban con fuerza y seguían su camino, y él los compadecía.

—Completamente solo —repitió la señora Sutton. Eso era lo que ella no podía concebir, dijo, sacudiendo con desesperación su pelo negro y brillante... ser feliz completamente solo.

—Sí —dijo él.

La felicidad encierra siempre esta terrible exaltación. No es alegría; ni arrebató; ni elogio, ni fama, ni salud (él era incapaz de caminar tres kilómetros sin sentirse agotado), es un estado místico, un trance, un éxtasis que, pese a que era ateo, escéptico, no había sido bautizado y todo lo demás, tenía, eso pensaba él, cierta afinidad con el éxtasis que convertía a los hombres en sacerdotes, enviaba a mujeres en la flor de la vida a recorrer las calles con el rostro cubierto por velos rígidos como el ciclamen, y labios inmóviles y ojos pétreos; pero con esta diferencia: a ellos los aprisionaba; a él lo liberaba. Lo liberaba de toda dependencia con respecto a alguien o algo.

La señora Sutton sintió lo mismo mientras esperaba a que Stuart hablase.

Sí, Stuart detendría su trineo, descendería, dejaría que los lobos se agolpasen a su alrededor, les acariciaría sus pobres y voraces hocicos.

—Kew estaba precioso... lleno de flores... magnolias, azaleas, nunca recordaba los nombres que le decía.

No era algo que ellos pudiesen destruir. No; pero si llegaba de un modo tan inexplicable, también podía irse

del mismo modo, eso había sentido Stuart al salir de Kew, al subir por la orilla del río hacia Richmond. Podía caer una rama; podía cambiar el color; el verde volverse azul; o temblar una hoja; y eso sería suficiente; sí; eso bastaría para estremecer, hacer añicos, destruir por completo esta cosa sorprendente, este milagro, este tesoro que era suyo, había sido suyo y siempre sería suyo, se dijo, sintiéndose inquieto y ansioso, y, sin pensar en la señora Sutton, la abandonó al instante, cruzó la habitación y cogió un abrecartas. Sí; todo estaba en orden. Aún lo conservaba.

Antepasados

Cuando Jack Renshaw hizo el estúpido y presuntuoso comentario de que no le gustaba ver partidos de cricket, la señora Vallance pensó que debía llamar su atención de algún modo, que debía hacerle comprender, sí, como a los demás jóvenes allí reunidos, lo que habría dicho su padre; que diferentes eran su padre y su madre, sí, y también ella, de todo aquello; y qué trivial le resultaba todo *aquello* al compararlo con hombres y mujeres realmente sencillos y dignos, como su padre, como su querida madre.

—Aquí estamos —dijo de pronto—, encerrados en esta sofocante habitación, mientras en el campo, donde yo nací... en Escocia... —(sentía la obligación de hacer comprender a todos aquellos jóvenes, que a fin de cuentas eran muy agradables, aunque algo cortos de estatura, lo que sentían su padre, su madre y también ella, pues en el fondo era igual que ellos).

—¿Eres escocesa? —preguntó él.

No sabía pues quién era su padre; no sabía que era hija de John Ellis Rattray y Catherine Macdonald.

Titulo original: «Ancestors». Relato publicado en *MDP*. Existe un borrador ológrafo del relato que lleva la fecha 18 y 22 de mayo de 1925 y también una copia mecanografiada de la primera página con revisiones ológrafas. Los cinco primeros párrafos de nuestro texto son transcripción de la página mecanografiada, y el resto, del ológrafo.

Había pasado una noche en Edimburgo, dijo el señor Renshaw.

¡Una noche en Edimburgo! Y ella había pasado todos aquellos maravillosos años allí... allí y en Elliottshaw, en la frontera de Nortumbria. Allí había correteado en plena libertad entre las grosellas; hasta allí iban los amigos de su padre, y ella, que no era más que una niña, había oído las conversaciones más asombrosas de su época. Aún los veía, a su padre, a Sir Duncan Clements, al señor Rogers (el anciano señor Rogers encarnaba su ideal de sabio griego), sentados bajo el cedro; después de cenar, a la luz de las estrellas. Hablaban de todo lo imaginable, eso le parecía ahora; eran demasiado tolerantes para reírse de los demás. Le enseñaron a venerar la belleza. ¿Qué belleza había en aquella sofocante habitación de Londres?

—Pobres flores —exclamó, pues había un par de clavos pisoteados, con los pétalos aplastados; pero luego pensó que su preocupación por las flores era casi excesiva. A su madre le encantaban las flores: le habían enseñado desde muy niña que hacer daño a una flor era hacer daño a la cosa más exquisita de la naturaleza. La naturaleza siempre había sido su pasión; las montañas, el mar. Aquí, en Londres, miraba por la ventana y no veía más que casas... seres humanos hacinados en pequeños cajones. Le resultaba imposible vivir en ese ambiente. No soportaba pasear por Londres y ver a los niños jugando en la calle. Tal vez era demasiado sensible; la vida sería imposible si todo el mundo fuese como ella, pero cuando recordaba su propia infancia, y a su padre y a su madre, y ese derroche de belleza y cuidados...

—¡Qué bonito vestido! —dijo Jack Renshaw; y a ella le pareció fatal... que un hombre joven reparase en la ropa femenina. Su padre sentía auténtica veneración por las mujeres pero jamás se fijó en cómo vestían. Y entre todas aquellas muchachas no había ni una sola que pudiera considerarse hermosa... como lo había sido su madre... su querida y majestuosa madre, que vestía igual en invierno que en verano, hubiese o no hubiese invitados, pero que siempre pareció *ella misma*, tanto cuando lleva-

la encajes como cuando envejeció, con su pequeña cofia. Tras enviudar se pasaba las horas sentada entre las flores, y más parecía estar entre fantasmas que con su familia, soñando con el pasado, que es, pensó la señora Vallance, mucho más real que el presente en cierto sentido. Pero ¿por qué? Es en el pasado, con aquellos maravillosos hombres y mujeres, pensó, donde yo vivo realmente: son ellos quienes me conocen; sólo ellos (y recordó el jardín bajo la luz de las estrellas y los árboles y al anciano señor Rogers, y a su padre, con su chaqueta de lino blanco) me comprendían. Sintió que los ojos le escocían como cuando se avecinan las lágrimas, mientras permanecía allí de pie, en el salón de la señora Dalloway, mirando no a esa gente, esas flores, esa ruidosa multitud, sino a sí misma, a la niña que habría de viajar tan lejos, que recogía florecillas y luego se sentaba en la cama del desván, que olía a madera de pino, para leer cuentos, poesía. Había leído toda la obra de Shelley entre los doce y los quince años, y se lo recitaba a su padre, con las manos escondidas detrás de la espalda, mientras él se afeitaba. Las lágrimas comenzaron a ascender desde las profundidades de su garganta mientras contemplaba esta imagen de sí misma y le añadía los sufrimientos de toda una vida (había sufrido terriblemente)... la vida le había pasado por encima como una rueda... la vida no era lo que le había parecido entonces —era como esta fiesta— a la niña que recitaba a Shelley; con sus penetrantes ojos negros. ¡Qué no habían visto después! Y eran sólo aquellas personas, ahora muertas, enterradas en la tranquila Escocia, quienes la habían conocido, quienes sabían lo que podía dar de sí... y sintió las lágrimas más próximas al pensar en la niña con su vestido de algodón; qué grandes y negros eran sus ojos; qué hermosa estaba recitando la «Oda al viento del Oeste»; qué orgulloso de ella estaba su padre, y qué estupendo era él, y qué estupenda era su madre, y cómo, cuando estaba con ellos, ella era tan pura, tan buena y tan inteligente que podría aspirar a cualquier cosa. Si ellos hubiesen vivido y ella se hubiese quedado con ellos en aquel jardín (que ahora se le aparecía como el

lugar donde había pasado toda su infancia, y siempre estaba iluminado por las estrellas, y siempre era verano, y ellos siempre sentados bajo el cedro, fumando, menos su madre, que soñaba a solas, con su cofia de viuda, entre sus flores... y qué buenos y amables y respetuosos eran los viejos sirvientes: Andrewes, el jardinero, y Jersy, la cocinera; y el viejo Sultán, el perro de Terranova; y la enredadera, y el estanque, y la bomba del agua... y la señora Vallance con aire muy digno y altivo y burlón, al comparar su vida con las vidas de otros) y si aquella vida hubiese continuado eternamente, la señora Vallance no sentiría lo que sentía ahora... y miró a Jack Renshaw y a la muchacha cuyo vestido él admiraba... habría podido tener una existencia y habría sido, ay, perfectamente feliz, perfectamente buena, en lugar de estar aquí, obligada a escuchar a un joven que decía —rió casi con desdén y sin embargo los ojos se le llenaron de lágrimas— ¡que no soportaba ver un partido de cricket!

La presentación

Lily Everit vio que la señora Dalloway se dirigía hacia ella desde el otro extremo del salón, y de buena gana le hubiese rogado que no se acercase a molestarla; sin embargo, cuando la vio aproximarse con la mano derecha levantada y esa sonrisa que Lily comprendía tan bien (pense a que ésta era su primera fiesta) y que significaba, «Tienes que salir de tu rincón y hablar», esa sonrisa benévola, imperiosa y exhortativa al mismo tiempo, Lily sintió la más extraña mezcla de emoción y temor, de deseos de estar sola y ansias de que la sacasen de allí y la arrojasen a las hirvientes profundidades. Pero la señora Dalloway fue interceptada y detenida por un anciano caballero de bigote blanco, y Lily Everit tuvo así dos minutos de respiro para aferrarse, como a un madero en el mar, para saborear, como una copa de vino, ese ensayo sobre el carácter de Jonathan Swift que el profesor Miller le había devuelto aquella mañana marcado con tres estrellas rojas: sobresaliente. Sobresaliente, se repetía; pero aquel vino resultaba ahora mucho más suave de lo que había sido cuando, de pie ante el gran espejo, su

Titulo original: «The Introduction». Relato publicado en el *Sunday Times Magazine* de 18 de marzo de 1973 y en *MDP*. Se conservan un borrador ológrafo en el cuaderno de VW y una copia mecanografiada con revisiones ológrafas, que es la que reproducimos.

hermana y Mildred, la doncella, terminaban de arreglarla (un toque aquí, otro allá). Y al notar esas manos sobre su cuerpo, sintió una agradable excitación en la superficie, mientras debajo yacía intacto, como un fragmento de reluciente metal, su ensayo sobre Swift, y todos los elogios que su hermana y Mildred le prodigaron cuando bajó al vestíbulo para esperar el taxi —Rupert salió de su habitación y dijo que estaba elegantísima— rizaban la superficie, pasaban como una brisa entre cintas, pero nada más. La vida se dividía (estaba segura de ello) en realidad, aquel ensayo, y ficción, aquella salida, en roca y ola, pensó, sentada en el taxi y viendo las cosas con tal intensidad que siempre recordaría la verdad y siempre se recordaría a sí misma, un reflejo blanco que se fundía inextricablemente en la oscura espalda del conductor: un momento de visión. Luego, al entrar en la casa y ver a la gente subiendo y bajando las escaleras, ese duro fragmento (su ensayo sobre Swift) se tambaleó, comenzó a derretirse, se le escapaba, y todo su ser (ya no afilado como el diamante que parte en dos el corazón de la vida) quedó envuelto en una neblina de alarma y aprensión, mientras permanecía acorralada en su rincón, a la defensiva. Éste era aquel famoso lugar: el mundo.

Mientras observaba la escena, Lily Everit ocultaba instintivamente su ensayo, tan avergonzada se sentía ahora, tan desconcertada además, y al mismo tiempo ansiosa por enfocar bien y captar en su correcta proporción (la vieja había resultado lamentablemente errónea) aquellas cosas que se encogían y se dilataban (¿cómo llamarlas?... gente... ¿impresiones de la vida de la gente?), que parecían amenazarla y acosarla, convertirlo todo en agua, dejándole tan sólo —pues no se daría por vencida— la facultad de hacer frente al peligro.

La señora Dalloway, que aún no había bajado el brazo y por el modo de moverlo mientras hablaba había indicado que se acordaba bien, abandonó al viejo soldado de bigote blanco, se acercó hasta aquella encantadora y tímida muchacha de tez pálida, ojos claros, el cabello oscuro y recogido de un modo muy poético, y el cuerpo menudo embutido en un vestido que parecía escurrirse, y le dijo:

—Ven, que voy a presentarte. —Pero entonces, la señora Dalloway vaciló, y al recordar que Lily era una muchacha inteligente, que leía poesía, miró a su alrededor en busca de algún joven, algún joven que acabase de llegar de Oxford y lo hubiese leído todo y pudiese hablar de Shelley. Y, tomando a Lily Everit de la mano, la condujo hacia un grupo de jóvenes en el que estaba Bob Brinsley.

Lily Everit vaciló, como el velero díscolo que navega tras la estela de un vapor, y mientras se dejaba llevar por la señora Dalloway sintió que estaba a punto de ocurrir; que ahora nada podría evitarlo; nada podría salvarla (y ella sólo deseaba que todo terminase) de ser arrojada a un remolino donde perecería o sería rescatada. Pero ¿qué era el remolino?

Ah, constaba de millones de cosas y cada una era diferente para ella; la Abadía de Westminster; la sensación de estar rodeados de altísimos y solemnes edificios; el hecho de ser mujer. Tal vez fue esto lo que afloró, lo que permaneció, era en parte el vestido, pero todas las pequeñas muestras de galantería y respeto del salón... todo le hacía sentir que había salido de su crisálida y estaba revelando lo que en la confortable oscuridad de la infancia jamás había sido... esa frágil y hermosa criatura ante la cual los hombres se inclinaban, esa criatura limitada y circunscrita que no podía hacer lo que quería, esa mariposa con ojos de mil facetas y unas hermosas y delicadas alas, y con innumerables dificultades y sensibilidades y tristezas: una mujer.

Mientras cruzaba el salón en compañía de la señora Dalloway, aceptó el papel que ahora le tocaba representar y, naturalmente, lo exageró un poco, como habría hecho un soldado orgulloso de las tradiciones que representa su viejo y famoso uniforme, tomando conciencia de su elegancia; de sus zapatos ceñidos; de su pelo rizado y recogido; y pensó que si dejaba caer un pañuelo (ya había ocurrido en otras ocasiones) un hombre se precipitaría a recogerlo y devolvérselo; acentuando así la delicadeza, la afectación de su porte de un modo poco natural, pues a fin de cuentas no eran del todo suyas.

Lo suyo era, más bien, correr y afanarse y reflexionar

durante largos paseos solitarios, saltar vallas, caminar entre el barro y la bruma, la ensoñación, el éxtasis de la soledad, observar al chorlito y sorprender a los conejos, y adentrarse en el corazón del bosque o en los vastos y desolados páramos para entregarse a pequeñas ceremonias sin público, a ritos privados, a la belleza en estado puro que ofrecían los escarabajos y los lirios del valle y las hojas muertas y los lagos en calma, sin preocuparse en absoluto por lo que los seres humanos pensasen de ellos, que llenaban su mente de arrobamiento y asombro y la retenían allí hasta que se veía obligada a tocar el poste de la valla para volver en sí... todo eso había sido lo habitual en ella hasta esta noche, aquello que le permitía conocerse y gustarse e introducirse en el corazón de su padre y su madre y sus hermanos y hermanas; y esto otro era una flor que se había abierto en diez minutos. Y con la apertura de la flor llegó, inevitablemente, el mundo de la flor, tan diferente, tan extraño; las torres de Westminster; los altos y solemnes edificios; la conversación; esta civilización, pensó, vacilando, mientras la señora Dalloway la guiaba, esta forma de vida reglada que caía como un yugo sobre su cuello, suave, indómitamente, desde los cielos, como una afirmación irrefutable. Al echar una ojeada a su ensayo, las tres estrellas rojas se tornaron oscuras, pero de un modo sereno, reflexivo, como si cedieran a la presión de un poder incuestionable, es decir, a la convicción de que lo suyo no era dominar o afirmar, sino más bien airear y embellecer esta vida ordenada en la que todo estaba ya hecho; altas torres, solemnes campanas, edificios levantados ladrillo a ladrillo con el esfuerzo de los hombres, iglesias construidas con el esfuerzo de los hombres, y también parlamentos; e incluso la maraña que formaban los cables del telégrafo, pensó, al mirar hacia la ventana mientras cruzaba el salón. ¿Qué podía ella oponer a estos imponentes logros masculinos? ¡Un ensayo sobre Jonathan Swift! Y cuando llegó junto al grupo, liderado por Bob Brinsley, (su talón apoyado en la rejilla de la chimenea, y su cabeza inclinada hacia atrás), con su frente amplia y honesta y su seguridad en sí mismo, y su

delicadeza y su rectitud y su robusta constitución física, y su piel tostada por el sol, y su vanidad, descendiente directo de Shakespeare, ¿qué podía hacer ella sino tender su ensayo y todo su ser en el suelo, como un manto para que él lo pisase, como una rosa para que él la deshojase? Y lo hizo, abiertamente, cuando la señora Dalloway, que aún la tenía cogida de la mano como si temiese su huida de este juicio supremo, de esta presentación, dijo, «Señor Brinsley... la señorita Everit. Los dos amáis a Shelley.» Pero lo de ella no era amor, en comparación con lo de él.

Al decir estas palabras la señora Dalloway se sintió, como le ocurría siempre al recordar su juventud, absurdamente emocionada; los jóvenes se encontraban en su fiesta, y entonces surgía, como al chocar el acero y el pedernal (los dos claramente envarados ante la actitud de la señora Dalloway), el más adorable y antiguo de los fuegos, como pudo observar en el rostro de Bob Brinsley, cuya expresión pasó de la indiferencia a la conformidad, al formalismo, mientras tendía su mano a Lily Everit, cosa que revelaba, pensó Clarissa, la ternura, la bondad, el amor hacia las mujeres latente en todos los hombres, una visión que a ella le llenaba los ojos de lágrimas, pues le emocionaba aún más íntimamente ver en la propia Lily esa mirada tímida, asustada, sin duda la más adorable de las miradas en un rostro de muchacha; y que un hombre sintiese esto por una mujer, y una mujer eso por un hombre, y que de aquel contacto surgiesen todas esas esperanzas, dificultades, penas, alegría profunda y firmeza ante la catástrofe, la humanidad era hermosa en el fondo, pensó Clarissa, y su propia vida (presentar a una pareja le hacía recordar su primer encuentro con Richard) era infinitamente dichosa. Y se alejó.

Pero, se dijo Lily Everit. Pero... pero... ¿pero qué?

Nada, pensó al instante, aplacando suavemente su aguda intuición ¹. Sí, dijo. Le gustaba leer.

¹ [VW tachó el siguiente pasaje en este punto del manuscrito:] Descendiente directo de Shakespeare, pensó, y pensó en parlamentos y en iglesias, ah, y también en los cables del telégrafo, y de la manera más clara y deliberada rogó implícitamente al señor Brinsley que la creye-

—¿Y supongo que también escribe? —dijo él—. ¿Poemas, tal vez?

—Ensayos —dijo Lily. Pero no permitiría que aquel horror se apoderase de ella. Iglesias y parlamentos, edificios de viviendas, incluso los cables del telégrafo... todo, se dijo, hecho con el esfuerzo de los hombres, y este joven, se dijo, es descendiente directo de Shakespeare, de modo que no permitiría que aquel terror, aquella sospecha de algo diferente, se apoderase de ella y le arrugase las alas y la sumiese en la soledad. Pero, mientras pronunciaba estas palabras, lo vio —¿cómo describirlo de otro modo?— matar una mosca. Le arrancó las alas, con el pie apoyado en la rejilla de la chimenea, con la cabeza inclinada hacia atrás, hablando de sí mismo con insolencia, con arrogancia, mas a ella no le importaba que fuese insolente y arrogante, lo que no soportaba era que fuese cruel con las moscas.

Inquieta por aplacar aquella idea, se dijo: ¿por qué no, ya que él es lo más grande de este mundo? Y su tarea era adorar, adornar, embellecer, y ser adorada; para eso eran sus alas. Pero él hablaba; miraba; reía; le arrancaba las alas a una mosca. Le arrancaba las alas con sus fuertes y hábiles manos, y Lily le había visto hacerlo; y no podía ocultar que lo sabía. Así ha de ser, se dijo, pensando en las iglesias, en los parlamentos y en los bloques de viviendas, y con ello intentaba agazaparse, protegerse y plegar sus alas. Pero... pero, ¿qué era aquello, por qué era así? Pese a todo su esfuerzo, su ensayo sobre Swift se impuso nuevamente, y las tres estrellas resplandecieron, si bien ya no tan claras y brillantes, sino confusas y manchadas de sangre, como si ese hombre, ese gran Brinsley, al arrancarle las alas a una mosca mientras hablaba (sobre sus ensayos, sobre sí mismo, y en una ocasión se reía de una joven allí presente) hubiese ensombrecido el ligero ser de Lily Everit, confundiéndola para siempre y

se, cuando le ofreció su ensayo sobre Jonnathan Swift para que hiciese con él lo que quisiera... pisotearlo y destruirlo... pues cómo iba a entender un niño siquiera por un instante el carácter de Jonnathan Swift.

arrugando sus alas, y, cuando él le dio la espalda, Lily pensó con horror en las torres y en la civilización, y en el yugo que desde los cielos había caído sobre su cuello y la aplastaba, y se sintió miserable y desnuda, como si, tras buscar cobijo en algún jardín umbrío, la expulsasen diciendo... no, no hay santuarios ni mariposas en este mundo, y esta civilización, estas iglesias, estos parlamentos y estos edificios de viviendas... esta civilización, se dijo Lily Everit, como si aceptase los amables cumplidos de la anciana señora Bromley, depende de mí, y la señora Bromley comentó que Lily, como todos los Everit, parecía «llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo».

Juntos y separados

La señora Dalloway los presentó diciendo que él le gustaría. La conversación comenzó unos minutos antes de pronunciar palabra, pues tanto el señor Serle como la señorita Anning miraban al cielo y en sus mentes, el cielo continuaba derramando su significado, aunque de manera muy distinta, hasta que la presencia del señor Serle cobró tal fuerza para la señorita Anning que ya no pudo ver el cielo, simplemente, en sí mismo, sino que lo veía apuntalado por el alto cuerpo, los ojos oscuros, el pelo gris, las manos unidas y la grave melancolía (aunque le habían hablado de «falsa melancolía») del rostro de Roderick Serle, y aun consciente de que era una tontería, se vio obligada a decir:

—¡Qué hermosa noche!

¡Ridículo! ¡Absolutamente ridículo! Pero si uno no puede ser ridículo a los cuarenta, en presencia del cielo, que vuelve imbécil incluso al más sabio... simples haces de paja... ella y el señor Serle, átomos, motas, allí junto a la ventana de la señora Dalloway, y sus vidas, vistas a la luz de la luna, tan cortas como la de un insecto y no más importantes...

Titulo original: «Together and Apart». Relato publicado en *HH* y en *MDP*. Se conservan un borrador ológrafo en el cuaderno de *VW* y una copia mecanografiada con revisiones ológrafas, que es la que se reproduce.

—¡Bueno! —dijo la señorita Anning, ahuecando con énfasis el almohadón del sofá. Y él se sentó a su lado. ¿Era «falsamente melancólico», como decían? Incitada por el cielo, que parecía volverlo todo un poco fútil —lo que decían—, lo que hacían, volvió a decir algo totalmente trivial:

—Había una mujer, una tal señorita Serle, que vivía en Canterbury cuando yo era niña.

Con el cielo en la mente, las tumbas de sus antepasados se le aparecieron de pronto al señor Serle envueltas en una romántica luz azul, sus ojos se tornaron grandes y oscuros y dijo:

—Sí. Procedemos de una familia normanda que llegó a estas tierras con el Conquistador. Richard Serle está enterrado en la Catedral. Era Caballero de la Orden de la Jarretera.

La señorita Anning sintió que había dado por casualidad con el hombre verdadero, ese sobre el cual se había construido el falso. Bajo el influjo de la luna (la luna que para ella simbolizaba al hombre, a la cual veía a través de una rendija de la cortina, mientras tomaba baños de luna, sorbos de luna) era capaz de decir casi cualquier cosa, y se propuso exhumar al hombre verdadero, el que estaba enterrado bajo el falso, diciéndose, «Adelante, Stanley, adelante»¹, que era su contraseña, una espuela secreta o un látigo como el que la gente de mediana edad suele emplear para flagelar algún vicio inveterado, que en su caso era una deplorable timidez, o más bien la indolencia, pues no era tanto que careciese de valor, como de energía, sobre todo para hablar con los hombres, que la intimidaban enormemente, y por ello su conversación caía en torpes tópicos, y tenía muy pocos amigos masculinos... muy pocas amistades íntimas en conjunto, pensó, pero en realidad ¿las necesitaba? No. Tenía a Sara, a Arthur, la casa de campo y el perro, y naturalmente *eso*, pensó, sumergiéndose, hundiéndose en el

¹ Estas son las últimas palabras de Marmion en la obra homónima de Walter Scott.

sofá, junto al señor Serle, en *eso*, en la sensación que experimentó mientras volvía a casa de que algo se había dado cita allí, un cúmulo de milagros que en su opinión nadie más podía tener (pues ella era la única que contaba con Arthur, Sarah, la casa de campo y el perro), y se hundió de nuevo en la profunda y satisfactoria posesión, sintiendo que con esto y la luna (música, eso era la luna) podía permitirse dejar enterrado a este hombre y su orgullo por los Serle. ¡No! Ahí estaba el peligro... no debía caer en el letargo... no a su edad. «Adelante, Stanley, adelante», se dijo, y le preguntó:

—¿Conoce usted Canterbury?

¡Que si conocía Canterbury! El señor Serle sonrió, pensando en lo absurdo de la pregunta... qué poco sabía, esta mujer agradable y tranquila, que a buen seguro tocaba algún instrumento, y parecía inteligente y tenía unos ojos hermosos, y llevaba un antiguo y bonito collar... qué poco sabía lo que significaba. ¡Preguntarle si conocía Canterbury! Cuando los mejores años de su vida, todos sus recuerdos, las cosas que nunca había sido capaz de comunicar a nadie, pero que había intentado escribir... ah, había intentado escribir (y suspiró), todo estaba centrado en Canterbury: le hacía reír.

Su suspiro, seguido de su risa, su melancolía y su humor hacían que la gente lo encontrase agradable y él lo sabía, y sin embargo el hecho de agrandar a los demás no bastaba para compensar la decepción, y si se dejaba llevar por la simpatía que despertaba (haciendo largas visitas a damas agradables, largas, largas visitas) era casi con amargura, pues nunca había hecho ni la décima parte de lo que habría podido hacer, de lo que había soñado durante su niñez en Canterbury. Ante los extraños sentía renovarse sus esperanzas, pues ellos no podían acusarle de no haber hecho lo prometido, y al ver que los demás sucumbían a su encanto se sentía renacer de nuevo... ¡a los cincuenta! La señorita Anning había tocado el resorte. Los campos y las flores y los edificios grises formaban gotas de plata que resbalaban por las lóbregas y oscuras paredes de su mente. Sus poemas solían comenzar con esta

imagen. Sentía deseos de crear imágenes, ahora, sentado junto a esta tranquila mujer.

—Sí, conozco Canterbury —dijo evocadoramente, con nostalgia, como una invitación, pensó la señorita Anning, a formular preguntas discretas, y era eso lo que le hacía interesante para tantas personas, y aquella extraordinaria facilidad y buena disposición para la charla habían sido su perdición, eso pensaba él a veces, mientras se quitaba los gemelos y dejaba las llaves y la calderilla sobre el tocador después de una de esas fiestas (y salía casi todas las noches durante la temporada), y cuando bajaba a desayunar se transformaba por completo y se mostraba gruñón y antipático con su mujer, que estaba inválida y nunca salía de casa, aunque tenía viejas amistades que la visitaban de vez en cuando, mujeres en su mayoría, interesadas por la filosofía hindú y diferentes tratamientos y diferentes médicos, cosa que Roderick Serle despreciaba con algún comentario sarcástico, demasiado inteligente como para que ella pudiera contradecirlo, salvo con suaves protestas y un par de lágrimas... había fracasado, pensaba a veces el señor Serle, porque no era capaz de prescindir por completo de la sociedad y la compañía de las mujeres, que tan necesaria resultaba para él, y ponerse a escribir. Se había sumergido excesivamente en la vida... y llegado este punto cruzaba las piernas (todos sus movimientos eran poco convencionales y distinguidos) y no se culpaba a sí mismo sino que lo atribuía a su gran personalidad, que comparaba favorablemente con la de Wordsworth, por ejemplo, y, como se había dado tanto a los demás, pensaba, con la cabeza apoyada entre las manos, ellos a su vez deberían ayudarle, y esto era el preludio, trémulo, fascinante, excitante, de la conversación; y las imágenes bullían en su mente.

—Es como un árbol frutal... como un cerezo en flor —dijo, mirando a una mujer de aspecto juvenil y hermoso pelo blanco. Era una imagen agradable, pensó Ruth Anning... muy agradable, pese a que no estaba segura de que le gustase aquel hombre melancólico y distinguido, ni tampoco sus modales; y es extraño, se dijo, cómo se

dejan influir los propios sentimientos. No le gustaba, aunque le agradase la comparación de una mujer con un cetezo. Las fibras de su ser flotaban caprichosamente aquí y allá, como los tentáculos de una anémona marina, ahora ilusionada, ahora decepcionada, y su cerebro, frío y distante, suspendido en las alturas a miles de kilómetros de distancia, recibía mensajes que ella resumiría a su debido tiempo, de modo que cuando la gente hablase de Roderick Serle (y era un hombre muy popular), diría sin vacilar, «Me gusta mucho» o «No me gusta», y su opinión sería inalterable. Un pensamiento extraño; un pensamiento solemne, que arrojaba una extraña luz sobre la naturaleza de las relaciones humanas.

—Es extraño que conozca usted Canterbury —dijo el señor Serle—. Resulta siempre sorprendente —continuó (la mujer del pelo blanco ya había pasado)— conocer por azar (era la primera vez que se veían) a alguien que de pronto toca esa pequeña parte que tanto ha significado para uno, y lo hace de manera accidental, pues supongo que para usted Canterbury no era más que una bonita y antigua ciudad. ¿De modo que pasó allí un verano, con su tía? (Eso era todo cuanto Ruth Anning iba a decirle sobre su visita a Canterbury.) Y visitó los monumentos y se marchó y nunca más volvió a pensar en ello.

Que piense lo que quiera; puesto que no le gustaba, Ruth Anning deseaba que el señor Serle se marchase con una idea absurda sobre ella. En realidad, los tres meses que pasó en Canterbury fueron maravillosos. Recordaba hasta el último detalle, pese a que fue una visita ocasional, de cuando estuvo en casa de Charlotte Serle, una conocida de su tía. Aún podía repetir las palabras de la señorita Serle sobre el trueno. «Cuando me despierto a media noche y oigo un trueno pienso: “Acaban de matar a alguien”». Y aún veía la alfombra de rizo duro, con dibujos en forma de rombos, y los brillantes ojos castaños de la anciana, sosteniendo la taza de té vacía mientras hacía ese comentario sobre el trueno. Y siempre veía Canterbury, todo cubierto de nubarrones y pálidas flores de manzano, y los largos costados grises de los edificios.

El trueno la sacó de su pletórico arrebató de indiferencia propio de la madurez; «Adelante, Stanley, adelante», se dijo; este hombre no escapará de mí como los demás, con una idea falsa; le diré la verdad.

—Me enamoré de Canterbury —dijo.

El señor Serle se animó al instante. Canterbury era su don, su defecto, su destino.

—Se enamoró de Canterbury —repitió el señor Serle—. Ya lo veo.

Sus miradas se cruzaron; casi chocaron, pues ambos sintieron que tras los ojos, el yo oculto, el que permanece en la oscuridad mientras su ágil compañero de la superficie hace las piruetas y los gestos para que la representación continúe, se alzaba súbitamente; se despojaba de su manto; se enfrentaba con el otro. Era alarmante; era terrible. Eran adultos y habían sido pulidos hasta cobrar brillo y suavidad, de modo que Roderick Serle asistía tal vez a doce fiestas por temporada, y no sentía nada fuera de lo común, o sólo lamentaciones sentimentales, y el deseo de imágenes hermosas —como aquella del cerezo—, y durante todo el tiempo lo invadía una suerte de inmutable superioridad hacia sus semejantes, una sensación de recursos sin explotar que le hacía volver a casa descontento con su vida, consigo mismo, bostezando, vacío, caprichoso. Y ahora, de repente, como un rayo blanco en la neblina (pero esta imagen se forjó con la inevitabilidad del relámpago y resultó amenazadora), había ocurrido; el antiguo éxtasis de la vida; su invencible ataque; porque era desagradable y al mismo tiempo causaba regocijo y rejuvenecía y llenaba venas y nervios con hebras de hielo y fuego; y era aterrador.

—Canterbury hace veinte años —dijo la señorita Anning, como quien coloca una pantalla sobre una luz intensa o cubre un melocotón ardiente con una hoja verde, porque es demasiado intenso, demasiado maduro, demasiado pleno.

A veces, la señorita Anning deseaba haberse casado. A veces la fresca paz de la madurez, con sus mecanismos automáticos para proteger cuerpo y mente de las heridas,

le parecía, en comparación con el trueno y la pálida flor del manzano de Canterbury, despreciable. Era capaz de imaginar algo diferente, más parecido al relámpago, más intenso. Era capaz de imaginar alguna sensación física. Era capaz de imaginar...

Y, cosa extraña, porque era la primera vez que veía al señor Serle, los sentidos de la señorita Anning, esos tentáculos que la ilusionaban y la decepcionaban, dejaron de enviar señales, se quedaron inmóviles, como si ella y el señor Serle se conociesen perfectamente, como si en realidad estuviesen tan unidos que no tuvieran más que flotar corriente abajo el uno junto al otro.

No hay cosa más extraña que las relaciones humanas, pensó, debido a sus cambios, a su extraordinaria irracionalidad, pues su antipatía hacia el señor Serle no se distinguía ahora del más intenso y arrebatado amor, pero no bien se le ocurrió la palabra «amor», la rechazó, pensando de nuevo en lo oscura que era la mente y en su escasez de palabras para nombrar esas asombrosas percepciones, esa alternancia de dolor y placer. ¿Cómo llamarlo? Eso era lo que sentía, el distanciamiento del afecto humano, la desaparición de Serle y la imperiosa necesidad de ambos de ocultar eso que tan desolador y degradante resultaba para la naturaleza humana, eso que todos se esforzaban por apartar decorosamente de la vista, enterrándolo... ese distanciamiento, esa violación de la confianza, y mientras buscaba un modo de enterrarlo digno, reconocido y aceptado, dijo:

—Claro que, hagan lo que hagan, nunca podrán estropear Canterbury.

El señor Serle sonrió; lo aceptó; cruzó las piernas a la inversa. La señorita Anning había interpretado su papel; el suyo. Así, las cosas llegaron a su fin. Y sobre ambos cayó al instante esa paralizante ausencia de sensaciones, cuando nada aflora de la mente, cuando sus paredes parecen de pizarra; cuando el vacío casi duele, y los ojos petrificados se fijan en el mismo punto —un dibujo, un cubo de carbón— con una exactitud que resulta aterradora, pues ninguna emoción, ninguna idea, ninguna im-

presión acuden a transformarlo, a modificarlo a embellecerlo, porque los manantiales del sentimiento parecen sellados y la mente se torna rígida, como el cuerpo; duro como una estatua, de modo que ni el señor Serle ni la señorita Anning podían moverse o hablar, y sintieron como si un hechicero los hubiese liberado y la primavera inundase sus venas con torrentes de vida, cuando Mira Cartwright, dando una maliciosa palmadita en el hombro al señor Serle, dijo:

—Te vi en el *Meistersinger* y te hiciste el loco, bribón. No mereces que vuelva a dirigirte la palabra en la vida.

Y entonces pudieron separarse.

El hombre que amaba al prójimo

Esa tarde, cuando cruzaba al trote Deans Yard, Prickett Ellis tropezó con Richard Dalloway o, más bien, justo cuando se cruzaron, la velada mirada de soslayo que mutuamente se dirigieron, por debajo del sombrero, por encima del hombro, se amplió y estalló en reconocimiento; no se veían desde hacía veinte años. Habían ido juntos al colegio. ¿Y a qué se dedicaba Ellis? ¿A la abogacía? Claro, claro... había seguido el caso por los periódicos. Pero resultaba imposible hablar allí. ¿Por qué no iba a su casa esa noche? (Vivían donde siempre... justo al doblar la esquina.) Irían algunas personas más. Joynton, quizá. «Ahora es un pez gordo», dijo Richard.

—De acuerdo... hasta esta noche pues —dijo Richard, y siguió su camino «la mar de contento» (cosa que era muy cierta) por haberse encontrado con aquel curioso tipo que no había cambiado en lo más mínimo desde que era un colegial... era el mismo muchacho regordete, molletudo, lleno de prejuicios, pero de una brillantez poco común... ganó el Newcastle. Bueno... y se marchó.

Prickett Ellis, por su parte, al volverse y ver alejarse a

Título original: «The Man Who Loved His Kind». Relato publicado en *III* y en *MDP*. Se conservan un borrador ológrafo en el cuaderno de *VW* y una copia mecanografiada con revisiones ológrafas, que es la que se reproduce.

Dalloway, deseó no haberse encontrado con él, o al menos, ya que siempre le había tenido simpatía, no haberle prometido ir a su casa. Dalloway estaba casado, daba fiestas; no era su tipo, ni mucho menos. Tendría que vestirse para la ocasión. Sin embargo, a medida que se acercaba la noche, supuso que, como Richard se lo había pedido, y no quería ser descortés, estaba obligado a ir.

¡Qué horrible reunión! Allí estaba Joynson; no tenían nada que decirse. Había sido un niño engreído; y al hacerse mayor se había vuelto aún más arrogante... eso era todo; no había nadie más en aquel salón a quien Prickett Ellis conociese. Nadie. De modo que, como no podía irse de repente, sin hablar un poco con Dalloway, que parecía totalmente absorto en sus deberes de anfitrión y andaba de acá para allá con su chaleco blanco, tuvo que quedarse. Era una de esa situaciones que le revolvían las tripas. ¡Pensar que personas adultas, hombres y mujeres responsables, hacían esto noche tras noche, durante toda su vida! Las arrugas se intensificaron en sus mejillas afeitadas, azules y rosas, cuando se apoyó contra la pared en completo silencio; pues aunque trabajaba como una mula, el ejercicio lo mantenía en forma, y tenía un aspecto duro y altivo, como si hubiese sumergido el bigote en escarcha. Se crispó; se irritó. Su modesto traje le hacía parecer desaliñado, insignificante, torpe.

Ociosos, charlatanes, endomingados, sin una sola idea en la cabeza, estos elegantes caballeros y damas seguían hablando y riendo; y Prickett Ellis los observaba y los comparaba con los Brunner quienes, cuando ganaron su caso contra la Destilería Fenners y recibieron una indemnización de doscientas libras esterlinas (no era ni la mitad de lo que les correspondía), se gastaron cinco en un reloj para él. Eso era actuar con nobleza; esas eran las cosas que le conmovían, y entonces miró con más severidad que nunca a aquella gente, endomingada, cínica, próspera, y comparó lo que sentía en ese momento con lo que sintió a las once de aquella mañana, cuando los ancianos señores Brunner, vestidos con sus mejores galas, le visitaron para ofrecerle una pequeña muestra de

gratitud, como dijo el anciano, muy erguido para pronunciar su discurso de agradecimiento y respeto, por la gran habilidad con que ha llevado usted nuestro caso, y la señora Brunner añadió que todo se lo debían a él. Y le estaban profundamente agradecidos por su generosidad... porque, claro está, no había aceptado cobrar.

Cuando cogió el reloj y lo puso en la repisa de la chimenea, deseó que nadie viese su rostro. Para eso trabajaba... ésa era su recompensa; y miró a las personas que tenía enfrente como si flotasen sobre aquella escena que tuvo lugar en su despacho y eso les pusiera en evidencia, y cuando la imagen se esfumó —los Brunner se esfumaron— allí no quedó nadie más que él, como un resto de la escena, enfrentado a aquella gente hostil, un hombre absolutamente sencillo, sin refinar, un hombre del pueblo (entonces se irguió), muy mal vestido, de mirada colérica, sin gracia ni atractivo alguno, un hombre con dificultades para ocultar sus sentimientos, un hombre sencillo, un ser humano ordinario que luchaba contra el mal, la corrupción y la crueldad de la sociedad. Pero no seguiría mirando. Se puso las gafas y observó los cuadros. Leyó los títulos de una hilera de libros; poesía, en su mayor parte. Le habría gustado mucho releer a sus favoritos —Shakespeare, Dickens—, ojalá tuviese tiempo para ir a la National Gallery, pero no podía... no, era imposible. Realmente era imposible... teniendo en cuenta el estado del mundo. Resultaba imposible cuando la gente te pedía ayuda a todas horas del día, cuando imploraban ayuda a gritos. No era momento para lujos. Y miró los sillones y los abrecartas y los libros bien encuadernados, y sacudió la cabeza, seguro de que jamás tendría tiempo, de que jamás, pensó con satisfacción, tendría valor para permitirse tales lujos. Estas personas se escandalizarían si supiesen lo que él pagaba por el tabaco; si supiesen que le habían prestado el traje que llevaba puesto. Su única y pequeña extravagancia era un barquito en Norfolk Broads. Éso sí se lo había permitido. Le gustaba alejarse de todo al menos una vez al año y tumbarse en el campo. Pensó lo mucho que se escandalizarían —esas personas tan ele-

gantes— si supiesen cuánto placer le proporcionaba eso que él, tan anticuado, se atrevía a llamar amor a la naturaleza: los árboles y los campos que había conocido desde que era niño.

Esas personas tan elegantes se escandalizarían. De hecho, allí de pie, mientras se guardaba las gafas en el bolsillo, sintió que se convertía en un ser cada vez más chocante. Y era una sensación muy desagradable. No sentía esto —que amaba a la humanidad, que pagaba sólo cinco peniques por una onza de tabaco y amaba la naturaleza— de manera sencilla y sosegada. Cada uno de estos placeres se había convertido en una protesta. Sentía que esa gente a la que despreciaba le obligaba a permanecer allí, a hablar y a justificarse. «Soy un hombre corriente», seguía diciendo. Y se sintió muy avergonzado de decir lo que dijo a continuación, pero lo dijo. «He hecho más por la humanidad en un solo día que vosotros en toda vuestra vida.» Lo cierto es que no pudo evitarlo; siguió evocando todas aquellas situaciones, como cuando los Brunner le llevaron el reloj... siguió recordando las cosas hermosas que la gente había dicho sobre él, sobre su humanidad, su generosidad, sobre lo mucho que les había ayudado. Seguía viéndose como el sabio y humilde servidor de la humanidad. Y deseaba poder repetir sus alabanzas en voz alta. Era desagradable que la conciencia de su bondad hirviese sólo en su interior. Y era aún más desagradable no poder contarle a nadie lo que la gente había dicho de él. Gracias a Dios, siguió diciendo, mañana volveré a mi trabajo; y sin embargo ya no le bastaba con coger la puerta e irse a casa. Tenía que quedarse, tenía que quedarse hasta haberse justificado. Pero ¿cómo? En aquel salón lleno de gente no había nadie con quien pudiera hablar.

Finalmente Richard Dalloway se le acercó.

—Quiero presentarle a la señorita O'Keefe —dijo. La señorita O'Keefe lo miró directamente a los ojos. Era una mujer un tanto arrogante y de modales bruscos, de unos treinta y tantos años.

La señorita O'Keefe deseaba un helado o algo para

beber. Y la razón por la cual se lo pidió a Prickett Ellis de un modo que a él le pareció altivo, injustificable, era que aquella tarde tan calurosa la señorita O'Keefe había visto a una mujer y a dos niños, muy pobres, muy cansados, pegados a la verja de una plaza, mirando. ¿Por qué no les dejan entrar?, había pensado, mientras su compasión crecía como una ola; bullendo de indignación. No; se reprochó al instante, duramente, como si se abofeteara. Toda la fuerza del mundo no puede lograrlo. De modo que recogió la pelota de tenis y la devolvió. Toda la fuerza del mundo no puede lograrlo, se dijo furiosa, y ésta fue la razón por la que le ordenó en tono perentorio al desconocido:

—Tráigame un helado.

Mucho antes de que la señorita O'Keefe se hubiese comido el helado, Prickett Ellis, que seguía en pie a su lado, sin tomar nada, le dijo que habían pasado quince años desde la última vez que fue a una fiesta; le dijo que el traje que llevaba se lo había prestado su cuñado; le dijo que no le gustaban esa clase de reuniones, y le habría tranquilizado enormemente seguir adelante, decir que era un hombre sencillo, que apreciaba a la gente corriente, y después le habría hablado (y luego se habría sentido avergonzado) de los Brunner y del reloj, pero ella preguntó:

—¿Ha visto usted *La tempestad*?

Luego (pues Prickett Ellis no había visto *La tempestad*), ¿había leído tal libro? Otra vez no, y después, dejando el helado, ¿nunca leía poesía?

Y, sintiendo que en su interior crecía algo capaz de estrangular a aquella mujer, de convertirla en su víctima, de asesinarla, Prickett Ellis la obligó a sentarse allí, donde nadie pudiera molestarles, en dos sillas, en el jardín desierto, pues todos los demás estaban en la casa, y sólo se oía un zumbido y un murmullo y un parloteo y un tintineo, como el enloquecido acompañamiento de una orquesta fantasmal a un par de gatos que se deslizan sobre la hierba, y el temblor de las hojas, y los frutos amarillos y rojos como farolillos chinos balanceándose de acá para allá... la conversación parecía una

frenética música de baile para esqueletos, compuesta con un fin muy real y rebosante de sufrimiento.

—¡Qué hermoso! —dijo la señorita O'Keefe.

Sí, resultaba hermosa aquella extensión de césped, rodeada por las altas y negras torres de Westminster, después de haber estado en el salón; había silencio, después de tanto ruido. A fin de cuentas tenían eso... la mujer cansada, los niños.

Prickett Ellis encendió la pipa. Esto sorprendió a la señorita O'Keefe; la había llenado de picadura... cinco peniques y medio la onza. Se imaginó tumbado en su barco, fumando, y se vio a sí mismo solo, de noche, fumando bajo las estrellas. Aquella noche no dejaba de preguntarse ni por un instante qué pensaba de él esa gente si lo viera en su barco. Encendiendo una cerilla en la suela del zapato, le dijo a la señorita O'Keefe que no veía nada especialmente hermoso.

—Tal vez —dijo la señorita O'Keefe— a usted no le interesa la belleza. (Prickett Ellis le había dicho que no había visto *La tempestad*; que no había leído tal libro; y tenía un aspecto desaliñado, todo él bigote, barbilla, y cadena de plata para el reloj.) La señorita O'Keefe pensó que para gozar de todo aquello no hacía falta pagar siquiera un penique; los museos son gratuitos, igual que la National Gallery; y el campo. Claro que ella conocía los obstáculos... la colada, la cocina, los niños; pero la raíz de las cosas, lo que todos temían decir, era que la felicidad es algo sumamente barato. Se consigue por nada. La belleza.

Entonces Prickett Ellis le dio su merecido a aquella mujer pálida, brusca y arrogante. Le contó, saboreando su tabaco de picadura, lo que había hecho ese día. A las seis, arriba; entrevistas; el olor a tuberías en un tugurio inmundos; luego a los tribunales.

Llegado este punto vaciló, deseoso de hablarle de sus propias hazañas. Tras reprimir este impulso, se mostró de lo más cáustico. Dijo que le ponía enfermo oír a mujeres bien alimentadas y bien vestidas (ella frunció los labios, pues era delgada y su vestido dejaba mucho que desear) hablar de belleza.

—¡Belleza! —dijo. Prickett Ellis temía que él no comprendía la belleza como algo independiente de los seres humanos.

Los dos miraban el jardín desierto, donde las luces se balanceaban y un gato dubitativo, en el centro, levantaba una pata.

¿La belleza como algo independiente de los seres humanos? ¿Qué quería decir?, preguntó bruscamente la señorita O'Keefe.

Bueno, quería decir lo siguiente: cada vez más nervioso, Prickett Ellis le contó la historia de los Brunner y el reloj, sin ocultar el orgullo que sentía. Eso era hermoso, dijo.

La señorita O'Keefe no tenía palabras para describir el horror que la historia provocó en ella. En primer lugar, la vanidad de Prickett Ellis; en segundo lugar, su indecencia al hablar de sentimientos humanos; era una blasfemia; nadie en el mundo tenía derecho a contar una historia así para demostrar que amaba al prójimo. Y sin embargo, mientras Prickett Ellis hablaba —de cómo el anciano se había puesto en pie para pronunciar su discurso—, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Ah, si alguien le hubiese dicho una cosa así a ella!, pero volvió a sentir que era precisamente eso lo que condenaba a la humanidad irremediamente; todo lo más que podía hacer la gente era contar conmovedoras escenas con relojes; los Brunner siempre pronunciarían discursos para los Prickett Ellis, y los Prickett Ellis siempre dirían cuánto amaban a su prójimo; siempre serían perezosos, conciliadores y temerosos de la belleza. De ahí nacían las revoluciones; de la pereza y el temor y de ese amor por las escenas conmovedoras. Con todo, los Brunner proporcionaban placer a aquel hombre; y ella estaba condenada a sufrir eternamente por las pobres mujeres que veía tras las verjas de las plazas. Permanecieron sentados en silencio. Los dos se sentían muy desgraciados. Prickett Ellis no había hallado el menor alivio en las palabras que había pronunciado; en lugar de sacarle la espina a la señorita O'Keefe, se la había clavado aún más; la felicidad

que Prickett Ellis experimentara por la mañana quedó hecha trizas. La señorita O'Keefe se sentía confusa y molesta; era fango en lugar de agua clara.

—Me temo que soy uno de esos seres corrientes —dijo Prickett Ellis poniéndose en pie— que aman a su prójimo.

Ante lo cual la señorita O'Keefe casi gritó, «Yo también».

Odiándose mutuamente, odiando a toda aquella gente que les había proporcionado tan dolorosa y decepcionante velada, la pareja de amantes del prójimo se levantó y, sin decir palabra, se separó para siempre.

1

Una sencilla melodía

En cuanto al cuadro, era uno de esos paisajes que los legos suponen fueron pintados durante la juventud de la Reina Victoria, cuando estaba de moda que las muchachas llevaran sombreros de paja con forma de cubos para el carbón. El tiempo había borrado todas las uniones y las irregularidades de la pintura, y el lienzo parecía rociado con una fina capa, el más pálido de los azules aquí, la más parda de las sombras allá, de suave barniz lacado. En el cuadro se veía un páramo; era un cuadro muy hermoso.

Al menos el señor Carslake lo consideraba muy hermoso porque, cuando se detenía en la esquina desde donde podía verlo, el cuadro tenía el poder de sosegar y serenar su mente. Le parecía que el resto de sus emociones —y qué dispersas y confusas se hallaban en una fiesta como esa!— se equilibraban. Era como si un violinista tocara una vieja y apacible melodía inglesa mientras la gente apostaba y perdía y blasfemaba, robaba carteras, rescataba al ahogado, y ofrecía asombrosas —aunque innecesarias— pruebas de su habilidad. Él era incapaz de actuar. Todo cuanto podía hacer era decir que Wembley resultaba agotador; y que a su juicio no estaba siendo un éxito; y cosas

Título original: «A Simple Melody». Existe un borrador ológrafo del relato en el cuaderno de VW, que es el que se reproduce.

por el estilo ¹. La señorita Merewether no prestaba atención; después de todo ¿qué obligación tenía? Se limitaba a interpretar su papel; efectuó un par de mortales más bien torpes; saltando, por así decir, de Wembley al carácter de la Reina María ², a quien encontraba sublime. Claro que en realidad no pensaba nada por el estilo. El señor Carslake se aseguró de esto observando el cuadro del páramo. Todos los seres humanos eran muy simples en el fondo, se dijo. Situó a la Reina María, a la señorita Merewether y a sí mismo en aquel paisaje; era de noche; ya se había puesto el sol; y debían encontrar el camino de regreso a Norwich. Pronto estarían todos hablando con absoluta naturalidad. No le cabía la menor duda.

En cuanto a la naturaleza, pocas personas la amaban tanto como él. Si hubiese dado un paseo con la Reina María y la señorita Merewether se habría mostrado más bien silencioso; y ellas también, estaba seguro; flotando tranquilamente; y volvió a mirar el cuadro; volvió a mirar en el interior de ese mundo feliz y mucho más severo y exaltado, que era también mucho más sencillo que todo aquello.

Mientras así pensaba vio a Mabel Waring ³ que se alejaba con su bonito vestido amarillo. Parecía inquieta, con expresión de agotamiento y ojos tristes, pese a sus esfuerzos por parecer alegre.

¿Cuál era la causa de su infelicidad? Volvió a mirar el cuadro. El sol se había puesto, pero los colores aún brillaban, lo cual indicaba que no se había puesto hacía mucho tiempo sino que acababa de desaparecer tras el oscuro montículo del páramo. La luz era muy apropiada: y el señor Carslake imaginó que Mabel Waring estaba con él y con la Reina y con la señorita Merewether, caminan-

¹ Se trata probablemente de una referencia a la Exposición del Imperio Británico celebrada en Wembley Park (Londres) entre abril y octubre de 1924. Véase el ensayo de VW, «Thunder at Wembley», *Nation & Athenaeum*, 28 de junio de 1924, reimpresso en CEIV.

² La reina María fue la esposa de Jorge V, que reinó de 1910 a 1936.

³ Véase «El vestido nuevo».

do de vuelta a Norwich. Hablaban sobre el camino; cuánto faltaba; si les gustaba el paisaje; también si tenían hambre y lo que tomarían para cenar. Era una conversación corriente. El propio Stuart Elton ⁴ —el señor Carslake lo vio allí solo, cogiendo un abrecartas y mirándolo de un modo sumamente extraño—, el propio Stuart, si estuviese en el páramo, se limitaría a tirarlo, se desharía de él. Pues en el fondo, aunque la gente que no lo conocía bien nunca lo creyese, Stuart era la más dulce y sencilla de las criaturas, se contentaba con vagar durante todo el día con gente normal y corriente, como él, y esta rareza —parecía afectación detenerse en mitad de un salón con un abrecartas de carey en la mano— no era sino cuestión de formas. Cuando por fin salieron del páramo y emprendieron el camino de regreso a Norwich, esto fue lo que dijeron: creo que las suelas de goma son excelentes. Pero ¿no se te hinchan los pies? Sí... no. Sobre este tipo de hierba son perfectas. Pero ¿y sobre pavimento? Y luego medias y ligas; ropa de hombre, ropa de mujer. Es muy probable que hablasen de sus propias costumbres por espacio de una hora; y todo con absoluto desenfado y espontaneidad, de modo que si él, o Mabel Waring, o Stuart, o aquel tipo malencarado con un bigote enorme que parecía no conocer a nadie ⁵... quisiese explicar las teorías de Einstein, o hacer una confesión... algo privado, tal vez... todo resultaría de lo más natural.

Era un cuadro muy hermoso. Como todos los paisajes, producía cierta tristeza, porque aquel páramo sobreviviría a todo el mundo; pero la tristeza era tan elevada —apartándose de la señorita Merewether, George Carslake observó el cuadro—, se desprendía con tanta naturalidad de la idea de que el páramo era sereno, hermoso, que debía perdurar. Sin embargo, no puedo explicarlo del todo, pensó. Las iglesias no le gustaban nada; además, si decía lo que pensaba sobre la pervivencia del páramo y la muerte de todos ellos, y que no obstante estaba bien y

⁴ Véase «Felicidad».

⁵ Véase «El hombre que amaba al prójimo».

no había motivo para entristecerse... se reiría; echaría por tierra en un momento todas esas tonterías sentimentales. Pues así sería, lo diría: no, se dijo, lo pensaría. No, no abandonaría la creencia de que caminar por un páramo en plena noche era probablemente el mejor modo de pasar el tiempo.

Te encontrabas con trampas y gente extraña, por supuesto. De pronto una pequeña granja abandonada; de pronto un hombre con un carro; a veces —aunque esto tal vez fuese demasiado romántico— un hombre a caballo. Habría rebaños muy probablemente: un molino de viento, o algún arbusto contra el cielo, o rodadas de carro con capacidad —volvió a temblar ante lo absurdo de las palabras— «para reconciliar las diferencias... para hacerlos creer en Dios». ¡Casi le escocía ese final! ¡Creer en Dios! ¡Cuando toda capacidad racional se oponía a la disparatada y cobarde estupidez de tal dicho! Se sentía como atrapado en las palabras. «Creer en Dios.» En lo que él creía era en un poco de conversación con gente como Mabel Waring, Stuart Elton, la Reina de Inglaterra si me apuran... en un páramo. Al menos había hallado un gran consuelo en lo mucho que tenían en común... botas, hambre, fatiga. Pero luego se imaginaba a Stuart Elton, por ejemplo, deteniéndose o guardando silencio. Si le preguntabas, «¿En qué piensas?», tal vez diría que en nada, o tal vez mentiría. Tal vez no fuese capaz de decir la verdad.

El señor Carslake volvió a mirar el cuadro. Se sentía vagamente preocupado por algo. Realmente, la gente reflexionaba sobre las cosas, pintaba cosas. Realmente estas reuniones en el páramo no aniquilan las diferencias, pensó; pero sostuvo, lo creía a ciencia cierta, que las únicas diferencias que persistían (allí, en ese vasto páramo, sin una sola casa rompiendo la perspectiva) eran diferencias fundamentales... como ésta: lo que pensaba el hombre que pintó el cuadro, lo que pensaba Stuart Elton de... ¿de qué? Se trataba probablemente de una creencia.

De todos modos siguieron adelante; pues la característica principal de andar es que nadie puede estar quieto durante mucho tiempo; tienen que animarse, y acostum-

brarse a las fatigas del largo camino, y el deseo de poner fin a la fatiga confiere a los más filosóficos o incluso a los distraídos por el amor y sus tormentos, una todopoderosa razón para fijar la mente en la idea de llegar a casa.

Cada una de sus frases, ay, tintineaba en los oídos del señor Carslake con un falso matiz religioso. «Volver a casa...» la religión se había apropiado de esas palabras. Significaba ir al Cielo. Sus pensamientos no eran capaces de hallar palabras nuevas y puras, palabras que nunca hubiesen sido deformadas y hubiesen perdido su valor a fuerza de ser usadas por otros.

Sólo mientras caminaba, con Mabel Waring, Stuart Elton, la Reina de Inglaterra y aquel hombre de aspecto feroz e inflexible, el viejo y melodioso sonsonete se detenía. Tal vez el aire libre embrutecía. La sed embrutecía; una ampolla en el talón. Cuando caminaba, las cosas cobraban fuerza y frescura: sin confusión; sin vacilación; al menos la división entre lo conocido y lo desconocido era tan clara como el borde de un estanque: aquí tierra seca, allí agua. De pronto se le ocurrió una idea extraña: que las aguas ejercían una atracción sobre la gente que estaba en la tierra. Cuando Stuart Elton cogía el abrecartas o Mabel Waring parecía a punto de romper a llorar, y aquel nombre de enormes bigotes miraba con fiereza, era porque todos querían llegar hasta el agua. Mas ¿qué era el agua? Entendimiento quizá. Debía de haber alguien tan milagrosamente dotado, tan perfectamente equipado con todos los accesorios de la naturaleza humana, que esos silencios y esas infelicidades, fruto de la incapacidad para adaptar la propia mente a la de otras personas, eran debidamente comprendidos. Stuart Elton se zambulló; Mabel se zambulló. Unos se hundían y quedaban satisfechos; otros llegaban jadeando a la cima. Él se sentía aliviado al sorprenderse pensando en la muerte como una zambullida en un estanque; pues le alarmaba aquel instinto de su mente, en momentos de descuido, de elevarse hasta las nubes y los Cielos, y acercarse a la afable y familiar figura, las ropas vaporosas y los ojos dulces y el manto de nubes.

En el estanque, por otro lado, había tritones, y peces y fango. Lo principal del estanque es que tenías que crearlo tú mismo; nuevo, absolutamente nuevo. Ya no querías ir al Cielo para cantar y reunirte con los muertos. Querías algo aquí y ahora. Comprensión significaba aumento de vida; capacidad para decir lo que no se puede decir; hacer intentos tan vanos como los de Mabel Waring... él sabía que su tendencia a hacer de pronto algo totalmente fuera de lo normal, algo sorprendente y chocante, triunfaría... en lugar de fracasar y hundir a Mabel aún más en la tristeza.

El viejo violinista interpretaba su melodía mientras George Carslake deslizaba la mirada desde el cuadro a la gente, y otra vez al cuadro. Su rostro redondo, su cuerpo, de complexión más bien robusta, le conferían, incluso entre aquella gente, un aire indiferente, sereno, relajado, pero no pasivo, sino alerta. Se había sentado, y la señorita Merewether, que se dejaba llevar muy fácilmente, se sentó junto a él. Decían de él que pronunciaba brillantes discursos después de cenar. Decían que no se había casado para cuidar de su madre. Sin embargo, nadie lo consideraba un héroe... no había en él nada trágico. Era abogado. Aficiones, gustos, cualidades al margen de su inteligencia, no tenía ninguna en particular... salvo que caminaba. La gente lo toleraba, le apreciaba, se burlaba de él ligeramente, pues no había hecho nada tangible, y tenía un mayordomo que era como un hermano mayor.

Pero al señor Carslake le traía sin cuidado. La gente era muy simple... hombres y mujeres por igual; era una lástima pelearse con alguien; y de hecho él jamás se peleaba. Eso no significa que a veces no se sintiese herido; de manera inesperada. Como vivía cerca de Gloucester sentía una absurda pasión por la Catedral; la defendía a capa y espada, se ofendía ante las críticas de que era objeto como si de un pariente carnal se tratase. Sin embargo permitía cualquier comentario sobre su hermano. No le importaba que se riesen de él por su afición a caminar. Su carácter era afable, aunque no débil; y a veces

reaccionaba con energía... por la Catedral o contra alguna injusticia flagrante.

El viejo violinista interpretaba su sencilla melodía produciendo el siguiente efecto: No estamos aquí, sino en un páramo, caminando de regreso a Norwich. Brusca, agresiva, la señorita Merewether, que había dicho que la reina era «sublime», se había sumado al grupo a condición de no decir más bobadas de esas que ni ella misma creía. «¿De la escuela de Crome?» dijo, mirando el cuadro.⁶

Muy bien. Una vez aclarado este punto continuaron; podía ser cuestión de seis o siete millas. A George Carslake le ocurría a menudo; no había nada extraño en ello... esa sensación de estar en dos lugares al mismo tiempo, con un cuerpo aquí, en un salón de Londres, pero tan castigado que la paz del campo, su absoluta desnudez y rigor y [¿espíritu?] afectaban a ese cuerpo. Estiró las piernas. Sintió la brisa en las mejillas. Por encima de todo pensaba, todos somos muy distintos superficialmente, pero ahora estamos unidos; podemos extraviarnos; podemos buscar el agua; pero es absolutamente cierto que estamos tranquilos, contentos, a gusto.

Quítate ese vestido, querida, pensó mirando a Mabel Waring. Haz un hatillo con él. Luego se dijo, no te preocupes, mi querido Stuart, por tu alma, por lo distinta que es de las almas de los otros. El hombre de mirada feroz le pareció realmente asombroso.

Era imposible expresarlo con palabras, y era innecesario. Tras el inquieto temblor de esas pequeñas criaturas siempre había un estanque profundo: y esa sencilla melodía, sin llegar a expresarlo, producía algo extraño en el estanque... lo rizaba, lo licuaba, lo hacía saltar y girar y temblar en las profundidades del propio ser, de modo que de sus aguas no cesaban de surgir ideas que ascendían burbujeando y se introducían en el cerebro. Ideas

⁶ John Crome (1768-1821) destacó en la Escuela de pintura de Norwich.

que eran casi sentimientos. Poseían esa cualidad emocional. Resultaba imposible analizarlas... decir si en conjunto eran felices o infelices, alegres o tristes.

Deseaba estar seguro de que todo el mundo era igual. Pensaba que si lograba demostrarlo resolvería un gran problema. Pero ¿era cierto? Siguió mirando el cuadro. ¿Acaso no intentaba imponer a los seres humanos, que por su propia naturaleza son muy opuestos, diferentes, antagónicos, un concepto que tal vez fuese incongruente... una sencillez que no se corresponde con su esencia? El arte la tiene; un cuadro la tiene; pero los hombres no lo perciben. Esos estados de ánimo, cuando caminas en grupo por un páramo, producen la sensación de igualdad. Por otro lado, las situaciones sociales, en las que todos quieren brillar e imponer sus puntos de vista, producen desigualdad; ¿y cuál de las dos es más profunda?

Intentó analizar su tema favorito... un grupo de personas distintas caminando hacia Norwich. Luego pensó en la alondra, en el cielo, en la vista. Los pensamientos y las emociones del caminante obedecían en gran medida a estas influencias externas. Caminando, los pensamientos eran casi cielo; si lograbas someterlos a análisis químico descubrías en ellos motas de color, algunos galones o cuartos o algunas pintas de aire adheridas. Eso los volvía más etéreos, más impersonales. Pero en aquel salón los pensamientos se agolpaban como peces en una red, luchando, desescamándose mutuamente, y transformándose, en su intento de huida... pues todo pensamiento era un intento de liberar al pensamiento de la mente de su pensador superando los obstáculos lo más plenamente posible: toda sociedad es un intento de atrapar e influir y coaccionar los pensamientos a medida que surgen y de obligarlos a generar nuevos pensamientos.

De modo que ahora veía a todo el mundo ocupado. Pero no era, estrictamente, pensamiento; era cada ser, cada yo, lo que allí entraba en conflicto con otros seres y otros «yos». No había ninguna mezcla colorante impersonal: allí las paredes, las luces, las casas en el exterior, todo reforzaba la humanidad, era en sí mismo la expre-

sión de la humanidad. La gente se apiñaba; los unos eclipsaban a los otros; o bien, pues ocurrían ambas cosas, favorecían y reclamaban una asombrosa animación, se hacían brillar mutuamente.

No podía decir si era el dolor o el placer lo que predominaba. En el páramo no habría duda alguna al respecto. Mientras caminaban —Merewether, la Reina, Elton, Mabel Waring y él —el violinista tocaba; lejos de destrozarse mutuamente las escamas, nadaban lado a lado con absoluta tranquilidad.

Era una escena hermosa, muy hermosa.

Sintió deseos cada vez más intensos de estar allí, en el páramo de Norfolk.

A continuación le contó a la señorita Merewether una historia sobre su sobrino, que vivía en Wembley; y mientras el señor Carslake hablaba, ella sentía, como siempre sentían los amigos del señor Carslake, que, pese a ser una de las personas más agradables que había conocido, George Carslake era un bicho raro. Resultaba imposible comprender sus intenciones. ¿Tenía sentimientos?, se preguntó la señorita Merewether. Y sonrió al recordar a su mayordomo. Y entonces él se marchó, eso era todo, dijo... regresaba a Dittering al día siguiente.

Un resumen

Como la casa se había llenado de gente y el ambiente era sofocante, como no había peligro de humedad en una noche como aquella, como los farolillos parecían frutos rojos y verdes en las profundidades de un bosque encantado, el señor Bertram Pritchard condujo a la señora Latham al jardín.

El aire libre y la sensación de hallarse en el exterior desconcertaron a Sasha Latham, esa mujer alta y guapa, de aspecto tan indolente y presencia tan majestuosa que nadie sospechaba su inhabilidad y su torpeza para decir algo en una fiesta. Pero así era; y se alegraba de estar con Bertram, de quien cabía esperar que, incluso al aire libre, hablaría sin cesar. Si alguien escribiera sus palabras resultaría increíble —no sólo porque todo cuanto decía era en sí mismo insignificante, sino porque no había ningún tipo de relación entre un comentario y otro—. Lo cierto es que si alguien tomase un lápiz y anotase sus palabras —y con lo que decía en una noche podía escribirse un li-

Título original: «A Summing Up». Relato publicado en *HH* y en *MDP*. En el cuaderno de VW se conserva un borrador ológrafo de la última parte y también existe una copia mecanografiada con revisiones ológrafas. El ológrafo contiene un último párrafo que no se halla en la copia mecanografiada, lo que me hace pensar que el final de ésta puede haberse perdido. Damos el texto de la copia mecanografiada con el último párrafo del ológrafo.

bro entero— nadie dudaría, al leerlas, que el pobre hombre era intelectualmente deficiente. Sin embargo, éste distaba mucho de ser el caso, pues el señor Pritchard era un respetable funcionario y Caballero de la Orden del Baño, y resultaba aún más extraño ver que todos lo apreciaban. Había cierto matiz en su voz, cierto acento o énfasis, cierto lustre en la incongruencia de sus ideas, cierta emanación surgida de su rostro moreno y regordete y su figura de petirrojo, algo inmaterial, intangible, que existía y florecía y se dejaba sentir independientemente de sus palabras y a menudo incluso se oponía a ellas. De modo que Sasha Lasham se puso a pensar mientras el señor Pritchard hablaba y hablaba de su viaje a Devonshire, de hostales y patronas, de Eddie y Freddie, de vacas y viajes nocturnos, de nata y estrellas, de ferrocarriles continentales y de Bradshaw, de la pesca del bacalao, de coger un resfriado, la gripe, el reuma y de Keats. La señorita Latham pensaba en él de modo abstracto, como alguien cuya existencia era buena, y lo iba creando mientras él hablaba, de un modo que nada tenía que ver con lo que decía, y era realmente el auténtico Bertram Pritchard, aun cuando fuese imposible demostrarlo. ¿Cómo demostrar que Bertram Pritchard era un amigo leal y servicial y...? pero llegado este punto, como solía ocurrir al hablar de Bertram Pritchard, Sasha Lasham se olvidó de su existencia y empezó a pensar en otra cosa.

Pensaba en la noche, concentrándose un poco, mirando al firmamento. Y de pronto sintió el olor del campo, la melancólica quietud de los campos bajo las estrellas, mas allí, en el jardín de la señora Dalloway, en Westminster, la belleza, a ella que había nacido y crecido en el campo, la estremecía, tal vez por el contraste; por un lado el olor del heno en el aire, y a sus espaldas los salones repletos de gente. Caminaba junto a Bertram; caminaba ligera como una gacela, abanicándose, majestuosa, en silencio, con todos sus sentidos alerta, aguzando el oído, olfateando el aire, como una criatura salvaje, aunque perfectamente controlada, que hallara su placer en la noche.

Ésta, se dijo Sasha, es la mayor de las maravillas; el lo-

gro supremo de la especie humana. Donde antes había juncos y piraguas que navegaban por el pantano ahora había esto; y pensó en la casa sólida y bien construida, llena de objetos valiosos, de personas que se acercaban unas a otras, que se separaban unas de otras, que intercambiaban opiniones, se estimulaban recíprocamente. Clarissa Dalloway la había hecho construir en los eriales de la noche, había cubierto el pantano de piedras, y, cuando llegaron al final del jardín (que era en realidad muy pequeño) y se sentaron en las tumbonas, Sasha contempló la casa con veneración, con entusiasmo, como si una flecha de oro atravesase su cuerpo y en ella se formasen las lágrimas y fluyesen, en profunda acción de gracias. Pese a ser tímida y casi incapaz de pronunciar palabra cuando le presentaban a una persona, y fundamentalmente humilde, abrigaba una profunda admiración por los demás. Sería maravilloso ser como ellos, pero estaba condenada a ser ella misma y no podía sino sentarse en un jardín, en este silencio entusiasta, y aplaudir a la sociedad humana de la cual quedaba excluida. A sus labios acudían citas poéticas en elogio de los demás; eran adorables y buenos, y sobre todo valientes, triunfadores de la noche y los pantanos, eran los supervivientes, el grupo de aventureros que, amenazado por mil peligros, se hace a la mar.

Por maligno capricho del destino, Sasha era incapaz de participar, pero sí podía sentarse y alabar, mientras Bertram hablaba, pues él era uno de esos aventureros, tal vez el camarero de a bordo o acaso un simple marinero... alguien que trepaba por los mástiles silbando alegremente. Mientras pensaba en esto, la rama de un árbol que había frente a ella se empapó e impregno de su admiración por la gente de la casa; chorreaba oro; o se ponía rígida como un centinela. Formaba parte de la galante y alegre compañía... un mástil en el que ondeaba la bandera. Había un barril junto a la tapia del jardín, y también al barril lo dotó de vida.

De pronto, Bertram, que era inquieto por naturaleza, quiso explorar los alrededores y, saltando sobre un mon-

tón de ladrillos, atisbo por encima de la tapia del jardín. Sasha hizo lo mismo y vio un cubo o tal vez una bota. La ilusión se esfumó en un segundo. Era de nuevo Londres; ese vasto mundo indiferente e impersonal; autobuses; negocios; luces en los bares; y policías bostezando.

Tras haber satisfecho su curiosidad y rellenado, con un momento de silencio, los borboteantes manantiales de la conversación, Bertram invitó al señor y la señora Nosecuántos a sentarse con ellos, acercando dos sillas más. Volvieron a sentarse, a mirar la misma casa, el mismo árbol, el mismo barril; mas sólo por el hecho de haber mirado por encima de la tapia y haber visto el cubo, o la ciudad tan indiferente como siempre, Sasha ya no podía rociar el mundo con esa nube de oro. Bertram hablaba y los Nosecuántos —por más que lo intentaba no lograba recordar si se llamaban Wallace o Freeman— respondían, y sus palabras atravesaban una fina neblina de oro y caían en la prosaica luz del día. Miró la sólida casa de estilo Queen Anne; hacía cuanto podía por recordar lo que había leído en el colegio sobre la Isla de Thorney y los hombres en piragua y las ostras, y los patos salvajes y las brumas, pero la casa le pareció un asunto propio de desagües y carpinteros, y la fiesta, nada más que un montón de gente en traje de gala.

Luego se preguntó cuál de las dos visiones era la verdadera. Veía el cubo y la casa, mitad iluminada, mitad a oscuras.

Se interrogó sobre ese alguien a quien, a su humilde manera, había creado a partir de la sabiduría y el poder de otros. La respuesta llegaba por lo general accidentalmente... e incluso se había dado el caso de que su viejo perro de aguas le contestase moviendo la cola.

Entonces, el árbol, despojado de su brillo y su majestuosidad, pareció proporcionarle una respuesta; y se convirtió en un árbol del campo, el único en un pantano. Sasha lo había visto a menudo; había visto las nubes rojas entre sus ramas o a la luna quebrada, lanzando irregulares destellos de plata. Mas ¿cuál era la

respuesta? Pues bien, que el alma —porque era consciente de que en su interior se agitaba un ser en pugna por escapar y al que ella llamaba provisionalmente el alma— es por naturaleza solitaria, un ave sin pareja; un ave posada allá, en ese árbol.

Pero entonces, Bertram, cogiéndole el brazo con su habitual familiaridad, pues la conocía de toda la vida, observó que no estaban cumpliendo con su deber y que debían volver a la casa.

En ese momento, en un callejón o en un bar, se oyó esa voz familiar, terrible, asexuada e inarticulada; un chillido, un grito. Y el ave solitaria se sobresaltó y alzó el vuelo, describiendo círculos cada vez más amplios, hasta convertirse (lo que ella llamaba su alma) en algo tan remoto como un cuervo que echa a volar espantado por una piedra.

Resultó entonces que en el curso de la conversación a la que Sasha apenas había prestado atención, Bertram había llegado a la conclusión de que le agradaba el señor Wallace, pero le desagradaba su mujer... que era «no había duda, muy inteligente.»

1926-1941

*Momentos de vida: «Los alfileres
de Slater no tienen punta»*

—Los alfileres de Slater no tienen punta... ¿te has dado cuenta? —dijo la señorita Craye, volviéndose cuando la rosa se desprendió del vestido de Fanny Wilmot y ésta se agachó con los oídos rebosantes de música para buscar el alfiler en el suelo.

Las palabras produjeron una fuerte impresión en Fanny, mientras la señorita Craye tocaba el último acorde de la fuga de Bach. ¿De verdad compraba la señorita Craye los alfileres en la tienda de Slater?, se dijo Fanny Wilmot, traspuesta por un momento. ¿Esperaba ante el mostrador como cualquier cliente y recibía una factura con la calderilla envuelta en ella, y se guardaba la calderilla en el bolso y luego, al cabo de una hora, sacaba los alfileres frente a su tocador? ¿Qué necesidad de alfileres tenía la señorita Craye? Pues más que vestirse, se enfundaba como un escarabajo en su caparazón, de azul en invierno, de verde en verano. ¿Qué necesidad de alfileres

Título original: «Moments of Being: "Slater's Pins Have No Points"». El relato adquirió su redacción definitiva poco antes del 8 de julio de 1927. Con el título «Slater's Pins Have No Points» apareció en enero de 1928 en *Forum* (Nueva York). En *HH* se publicó una versión con variantes con el título «Moments of Being: "Slater's Pins Have No Points"». Damos el texto de *Forum* con el título completo.

tenía esa mujer —Julia Craye— que vivía, al parecer, en el mundo fresco y cristalino de las fugas de Bach, interpretando para sí lo que le gustaba y aceptando sólo un par de alumnos en el Archer Street College of Music (eso decía la directora, la señorita Kingston) como favor especial a ella, que la «admiraba profundamente en todos los sentidos». La señorita Craye había quedado en muy mala situación, sospechaba la señorita Kingston, tras la muerte de su hermano. Ah, tenían cosas preciosas cuando vivían en Salisbury, y su hermano Julius era, por supuesto, un hombre muy conocido: un famoso arqueólogo. Era un gran privilegio vivir con ellos, decía la señorita Kingston («Mi familia los conocía de toda la vida... eran gente normal de Salisbury», decía la señorita Kingston), aunque resultaban un poco intimidantes para una niña; había que procurar no dar portazos o irrumpir bruscamente en una habitación. La señorita Kingston, que siempre hacía pequeños esbozos de personalidad como éste el primer día del trimestre, cuando recibía los cheques y firmaba los correspondientes recibos, sonrió llegado este punto. Sí, de niña se comportaba como un marimacho; entraba de un salto y hacía temblar las vasijas romanas de color verde y los demás objetos de la vitrina. Ninguno de los Craye estaba casado. Los Craye no estaban acostumbrados a los niños. Tenían gatos. Los gatos, eso pensaba ella, sabían tanto como el que más de urnas romanas y cosas por el estilo.

—¡Mucho más que yo! —dijo la señorita Kingston vivamente, escribiendo su nombre encima del sello con su caligrafía alegre y elegante, pues siempre había tenido un gran sentido práctico.

Entonces puede, pensó Fanny Wilmot mientras buscaba el alfiler, que la señorita Craye dijese al azar que «los alfileres de Slater no tienen punta». Ninguno de los Craye se había casado. Ella no entendía nada de alfileres... nada en absoluto. Pero deseaba romper el hechizo que había caído sobre la casa; romper el cristal que separaba a la familia de las demás personas. Cuando Polly Kingston, esa niña tan alegre, daba un portazo y hacía temblar las vasijas romanas, Julius, tras comprobar que no había daños

(ésa era su primera reacción) veía correr a Polly hacia su casa, campo a través, pues la vitrina estaba junto a la ventana; miraba con esa expresión que a veces tenía su hermana, esa mirada fija, anhelante.

«Estrellas, sol, luna», parecía decir, «la margarita en el prado, fuegos, escarcha en la ventana, mi corazón te busca. Pero,» parecía añadir siempre, «te quiebras, pasas, te vas.» Y abarcaba al mismo tiempo la intensidad de estos dos estados de ánimo con un «No puedo alcanzarte... no puedo llegar hasta ti», dicho con tristeza, con frustración. Y las estrellas se desvanecían, y la niña se marchaba.

Éste era el conjuro, ésta era la superficie cristalina que la señorita Craye deseaba romper para demostrar, interpretando magníficamente a Bach como recompensa a su alumna favorita (Fanny Wilmot sabía que era la alumna favorita de la señorita Craye), que ella pensaba lo mismo que los demás sobre los alfileres. Los alfileres de Slater no tenían punta.

Sí, así fue el «famoso arqueólogo». «El famoso arqueólogo»... y cuando pronunció estas palabras, sin dejar de firmar cheques, comprobando el día del mes, hablando con desenfado y franqueza, se advirtió en la voz de la señorita Kingston un tono indescriptible que insinuaba algo extraño, algo fuera de lo común en Julius Craye. Era tal vez lo mismo que resultaba extraño en Julia. Cualquiera juraría, pensó Fanny Wilmot mientras buscaba el alfiler, que en alguna fiesta o algún oficio religioso (el padre de la señorita Kingston era sacerdote) había oído algún chismorreo, o tal vez fuese sólo una sonrisa, o determinado tono de voz al mencionar el nombre de Julius lo que le había producido esa «sensación» con respecto a él. Ni que decir tiene que jamás lo había comentado con nadie. Puede que apenas fuese consciente de lo que quería decir. Pero cuando hablaba de Julius o alguien mencionaba su nombre, éste era el primer pensamiento que acudía a su mente: había algo extraño en Julius Craye.

Julia también tenía el mismo aspecto, sentada medio de espaldas en el taburete del piano, sonriendo. Está en el campo, está en la ventana, está en el cielo... belleza; y

yo no consigo alcanzarla; no consigo poseerla... yo, parecía añadir, con esa forma tan característica de crisar la mano, que la adoro con tal pasión, ¿daría el mundo entero por poseerla! Y recogió el clavel que se había caído al suelo, mientras Fanny buscaba el alfiler. Lo apretaba contra el regazo, pensó Fanny, de un modo voluptuoso, con las manos venosas cubiertas de anillos del color del agua, con perlas engastadas. La presión de sus dedos parecía aumentar el esplendor de la flor; embellecerla; volverla más rizada, más fresca, más inmaculada. Lo que resultaba extraño en la señorita Craye, y acaso también en su hermano, era que esa manera de crisar los dedos se combinaba con una frustración perpetua. Y lo mismo ocurría ahora con el clavel. Lo tenía entre las manos; pero no lo poseía, no disfrutaba de él en absoluto.

Ninguno de los Craye se había casado, recordó Fanny Wilmot. Tenía en mente una tarde en que la clase duró más de lo habitual y ya era de noche cuando Julia Craye dijo, «Los hombres están para protegernos», sonriendo con la misma y extraña sonrisa mientras permanecía en pie sujetándole el abrigo, cosa que, como la flor, le hacía tomar plena conciencia de su juventud y su belleza, pero que, también como la flor, sospechaba Fanny, la inhibía.

—Pero yo no quiero protección —había dicho Fanny, riéndose, y cuando Julia Craye, fijando en ella su extraordinaria mirada, dijo que no estaba segura de eso, Fanny se sonrojó ante la admiración que percibió en sus ojos.

Los hombres no servían para otra cosa, había dicho. ¿Acaso era esa la razón, se preguntó Fanny con la vista clavada en el suelo, de que la señorita Craye no se hubiese casado? A fin de cuentas no siempre había vivido en Salisbury. «La zona más bonita de Londres», había dicho en cierta ocasión, «(pero hablo de hace quince o veinte años) es Kensington. En diez minutos llegabas a los jardines... era como vivir en pleno campo. Podías cenar fuera en zapatillas sin coger frío. Kensington... entonces era como un pueblo, ¿sabes?» había dicho.

Aquí se había interrumpido para quejarse cáusticamente de las corrientes de aire en el Metro.

«Los hombres servían para eso», había dicho, con extraña y retorcida acritud. ¿Aclaraba aquello en cierto modo la cuestión de por qué no se había casado? Cabía imaginar todo tipo de escenas durante su juventud cuando, con sus dulces ojos azules, su nariz recta y firme, su habilidad para tocar el piano, su rosa floreciendo con casta pasión en la pechera de su vestido de muselina, había atraído sobre todo a ese tipo de jóvenes para quienes tales cosas, y las tazas de porcelana y los candelabros de plata, y las mesas damasquinas (pues los Craye tenían objetos así de bonitos), resultaban maravillosas; jóvenes que no eran lo bastante distinguidos; jóvenes de la ciudad episcopal con ambiciones. Los había atraído a ellos en primer lugar, y luego a los amigos de su hermano, alumnos de Oxford y Cambridge. Venían en verano, la llevaban remando río arriba, continuaban la discusión sobre Browning por correspondencia, y en las raras ocasiones en que ella visitaba Londres, se las arreglaban para llevarla a... ¿Kensington Gardens?

«La zona más bonita de Londres... Kensington. Hablo de hace quince o veinte años», había dicho en cierta ocasión. «Llegabas a los jardines en diez minutos... en pleno campo.» Cada cual podía imaginar lo que quisiese, pensó Fanny Wilmot, elegir, por ejemplo, al señor Sherman, el pintor, un viejo amigo de la señorita Craye; conseguir que la citase un soleado día de junio; que la llevase a tomar el té bajo los árboles. (También se habían encontrado en esas reuniones a las que uno acude en zapatillas sin temor a coger frío.) La tía, u otro pariente entrado en años, esperaban allí mientras ellos miraban el Serpentine. Miraban el Serpentine. Podía haberla llevado en barca hasta la otra orilla. Lo comparaban con el Avon. Ella se tomaría la comparación muy en serio, pues la vista de los ríos era cosa de suma importancia para ella. Se sentaría un poco encorvada, un poco en ángulo, pese a lo cual resultaría graciosa, manejando el timón. En el momento crítico, pues él había decidido que ése era el momento de hablar —era su única oportunidad de estar a solas con ella—, él hablaría sin volverse, mirando por encima del hombro, en una postura absurda, con gran nerviosis-

mo... y justo en ese momento ella le interrumpiría con ferocidad. Iban hacia el puente, iban a chocar, gritó. Fue un momento de horror, de desilusión, de revelación para ambos. No puedo tenerlo, no puedo poseerlo, pensaría Julia Craye. El no entendería por qué había ido ella entonces. Haría virar la barca con una fuerte sacudida de remo. ¿Sólo para desairarlo? La llevaría hasta la orilla y le diría adiós.

El escenario de esta escena podría variar a gusto de cada cual, pesó Fanny Wilmot. (¿Dónde había caído el alfiler?) Podría tener lugar en Rávena... o en Edimburgo, donde aún mantenía casa abierta para su hermana. La escena podría cambiar y también el joven y el modo exacto en que ocurrió todo; pero había algo inmutable: su negativa y su enfado y luego su rabia hacia sí misma y su alivio... sí, realmente su inmenso alivio. Al día siguiente tal vez se levantaría a las seis, se pondría el abrigo, e iría caminando desde Kensington hasta el río. Se sentía tan agradecida que por nada renunciaría a su derecho a ir hasta allí para ver las cosas en su mejor momento... es decir, antes de que la gente se levante. Podía desayunar en la cama si se le antojaba. No había sacrificado su independencia.

Sí, sonrió Fanny Wilmot, Julia no había puesto en peligro sus costumbres. Seguían intactas, y sus costumbres se habrían resentido si se hubiese casado. «Son ogros», había dicho una tarde, medio en broma, cuando otra alumna, una joven recién casada, recordando de pronto que tenía una cita con su marido, se marchó precipitadamente.

«Son ogros», había dicho, con sarcástica sonrisa. Un ogro tal vez fuese un obstáculo para desayunar en la cama; para pasear de madrugada hasta el río. ¿Qué habría ocurrido (aunque resultaba difícil imaginar tal cosa) si hubiese tenido hijos? Tomaba asombrosas precauciones ante los resfriados, la fatiga, la buena alimentación, las corrientes de aire, las habitaciones cargadas, los viajes en Metro, pues nunca era capaz de afirmar cuál de todas estas cosas era la causa de esos terribles dolores de cabeza que daban a su vida el aspecto de un campo de batalla. Se aplicaba en todo momento a burlar al enemigo, hasta que parecía que la persecución tenía su interés; si

hubiese logrado derrotar al enemigo finalmente la vida le habría parecido insípida. En realidad, la lucha era perpetua... por un lado el ruiseñor o el paisaje que con tanta pasión amaba... sí, pues los paisajes y los pájaros le hacían sentir nada menos que pasión; por otro lado, el sendero húmedo o la larga y tediosa caminata cuesta arriba que la dejaba totalmente agotada al día siguiente y traía consigo uno de esos dolores de cabeza. De tarde en tarde, cuando dirigía sus fuerzas con habilidad y conseguía visitar Hampton Court justo en esa semana en que el azafrán (esas flores brillantes y de color intenso eran sus favoritas) se encontraba en su mejor momento, lo consideraba una victoria. Era algo que perduraba; algo que siempre tendría valor. Iba ensartando la tarde en ese collar de días memorables, que no era tan largo como para que le resultase difícil recordar éste o aquél en concreto; este paisaje, aquella ciudad; tocarlo, sentirlo, saborear, suspirando, la calidad que lo convertía en único.

«El viernes pasado hizo un día tan hermoso», dijo, «que pensé que debía ir.» Y así se había marchado a Waterloo para cumplir su gran empresa —visitar Hampton Court— sola. Era natural, aunque tal vez absurdo, sentir lástima de ella, precisamente porque nunca pedía compasión (de hecho solía mostrarse reticente y hablaba de su salud como un guerrero hablaría de su enemigo)... pero siempre sentías lástima porque todo cuanto hacía lo hacía sola. Su hermano había muerto. Su hermana era asmática. El clima de Edimburgo le sentaba bien. Julia lo encontraba demasiado frío. Tal vez para ella las asociaciones fuesen también dolorosas, pues su hermano, el famoso arqueólogo, había muerto allí; y ella lo había querido mucho. Vivía en una casita en Brompton Road completamente sola.

Fanny Wilmot vio el alfiler en la alfombra; lo recogió. Miró a la señorita Craye. ¿De verdad estaba tan sola? No, la señorita Craye estaba tranquila, feliz, al menos por un momento, era una mujer feliz. Fanny la había sorprendido en un momento de éxtasis. Estaba allí sentada, medio de espaldas al piano, con las manos unidas sobre

el regazo, sujetando el clavel, mientras a sus espaldas se veía la forma cuadrada de la ventana, desprovista de cortinas, púrpura al atardecer, intensamente púrpura a causa de las brillantes bombillas eléctricas que iluminaban sin pantallas la austera sala de música. Julia Craye, allí encorvada y compacta, sujetando su flor, parecía surgir de la noche de Londres, parecía llevar la noche como un manto a sus espaldas. Parecía, por su austeridad y su intensidad, la emanación de su espíritu, algo que ella había hecho y que la envolvía, que era ella. Fanny la observó.

Todo pareció transparente por un instante a ojos de Fanny Wilmot, como si al mirar a través de la señorita Craye viese el mismísimo manantial de su ser estallar en gotas puras y cristalinas. Volvió la vista hacia el pasado, cada vez más lejos. Vio las vasijas romanas de color verde en su vitrina; oyó a los muchachos del coro jugando al cricket; vio a Julia que bajaba muy despacio las escaleras que conducían hasta el sendero; la vio servir el té bajo el cedro; estrechar dulcemente la mano del anciano entre las suyas; la vio recorrer los pasillos de la vieja vivienda catedralicia con toallas en la mano, para marcarlas; lamentarse por la insignificancia de la vida cotidiana; y envejecer lentamente, y apartar ropa cuando llegaba el verano, porque era demasiado llamativa para su edad; y cuidar de su padre enfermo; y delimitar su camino cada vez con mayor decisión a medida que su voluntad se orientaba más rigidamente hacia su solitaria meta; viajar con austeridad; calcular los gastos y sacar de su bolso cerrado a cal y canto la suma necesaria para ese viaje, o para aquel viejo espejo; aferrarse con obstinación, dijese lo que dijese la gente, a sus propios gustos. Vio a Julia...

Vio a Julia abrir los brazos; la vio encenderse; la vio arder. Resplandecía en la noche como una estrella blanca y extinguida. Julia la besó. Julia la poseyó.

—Los alfileres de Slater no tienen punta —dijo la señorita Craye, riendo de un modo extraño y relajando los brazos mientras Fanny Wilmot se sujetaba la flor en la pechera con dedos temblorosos.

La mujer del espejo: un reflejo

La gente no debería dejar espejos colgados en las habitaciones, como tampoco debería dejar abiertos talonarios de cheques o cartas en las que se confiesa algún horrible delito. Era imposible no mirar, aquella tarde de verano, el gran espejo que había fuera, en el vestíbulo. El azar así lo había dispuesto. Desde las profundidades del sofá, en la sala de estar, se veía reflejado en el espejo italiano no sólo la mesa de mármol que había enfrente, sino también un trozo de jardín. Se veía un largo sendero de hierba que discurría entre macizos de altas flores hasta que el marco dorado del espejo lo cortaba en una esquina.

La casa estaba vacía y te sentías, puesto que eras la única persona que había en la sala de estar, como uno de esos naturalistas que, cubiertos de hierba y hojas, permanece agazapado para observar a los animales más tímidos — como el tejón, la nutria o el martín pescador — que merodean libremente por los alrededores sin ser vistos. Esa tarde la habitación estaba llena de criaturas así de tímidas, de luces y sombras, cortinas ondeando, pétalos ca-

Título original: «The Lady in the Looking-Glass: A Reflection». Existen dos copias mecanografiadas del relato, una con fecha 28 de mayo de 1929 y otra sin fecha. Se publicó en *Harper's Magazine* en diciembre de 1929, en *Harper's Bazaar* (Nueva York) en enero de 1930 (con el título «In the Looking Glass») y se recogió en *HH*. Damos el texto de *Harper's Magazine*.

yendo... cosas que nunca ocurren, al parecer, cuando alguien mira. La vieja y silenciosa estancia campestre, con sus alfombras, su chimenea de piedra, sus librerías empotradas y sus escritorios lacados en rojo y oro, estaba llena de criaturas nocturnas como éstas. Llegaban haciendo piruetas, caminando delicadamente de puntillas con las colas en abanico y picoteando con sus picos insinuantes, como grullas o bandadas de elegantes flamencos que hubiesen perdido su color rosado, o como pavos reales con las colas veteadas de plata. Y había también sombríos resplandores y oscurecimientos, como si una sepia tiñese súbitamente el aire de púrpura; y la sala tenía sus pasiones y furias y envidias y penas, que la acechaban y la cubrían, como un ser humano. Nada permanecía igual durante más de dos segundos.

Pero, fuera, el espejo reflejaba la mesa del vestíbulo, los girasoles y el jardín con tanta nitidez y tan fijamente que parecían atrapados de manera irremediable en su propia realidad. Era un contraste extraño: todo fugacidad aquí, todo quietud allá. Resultaba imposible evitar que la mirada saltase de una cosa a otra. Además, como todas las puertas y ventanas estaban abiertas al calor, había un constante suspiro interrumpido, la voz de lo transitorio y lo perecedero, que iba y venía como el aliento humano, mientras en el espejo las cosas habían dejado de respirar y permanecían inmóviles en el éxtasis de la inmortalidad.

Hacía media hora que la señora de la casa, Isabella Tyson, había recorrido el sendero con su ligero vestido de verano, su cesta, y había desaparecido, cortada por el marco dorado del espejo. Era de suponer que había ido a por flores a la parte baja del jardín; o, como parecía más natural, a cortar un planta ligera y fantástica y frondosa y trepadora, una clemátide, o uno de esos elegantes manojos de corregüela que se retuercen sobre feos muros y estallan aquí y allá en brotes blancos y violetas. Isabella se parecía más a la fantástica y trémula corregüela que al erecto áster, la almidonada zinnia, o a sus propias rosas ardientes y encendidas como farolas en los rígidos postes de sus rosales. La comparación revelaba cuán

poco, después de tantos años, sabíamos de ella. Porque es imposible que una mujer de carne y hueso, a sus cincuenta y cinco o sesenta años, sea realmente una corona de flores o un zarcillo. Tales comparaciones son completamente ociosas y superficiales... son incluso crueles, pues se interponen temblorosamente como la corregüela entre la propia mirada y la verdad. Ha de existir la verdad; ha de haber un muro. Y, sin embargo, era extraño que conociéndola después de tantos años fuese imposible decir cuál era la verdad sobre Isabella; que aún se hiciesen frases como ésta sobre corregüelas y clemátides. En cuanto a los hechos, era un hecho que Isabella era una solterona; que era rica; que había comprado esta casa y reunido con esfuerzo —llegando a veces hasta los rincones más oscuros del mundo y con gran riesgo de picaduras venenosas y enfermedades orientales— las sillas, los escritorios y las alfombras que ahora vivían su existencia nocturna ante nuestros ojos. En ocasiones parecía como si supiesen más sobre ella de lo que a nosotros, que nos sentábamos en ellas, escribíamos en ellos y las pisábamos con tanto cuidado, nos estaba permitido saber. En cada uno de estos escritorios había montones de cajones pequeños, y cada uno de estos cajones contenía casi con seguridad cartas, cartas atadas con lazos, perfumadas con varitas de lavanda o pétalos de rosa. Pues también era un hecho —si es que son los hechos lo que importa— que Isabella había conocido a mucha gente, había tenido muchas amistades; y por eso, quien tuviera la audacia de abrir un cajón y leer sus cartas, encontraría indicios de muchas discusiones, citas, re- criminationes por haber faltado a las citas, largas e íntimas cartas de amor, violentas cartas de celos y reproches, terribles palabras de despedida... pues todos aquellos encuentros y citas habían quedado en nada... es decir, Isabella nunca se casó, y sin embargo, a juzgar por la indiferencia de su rostro, que era como una máscara, había vivido veinte veces más pasión y experiencias que esos que pregonan sus amores a los cuatro vientos. Bajo la tensión de pensar en Isabella la habitación se volvió más sombría y simbólica; los rincones parecían más oscuros,

las patas de las sillas y las mesas más alargadas y jero-glíficas.

Estas reflexiones concluyeron violentamente, y sin el menor ruido. Una figura grande y negra apareció en el espejo; lo borró todo, dejó sobre la mesa un montón de losetas de mármol con vetas rosas y grises, y desapareció. Pero la escena quedó alterada por completo. Por el momento resultaba irreconocible e irracional y enteramente borrosa. Era imposible relacionar las losetas con algún propósito humano. Y luego, poco a poco, se vieron afectadas por cierto proceso lógico que comenzó a poner en ellas orden y sentido y a situarlas en el marco de lo habitual. Finalmente resultaron ser simples cartas. El hombre había traído el correo.

Allí estaban, sobre la mesa de mármol, rezumando luz y color al principio, y en estado bruto, sin absorber. Y luego fue extraño ver cómo se desplazaban y colocaban y ordenaban e integraban en la escena y recibían la quietud y la inmortalidad que el espejo confería. Permanecían allí dotadas de una nueva realidad y una nueva importancia y también de una mayor solidez, como si hiciese falta un cincel para separarlas de la mesa. Y, ya fuese o no una fantasía, parecían haberse convertido en algo más que un puñado de cartas, en tablillas con la verdad eterna grabada en ellas... quien pudiese leerlas descubriría todo cuanto había que saber acerca de Isabella, sí, y también acerca de la vida. Las páginas interiores de estos sobres de aspecto marmóreo debían de poseer un significado tallado con profundidad y grabado con claridad. Isabella entraría y las cogería, una por una, muy despacio, y las abriría, y las leería detenidamente, palabra por palabra, y luego, con un profundo suspiro de comprensión, como si hubiese llegado hasta el fondo de todas las cosas, rompería los sobres en trocitos pequeños y ataría las cartas y cerraría el cajón del escritorio decidida a ocultar lo que no deseaba que nadie supiera.

Este pensamiento resultó ser como un desafío. Isabella no quería que se supiera... pero no podría seguir evitándolo por más tiempo. Era absurdo, era monstruoso. Si

tanto ocultaba y tanto sabía, sería preciso abrir el interior de Isabella con el instrumento que hubiese más a mano: la imaginación. Había que fijar la mente en ella en ese preciso instante. Había que retenerla allí. Había que negarse a ser intimidado de nuevo con dichos y hechos como los que producía el momento: con cenas y visitas y conversaciones de cortesía. Había que ponerse en el lugar de Isabella. Tomando la frase en su sentido literal resultaba fácil ver los zapatos que calzaba en ese momento, allí en la parte baja del jardín. Eran muy estrechos y alargados y elegantes: hechos del más suave y flexible cuero. Como todo lo que Isabella llevaba, eran exquisitos. Y ella permaneció en pie, junto al alto seto, en la parte baja del jardín, empuñando las tijeras que llevaba colgadas de la cintura para cortar alguna flor marchita, alguna rama que hubiese crecido en exceso. El sol le caía a plomo en la cara, en los ojos; pero no, en el momento crítico un velo de nubes ocultó el sol, dibujando en sus ojos una expresión dubitativa... ¿era burlona o tierna, alegre o triste? Sólo se veía el perfil impreciso de su hermoso rostro, más bien difuso, mirando al cielo. Tal vez pensaba que debía encargar una redecilla nueva para las fresas; que debía enviar flores a la viuda de Johnson; que ya era hora de visitar a los Hipplesley en su nueva casa. Ésas eran sin duda las cosas de las que hablaba durante la cena. Lo que querías captar y verter en palabras era su ser más íntimo, ese estado que es a la mente lo que la respiración es al cuerpo, eso que llamamos felicidad o infelicidad. Al mencionar estas palabras resultaba evidente que ella tenía que ser feliz. Era rica; era distinguida; tenía muchas amistades; viajaba: compraba alfombras en Turquía y vasijas azules en Persia. Avenidas de placer partían en distintas direcciones del lugar donde se encontraba Isabella, con sus tijeras levantadas para cortar las ramas temblorosas mientras las finas nubes velaban su rostro.

Con un rápido movimiento de tijeras cortó el ramo de clemátides y éste cayó al suelo. Y mientras caía, seguro que también la luz se volvió más intensa y fue posible adentrarse un poco más en su ser. Luego la ternura y la

pena inundaron su mente... Cortar una rama que había crecido en exceso la entristecía porque era un ser vivo y la vida era algo muy preciado para ella. Sí, y al mismo tiempo, la caída de la rama le recordaría que también ella habría de morir y le haría pensar en la futilidad y la evanescencia de las cosas. Y más tarde, interrumpiendo rápidamente este pensamiento, con su buen juicio, pensó que la vida la había tratado bien; aun cuando habría de caer, sería para yacer sobre la tierra y pudrirse dulcemente entre las raíces de las violetas. De modo que allí estaba, pensando. Y sin llegar a definir ningún pensamiento —pues era una de esas personas reservadas cuyas mentes guardan sus reflexiones enredadas en nubes de silencio—, Isabella estaba llena de pensamientos. Su mente era como su sala de estar, donde las luces avanzaban y retrocedían, hacían piruetas y caminaban suavemente, desplegaban sus colas, picoteaban su camino; y entonces, todo su ser quedaba bañado, como la sala, por una nube de conocimiento profundo, una pena secreta, y luego se llenaba de cajones cerrados, atestados de cartas, como sus escritorios. Hablar de «abrir el interior de Isabella» como si fuese una ostra, emplear para ella sólo las mejores herramientas, las más sutiles y más dúctiles, era irreverente y absurdo. Había que imaginar... ahora estaba en el espejo. Te hacía sobresaltarte.

Al principio estaba tan lejos que resultaba difícil verla con claridad. Se acercó sin prisa, con vacilación, colocando una rosa aquí, levantando un clavel allá para olerlo, pero sin detenerse en ningún momento; y fue creciendo más y más en el espejo, volviéndose más y más plenamente la persona en cuya mente intentabas penetrar. La ponías a prueba poco a poco... encajabas en aquel cuerpo visible las cualidades que habías descubierto. Allí estaba su vestido gris verdoso, y sus zapatos alargados, su cesta, y algo brillaba en su cuello. Llegó de un modo tan gradual que no parecía estropear la imagen del espejo sino introducir un elemento nuevo que se movía con suavidad y alteraba los demás objetos, como pidiéndoles, con cortesía, que hiciesen sitio para ella. Y las cartas y la

mesa y el sendero y los girasoles que habían aguardado en el espejo, se separaron y abrieron para acogerla entre ellos. Finalmente estaba allí, en el vestíbulo. Se detuvo. Se quedó de pie junto a la mesa. Estaba absolutamente inmóvil. De inmediato, el espejo empezó a derramar sobre ella una luz que parecía dejarla allí clavada; que parecía corroer como el ácido lo accesorio y superficial, dejando sólo la verdad. Era un espectáculo delicioso. Todo se desprendía de ella... nubes, vestido, cesta, brillante... todo lo que habías llamado corregüela o clemátide. Allí estaba el sólido muro. Aquí la mujer. Permanecía de pie, desnuda, bajo esa luz despiadada. Y no había nada. Isabella estaba absolutamente vacía. No tenía pensamientos. No tenía amigos. No se preocupaba por nadie. En cuanto a su correspondencia, todo eran facturas. Mírala ahí de pie, vieja y angulosa, con sus venas y sus arrugas, con la nariz alta y el cuello lleno de pliegues, ni siquiera se toma la molestia de abrirlas.

La gente no debería dejar espejos colgados en las habitaciones.

La fascinación del estanque

Debía de ser muy profundo... lo cierto es que no se veía el fondo. La franja de juncos que bordeaba la orilla era tan densa que sus reflejos producían una oscuridad como la de las aguas muy profundas. Sin embargo, en el centro había algo blanco. La granja, situada a poco más de un kilómetro, estaba en venta, y alguien muy celoso de su deber, o tal vez un chiquillo bromista, había clavado uno de los carteles que anunciaban la venta de la granja, con sus caballos, sus aperos de labranza y sus jóvenes novillas, en la cepa de un árbol que había junto al estanque. El cartel blanco se reflejaba en el agua y, cuando el viento soplaba, el centro del estanque parecía ondular y rizarse como la ropa tendida. Se podían leer las grandes letras rojas «Romford Mill» grabadas en el agua. Un matiz rojo teñía el verde que ondulaba de orilla a orilla.

Pero te sentabas entre los juncos y observabas el estanque —los estanques ejercen una curiosa fascinación, aunque no se sepa muy bien en qué consiste—, las letras rojas y negras y el papel blanco parecían reposar suave-

¹ Título original: «The Fascination of the Pool». Damos el texto de la copia mecanografiada con revisiones ológrafas, fechado en 29 de mayo de 1929.

mente sobre la superficie, mientras debajo transcurría una profunda vida subacuática, como el rumor, el murmullo de una mente. Mucha, muchísima gente ha debido de ir hasta allí a solas, de vez en cuando, de siglo en siglo, a derramar sus pensamientos en el agua, a hacerle alguna pregunta, como las que yo me hacía aquella tarde de verano. Tal vez fuera esa la causa de su fascinación: que contenía en sus aguas todo tipo de fantasías, quejas, confidencias no impresas o formuladas en voz alta, sino en estado líquido, flotando unas sobre otras, casi incorpóreas. Un pez nadaría entre ellas, sería partido en dos por la hoja de un junco; o la luna las aniquilaría con su gran disco blanco. El encanto del estanque residía en que allí habían dejado sus pensamientos gentes que ya se habían marchado y, sin sus cuerpos, sus pensamientos vagaban libremente, cordiales y comunicativos, en el estanque común.

Algunos de estos pensamientos en estado líquido parecían unirse y modelar personas reconocibles... sólo por un momento. Y veías un rostro sonrosado y con patillas reflejado en el estanque, inclinándose sobre él, bebiendo. Vine aquí en 1851, tras la euforia de la Exposición Universal. Vi a la Reina cuando la inauguró ¹. Y la voz cloqueaba con fluidez, con soltura, como si él se hubiese quitado sus botas de montar y hubiese dejado su sombrero de copa a la orilla del estanque. ¡Dios mío, qué calor hacía! y ahora todo ha terminado, todo se ha desmoronado, por supuesto, parecían decir los pensamientos balanceándose entre los juncos. Pero yo estaba enamorado, comenzó a decir otro pensamiento, deslizándose silenciosa y ordenadamente sobre el anterior, como peces que no se estorban unos a otros. Una muchacha; bajábamos desde la granja (cuyo anuncio de venta se refleja en la superficie del agua) aquel verano de 1662. Los soldados nunca nos veían desde el camino. Hacía mucho calor. Nos tumbábamos aquí. Ella yacía oculta entre los

¹ La Exposición Universal, celebraba en el Palacio de Cristal de Hyde Park, fue inaugurada por la reina Victoria el 1 de mayo de 1851.

juncos, con su amante, riendo y nadando en el estanque, pensamientos de amor eterno, de besos ardientes y desesperación. Y yo era muy feliz, dijo otro pensamiento, rebotando bruscamente en la desesperación de la muchacha (pues se había ahogado en el estanque). Yo venía aquí a pescar. Nunca atrapamos la carpa gigante, pero la vimos una vez... el mismo día que Nelson luchaba en Trafalgar². La vimos debajo del sauce ¡Dios mío! ¡qué grande era! Dicen que nunca la pescaron. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!, suspiró otra voz, deslizándose sobre la voz del muchacho. Una voz tan triste debía de venir desde las profundidades del estanque. Se alzó desde debajo de las otras como una cuchara que arrastra todos los objetos contenidos en un cuenco de agua. Ésta era la voz que todos queríamos oír. Las demás voces se deslizaron lentamente hacia la orilla del estanque para escuchar la voz³ que tan triste parecía... seguramente conocía la razón de todo aquello. Pues todos querían saber.

Me acerqué más al estanque y separé los juncos para ver más hondo, a través de los reflejos, a través de los rostros, a través de las voces, hasta el fondo. Pero allí, debajo del hombre que había estado en la Exposición y de la muchacha que se había ahogado y del muchacho que había visto la carpa y de la voz que gritaba ¡ay de mí! ¡ay de mí!, siempre había algo más. Siempre había otro rostro, otra voz. Un pensamiento llegaba y ocultaba al otro. Pues, si bien en algunos momentos parece que la cuchara está a punto de sacarnos a todos, con nuestros pensamientos y anhelos y preguntas y confesiones y desilusiones, a la luz del día, por alguna razón siempre resbala y todos volvemos a hundirnos en el estanque. Y una vez más su centro queda completamente cubierto por el reflejo del letrero que anuncia la venta de la granja Romford Mill. Ésa es quizá la razón por la que nos gusta tanto sentarnos y contemplar los estanques.

² Lord Nelson murió luchando contra la flota de Napoleón en la batalla de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805.

³ VW suprimió aquí «del gran adivino».

Tres escenas

Primera escena

Es imposible no ver escenas; porque si mi padre fuese herrero y el de usted un par del reino, los dos seríamos necesariamente como un cuadro para el otro. Es muy posible que no podamos escapar del marco del cuadro hablando un lenguaje sencillo. Usted me ve apoyado en la puerta de la herrería con una herradura en la mano y al pasar por allí piensa: «¡Qué pintoresco!» Yo, al verlo a usted tan a sus anchas, sentado en el coche, casi en actitud de saludar al populacho, pienso: «¡Qué imagen de la vieja Inglaterra aristocrática y fastuosa!» Sin duda los dos nos equivocamos por completo en nuestros juicios, pero eso es inevitable.

Y entonces, a la vuelta del camino, vi una de esas escenas. Podría llamarse «El marinero vuelve a casa» o algo por el estilo. Un joven y apuesto marinero cargado con un petate; una muchacha cogida de su brazo; los vecinos congregándose; el jardín de una casita de campo inflamado de flores; al pasar, leí al pie de la escena que el marinero había regresado de China y que una espléndida comilona le aguardaba en el salón; y él traía en el petate un

Titulo original: «Three Pictures». Publicado por primera vez en *The Death of the Moth* —de donde proviene el texto que damos—. Leonard Woolf indica allí que fue escrito en junio de 1929.

regalo para su joven mujer; y ella pronto le daría su primer hijo. Todo estaba en orden y era bueno y como tenía que ser, sentí ante aquella escena. Había algo pleno y satisfactorio en la visión de tal felicidad; la vida parecía más dulce y envidiable que antes.

Y, así pensando, los dejé atrás, completando la escena lo mejor que pude, fijándome en el color del vestido de ella, de los ojos de él, y viendo al gato rubio escabullirse por la puerta de la casa.

La escena flotó ante mis ojos durante algún tiempo, haciendo que la mayoría de las cosas pareciesen más vivas, cálidas y sencillas de lo normal; y haciendo que algunas cosas pareciesen ridículas; y otras incorrectas y otras correctas, y más llenas de sentido que antes. Durante aquel día y el siguiente, en los ratos de ocio, la escena me volvía a la cabeza, y con envidia, pero con bondad, pensaba en la felicidad del marinero y de su mujer; me preguntaba qué estarían haciendo, que estarían diciendo en ese momento. La imaginación produjo otras escenas que surgían de esta primera, una escena del marinero cortando leña y cargando agua; hablaban de China; la muchacha colocó su regalo sobre la repisa de la chimenea, donde todos pudiesen verlo; y comenzó a coser la ropa para su bebé, y todas las puertas y ventanas estaban abiertas al jardín, de manera que se oía el revoloteo de los pájaros y el zumbido de las abejas, y Rogers —así se llamaba él— era incapaz de expresar cuánto le agradaba todo aquello después de los mares de China. Y fumaba su pipa, con un pie en el jardín.

Segunda escena

Un grito desgarrador atravesó el pueblo en plena noche. Después se oyó el ruido de algo que se arrastraba; y luego silencio sepulcral. Todo cuanto podía verse desde la ventana era la rama del lilo que colgaba inmóvil y pesada sobre el camino. Era una noche cálida y tranquila. No había luna. El grito hizo que todo pareciese siniestro. ¿Quién había gritado? ¿Por qué había gritado? Era una

voz de mujer que a causa de la intensidad del sentimiento se había vuelto casi asexual, casi inexpresiva. Era como si la naturaleza humana gritase contra alguna iniquidad, algún horror inexpresable. Reinaba un silencio sepulcral. Las estrellas brillaban perfectamente serenas. Los campos reposaban en calma. Los árboles permanecían inmóviles. Y sin embargo, todo parecía culpable, condenado, siniestro. Sentí que era preciso hacer algo. Debería aparecer alguna luz oscilando, moviéndose agitadamente. Alguien debería bajar corriendo por el camino. Las ventanas de la casa deberían iluminarse. Y luego quizá otro grito, pero menos asexual, menos mudo, aliviado, apaciguado. Pero no apareció luz alguna. No se oyeron pasos. No hubo un segundo grito. El primero se había ahogado, y después reinó un silencio sepulcral.

Yo estaba tendida en la oscuridad escuchando con atención. No había sido más que una voz. No había con qué relacionarla. Ningún tipo de imagen vino a interpretarla, a hacerla inteligible. Y cuando la oscuridad se levantó al fin, no vi sino una oscura silueta humana, casi informe, que en vano alzaba un gigantesco brazo contra alguna iniquidad abrumadora.

Tercera escena

El buen tiempo continuaba sin interrupción. De no haber sido por aquel grito aislado en la noche se podría pensar que la tierra había arribado a puerto, que la vida había cesado de derivar con el viento en popa, que había alcanzado alguna cala en calma y allí permanecía anclada, sin apenas moverse, en las tranquilas aguas. Pero el ruido persistía. Dondequiera que fueses, por ejemplo durante un largo paseo por las montañas, algo parecía agitarse bajo la superficie, haciendo que la paz, la armonía reinante, resultasen un poco irreales. Las ovejas se apiñaban en la ladera de la montaña; el valle se extendía en largas ondulaciones como una suave cascada de agua. El paseo discurría entre granjas solitarias. El cachorro corre-

teaba por el patio. Las mariposas revoloteaban alrededor de los tojos. Todo parecía tranquilo y en calma. Y sin embargo, seguía pensando, un grito lo había rasgado; toda aquella belleza había sido su cómplice aquella noche. Había consentido en permanecer serena, en seguir siendo hermosa; pero podía quebrarse de nuevo en cualquier momento. Aquella bondad, aquella seguridad eran sólo superficiales.

Y para aliviar ese inquietante estado de ánimo volví a la escena del marinero que regresaba a casa. La vi otra vez completa, añadiendo pequeños detalles —el color azul del vestido de ella, la sombra del árbol cubierto de flores amarillas— que no había empleado anteriormente. Se habían detenido en la puerta de la casa, él con el petate al hombro, ella rozando ligeramente con la mano la manga de su camisa. Y un gato rubio se había colado por la puerta entreabierta. Y así, al adentrarme gradualmente en cada detalle de la escena, fui persuadiéndome poco a poco de que lo que yacía bajo la superficie no era traicionero y siniestro, sino tranquilo y alegre y bienintencionado. Las ovejas paciendo, las ondulaciones del valle, la granja, el cachorro, las mariposas bailarinas, parecían afirmarlo así en todo momento. Y, de este modo, volví a casa con la mente fija en el marinero y su mujer, imaginando más y más escenas sobre ellos de manera que cada nueva escena de felicidad y satisfacción podía superponerse a aquel desasosiego, a aquel grito espeluznante, aplastándolo y silenciándolo bajo su peso hasta que dejaba de existir.

Allí estaba por fin el pueblo, el patio de la iglesia que yo debía cruzar; y al entrar en él pensé, como siempre, en lo apacible que era aquel lugar, con la sombra de sus tejos, sus lápidas borradas, sus tumbas anónimas. La muerte es alegre aquí, sentí. ¡Pero miren qué escena! Un hombre cavaba una tumba y un grupo de niños merendaba junto a ella. Mientras las paladas de tierra amarilla volaban por el aire, los niños permanecían tumbados alrededor, comiendo pan con mermelada y bebiendo leche en grandes tazones. La mujer del enterrador, una mujer

gruesa y bondadosa, se había recostado en una lápida y había extendido su delantal sobre la hierba, junto a la tumba abierta, a modo de mantel para la merienda. Algunos terrones de barro habían caído sobre el mantel. A quién iban a enterrar, pregunté. ¿Había muerto al fin el anciano Mr. Dodson? «¡Oh! No. Es para el joven Rogers, el marinero», contestó la mujer mirándome fijamente. «Murió hace dos noches, de una fiebre extraña. ¿No oyó a su mujer? Salió corriendo al camino y gritó... ¡Pero Tommy, te has puesto perdido de tierra!»

¡Qué escena!

*Escenas de la vida de un oficial
de la armada británica*

Las agitadas aguas del Mar Rojo rompían contra la portilla; de vez en cuando un delfín saltaba del agua o un pez volador hacía explotar un arco de fuego en pleno aire. El capitán Brace estaba sentado en su camarote frente a un mapa extendido sobre la vasta superficie de la mesa. Su rostro llevaba grabada una expresión que parecía tallada por un negro a partir de un tronco bien maduro, pulido durante cincuenta años y puesto a secar bajo el sol tropical; expuesto a un frío helador; azotado por las lluvias del trópico; y finalmente erigido como un ídolo ante serviles multitudes. Había cobrado la expresión inescrutable del ídolo al que se han formulado preguntas durante siglos sin obtener respuesta.

El camarote no tenía más mobiliario que la enorme mesa y una silla giratoria. Pero de la pared, a espaldas del capitán, colgaban siete u ocho artefactos de rostro blanco cuyas esferas llevaban grabados números y símbolos sobre los que se movían unas manecillas muy finas, a veces con un avance tan lento que resultaba imperceptible, a veces con un salto repentino y decisivo. Cierta sustancia invisible estaba siendo dividida, medida, pesada y

Título original: «Scenes from the Life of a British Naval Officer». Esbozo escrito probablemente a finales de 1931. Damos el texto de la copia mecanografiada con revisiones ológrafas que carece de fecha.

contada de siete u ocho maneras diferentes al mismo tiempo. Y, como la sustancia en sí era invisible, la medición, la división, el peso y el recuento se realizaban de manera inaudible. Ni un sonido rompía el silencio. En el centro de los artefactos colgaba la fotografía de una mujer con tres plumas de avestruz en la cabeza.

El capitán Brace hizo girar su silla y se situó frente a las esferas y la fotografía. El ídolo había dado súbitamente la espalda a los suplicantes. La espalda del capitán Brace estaba enfundada en un traje ceñido a su cuerpo como la piel de una serpiente. Su espalda era tan inescrutable como su rostro. Lo mismo daba que los suplicantes dirigiesen sus oraciones a su rostro o a su espalda. De pronto, tras escudriñar largamente la pared, el capitán Brace se dio la vuelta. Cogió un compás y empezó a esbozar en un gran pliego cuadriculado un dibujo de tal complejidad y exactitud que cada trazo parecía crear un objeto inmortal que perduraría exactamente así para siempre. El silencio permanecía intacto, pues el murmullo del mar y el zumbido de las máquinas era tan regular e invariable que también parecía silencio expresado mediante un vehículo diferente.

De repente —cada movimiento, cada sonido era repentino en un ambiente tan cargado de tensión— se oyó un gong. Temblores, intensos como contracciones musculares, agitaban el aire. El ruido sonó tres veces. Por espacio de tres veces el ambiente así crispado se tensó en fuertes contracciones musculares. La última había durado tres segundos y justo entonces el capitán se levantó. Con la rapidez de una acción automática, colocó un papel secante sobre su dibujo con una mano; con la otra se puso la gorra. A continuación se dirigió a la puerta: luego bajó los tres escalones que conducían a cubierta. Cada distancia parecía ya dividida en numerosas etapas; y su último paso le llevó exactamente a una tablazón de cubierta en particular, a su puesto frente a quinientas chaquetas azules. Quinientas manos derechas volaron con precisión a sus cabezas. Cinco segundos después, la mano derecha del capitán voló hasta su cabeza. Tras esperar

exactamente dos segundos cayó como cae la señal cuando el tren ya ha pasado. El capitán Brace avanzaba con el mismo paso medido entre las filas de chaquetas azules, y tras él, a la debida distancia, iba un grupo de oficiales también de uniforme. Pero en la puerta del comedor el capitán se cruzó con ellos, recibió su saludo, lo devolvió cumplidamente y se retiró a cenar solo.

Estaba sentado a solas frente a la mesa del comedor como antes había estado sentado a solas frente a su escritorio. De los camareros que le servían nunca había visto más que las manos blancas, trayendo los platos, llevándoselos. Cuando las manos no eran blancas los camareros eran despedidos. Sus ojos nunca miraban más allá de las manos y los platos. En ordenada sucesión, la carne, el pan, los pasteles y la fruta eran depositados ante el ídolo. El fluido rojo de la copa de vino descendía lentamente, ascendía, descendía, ascendía y volvía a descender. La carne desapareció, y también los pasteles, y la fruta. Finalmente, cogiendo un trozo de pan del tamaño de una bola de billar, el capitán rebañó el plato, se comió el pan y se levantó. Ahora sus ojos miraban directamente al frente. Todo cuanto encontraban a su paso —pared, espejo, varilla de latón— quedaba atrás, como si nada tuviera la suficiente solidez para interceptarlos. De manera que avanzaba como si siguiese la estela del rayo que proyectaban sus ojos hacia arriba, hacia una escalera de hierro que conducía a una plataforma, dejando cada vez más abajo estos obstáculos, hasta que se encontró en una plataforma de hierro en la que había un telescopio. Miró por el telescopio y éste se convirtió al punto en una prolongación de sus ojos, como una envoltura córnea que se hubiese formado con el fin de delimitar la penetración de su visión. Al mover el telescopio hacia arriba y hacia abajo parecía como si lo que se moviera fuese su ojo cubierto por una larga envoltura córnea.

La señorita Pryme

Fue la determinación de dejar el mundo mejor de lo que lo había encontrado —y lo había encontrado en Wimbledon, muy monótono, muy próspero, muy aficionado al tenis, muy desconsiderado, distraído y poco dispuesto a prestar atención alguna a cuanto ella dijese o desease— lo que llevó a la señorita Pryme, la tercera hija de uno de los médicos de Wimbledon, a establecerse en Rusham a la edad de treinta y cinco años.

Era un pueblo venido a menos: en parte, decían, porque no había autobuses; y la carretera que conducía a la ciudad resultaba impracticable en invierno; de ahí que Rusham viviese sin ningún tipo de presión de la opinión pública; el señor Pember, el párroco, jamás llevaba un alzacuellos limpio; jamás se bañaba; y de no haber sido por Mabel, su vieja criada, muchas veces habría aparecido en la iglesia con aspecto poco presentable¹. Por supuesto, no había cirios en el altar; la pila del agua bendita estaba rota; y la señorita Pryme había sorprendido al párroco

Título original: «Miss Pryme». Se da el texto de la copia mecanografiada, carente de fecha.

¹ El señor Pember, el rector, tiene cierto parecido con el reverendo James Hawkesford de Rodmell, tal y como VW lo describe en su diario, el 25 de septiembre de 1927 (DIII, 159). El señor Hawkesford aparece en «La viuda y el loro».

escabulléndose en pleno oficio litúrgico para fumar un cigarrillo en el cementerio. Pasó los tres primeros años en aquel pueblo sorprendiendo a la gente haciendo lo que no debía. Las puntas de las ramas del olmo del señor Bent arañaban los féretros cuando éstos subían por el camino; había que podarlas. La cerca del señor Carr se venía abajo; había que reconstruirla. La señora Pye bebía. De todos era sabido que la señora Cole vivía con el policía. Cuando la señorita Pryme sorprendió a todas estas gentes haciendo lo que no debían, su expresión se tornó agria; se encorvó; miraba con recelo a cuantos encontraba; y decidió comprar la casa en la que vivía de alquiler; sin duda podría hacer el bien en aquel pueblo.

En primer lugar se ocupó del asunto de los cirios. Se las arregló sin servicio doméstico; de este modo ahorró lo suficiente para comprar largos cirios litúrgicos en una tienda eclesiástica de Londres. Se ganó el derecho de colocarlos en el altar fregando el suelo de la iglesia; cosiendo un paño para el altar; y representando un acto de la *Noche de Epifanía* para recaudar fondos con los que reparar la pila bautismal. Luego fue a ver al señor Pember con sus cirios. El se encendió otro cigarrillo y lo sostuvo entre los dedos amarillos de nicotina. Su rostro, su cuerpo era como una maraña de zarzas, descuidado, espinoso, colorado, desaliñado. Y entre dientes dijo que no quería los cirios. Que las costumbres papales no iban con él... nunca habían ido. Y se alejó arrastrando los pies hasta la verja de la granja, fumando y hablando de los cerdos de Cropper.

La señorita Pryme esperó. Organizó una tómbola benéfica con el fin de recaudar fondos para arreglar el tejado de la iglesia. El obispo estuvo presente. Una vez más, la señorita Pryme comentó con el señor Pember el asunto de los cirios. Y mencionó al obispo, dicen, en busca de apoyo... dicen; pues en ese momento el pueblo estaba dividido en dos bandos que ofrecían distintas versiones de lo que ocurrió cuando la señorita Pryme se peleó con el párroco. Unos se ponían del lado de la señorita Pryme; otros del señor Pember. Unos tomaban partido

por los cirios y la rectitud; otros por el querido anciano y la tranquilidad; y el señor Pember recordó a la señorita Pryme, visiblemente malhumorado, que el párroco era él; que no quería saber nada de cirios; que no había más que hablar del asunto. La señorita Pryme se retiró a su casa y guardó los cirios cuidadosamente envueltos en un cajón de la cómoda. Jamás volvió a casa del párroco.

Pero el párroco era un hombre muy anciano; la señorita Pryme no tenía más que esperar. Entretanto, siguió mejorando el mundo. Pues no había nada que le proporcionase más veloz sensación del paso del tiempo. En Wimbledon se consumía lentamente, aquí volaba. Lavó los platos del desayuno y rellenó formularios. Luego redactó informes. A continuación clavó una nota en un tablero en el jardín. Después visitó las demás casas. Acompañó noche tras noche al anciano Malthouse en su agonía, ahorrando un montón de problemas a sus parientes ². Una nueva y deliciosa sensación comenzaba poco a poco a hormiguear y bullir en sus venas. Era mejor que el amor conyugal; mejor que los hijos; era el poder de mejorar el mundo; el poder sobre el enfermo, el analfabeto, el borracho. Cada vez más a menudo, cuando subía calle arriba a paso ligero con su cesta colgada del brazo, o entraba en la iglesia con su escoba, se encontraba con una segunda señorita Pryme más generosa, más justa, más radiante y admirable que la primera. En realidad, mirarla era como mirar a Florence Nightingale; y antes de cinco años, estas dos mujeres fueron una y la misma ³.

² Henry Malthouse, el propietario del *pub* de Rodmell «The Abergavenny Arms», murió en la primavera de 1933. Es el entierro de su hijo el que VW relata en «Tres escenas» y DIII, 154.

³ El parecido de la señorita Pryme con Florence Nightingale reside en su infatigable ardor por cambiar las cosas.

*Oda escrita en parte en verso al ver el nombre
de Cutbush en una carnicería de Pentonville*

¡Oh Cutbush!, pequeño John, que tan triste parecías
entre tu padre y tu madre, el día que decidieron
lo que sería de ti, si habías de ser florista o carnicero,
al oírles decidir tu destino; serás florista o carnicero;
mientras las largas olas bañan iridiscentes las costas de
[California;
y el elefante de Abisinia y el pájaro que canta en Etiopía
y el Rey en el Palacio de Buckingham
continúan su camino:
¿Será florista John o será carnicero?

Por el camino asfaltado,
con su boina de terciopelo graciosamente ladeada,
viene Louie, asistente de la señora Mump en la parroquia,
aún niña, aún inocente; mas ávida de amor;
dieciséis años; mirada de soslayo;
pasa junto al estanque donde los perros ladran;
donde los patos graznan;
qué adorables los sauces
y los lirios que flotan enredados;

Título original: «Ode Written Partly in Prose on Seeing the Name of Cutbush Above a Butcher's Shop in Pentonville». Se da el texto de la copia mecanografiada con revisiones ológrafas, fechado en 28 de octubre de 1934.

y ve al anciano caballero intentando sacar con su bastón
la barca del niño, enredada en los sauces;
y John le dice a Louie:
En verano vengo a nadar aquí. ¿De verdad? Sí vengo a
[nadar aquí,

para que crean que es un gran atleta;
podría como Byron cruzar el Helesponto ¹;
John Cutbush de Pentonville.
Y el crepúsculo cae;
el crepúsculo se tiñe de oro con la luz de las ventanas;
alguien lee a Heródoto en el original, en el piso de arriba;
y otro corta chalecos en el bajo;
y otro acuña monedas;
y otro transforma trozos de madera en patas para sillas;
las luces caen sobre el crepúsculo; sobre el estanque;
las luces serpentean por el agua.
Juntos mejilla y hombro, abrazos, besos;
permanecen allí mientras el caballero
saca la barca con su bastón; y en la iglesia tocan a muerto.
Del alto campanario caen las notas de hierro;
avisan a Louie Louie de la hora y del té;
como diría Cook: Si vuelves a salir a jugar con los chicos
se lo diré. Y se refiere a Mumps, Adela, mujer del cura
[Cuthbert.

Se levanta de su cama en Primrose Hill;
de su cama en el dulce y frío lecho de tierra;
la tierra cubre brotes y bulbos; tuberías y cables;
llevando hasta su frío y dulce pecho ora la tubería;
ora el cable; que envía mensajes hasta China,
donde los mandarines mudos, crueles; delicados;
pasan junto a las pagodas doradas;
y las casas tienen paredes de papel;
y la gente esboza sabias e inescrutables sonrisas.
Ella se levanta y él la sigue, bajan por la Avenida,
hasta la esquina de la papelería;

¹ Un poema cómico de George Gordon, Lord Byron, «Escrito después de ir nadando de Sestos a Abydos» (1812), conmemora el día en que el poeta cruzó a nado el Helesponto.

en el cartel está el hombre asesinado en Pimlico;
ellos se besan junto a la papelería;
y así parten, y la negra noche los envuelve;
y ella corre por el barrio hacia la cocina iluminada
donde la cena del amo cuece en las cazuelas.

Y él alquila un carro y parte hacia Smithfield
con el alba; en la gélida aurora ve la carne fría,
envuelta en redes blancas transportadas por hombros
[masculinos;
carne de la Argentina;
de cerdos y de bueyes peludos y de piel roja.

Todos de blanco, como cirujanos, los carniceros
[de Smithfield
transportan los cadáveres envueltos;
fríos y helados cuerpos que yacerán cual momias en los
[congeladores

hasta que los reviva el fuego del domingo
y goteen su jugo en la enorme bandeja
para dar nueva vida a los que van a misa.

Pero yo crucé a nado el Helesponto... sueña él;
ha leído a Byron en Charing Cross Road,
ha bebido y saboreado *Don Juan*
donde el libro reposa cubierto de polvo,
expuesto al viento y las luces de la calle.
¿Serviré para siempre carne de Massey y Hodge,
comerciantes de Smithfield?

Permanece de pie con la gorra en la mano,
erguido ante el maestro, una vez concluido su
[aprendizaje.

Un chico joven debe valerse por sí mismo.

Y ve las violetas y los asfódelos
y a los bañistas desnudos en la orilla con túnicas como esas
que se ven en los cuadros de Leighton en la casa de
[Leighton ².

² Frederick Leighton (1830-1896), famoso pintor y escultor inglés; retrató numerosas escenas de la vida griega y romana.

Louie de la Avenida, cocinera del cura,
observa y lo saluda con el brazo desnudo mientras él se
[zambulle.

De modo que inaugura tienda propia.
Para el transeúnte es otra tienda más
de esas que abren hasta la una los sábados.
Aunque el extremo oeste tiene cortinas y persianas,
aquí, en los alrededores de Londres, el residuo de Londres,
la noche es la hora de gala.
Las luces se encienden sobre las colinas.
Las plumas y las blusas vuelan como las flores.
La carne arde y relumbra.
Los flancos de los bueyes llevan hojas de flor en la
[carne
rosada. Los cuchillos cortan.

Las piezas están amontonadas y envueltas.
Las mujeres llevan las bolsas muy cargadas.
Se apoyan primero en un pie, luego en el otro.
Los niños miran el resplandor y la intensa luz
y los rostros rojos y blancos arden para siempre
en los puros globos oculares. El organillo toca,
los perros husmean en el polvo en busca de restos
[de carne.

Y sobre Pentonville e Islington sobrevuela
un tosco globo de color amarillo y lejos,
en la ciudad, hay una iglesia de fachada y campanario
[blancos.

John Cutbush, carnicero de Pentonville, está de pie
delante de su tienda.
Está en la puerta de su tienda.
Está inmóvil en la puerta de su tienda.
Pero las ruedas del tiempo le han pasado por encima.
Tantos millones de millas han recorrido los tranvías;
tantos millones de cerdos y bueyes
han sido despedazados y cortados;
tantas bolsas se han llenado.
Su rostro es rojo; sus ojos velados;
tantas noches mirando el resplandor.

Y a veces ve pasar los rostros ante la nueva tienda,
en la acera de enfrente,
donde el joven embauca; en el triste agujero.
Y una y pregunta: ¿Y para usted, Señora? ¿Y para
[usted?

Pero algunos se fijan en el nuevo negocio,
y dejan atrás Cutbush para probar en Ainslies.
Y Louie en la trastienda tiene los muslos gruesos
y los ojos hinchados; y el pequeño murió;
y la niña es un problema, siempre anda tras los chicos;
y allí, en la pared, hay un retrato de la señora Mump
con el traje que usó para ser presentada;
y en todas partes huele a carne
y los ingresos diarios disminuyen.
Estas son las semblanzas de esos rostros humanos
que uno ha visto pasar,
traducidas de una lengua extranjera.
Y la lengua siempre crea nuevas palabras.
Porque en la puerta contigua hay urnas y losas de

[mármol

en el escaparate de la funeraria;
en la siguiente hay instrumentos musicales
y más allá un hogar para perros y gatos;
y luego está el convento y allí,
sobre esa maravilla, se alza sublime la torre de la cárcel,
y allí el depósito de agua;
y aquí hay todo un oscuro callejón privado
como esas madrigueras laberínticas
donde instalan su hogar las criaturas nocturnas del

[desierto;

pero aquí no hay marmotas ni aviones de arena,
ni inspectores municipales; recaudadores de

[impuestos;

empleados de la compañía del gas, del agua;
con sus mujeres e hijos;
también algunos clérigos recién llegados de Somerset y

[Suffolk;

y una mujer soltera que se ocupa ella misma del trabajo
[doméstico.

Y algún hogar en High Street, más allá de la iglesia,
donde los gatos celebran sus ritos y los carniceros
prometen a sus cocineras fidelidad eterna;
la flor de la vida a veces tiembla libre de su brote;
la flor de la vida ondea en carteles ante nuestros ojos;
y damos gracias al ejército de tierra, a la marina y a la
[aviación;
y a las actrices que nos procuran la diversión nocturna;
y cuando sostenemos el *Evening Standard* a la luz de la
[lámpara
qué poco pensamos en la riqueza que podemos acumular
entre las palmas de ambas manos; qué poco podemos
[alcanzar;
cuánto nos cuesta interpretar y leer correctamente
el nombre de John Cutbush, y sólo cuando pasamos
al lado de su tienda una noche de sábado, gritamos:
¡Salve, Cutbush de Pentonville, yo te saludo!; al pasar.

[Retratos]

ESPERANDO EL ALMUERZO

Cuando los colibríes temblaban en la trompa de la flor; cuando los elefantes de pies grandes como bloques chapoteaban en el lodo; cuando el salvaje de mirada animal salió de entre los juncos en su canoa; cuando la mujer persa le quitó un piojo al niño; cuando las cebras galopaban por el horizonte con sus enfurecidos arabescos de apareamiento; cuando la bóveda negroazulada del cielo resonó con el tac-tac-tac del pico del buitres sobre un esqueleto con un poco de carne y sólo media cola... Monsieur y Madame Louvois ni vieron ni oyeron.

Cuando el camarero de camisa arrugada, chaqueta brillante, delantal anudado en la cintura y pelo repeinado hacia atrás se escupió en las manos y restregó el plato para ahorrarse la molestia de enjuagarlo; cuando los gorriones del camino se congregaron en torno a una bola de estiércol; cuando las puertas de hierro del paso a nivel giraron; y el tráfico se coaguló: un camión con raíles de hierro; otro con cajas de naranjas; varios coches; un carro tirado por un burro; cuando el anciano atravesó

Titulo original: [«Portraits»]. Conjunto de esbozos que pueden fecharse en torno a febrero de 1937.

con su bastón una bolsa de papel en el parque; cuando las luces brillaron en el cine anunciando la nueva película; cuando las nubes azul-grisáceas empañaron por un momento el brillo de las aguas del Sena... Monsieur y Madame Louvois miraron el tarro de mostaza y las vinagreras; la grieta amarilla en la mesa de mármol.

El colibrí tembló; las puertas se abrieron; los camiones avanzaron a trompicones; y los ojos de Monsieur y Madame Louvois se iluminaron; porque el camarero repeinado arrojó con violencia un plato de callos sobre la mesa de mármol.

LA FRANCESA DEL TREN

Muy parlanchina, bamboleante, olisqueando como un tapir las suculentas hojas bajas de las coles; echando raíces entre los hierbajos; ávida de chismorreos incluso en un vagón de tercera... Madame Alphonse le dijo a su cocinera... los pendientes colgando como de las grandes orejas lobuladas de un monstruoso paquidermo. Un siseo con algo de saliva sale de entre los dientes, ahora amarillos y romos de tanto mordisquear tallos de col. Y tras su incesante cabeceo y la gota de saliva, emiten sus rayos las aceitunas grises de la Provenza, convergen en un punto; forman un fondo arrugado de ramas retorcidas y angulosas y campesinos encorvados.

En Londres, en un vagón de tercera, con las paredes negras cubiertas de anuncios brillantes, ella pasaría por Clapham en dirección a Highgate para renovar el círculo de flores de porcelana de la tumba de su esposo. Se sienta en un rincón de la estación con un bolso negro sobre las rodillas; en el bolso lleva un ejemplar del *Mail*; una fotografía de las princesas... en su bolso impregnado de olor a carne fría, a encurtidos, a toldos, a campanas de iglesia en domingo y el vicario haciendo su llamada.

Aquí la mujer lleva la tradición sobre sus enormes y ondulantes hombros; incluso cuando su boca babea, cuando sus ojos de cerdo salvaje brillan, se oye el croar de la rana en el campo de tulipanes silvestres; el rumor

del Mediterráneo acariciando la arena; y la lengua de Molière. Aquí el cuello de toro carga cestos de uvas; entre el traqueteo del tren llega el bullicio del mercado; un carnero dando topetazos, los hombres a horcajadas sobre él; patos en jaulas de mimbre; helados en cornetes; juncos cubriendo el queso; la mantequilla; hombres jugando a los bolos junto a un plátano; una fuente; el acre olor de la esquina donde los campesinos obedecen públicamente los dictados de la naturaleza.

RETRATO 3

Y sentada en el patio de aquel hotel francés me pareció que el secreto de la existencia no era más que un esqueleto de murciélago guardado en un armario; y el enigma nada más que una embrollada tela de araña; tan sólida parecía aquella mujer. Estaba sentada al sol. No llevaba sombrero. La luz realzaba su presencia. No había sombra. Su rostro era amarillo y rojo; y también redondo; un fruto en un cuerpo; otra manzana, sólo que no en una bandeja. Los pechos habían crecido en su cuerpo, bajo la blusa, duros como manzanas.

La observé. Se sacudió la piel como si se le hubiese posado una mosca. Alguien pasó por allí; vi parpadear las pequeñas hojas de manzano que eran sus ojos. Y su tosquedad, su crueldad, eran como una corteza rugosa y cubierta de líquen y ella era eterna y resolvía por completo el problema de la vida.

[RETRATO 4]

Ella lo había llevado a Harrods y a la National Gallery porque tenía que comprar unas camisas antes de volver a Rugby para adquirir cultura. Él no se cepillaba los dientes. Y ahora ella tenía que pensar, sentados en el restaurante que les había recomendado el tío Hal si es que buscaban algo que no fuese barato, ni tampoco caro, lo que debía decirle antes de que volviese a Rugby... Tardaron mucho en traer los entremeses... Recordaba haber ce-

nado allí con un chico rubio antes de la guerra. El chico la admiraba, pero no llegó a pedirle que se casara con él... Pero, cómo decir, que se parecía más a su padre; era viuda; el hombre con el que se casó había muerto; ¿y si se cepillaba los dientes? ¿Tomaría sopa milanesa la señora? Sí. ¿Y después? ¿Salchichas de Viena? ¿Pollo en pepitoria? ¿Eso lleva champiñones? ¿Son frescos?... Pero debo decir algo que él pueda recordar, algo que le ayude en momentos de tentación, ya sabes. «Mi madre...» ¡Cuánto tardan! Ya traen los entremeses a la mesa de al lado, pero las sardinas se han terminado...

Y George sentado, en silencio; mirando con ojos de carpa que tras una inmersión invernal asciende a la superficie y por encima de la garrafa del Soho ve moscas revoloteando, piernas de muchacha.

[RETRATO 5]

«Soy una de esas personas», dijo ella, bajando la mirada con secreta satisfacción hacia el succulento pastel de blanca y dulce masa en forma de medialuna al que hasta el momento sólo había dado un mordisco, «a las que todo les parece horrible».

Y mientras se llevaba a la boca el tenedor de tres dientes aún logró pasar la mano sobre su abrigo de piel como para indicar la ternura maternal, fraternal, conyugal con que, aunque sólo hubiese un gato en la habitación para acariciar, lo acariciaría. Luego dejó caer una gota más del frasco de perfume que llevaba en una glándula de la mejilla para endulzar las emanaciones a veces malolientes de su propia y poco apreciada personalidad, y añadió:

«En el hospital, los enfermos me llamaban Madrecita», y miró a su amiga, sentada frente a ella, como esperando que ésta confirmase o desmintiera el retrato que había esbozado, pero al no hallar más que silencio, pinchó la última miga de pastel y se la tragó, como si sólo en las cosas inanimadas hallase ese tributo que el egoísmo de la humanidad le negaba.

Me resulta muy duro... yo, que debería haber nacido en 1880, me siento aquí como una especie de proscrito. Ni siquiera puedo ponerme la oportuna rosa en el ojal. Debería llevar una vara, como mi padre; debería llevar un sombrero de fieltro hundido en el centro, incluso cuando paseo por Bond Street, no un sombrero de copa. Sin embargo aún me encanta, si es que la palabra es correcta, la sociedad, escalonada como uno de esos helados envueltos en papel rizado... dijeron que los italianos los escondían debajo de la cama en Bethnal Green. Y Oscar tan ingenioso ¹; y la señora de los labios rojos de pie sobre una piel de tigre en un suelo resbaladizo... la boca del tigre bien abierta. «¡Pero ella pinta!» (eso decía mi madre) refiriéndose por supuesto a las mujeres de Picadilly. Ése era mi mundo. Ahora todo el mundo pinta. Todo es blanco como el azúcar, hasta las casas de Bond Street, hechas de cemento, con molduras de acero.

Sin embargo, a mí me gustan las cosas tranquilas; los cuadros de Venecia; un grupo de muchachas en un puente; un hombre pescando; la calma del domingo; acaso un paseo en barca. Salgo en el próximo autobús para tomar el té con tía Mabel en Addison Road. Su casa conserva aún algo de esto que digo; la cabra, por ejemplo, tumbada al sol en la acera; la vieja cabra aristocrática y distinguida; y los conductores de autobús con los faisanes de los Rothschild colgados de sus látigos ²; y un hombre joven como yo sentado en la caja, junto al conductor.

Pero aquí llegan, blandiendo ramas de fresno incluso en Piccadilly; algunos sin sombrero; todos pintados. Y virtuo-

¹ Oscar Wilde (1854-1900) divirtió a la sociedad londinense durante la década de 1890 con su corrosivo sentido del humor.

² En la década de 1890 se regalaban faisanes a los conductores y revisores de los autobuses que pasaban junto a las casas de los Rothschild en Piccadilly durante la época navideña. Los conductores agradecían el regalo decorando sus látigos y las cuerdas de las que los viajeros tiraban para tocar la campanilla con lazos azules y amarillos, los colores que usaban los Rothschild en las carreras (Venue Virginia Cowles, *The Rothschilds: A Family of Fortune* [Londres, 1973], p. 181)

sos; serios; los jóvenes de hoy en día están tan desesperados que corren en sus veloces coches hacia la revolución. Puedo asegurarte que el Traveller's Joy de Surrey huele a gasolina. Y mira allí, en la esquina; el ladrillo rojo rosado muestra su alma entre una ráfaga de polvo. A nadie más que a mí le importa un comino... y al tío Edwin y a la tía Mabel. Levantan sus velitas contra estos horrores; pero nosotros, que erramos y fracasamos y hacemos descender la vieja araña hasta ponerla encima de nosotros, no podemos hacer lo mismo. Siempre digo que cualquiera puede romper una fuente; pero lo que admiro es la porcelana antigua, esmaltada.

[RETRATO 7]

Sí, conocí a Vernon Lee ³. Es decir, teníamos una casa de campo. Yo me levantaba siempre antes del desayuno. Visitaba los museos antes de que estuviesen muy concurridos. Siento verdadera devoción por la belleza... No, yo no pinto; pero tal vez así puedo apreciar el arte mucho mejor. Los artistas son muy cortos de miras; y además, hoy llevan una vida de lo más extravagante. Fra Angelico, recuerdas, pintaba de rodillas ⁴. Pero estaba diciendo que conocí a Vernon Lee. Tenía una casa de campo. Teníamos una casa de campo. Una de esas casas cubiertas de glicina —algo parecido a nuestras lilas— y ciclamos. Ah, ¿por qué viviré en Kensington? ¿Por qué no en Italia? Pero siempre siento, pese a todo, que vivo en Florencia... mi espíritu está allí. ¿No crees que vivimos con el espíritu... nuestra vida real? Pero además soy de esas per

³ Vernon Lee es el pseudónimo de Violet Paget (1856-1935). El 23 de agosto de 1922 VW escribió a Katherine Arnold-Forster: «Claro que me acuerdo de Vernon Lee, en el salón de Talland House, con su abrigo y su falda, igual que ahora... pero eso fue hace treinta años... Volví a verla al cabo de diez años, en Florencia... y hace dos años en el Club 1917...» (LII,550).

⁴ Fra Angelico (1387-1455), el gran artista florentino de principios del Renacimiento, de quien se cuenta que se arrodilló mientras pintaba un cuadro de la Virgen María.

sonas amantes de la belleza, aunque sólo se trate de una piedra, o una vasija... es algo que no puedo explicar. De todos modos, en Florencia encuentras siempre amantes de la belleza. Allí conocimos a un príncipe ruso; y también en una fiesta a un hombre muy famoso cuyo nombre ya no recuerdo. Y un día, mientras esperaba en la carretera, en el exterior de la casa, llegó una anciana muy menuda con un perro atado a una correa. Podría haber sido Ouida⁵. ¿O Vernon Lee? Nunca hablé con ella. Pero en cierto sentido, en el sentido auténtico, yo, que amo la belleza, siempre sentí que conocía a Vernon Lee.

[RETRATO 8]

«Soy una de esas personas sencillas, tal vez chapadas a la antigua, que cree en la cosas eternas: amor, honor, patriotismo. Creo realmente, no tengo reparo alguno en confesarlo, en el amor hacia la propia esposa.»

Sí, el tópico *Nihil humanum* sale a menudo de tus labios. Pero te cuidas mucho de hablar latín con demasiada frecuencia. Porque tienes que ganar dinero... primero para vivir; luego para sentarte encima: muebles Queen Anne; en su mayoría falsos.

«No soy de los listos. Pero diré algo en mi favor... tengo sangre en las venas. Me siento como en casa con el cura; con el camarero; voy al bar y juego a los dardos con los hombres.»

Sí, eres un hombre corriente; el tipo medio; un traje adecuado para Londres; tweed para el campo. Tanto a Shakespeare como a Wordsworth puedes llamar «Bill».

«Debo confesar que aborrezco a esas pobres y exangües criaturas que viven en...»

La tierra alta o la tierra baja. No estás del todo a favor de una cosa ni de otra.

⁵ Ouida es el pseudónimo de Marie Louise de la Ramee (1839-1908), famosa y prolífica novelista inglesa que pasó la mayor parte de su vida en Italia.

«Y tengo familia...»

Sí, sois muy prolíficos. Estáis en todas partes. Cuando paseas por el jardín, ¿qué ves en la col? Mediocridad. La mediocridad infectando al rebaño. La luna también está bajo tu influjo. Envuelta en neblina. Borrás la mancha y vuelves respetable hasta el filo de plata (perdón por la expresión) de la guadaña celestial. Y pregunto a las gaviotas que gritan en las desoladas dunas y a los mozos de labranza que vuelven a casa con sus mujeres, ¿qué será de nosotros, pájaros, hombres y mujeres, si triunfa la mediocridad y sólo queda un sexo intermedio, sin amigos ni amantes?

«Sí, soy una de esas personas sencillas, tal vez chapada a la antigua, pero creo, no me importa admitirlo, en el amor al prójimo.»

Tío Vanya

«¿Acaso no ven lo que hay detrás de todas las cosas... los rusos? ¿De todos los disfraces que nos hemos puesto? Flores contra la decadencia; oro y terciopelo contra la pobreza; los cerezos, los manzanos... los rusos también ven lo que hay detrás de ellos», pensaba la mujer durante la función. En ese momento se oyó un disparo.

«¡Vaya! lo ha matado. Es una suerte. ¡Ay, pero ha errado el tiro! El viejo villano de bigotes teñidos y abrigo a cuadros ha salido ileso... Y encima intenta dispararle; de pronto se levanta, sube las escaleras tambaleándose y coge la pistola. Aprieta el gatillo. La bala entra en la pared; tal vez en la pata de la mesa. De todos modos la cosa queda en nada. "Vamos a olvidarlo todo, querido Vanya. Seamos amigos como siempre", está diciendo... Han salido. Ahora oímos las campanillas de los caballos tintinear en la distancia. ¿Y eso también puede decirse de nosotros?», preguntó ella, apoyando la barbilla en una mano y mirando a la muchacha del escenario. «¿Nosotros oímos el tintineo de las campanillas por el camino?», preguntó,

Título original: «Uncle Vanya». Igual que los anteriores, puede fecharse en torno a febrero de 1937. Se conservan tres borradores mecanografiados —dos en papel azul y uno en papel blanco—, todos ellos con revisiones ológrafas. Damos el texto del escrito en papel blanco, que parece una versión revisada de los otros dos.

y pensó en los taxis y en los autobuses de Sloane Street, pues vivían en uno de los caserones de Cadogan Square.

—Descansaremos —decía la chica en ese momento, estrechando a tío Vanya entre sus brazos—. Descansaremos —dijo. Sus palabras eran como gotas que caían... una gota, otra gota—. Descansaremos —volvió a decir—. Descansaremos, tío Vanya.

—Y cayó el telón.

—Nosotros —dijo ella, mientras su marido le ayudaba a ponerse el abrigo— ni siquiera hemos cargado la pistola. Ni siquiera estamos cansados.

Y permanecieron un momento inmóviles en el pasillo mientras sonaba el «God Save the King».

—¿No te parecen morbosos los rusos? —preguntó ella, cogiéndole del brazo.

La duquesa y el joyero

Oliver Bacon vivía en un ático con vistas a Green Park. Tenía un apartamento; las sillas aparecían debidamente colocadas en sus esquinas... sillas tapizadas en piel. Los sofás se encontraban debajo de los miradores de las ventanas... sofás tapizados en tela. Las ventanas, las tres ventanas alargadas, estaban debidamente provistas de visillos discretos y cortinas de satén estampadas. El aparador de caoba mostraba una correcta selección de coñacs, whiskys y licores de calidad. Y desde la ventana central Oliver Bacon contemplaba los techos brillantes de los elegantes coches atrapados en la angostura de Piccadilly. Imposible imaginar un lugar más céntrico. Y a las ocho de la mañana un criado le traería el desayuno en una bandeja; extendería su bata granate; Oliver abriría la correspondencia con sus largas y afiladas uñas y extraería gruesas tarjetas de invitación blancas en las que destacaban toscamente grabados los nombres de duquesas, con-

Titulo original: «The Duchess and the Jeweller». Se conservan del relato dos borradores mecanografiados con revisiones ológrafas y carentes de fecha, hechos probablemente en agosto de 1937, cuando VW preparaba el texto para su publicación. Antes de publicar el relato en *Harper's Bazaar* (Londres, abril de 1938; Nueva York, mayo del mismo año), VW eliminó toda referencia directa a que el joyero era judío, así como otros detalles asociados con estereotipos judíos. Recogido posteriormente en *HH*. Damos el texto de *Harper's Bazaar*.

desas, vizcondesas y honorables damas. Luego se asearía; tomaría sus tostadas; leería el periódico bajo la intensa luz de una lámpara eléctrica.

«Hay que ver, Oliver», se decía para sí. «Tú que naciste en un mugriento callejón, tú que...» y se miraba las piernas, bien proporcionadas y enfundadas en unos perfectos pantalones; las botas; las polainas. Todo elegante, impecable, cortado de la mejor tela por las mejores tijeras de Savile Row. Pero a menudo se derrumbaba y volvía a ser un niño en un oscuro callejón. Entonces creía que la cumbre de su ambición era vender perros robados a señoras elegantes de Whitechapel. Y una vez lo pillaron. «Ay, Oliver», se lamentaba su madre. «¡Ay, Oliver! ¿Cuándo sentarás la cabeza, hijo mío?» Luego Oliver empezó a trabajar detrás de un mostrador; vendiendo relojes baratos; más tarde llevó un maletín a Amsterdam... Cuando se acordaba se echaba a reír: el viejo Oliver recordando su juventud. Sí, había hecho un buen negocio con los tres diamantes; y también con la comisión de la esmeralda. Después pasó a ocupar un despacho privado en la trastienda de Hatton Garden; el cuarto donde estaban las balanzas, la caja fuerte, las gruesas lupas. Y luego... y luego... Se echó a reír. Cuando Oliver pasaba junto a los grupos de joyeros que discutían en el calor de la tarde sobre precios, minas de oro, diamantes y noticias de Suráfrica, siempre había alguno que se llevaba un dedo a los labios y murmuraba «hummm» a su paso. No era más que un murmullo; nada más que un codazo en el hombro, un dedo a los labios, un zumbido que se propagaba entre los grupos de joyeros de Hatton Garden en una tarde calurosa... ¡ah, hace ya muchos años! Y sin embargo Oliver sentía que el murmullo, el codazo, le corrían por la espina dorsal, y su significado era: «Mirad al joven Oliver, el joven joyero... por ahí va.» Entonces era joven. Vestía cada vez mejor; y tuvo primero un cabriolé; y luego un automóvil; y primero fue a platea, y luego a palco. Y tenía una casa de campo en Richmond, con vistas al río, con enrejados cubiertos de rosas rojas; y Mademoiselle cortaba una rosa para él todas las mañanas y se la ponía en el ojal.

«Vaya», dijo Oliver Bacon, levantándose y estirando las piernas. «Vaya...»

Se detuvo junto al retrato de una anciana colocado en la repisa de la chimenea y levantó las manos. «He cumplido mi palabra», dijo, uniendo sus manos palma con palma, como rindiéndole homenaje. «He ganado la apuesta.» Y era cierto; se había convertido en el joyero más rico de Inglaterra; pero su nariz, que era larga y flexible como la trompa de un elefante, parecía indicar, por el extraño temblor de sus orificios (aunque daba la impresión de que no sólo temblaban los orificios sino la nariz entera), que no estaba satisfecho; que aún detectaba cierto olor bajo la tierra. Imaginemos un cerdo gigantesco en un prado lleno de trufas; tras desenterrar, olfatea una más grande, una trufa más negra oculta en la tierra. Pues así era como Oliver detectaba siempre en la rica tierra de Mayfair el olor de otra trufa más negra, más grande.

Enderezó la perla de su alfiler de corbata, se enfundó en su elegante abrigo azul; cogió sus guantes amarillos y su bastón; y bajó las escaleras con vacilación, medio olisqueando, medio suspirando por su larga y afilada nariz al salir a Piccadilly. ¿No seguía siendo un hombre triste, un hombre insatisfecho, un hombre que busca algo oculto, pese a haber ganado su apuesta?

Se balanceaba ligeramente al caminar, como el camello del zoo se tambalea hacia uno y otro lado mientras avanza por el sendero de asfalto transportando a tenderos acompañados de sus mujeres que comen el contenido de sus bolsas de papel y arrojan trocitos de papel de plata arrugados sobre el sendero. El camello desprecia a los tenderos; el camello no está contento con su suerte; el camello ve el lago azul y la franja de palmeras que lo rodean. De modo que el gran joyero, el mayor joyero del mundo, bajaba balanceándose por Piccadilly, impecablemente vestido, con sus guantes, con su bastón; y sin embargo insatisfecho, hasta que llega a esa tienda pequeña y oscura que es famosa en Francia, en Alemania, en Austria, en Italia y en toda América: la tienda pequeña y oscura de Bond Street.

Como de costumbre cruzó la tienda sin decir palabra.

pese a que los cuatro hombres, los dos ancianos, Marshall y Spencer, y los dos jóvenes, Hammond y Wicks, se irguieron tras el mostrador al paso de Oliver Bacon y lo miraron con envidia. Se limitó a reconocer su presencia moviendo un dedo enfundado en sus guantes de color ámbar. Y se encerró en su despacho privado.

A continuación abrió la reja que protegía la ventana. El griterío de Bond Street entró en la sala; el zumbido del tráfico en la distancia. La luz de los reflectores de la parte trasera de la tienda se proyectaba hacia arriba. Un árbol meció sus seis hojas verdes, porque era junio. Pero Mademoiselle se había casado con el señor Pedder, el dueño de la fábrica de cervezas... ahora nadie le ponía flores en el ojal.

«Vaya», dijo, medio suspirando, medio gruñendo, «vaya...»

Luego tocó un resorte que había en la pared y el panel se abrió lentamente, y aparecieron las cajas fuertes de acero, cinco, no, seis, todas de acero pulido. Giró una llave y abrió una de las cajas; luego otra. Todas estaban forradas con una almohadilla de terciopelo de color granate oscuro; en todas había joyas: pulseras, collares, anillos, tiaras, coronas ducales; piedras sueltas en cajitas de cristal; rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes. Todas a buen recaudo, brillantes, frías, pero ardiendo eternamente con su propia luz comprimida.

—¡Lágrimas! —dijo Oliver, mirando las perlas.

—¡Sangre del corazón! —dijo, mirando los rubíes.

—¡Pólvora! —continuó, agitando los diamantes de manera que lanzaron destellos y brillaron.

—Pólvora suficiente para volar Mayfair... por los aires, arriba, arriba, arriba.

—Echó la cabeza hacia atrás y mientras hablaba emitió un sonido similar al relincho de un caballo.

El teléfono sonó oportunamente en tono bajo y ronco. Oliver cerró la caja fuerte.

—Dentro de diez minutos —dijo—. Antes no puede ser. —Se sentó ante su escritorio y observó los bustos de los emperadores romanos grabados en los gemelos de su camisa. Y otra vez se derrumbó y volvió a convertirse en

el niño que jugaba a las canicas en aquel callejón donde los domingos vendían perros robados. Se convirtió en ese niño taimado y astuto con labios como cerezas húmedas. Metía los dedos en montones de tripas; los sumergía en sartenes de pescado frito; se escabullía entre las multitudes. Era esbelto, ágil, con ojos como piedras pulidas. Y ahora... ahora... las manecillas del reloj avanzaban haciendo tic-tac. Una, dos, tres, cuatro... La duquesa de Lambourne estaba a su disposición; la duquesa de Lambourne, hija de cien duques. Esperaría diez minutos sentada junto al mostrador. Esperaría por deseo explícito de Oliver. Esperaría hasta que él pudiese atenderla. Oliver miró el reloj en su caja de cuero. La manecilla se movió. Con cada tic-tac, el reloj ofrecía a Oliver, eso parecía, pâté de foie gras; una copa de champán; otra de buen coñac; un cigarro que costaba una guinea. El reloj los iba depositando ante él, sobre la mesa, mientras transcurrían los diez minutos. Luego oyó ruido de pasos que se acercaban despacio y suavemente; un susurro en el pasillo. La puerta se abrió. El señor Hammond se pegó cuanto pudo a la pared.

—¡Su Excelencia! —anunció.

Y esperó allí, pegado a la pared.

Y Oliver, al levantarse, oyó el frufrú del vestido de la duquesa que se acercaba por el pasillo. Al poco apareció ella, ocupando por completo el vano de la puerta, llenando la estancia con el aroma, el prestigio, la arrogancia, la pompa y el orgullo de todos los duques y duquesas alzados en una misma ola. Y del mismo modo que rompe una ola, la duquesa rompió al sentarse, avanzando y salpicando y derramándose sobre Oliver Bacon, el gran joyero, cubriéndolo de colores vivos y brillantes: verde, rosa violeta; y de olores; y de iridiscencias; y de rayos que salían disparados de los dedos, que surgían de las plumas, que centellaban en la seda, porque era una mujer muy grande, muy gruesa, embutida en tafetán rosa y estaba muy lejos ya de la flor de la vida. Como una sombrilla llena de volantes, como un pavo real con muchas plumas, cierra sus volantes, reco-

ge sus plumas, la duquesa se apaciguó y se replegó al hundirse en el sillón de cuero.

—Buenos días, señor Bacon —dijo. Y le ofreció la mano que salió de la abertura de su guante blanco. Oliver se inclinó profundamente para estrecharla. Y al roce de sus manos volvió a fraguarse el vínculo que los unía. Eran amigos, y al mismo tiempo enemigos; él era jefe, ella era jefa; se engañaban, se necesitaban, se temían, los dos se daban cuenta de esto cada vez que sus manos se encontraban así, en la pequeña trastienda, con la luz blanca en el exterior y el árbol con sus seis hojas y el sonido de la calle en la distancia y las cajas fuertes a sus espaldas.

—Dígame, duquesa... ¿en qué puedo servirla hoy? —dijo Oliver en voz baja.

La duquesa se abrió; su corazón, su corazón privado, se abrió de par en par. Y con un suspiro, mas sin decir palabra, sacó de su bolso una bolsita de cuero alargada... parecía un hurón amarillo y enjuto. Y de una abertura en el vientre del hurón dejó caer unas perlas... diez. Rodaron desde la abertura del vientre del hurón... una, dos, tres, cuatro... como los huevos de un ave celestial.

—Es todo cuanto me queda, querido señor Bacon —se lamentó. Cinco, seis, siete... rodaron por las laderas de las vastas montañas que descendían entre sus rodillas hasta un angosto valle... la octava, la novena y la décima. Y se detuvieron en el brillo del tafetán, del color de la flor del melocotón. Diez perlas.

—Del cinto de los Appleby —dijo con tristeza—. Las últimas... las últimas de todas.

Oliver se acercó y sostuvo una de las perlas entre el pulgar y el índice. Era redonda, brillante. Pero, ¿era real o falsa? ¿Estaría mintiendo otra vez? ¿Se atrevería?

La duquesa se llevó un dedo regordete a los labios:

—Si el duque se enterase... —dijo con un suspiro—. Querido señor Bacon, he tenido mala suerte...

¿Había estado jugando otra vez?

—¡Ese villano! ¡Ese estafador! —exclamó.

¿El hombre del pómulo roto? Un mal bicho, sin duda. Y el duque, que era recto como una vara, con sus pati-

llas, la desheredaría, la encerraría si supiera... lo que yo sé, pensó Oliver, y miró hacia la caja fuerte.

—Araminta, Daphne, Diana —se lamentó la duquesa—. Es por *ellas*.

Las damas Araminta, Daphne y Diana... sus hijas. Oliver las conocía; las adoraba. Pero era a Diana a quien amaba.

—Conoce usted todos mis secretos —dijo con suspicacia. Las lágrimas resbalaron; las lágrimas cayeron; lágrimas como diamantes que arrastraban el polvo acumulado en los surcos de sus mejillas como flores de cerezo.

—Querido amigo —murmuró—, querido amigo.

—Querida amiga —repitió Oliver—, querida amiga —como saboreando las palabras.

—¿Cuánto? —preguntó Oliver.

Ella cubrió las perlas con la mano.

—Veinte mil —susurró.

Pero la perla que Oliver tenía en la mano ¿era auténtica o falsa? El cinto de Appleby... ¿no lo había vendido ya? Llamaría a Spencer o a Hammond. «Llévesela y compruebe si es auténtica», diría Oliver. Se estiró para tocar el timbre.

—¿Vendrá usted mañana? —le urgió la duquesa, interrumpiéndole—. El Primer Ministro... Su Alteza Real... —Guardó silencio—. Y Diana —añadió.

Oliver retiró la mano del timbre.

Miró por la ventana, hacia las fachadas traseras de las casas de Bond Street. Pero no vio las casas de Bond Street sino un río de aguas rizadas; y las truchas y los salmones saltando; y al Primer Ministro; y también se vio a sí mismo; los dos con chaleco blanco; y luego vio a Diana. Miró la perla que tenía en la mano. ¿Cómo verificar su autenticidad a la luz del río, a la luz de los ojos de Diana? Pero la duquesa no le quitaba la vista de encima.

—Veinte mil —dijo con tristeza—. ¡Mi honor está en juego!

¡El honor de la madre de Diana! Oliver cogió el talonario; sacó la pluma.

—Veinte —escribió. Pero entonces se detuvo. La anciana del retrato lo estaba mirando... la anciana, su madre.

—¡Oliver! —le previno—. ¿Te parece sensato? ¡No seas tonto!

—¡Oliver! —suplicó la duquesa... ahora era «Oliver», no «el señor Bacon»—. ¿Vendrá a pasar un fin de semana?

¡Solo en el bosque con Diana! ¡Cabalgando a solas por el bosque con Diana!

—Mil —escribió, y firmó el cheque.

—Aquí tiene —dijo.

Y cuando la duquesa se levantó del asiento se abrieron todos los volantes de la sombrilla, todas las plumas del pavo real, el resplandor de la ola, las espadas y las lanzas de Agincourt. Y los dos ancianos y los dos jóvenes, Spencer y Marshall, Wicks y Hammond, se pegaron cuanto pudieron a la pared detrás del mostrador y enviaron a Oliver, que acompañaba a la duquesa hasta la puerta. Y Oliver agitó su guante amarillo ante las narices de los cuatro, y la duquesa sujetó su honor —un cheque de veinte mil libras con la firma del joyero— firmemente entre sus manos.

«¿Son auténticas o falsas?», preguntó Oliver, cerrando la puerta de su despacho privado. Allí estaban, las diez perlas, sobre el papel secante, en el escritorio. Las llevó hasta la ventana. Las observó a la luz con su lupa... ¡Esa era la trufa que había extraído de la tierra! ¡Podrida por dentro... podrida en el corazón!

—¡Perdóname, madre! —suspiró, levantando las manos como implorando el perdón de la anciana del retrato. Y otra vez volvió a ser un niño en el callejón donde los domingos vendían perros robados.

—Porque —murmuró, uniendo las palmas de las manos—, va a ser un largo fin de semana.

La cacería

La mujer entró y puso la maleta en el portaequipajes y los dos faisanes encima. Luego se sentó en un rincón. El tren traqueteaba por las llanuras, y la niebla, que entró en el compartimento cuando ella abrió la puerta, pareció agrandar la estancia y separar a los cuatro viajeros. Era obvio que M.M. —tales eran las iniciales que se leían en la maleta— había pasado el fin de semana de caza, era obvio, pues ahora contaba la historia, apoyada en su rincón. No cerró los ojos. Sin embargo estaba claro que no veía al hombre que tenía enfrente, ni la fotografía en color de York Minster. Debió de oír lo que decían. Pues sin dejar de mirar, sus labios se movieron; de vez en cuando la mujer sonreía. Era hermosa; como una rosa; como una manzana roja; tostada por el sol; pero tenía una cicatriz en la mandíbula; la cicatriz se alargaba cuando la mujer sonreía. Por el modo de contar la historia se deducía que era una invitada, y sin embargo, con esa ropa, pasada de moda, como la que lucían las mujeres años ha en las lá-

Título original: «The Shooting Party». Se conservan un borrador ológrafo y una copia mecanografiada con revisiones ológrafas, fechados ambos en 19 de enero de 1932, y una segunda copia mecanografiada, carente de fecha, que parece ser combinación de cuando menos dos borradores anteriores, ninguno de ellos definitivo. El relato se publicó en *Harper's Bazaar* (Londres y Nueva York) en marzo de 1938 y se recogió en *HH. Damos el texto de Harper's Bazaar*.

minas de moda de las revistas deportivas, no parecía exactamente una invitada, pero tampoco parecía una criada. De haber llevado un cesto habría parecido una criadora de fox terriers; la propietaria del gato siamés; alguien relacionado con perros y caballos. Pero no llevaba más que una maleta y los faisanes. Así pues, en cierto modo, debió de deslizarse a hurtadillas en la habitación que ahora veía a través de la tapicería del vagón y la calva del hombre y la fotografía de York Minster. Y debió de escuchar lo que ellos decían, porque en ese momento, como quien imita el sonido emitido por otra persona, la mujer lanzó un pequeño chasquido desde el fondo de su garganta: «Choc. Choc.» Luego sonrió.

—Choc —dijo la señorita Antonia, sujetándose las gafas. Las hojas húmedas caían ante los ventanales de la galería; algunas, con forma de pez, se quedaban pegadas al cristal como trozos de madera incrustada. Luego, los árboles del parque temblaban y las hojas, en su caída, parecían volver visible el temblor... el temblor húmedo y pardo.

—Choc —repitió la señorita Antonia, y besó la fina tela blanca que sostenía entre sus manos, como una gallina que picotea rápida y nerviosamente un trozo de pan.

El viento suspiró. Había corrientes de aire en la habitación. Las puertas no encajaban y las ventanas tampoco. De cuando en cuando un estremecimiento, como un reptil, se deslizaba por debajo de la alfombra. El sol se posó en la alfombra formando manchas amarillas y verdes, luego se movió, señalando burlonamente con el dedo un agujero en la alfombra, y allí se detuvo. A continuación, el débil aunque imparcial dedo del sol volvió a moverse y se posó en el escudo de armas que había sobre la chimenea... lo iluminó suavemente; los racimos de uvas; la sirena; y las lanzas. La señorita Antonia levantó la vista cuando la luz se tornó más intensa. La familia, decían, había poseído grandes extensiones de tierra... sus antepasados, los Rashleigh. Allá. En el Amazonas. Piratas. Viajeros. Sacos de esmeraldas. Curioseando por las islas. Cogiendo prisioneros. Muchachas. Y allí estaba ella, todo

escamas desde la cola hasta la cintura. La señorita Antonia sonrió. El dedo del sol descendió y la señorita Antonia lo siguió con la mirada. Luego se posó en un marco de plata; en una fotografía; en una cabeza calva en forma de huevo; en un labio que asomaba por debajo del bigote; y en el nombre de «Edward», rematado con una rúbrica.

—El rey... —murmuró la señorita Antonia, cubriéndose la rodilla con la fina tela blanca— ocupaba la Sala Azul. —añadió, sacudiendo la cabeza. La luz desapareció.

Fuera, en King's Ride, los faisanes se cruzaban ante los cañones de las escopetas. Surgían de los matorrales como cohetes y a medida que aparecían, las escopetas disparaban por orden, con impaciencia, bruscamente, como si una fila de perros hubiese ladrado de improviso. Las nubes de humo blanco se concentraban un instante; luego se diluían poco a poco, se desvanecían y se dispersaban.

En el hondo sendero había un carro cargado ya de cuerpos blandos y tibios, con garras débiles y ojos todavía brillantes. Los pájaros parecían aún vivos, pero agonizaban bajo su húmedo manto de plumas. Parecían tranquilos y cómodos y se agitaban ligeramente como si durmiesen sobre un cálido y mullido lecho de plumas dispuesto en la base del carro.

Luego, el Señor, con su cara abyecta, cubierta de manchas rojas y sus polainas raídas, soltó una maldición y levantó la escopeta.

La señorita Antonia seguía cosiendo. De vez en cuando una lengua de fuego cubría el tronco gris que ocupaba el hogar de extremo a extremo; la llama lo devoraba con avidez y luego se extinguía dejando un anillo blanco en el lugar sometido a la acción del fuego. La señorita Antonia levantó la vista un momento y miró la llama con ojos muy abiertos, instintivamente, como un perro mira una llama. Luego la llama se extinguió y la señorita Antonia volvió a su costura.

Poco después, la altísima puerta se abrió silenciosa-

mente. Entraron dos hombres enjutos y taparon con una tabla el agujero de la alfombra. Salieron; entraron. Cubrieron la tabla con una tela. Salieron; entraron. Trajeron una cesta cubierta con un tapete verde y llena de cuchillos y tenedores; y vasos; y azucareros; y saleros; y pan; y un jarrón de plata con tres crisantemos. Y la mesa quedó preparada. La señorita Antonia siguió cosiendo.

La puerta se abrió de nuevo; esta vez alguien la empujó ligeramente. Un perro entró trotando en la habitación —un spaniel—, olfateando con viveza; se detuvo. La puerta quedó abierta. Luego, apoyándose pesadamente en un bastón, entró la anciana señorita Rashleigh. Una toca blanca sujeta con brillantes ocultaba su calvicie. La anciana cojeaba; cruzó la habitación; se sentó con el cuerpo encorvado en la silla de alto respaldo que había junto al fuego. La señorita Antonia siguió cosiendo.

—Están cazando —dijo al fin.

La señorita Rashleigh asintió:

—En King's Ride —dijo. Se agarró a su bastón. Las dos permanecieron sentadas.

Los cazadores habían pasado de King's Ride a Home Woods. Se detuvieron en el exterior del campo arado y cubierto de niebla. De vez en cuando crujía una rama; las hojas se arremolinaban. Pero entre la neblina y el humo se veía una isla azul —azul pálido, azul puro—, sola en el cielo. Y en el aire inocente, cual si vagara en soledad como un querubín, la campana de un campanario escondido y lejano jugueteó, brincó y luego su sonido se desvaneció. A continuación volvieron a dispararse los cohetes, los faisanes rojo púrpura. Subieron cada vez más alto. Y de nuevo tronaron las escopetas; se formaron nubes de humo; se deshilaron, se dispersaron. Y los ajetreados perros corrieron olfateando vivamente los campos; y los cuerpos húmedos y tibios, aún lánguidos y blandos, como desmayados, fueron amontonados por los hombres con polainas y tirados al carro.

—¡Ya está! —gruñó Milly Masters, el ama de llaves, bajándose las gafas. También ella cosía en la oscura salita.

que daba a los establos. El jersey, el tosco jersey de lana para su hijo, el muchacho que limpiaba la iglesia, estaba terminado—. Se acabó —musitó Milly Masters. Luego oyó el carro. Las ruedas rechinaban en los adoquines. Se puso en pie. Recogiéndose el pelo con las manos, su pelo castaño, esperó en el centro del patio, expuesta al viento.

—¡Se acercan! —rió, y la cicatriz de su mejilla se hizo más larga. Abrió la puerta de la despensa mientras Wing, el guardabosques, conducía el carro por el patio adoquinado. Los pájaros ya estaban muertos, sus garras fuertemente cerradas, pese a que no tenían qué agarrar. Sus párpados, como de cuero, aparecían cerrados, formando arrugas grisáceas sobre sus ojos. La señora Masters, el ama de llaves, Wing, el guardabosques, cogían manojos de pájaros muertos por el cuello y los arrojaban sobre el suelo de pizarra de la despensa. El suelo quedó manchado de sangre. Los faisanes parecían ahora más pequeños, como si sus cuerpos hubiesen encogido. Poco después, Wing levantó la puertezuela del carro y colocó las clavijas que la aseguraban. Los costados del vehículo estaban llenos de plumas azul grisáceas y en el suelo había manchas de sangre. Pero el carro estaba vacío.

—¡Los últimos! —dijo Milly Masters con una sonrisa cuando el carro se alejó.

—La comida está servida, señora —anunció el mayordomo. Señaló hacia la mesa; hizo una señal al lacayo. La fuente con tapa de plata se colocó exactamente en el lugar indicado. El mayordomo y el lacayo esperaron.

La señorita Antonia tapó su costurero con la tela blanca; dejó a un lado la seda; el dedal; clavó la aguja en un trozo de franela; y se colgó las gafas de un imperdible que llevaba en el pecho. Luego se levantó.

—¡La comida! —le gritó al oído a la anciana señorita Rashleigh. Un segundo después, la señorita Rashleigh estiraba una pierna; cogía su bastón y se levantaba. Las dos mujeres se acercaron despacio hasta la mesa; y el mayordomo en un extremo, y el lacayo en el otro, las ayudaron a sentarse. Trajeron la fuente de plata. Y allí

estaba el faisán, desplumado, brillante; con los muslos muy pegados a los costados; y en cada uno de los extremos se alzaban montoncitos de migas de pan.

La señorita Antonia trinchó el faisán con firmeza. Cortó dos trozos y los puso en un plato. El lacayo le arrebató el plato con destreza y la señorita Rashleigh empuñó su cuchillo. Se oyeron disparos en el bosque, debajo de la ventana.

—¿Se acercan? —preguntó la señorita Rashleigh, manteniendo el tenedor en el aire.

Las ramas de los árboles se agitaron.

La señorita Rashleigh tomó un bocado de faisán. Las hojas rozaban la ventana al caer; algunas quedaron pegadas al cristal.

—Ahora están en Home Woods —dijo la señorita Antonia—. Ese último disparo ha sido de Hugh. —Dirigió el cuchillo hacia el otro lado de la pechuga. Añadió patatas y jugo, coles de Bruselas y salsa, metódicamente, formando un círculo en su plato alrededor de los trozos de faisán. El mayordomo y el lacayo permanecían de pie, observando, como los camareros en un banquete. Las ancianas comían tranquilamente; en silencio; sin prisa; dieron cuenta del faisán de manera metódica. En sus platos no quedaron más que los huesos. Después, el mayordomo acercó la jarra a la señorita Antonia y permaneció un instante con la cabeza inclinada.

—Déjala aquí, Griffiths —dijo la señorita Antonia, y cogiendo el esqueleto del faisán, se lo tiró al perro debajo de la mesa. El mayordomo y el lacayo hicieron una reverencia y salieron.

—Se acercan —dijo la señorita Rashleigh, aguzando el oído. Se había levantado viento. Un oscuro estremecimiento sacudió el aire; las hojas volaban demasiado deprisa como para adherirse a las ventanas. Los cristales temblaron.

—Pájaros salvajes —asintió la señorita Antonia, observando la desbandada.

La señorita Rashleigh llenó su copa. Mientras bebían, los ojos de las dos mujeres cobraron el brillo de piedras semipreciosas expuestas a la luz. Los de la señorita Rash-

leigh eran de color pizarra; los de la señorita Antonia rojos, como el Oporto. Y sus encajes y sus volantes parecían temblar, como si sus cuerpos permaneciesen cálidos y lánguidos bajo las plumas mientras bebían.

—Fue un día como hoy, ¿lo recuerdas? —dijo la señorita Rashleigh, con la copa en la mano—. Lo trajeron a casa... con una bala en el corazón. Una zarza, dijeron. Tropezó. Se le enganchó el pie... —Rió entre dientes saboreando el vino.

—Y John... —dijo la señorita Antonia—. Dijeron que la yegua metió la pata en un hoyo. Murió en el campo. Todos los caballos de la cacería lo pisotearon. Lo trajeron a casa también en parihuelas... —Dieron otro sorbo al vino.

—¿Te acuerdas de Lily? —dijo la señorita Rashleigh—. Un mal bicho. —Sacudió la cabeza—. Llevaba una borla escarlata en la fusta.

—¡Estaba podrida por dentro! —exclamó la señorita Antonia—. ¿Recuerdas la carta del coronel? «Tu hijo montaba a caballo como si lo llevaran los diablos... y cargaba al frente de sus hombres...» Luego un diablo blanco... ja, ja, ja. —Y dio otro sorbo al vino.

—Los hombres de nuestra familia... —comenzó a decir la señorita Rashleigh. Levantó su copa. La sostuvo bien alto, como si brindase por la sirena de escayola que había sobre la chimenea. Se detuvo. Las escopetas bramaban. La madera crujió. ¿O era una rata corriendo por detrás del yeso?

—Siempre mujeres... —asintió la señorita Antonia—. Los hombres de nuestra familia. Lucy, blanca y sonrosada, en The Mill... ¿te acuerdas?

—La hija de Ellen en The Goat and Sickle —añadió la señorita Rashleigh.

—Y la muchacha de la sastrería —murmuró la señorita Antonia— donde Hugh compraba sus pantalones de montar, esa oscura tiendecita de la derecha...

—...que siempre se inundaba en invierno. *Su* hijo —rió entre dientes la señorita Antonia, inclinándose hacia su hermana— es quien limpia la iglesia

Se oyó un estrépito. Un trozo de pizarra había caído

por el hueco de la chimenea. El tronco se había partido en dos. Del escudo que colgaba sobre el hogar se desprendieron trozos de yeso.

—Se cae —rió la anciana señorita Rashleigh—, se cae.

—¿Y quién lo va a pagar? —preguntó la señorita Antonia, mirando los trozos de yeso caídos sobre la alfombra.

Balbuceando como bebés, indiferentes, inconscientes, se echaron a reír; se sentaron junto al fuego y saborearon su jerez junto a las cenizas y el yeso hasta que no quedó más que una gota de vino púrpura en el fondo de cada copa. Y al parecer ninguna de las dos quería separarse de ella; pues seguían con la copa entre las manos, sentadas la una junto a la otra al lado del fuego, pero sin llevársela a los labios.

—Milly Masters, en la bodega —comenzó a decir la señorita Rashleigh—. Es nuestra...

Se oyó un disparo bajo la ventana. El disparo cortó el hilo que sostenía la lluvia. Y cayó, cayó, cayó, como varas azotando las ventanas. La luz se borró de la alfombra. La luz se borró también de los ojos de las mujeres que permanecían sentadas junto a las cenizas blancas, escuchando. Sus ojos parecían guijarros sacados del agua; piedras grises, secas y sin brillo. Y sus manos se crispaban como las garras de los faisanes muertos, sin nada que agarrar. Y temblaron como si sus cuerpos hubiesen encogido dentro de sus ropas. Luego, la señorita Antonia levantó su copa en honor de la sirena. Era el último brindis, la última gota; se la bebió.

—¡Se acercan! —refunfuñó, y estrelló la copa. Se oyó un portazo abajo. Luego otro. Luego otro. Sonaron fuertes pisadas en el pasillo, en dirección a la galería.

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! —rió la señorita Rashleigh, mostrando sus tres dientes amarillentos.

La altísima puerta se abrió con violencia. Tres perros enormes entraron en la sala y se detuvieron jadeando. A continuación entró, con desgana, el señor de la casa, con sus polainas raídas. Los perros se agolparon a su alrededor, moviendo las cabezas, olfateando sus bolsillos. Lue-

go dieron un salto hacia adelante. Habían olido la carne. El suelo de la galería se agitó como un bosque barrido por el viento con las colas y los lomos de los enormes perros de rastreo. Olfatearon la mesa. Apoyaron las patas en el mantel. Luego, lanzando un feroz gemido, se precipitaron sobre el pequeño spaniel color canela que mordisqueaba el esqueleto del faisán debajo de la mesa.

—¡Malditos seáis! —gritó el señor de la casa. Pero su voz sonó débil, como si gritase con el viento en contra—. ¡Malditas seáis! —volvió a gritar, maldiciendo esta vez a sus hermanas.

La señorita Antonia y la señorita Rashleigh se pusieron en pie. Los perros grandes habían atrapado al spaniel. Lo estaban atacando, mordiendo con sus dientes enormes y amarillos. El señor de la casa blandía su fusta de cuero a diestro y siniestro, maldiciendo a los perros, maldiciendo a sus hermanas, con esa voz que sonaba fuerte y al mismo tiempo tan débil. De un golpe de su fusta tiró al suelo el jarrón con los crisantemos. Otro alcanzó a la señorita Rashleigh en la mejilla. La anciana se tambaleó hacia atrás. Chocó contra la repisa de la chimenea. Y golpeando furiosamente con su bastón, alcanzó el escudo. Luego cayó pesadamente sobre las cenizas. El escudo de los Rashleigh se desprendió de la pared. La señorita Rashleigh quedó enterrada bajo la sirena, bajo las lanzas.

El viento azotaba las ventanas; una lluvia de balas caía sobre el parque y un árbol se vino abajo. Y entonces, el retrato del Rey Eduardo, con su marco de plata, resbaló, se tambaleó y también se vino abajo.

La neblina gris del compartimento se había vuelto más densa. Colgaba como un velo; parecía situar a los cuatro viajeros que ocupaban las esquinas a gran distancia unos de otros, aunque en realidad estaban muy cerca, como se está en un vagón de tercera. El efecto era extraño. La mujer guapa, aunque entrada en años, bien vestida, aunque desaliñada, que había subido al tren en alguna estación de la llanura, parecía haber perdido su for-

ma. Su cuerpo se había convertido completamente en niebla. Sólo sus ojos brillaban, se movían, tenían al parecer vida propia; ojos sin cuerpo; ojos azul grisáceos, algo invisibles. Brillaban en el aire brumoso, se movían de tal modo en aquel ambiente sepulcral —las ventanas estaban empañadas, las farolas rodeadas por un halo de niebla— que eran como luces que bailan, fuegos fatuos que se mueven, eso dicen, sobre las tumbas de quienes duermen inquietos en los cementerios. ¿Una idea absurda? ¡Pura fantasía! Y sin embargo, puesto que todo deja algún residuo y la memoria es una luz que baila en la mente cuando la realidad queda enterrada, ¿por qué no han de ser esos ojos que brillan y se mueven allí los fantasmas de una familia, de una época, de una civilización que baila sobre la tumba?

El tren redujo su velocidad. Una tras otra se alzaron varias farolas; mantuvieron erguidas sus cabezas amarillas por espacio de un segundo; luego cayeron. Se alzaron de nuevo cuando el tren entró lentamente en la estación. Las luces se agruparon y resplandecieron. ¿Y los ojos del rincón? Estaban cerrados; ocultos bajo los párpados. No veían nada. Tal vez la luz fuese demasiado intensa. Y, por supuesto, bajo la potente luz de la estación resultaba vulgar... una mujer normal y corriente, bastante mayor, que iba a Londres para un asunto normal y corriente... algo relacionado con un gato o un caballo o un perro. Alcanzó su maleta, se levantó y cogió los faisanes del portaequipajes. Pero, de todos modos, ¿no murmuró «choc, choc» al abrir la puerta del compartimento para salir?

Lappin y Lapinova

Ya eran marido y mujer. Sonó la marcha nupcial. Las palomas batieron sus alas. Unos niños con chaquetas de Eton tiraron arroz; un fox terrier se acercó por el sendero; y Ernest Thorburn condujo a su mujer hasta el coche a través de la pequeña e inquisitiva multitud de absolutos extraños que siempre se congregaba en Londres para gozar de la felicidad o la infelicidad de otros. Realmente él era guapo y ella tímida. Tiraron más arroz, y el coche se alejó.

Eso ocurrió un martes. Ya era sábado. Rosalind continuaba sin acostumbrarse al hecho de ser la señora de Ernest Thorburn. Puede que nunca se acostumbrase al hecho de ser la señora de nadie, pensó, sentada en el mirador del hotel y contemplando las montañas y el lago mientras esperaba que su marido bajase a desayunar. Ernest era un nombre al que costaba trabajo acostumbrarse. No era el nombre que ella habría elegido. Hubiera preferido Timothy, Anthony o Peter. Además, él tampoco tenía aspecto de Ernest. El nombre traía a la memoria al Príncipe Alberto, aparadores de caoba, grabados del

Título original: «Lappin and Lapinova». «Reelaboración» de un relato escrito veinte años antes o más, aparece terminado para diciembre de 1938. Fue publicado en *Harper's Bazaar* (Londres y Nueva York) en abril de 1939 y recogido posteriormente en *III*. Damos el texto de *Harper's Bazaar*.

príncipe consorte y su familia... es decir, el salón de su suegra en Porchester Terrace.

Pero aquí estaba él. Afortunadamente no se parecía a Ernest... no. ¿Cuál era su aspecto en realidad? Ella lo miró de reojo. Bueno, mientras comía su tostada parecía un conejito. No es que nadie pudiese advertir el parecido con una criatura tan diminuta y tímida como un conejo en este joven elegante y musculoso, de nariz recta, ojos azules y boca firme. Y eso lo volvía todo aún más divertido. Arrugaba ligeramente la nariz al comer. Como el conejo que Rosalind tenía en casa. Rosalind se quedó observando su forma de arrugar la nariz; y luego tuvo que explicar, cuando él la sorprendió mirando, por qué se reía.

—Porque pareces un conejo, Ernest —dijo—. Un conejo de campo —añadió—. Un conejo para ser cazado; un conejo rey; un conejo que dicta las leyes para todos los demás conejos.

Ernest no puso objeción a ser esa clase de conejo, y puesto que a Rosalind le divertía verle arrugar la nariz —nunca le habían dicho que su nariz se arrugase—, se puso a hacerlo a propósito. Y ella no paraba de reír; y él también reía, de modo que las solteronas y el pescador y el camarero suizo con su sucia chaqueta negra no se equivocaron; eran muy felices. Pero ¿cuánto dura esa felicidad? se preguntaban; y cada cual respondía según sus propias circunstancias.

A la hora de almorzar se sentaron sobre un montón de brezo a la orilla del lago.

—¿Quieres un poco de lechuga, conejito? —preguntó Rosalind, ofreciéndole la lechuga que les habían dado para comer además de los huevos duros—. Ven y cógela de mi mano —añadió, y él se acercó a mordisquear la lechuga y arrugó la nariz.

—Eres un conejo bueno y guapo —dijo Rosalind, acariciándole como acariciaba al conejo que tenía en casa. Pero aquello era absurdo. Él no era un conejo domesticado, fuese lo que fuese. Decidió traducirlo al francés—. Lapin —lo llamó. Pero fuese lo que fuese, no era un conejo francés. Era lisa y llanamente inglés... nacido en Por-

chester Terrace, educado en Rugby; ahora empleado en la administración pública de Su Majestad. De modo que probó «Bunny»; pero resultó aún peor. «Bunny» era alguien gordo y fofo y cómico; y él era delgado, fuerte y serio. Y sin embargo arrugaba la nariz.

—Lappin —exclamó Rosalind de pronto; y soltó un grito como si hubiese encontrado justo la palabra que buscaba.

—Lappin, Lappin, Rey Lappin —repitió. Parecía encajar a las mil maravillas; no era Ernest, era el Rey Lappin. ¿Por qué? Rosalind no lo sabía.

Cuando no encontraban nada nuevo de qué hablar durante sus largos paseos solitarios... y llovía, tal y como les había advertido todo el mundo; o cuando se sentaban junto al fuego, al caer la tarde, porque hacía frío, y las solteronas y el pescador se habían marchado y el camarero sólo aparecía si tocabas el timbre, ella dejaba volar su imaginación con la historia de la tribu Lappin. Bajo sus manos —ella cosía; él leía—, los personajes se volvían muy reales, muy vivos, muy divertidos. Ernest dejaba a un lado el periódico y la ayudaba. Había conejos negros y conejos rojos; había conejos amigos y conejos enemigos. Vivían en un bosque rodeado de praderas y había también un pantano. Pero por encima de todo estaba el Rey Lappin, quien, lejos de poseer una única habilidad —la de arrugar la nariz—, se convirtió con el paso del tiempo en un animal de gran carácter; Rosalind siempre descubría en él nuevas cualidades. Pero por encima de todo era un gran cazador.

—¿Y qué ha hecho hoy el Rey? —preguntó Rosalind el último día de su luna de miel.

Habían pasado el día trepando por la montaña; y ella tenía una ampolla en el talón; pero no se refería a eso.

—Hoy —dijo Ernest, arrugando la nariz mientras mordía la punta del cigarro— ha cazado una liebre. —Se detuvo; encendió una cerilla y volvió a arrugar la nariz.

»Una liebre hembra —añadió.

—¡Una liebre blanca! —exclamó Rosalind, como si esperase aquella respuesta—. ¿Una liebre más bien pequeña, gris plateada, de ojos brillantes?

—Sí —dijo Ernest, mirándola como ella lo había mirado a él—, un animalillo muy pequeño, con los ojos saltones y las dos patitas delanteras colgando. —Así era exactamente como ella estaba sentada, con su labor colgando entre las manos; y sus ojos, grandes y vivos, eran realmente algo saltones.

—Ah, Lapinova —murmuró Rosalind.

—¿Así es como se llama —preguntó Ernest— ...la auténtica Rosalind? —Ernest la miró. Estaba muy enamorado de ella.

—Sí; así es como se llama —dijo Rosalind—. Lapinova. —Y antes de acostarse esa noche todo quedó establecido. Él era el Rey Lappin; ella la Reina Lapinova. Los dos eran justo lo contrario del otro. Él era valiente y decidido; ella cautelosa e insegura. Él reinaba en el bullicioso mundo de los conejos; el de ella era un mundo desolado y misterioso por el que vagaba preferentemente a la luz de la luna. No obstante, sus territorios eran limítrofes; eran Rey y Reina.

Así pues, al regresar de su luna de miel se hallaban en posesión de un mundo privado, habitado únicamente por conejos, con la excepción de la liebre. Nadie sospechaba la existencia de semejante lugar y eso, claro está, hacía que las cosas resultasen aún más emocionantes. Les hacía sentirse, más incluso que a la mayoría de las parejas jóvenes, unidos frente al resto del mundo. A menudo se miraban con complicidad cuando la gente hablaba de conejos y bosques y trampas y cacerías. O intercambiaban un guiño furtivo de lado a lado de la mesa cuando la tía Mary decía que no soportaría ver a una liebre en un plato... por su gran parecido con un bebé; o cuando John, el hermano de Ernest, les contaba a qué precio se pagaban los conejos ese otoño en Wiltshire, con piel y todo. A veces, cuando necesitaban un guardabosques o un cazador furtivo o un señor feudal se divertían distribuyendo los cargos entre sus amigos. La madre de Ernest, la señora Reginald Thorburn, por ejemplo, encajaba a la perfección en el papel de terrateniente. Pero todo era secreto... eso era lo principal; nadie más que ellos sabía de la existencia de tal mundo.

Rosalind se preguntaba cómo habría podido vivir aquel invierno sin ese mundo. Por ejemplo, se celebraban las bodas de oro de los padres de Ernest y todos los Thorburn se reunieron en Porchester Terrace para conmemorar el quincuagésimo aniversario de esa unión que tan feliz —¿acaso no había producido a Ernest Thorburn?— y tan fecunda había resultado —¿acaso no había producido otros nueve hijos e hijas, muchos casados a su vez e igualmente fecundos?—. A Rosalind le horrorizaba aquella fiesta. Pero era inevitable. Mientras subía las escaleras pensó con amargura que era hija única y además huérfana; una simple gota de agua entre todos aquellos Thorburn reunidos en el gran salón con las paredes cubiertas de papel brillante como el satén y los imponentes retratos de familia. Los Thorburn vivos se parecían mucho a los retratados; la única diferencia es que sus labios eran reales en lugar de pintados; y los labios comenzaron a contar historias del colegio y del día en que le quitaron la silla a la institutriz; historias de ranas y de cómo las metían en las virginales sábanas de viejas solteronas. En cuanto a Rosalind, ni siquiera sabía lo que era hacer la petaca en una cama. Con el regalo en la mano, Rosalind se acercó a su suegra, suntuosamente vestida de satén amarillo; y a su suegro, que lucía un espléndido clavel amarillo. En torno a ellos, en las mesas y en las sillas, se encontraban los áureos tributos; algunos dispuestos entre algodones; otros ramificándose resplandecientes... candelabros; cajas de puros; cadenas con la marca del joyero atestiguando que eran de oro macizo, contrastado, auténtico. Pero el regalo de Rosalind era una simple cajita de similor con agujeritos; una vieja salvadera, una reliquia del siglo XVIII que se empleaba para salpicar con arena la tinta húmeda. Un regalo absurdo, pensó, ahora que existía el papel secante; y en el momento de ofrecérsela vio ante sus ojos la redonda caligrafía con que su suegra le había manifestado la esperanza de que «Mi hijo te haga feliz». No, Rosalind no era feliz. No era en absoluto feliz. Miró a Ernest, tieso como una vara, con

una nariz igual a todas las narices de los retratos familiares; una nariz que jamás se arrugaba.

Luego bajaron a cenar. Rosalind estaba semioculta tras los grandes crisantemos que cerraban sus pétalos dorados y rojos formando bolas grandes y compactas. Todo era dorado. Una tarjeta con el borde dorado e iniciales doradas y entrelazadas recitaba la lista de platos que les servirían uno detrás de otro. Rosalind hundió su cuchara en un plato lleno de un fluido dorado y claro. La niebla húmeda y blanca del exterior se había transformado bajo la luz de las farolas en una malla áurea que difuminaba los bordes de los platos y confería a las piñas una pátina dorada y rugosa. Tan sólo ella, con su traje de novia blanco y sus ojos saltones mirando al frente, parecía insoluble como un carámbano.

Sin embargo, a medida que avanzaba la cena, la habitación se fue llenando de vapor a causa del calor. Las frentes de los hombres se cubrieron de gotas de sudor. Rosalind sentía que su carámbano se volvía agua. Se estaba derritiendo; dispersando; disolviendo en nada; y pronto se desvanecería. Entonces, en medio de la confusión de su propia cabeza y el bullicio que llegaba a sus oídos, oyó una voz de mujer que exclamaba, «¡Hay que ver cómo se reproducen!»

Los Thornburn... sí; hay que ver cómo se reproducen, repitió Rosalind, mirando uno por uno los rostros redondos y colorados que parecían duplicarse en el vértigo que la invadía y aumentar en la neblina dorada que los envolvía a todos. «Cómo se reproducen.» Y acto seguido John gritó:

—¡Malditos bichos!... ¡Hay que matarlos! ¡Pisotearlos con unas buenas botas! ¡Es la única forma de tratar... a los conejos!

Al oír esa palabra, esa palabra mágica, Rosalind revivió. Atisbando entre los crisantemos vio que Ernest arrugaba la nariz. Su nariz se fruncía, se arrugaba una y otra vez. Y entonces los Thornburn fueron víctimas de una extraña catástrofe. La mesa dorada se convirtió en un páramo repleto de tojos en flor; el bullicio de las voces se

transformó en carcajadas de alondras que resonaban desde el cielo. El cielo era azul... las nubes pasaban lentamente. Y todos habían cambiado... los Thorburn. Rosalind miró a su suegro, un hombre huidizo, con el bigote teñido. Tenía la manía de coleccionar cosas: sellos, cajitas esmaltadas, baratijas procedentes de tocadores del siglo XVIII que escondía en los cajones de su estudio para que no las viera su mujer. Rosalind lo veía tal y como era: un cazador furtivo con el abrigo repleto de faisanes y perdices robadas para guisar a escondidas en la marmita de tres patas que guardaba en su pequeña cabaña llena de humo. Ese era realmente su suegro... un cazador furtivo. Y Celia, la hija soltera, que siempre acababa descubriendo los secretos de los demás, las cosillas que los demás intentaban ocultar... Celia era un hurón blanco con los ojos rosados y la nariz manchada de grumos de tierra de tanto hurgar y husmear bajo el suelo. Cargada a hombros, en una red, y arrojada a un agujero... la de Celia era una vida lamentable; pero ella no tenía la culpa. Así es como Rosalind veía a Celia. Y luego miró a su suegra a quien apodaban El Terrateniente. Colorada, vulgar, bravucona... todo esto era mientras daba las gracias, puesta en pie; pero en ese momento Rosalind —es decir, Lapinova— veía tras ella la decrepita casa familiar, las paredes desconchadas, y la oía, con un sollozo en la voz, dando las gracias a sus hijos (que la odiaban) por un mundo que había dejado de existir. De repente se hizo el silencio. Todos se pusieron en pie y levantaron sus copas; todos bebieron; luego se acabó.

—¡Oh, Rey Lappin —exclamó Rosalind cuando volvían a casa envueltos en la niebla—, si no hubieses arrugado la nariz justo en ese momento, habría caído en la trampa!

—Pero estás a salvo —dijo el Rey Lappin, apretándole la patita a Rosalind.

—Totalmente a salvo —replicó ella.

Y regresaron en su coche a través del parque, el Rey y la Reina de los pantanos, de las brumas y de los páramos perfumados de tojos.

Y así pasó el tiempo: un año, dos años. Una noche de invierno, que casualmente resultó ser el aniversario de las bodas de oro —aunque la señora Reginald Thorburn había muerto; la casa había sido alquilada; en ella no vivía más que un portero—, Ernest volvió a casa después del trabajo. Tenían una agradable casita; la mitad de una vivienda situada sobre una guarnicionería en South Kensington, muy cerca del metro. Era una noche fría y brumosa y Rosalind cosía sentada junto a la chimenea.

—¿A que no adivinas lo que me ha pasado hoy? —dijo Rosalind no bien su marido se hubo sentado con las piernas estiradas hacia el fuego—. Estaba cruzando el arroyo cuando...

—¿Qué arroyo? —la interrumpió Ernest.

—El arroyo que hay abajo, donde nuestro bosque se une con el bosque negro —explicó Rosalind.

Ernest estaba perplejo.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó.

—¡Mi querido Ernest! —exclamó Rosalind consternada—. Rey Lappin —añadió, moviendo sus patitas delanteras a la luz de las llamas. Pero la nariz de Ernest no se arrugó. Las manos de Rosalind (se habían vuelto manos otra vez) se aferraron a la tela que sostenía entre ellas; los ojos casi se le salen de las órbitas. A Ernest le llevó al menos cinco minutos convertirse en el Rey Lappin; y durante la espera, Rosalind sintió una presión en la nuca, como si se la retorciesen. Finalmente Ernest se convirtió en el Rey Lappin; arrugó la nariz; y la pareja pasó la noche vagando por los bosques como era su costumbre.

Pero Rosalind durmió mal. Se despertó a media noche con la sensación de que le ocurría algo extraño. Estaba rígida y fría. Por fin encendió la luz y miró a Ernest, que dormía a su lado. Estaba profundamente dormido. Roncaba. Mas aunque roncaba su nariz permanecía completamente inmóvil. Parecía como si en la vida se hubiese arrugado. ¿Era posible que ese hombre fuese realmente Ernest? ¿Y que ella estuviese realmente casada con Ernest? Rosalind vio surgir ante sus ojos el salón de su suegra; y allí estaban los dos, Ernest y ella, envejecidos, sen-

tados bajo los grabados, frente al aparador... Era el día de sus bodas de oro. Rosalind no podía soportarlo.

—¡Lappin, Rey Lappin! —susurró, y por un momento la nariz de Ernest pareció arrugarse espontáneamente. Pero Ernest aún dormía—. ¡Despierta, Lappin, despierta! —gritó Rosalind.

Ernest se despertó y al verla allí sentada, muy tiesa, le preguntó:

—¿Que pasa?

—¡Creí que mi conejo había muerto! —dijo Rosalind, gimoteando. Ernest estaba enfadado.

—No digas tonterías, Rosalind —replicó—. Acuéstate y duerme.

Ernest se dio la vuelta. Al momento volvió a quedarse profundamente dormido y a roncar.

Pero Rosalind no podía dormir. Estaba hecha un ovillo en su lado de la cama, como una liebre en su madriguera. Se había vuelto hacia la luz, pero la farola de la calle apenas iluminaba el techo, y los árboles del exterior dibujaban en él una especie de encaje, como un bosque umbrío por el que Rosalind vagaba, daba vueltas, se retorció, entraba y salía, giraba y giraba, cazaba, era cazada, oía el aullido de los perros y el sonido de los cuernos; huía, escapaba... hasta que la doncella abrió las persianas y les trajo su té matinal.

Al día siguiente Rosalind no era capaz de concentrarse en nada. Parecía haber perdido algo. Sentía como si su cuerpo hubiese encogido; como si se hubiese vuelto pequeño y negro y duro. Sus articulaciones estaban rígidas, y cuando se miraba en el espejo, cosa que hizo varias veces mientras deambulaba por la casa, le parecía que los ojos se le salían de las órbitas, como grosellas en un pastel. Las habitaciones también parecían haber menguado. Los grandes muebles sobresalían de un modo extraño y Rosalind tropezaba con ellos. Finalmente se puso el sombrero y salió a la calle. Paseó por Cromwell Road; y cada habitación junto a la que pasaba y en la que atisbaba le parecía un salón donde la gente comía sentada bajo grabados realizados sobre planchas de acero, con gruesas

cortinas de encaje amarillas y aparadores de caoba. Llegó al Museo de Ciencias Naturales; de niña le gustaba mucho aquel lugar. Mas lo primero que vio al entrar fue una liebre disecada, sobre nieve falsa, con los ojos de cristal color rosa. Aquella visión la hizo temblar de pies a cabeza. Tal vez se sentiría mejor al caer la tarde. Volvió a casa y se sentó junto al fuego, sin encender la luz, y trató de imaginar que estaba sola en un páramo; por el páramo corría un arroyo; y más allá había un bosque oscuro. Pero Rosalind no podía pasar del arroyo. Se agazapó en la orilla, sobre la hierba húmeda, y se acurrucó en su silla, con las manos vacías colgando y los ojos brillando a la luz de la lumbre como si fuesen de cristal. Entonces se oyó un disparo... Rosalind se sobresaltó como si le hubiesen pegado un tiro. Era Ernest girando la llave en la cerradura. Rosalind esperó, temblorosa. Ernest entró y encendió la luz. Allí estaba, alto, guapo, frotándose las manos enrojecidas por el frío.

—¿Qué haces aquí a oscuras? —preguntó.

—¡Ay, Ernest, Ernest! —exclamó Rosalind, dando un brinco sobre su asiento.

—¿Qué pasa esta vez? —preguntó él con brusquedad, calentándose las manos junto al fuego.

—Es Lapinova —titubeó Rosalind, mirándolo como trastornada con sus grandes ojos asustados—. Se ha ido, Ernest. ¡La he perdido!

Ernest frunció el ceño. Apretó los labios.

—¿De modo que se trata de eso? —dijo, sonriendo a su esposa con gran frialdad. Ernest permaneció allí de pie, sin decir palabra, por espacio de diez segundos; y Rosalind esperó, sintiendo que unas manos le apretaban la nuca.

—Sí —dijo Ernest al fin—. Pobre Lapinova... —Se ajustó la corbata ante el espejo que había sobre la chimenea.

—Ha caído en una trampa —dijo—. Ha muerto. —Y se sentó a leer el periódico.

Y así concluyó este matrimonio.

El foco

La mansión del conde del siglo XVIII se transformó en club en el siglo XX. Y era agradable, después de cenar en el gran salón con columnas y candelabros bajo una luz resplandeciente, salir a la terraza con vistas al parque. Los árboles estaban cargados de hojas y, de haber habido luna, se habría visto el plumaje rosado y color crema de los castaños. Pero era una noche sin luna; muy cálida, tras un hermoso día de verano.

Los invitados del señor y la señora Ivimey tomaban café y fumaban en la terraza. Como para liberarlos de la necesidad de hablar, para entretenerlos sin que hicieran ningún esfuerzo, unos destellos de luz surcaban el cielo. Corrían tiempos de paz por aquel entonces; la fuerza aérea estaba de maniobras; buscando aviones enemigos en el cielo. Tras detenerse para examinar un punto sospechoso, la luz giró, como las aspas de un molino, o como las antenas de algún insecto prodigioso, revelando una cadavérica fachada de piedra aquí; un castaño en flor allá; y luego, de pronto, iluminó la terraza y por espacio de un segundo se vio brillar un

Titulo original: «The Searchlight». Relato de compleja elaboración que se fue gestando desde 1930 hasta 1941 y se publicó en IIII. Damos el texto de la versión mecanografiada definitiva con las revisiones ológrafas de VW.

disco luminoso... tal vez era un espejo de esos que las mujeres llevan en el bolso.

—¡Mirad! —exclamó la señora Ivimey.

La luz pasó. Volvieron a quedar a oscuras.

—¡No os imagináis lo que me ha recordado *eso!* —añadió. Naturalmente sí lo imaginaron.

—No, no, no —protestó la señora Ivimey. Nadie podía imaginarlo; ella era la única que lo sabía; ella era la única que podía saberlo, porque era la biznieta del hombre en cuestión. El le había contado la historia. ¿Qué historia? Si querían intentarían contársela. Aún tenían tiempo antes de ir al teatro.

—Pero ¿por dónde empiezo? —reflexionó—¹. ¿Fue en 1820?... Más o menos por aquel entonces mi abuelo era un muchacho. Ya no soy joven —no, pero era una mujer guapa y de muy buen porte— y él era muy mayor cuando yo era niña... cuando me contó esta historia. Un anciano muy atractivo —explicó la señora Ivimey—, con una abundante mata de pelo blanco y los ojos azules. Debió de ser un joven muy apuesto. Pero extraño... Lo cual era natural... teniendo en cuenta cómo vivían. Su apellido era Comber. Eran una familia venida a menos. Habían sido gente de buena cuna; habían tenido tierras en Yorkshire. Pero cuando nació mi abuelo no quedaba más que la torre. De la casa sólo quedaba una pequeña granja en mitad de los campos. La vimos hace diez años. Tuvimos que dejar el coche en el camino y andar campo a través. No hay ningún camino que llegue hasta la casa. Está aislada y la maleza crece hasta la misma puerta... había unos pollitos picoteando por allí, entrando y saliendo de las habitaciones. Todo estaba en ruinas. Recuerdo que de repente cayó una piedra de la torre —la señora Ivimey se detuvo—. Vivían allí —continuó—, mi bisabuelo, la mujer y el niño. Ella no era su mujer ni tampoco la madre del chico. Era simplemente una campesina, una muchacha que mi bisabuelo se había llevado a vivir con él

¹ Como ha señalado John Graham, el incidente que relata la señora Ivimey tiene su origen en *The Autobiography of Sir Henry Taylor* (Londres, 1885), I, 44-45.

cuando enviudó. Ésa era tal vez otra de las razones por las que nadie les visitaba... por las que la propiedad estaba en ruinas. Pero recuerdo que había un escudo de armas encima de la puerta; y libros, libros viejos y ya mohosos. Todo cuanto mi bisabuelo sabía lo había aprendido en los libros. Leía y leía sin parar, me dijo, libros antiguos, libros con mapas desplegados. Los subió a la torre... la cuerda que usó para transportarlos aún sigue allí, y también los escalones rotos. Todavía hay una silla desfondada junto a la ventana; y la ventana está abierta de par en par, y los cristales rotos, y desde allí se ven kilómetros y kilómetros de páramos.

Se detuvo como si estuviese en la torre, mirando por la ventana abierta.

—Pero no encontrábamos el telescopio —dijo. El ruido de platos aumentó en el salón. Sin embargo, la señora Ivimey, en la terraza, parecía sorprendida, porque no lograba encontrar el telescopio.

—¿Por qué un telescopio? —preguntó alguien.

—¿Por qué? Porque de no haber habido un telescopio —dijo la señora Ivimey riendo— ¡yo no estaría ahora aquí sentada!

Y lo cierto es que estaba allí sentada, que era una mujer de buen porte, de mediana edad, con algo azul sobre los hombros.

—Tenía que estar allí —continuó la señora Ivimey— porque mi bisabuelo me contó que todas las noches, cuando los mayores se iban a dormir, él se sentaba en la ventana y observaba las estrellas con el telescopio. Júpiter, Aldebarán, Casiopea. —Señaló con la mano las estrellas que empezaban a aparecer por encima de los árboles. Estaba oscureciendo. Y el foco parecía más brillante, barría el cielo, se detenía aquí y allá para observar las estrellas.

—Allí estaban las estrellas —continuó—. Y mi bisabuelo, el muchacho, se preguntaba: «¿Qué son? ¿Por qué existen? ¿Y quién soy yo?», como suele preguntarse la gente cuando está a solas, sin nadie con quien hablar, mirando las estrellas.

La señora Ivimey guardó silencio. Todos contempla-

ron las estrellas que empezaban a aparecer en la oscuridad de la noche, por encima de los árboles. Las estrellas parecían eternas, inmutables. El rugido de Londres se debilitó. Un siglo no parecía nada. Todos sentían que el muchacho estaba allí con ellos, contemplando las estrellas. Sentían que estaban con él, en la torre, contemplando las estrellas sobre los páramos.

Entonces, una voz a sus espaldas dijo:

—Exactamente. Viernes.

Todos se volvieron, cambiaron de lugar, se sintieron devueltos otra vez a la terraza.

—Ah, pero allí no había nadie para decirle una cosa así —murmuró la señora Ivimey. La pareja se levantó y se fue.

—Mi bisabuelo estaba solo —prosiguió—. Era un hermoso día de verano. Un día de junio. Uno de esos días estivales perfectos, cuando todo parece en calma bajo el calor. Los pollitos picoteaban por el patio de la granja; el caballo pateaba en el establo; el viejo dormitaba encima de su vaso. La mujer fregaba los baldes en la cocina. Tal vez cayó una piedra de la torre. Parecía como si el día no fuese a acabar jamás. Y él no tenía con quien hablar... absolutamente nada que hacer. El mundo entero se extendía ante sus ojos. El páramo subía y bajaba; el cielo se unía con el páramo; verde y azul, verde y azul, eternamente.

En la penumbra vieron que la señora Ivimey se inclinaba sobre la barandilla de la terraza con la barbilla entre las manos, como si contemplase los páramos desde lo alto de una torre.

—Nada sino páramo y cielo, páramo y cielo, eternamente —murmuró.

Luego hizo un movimiento, como para colocar algo en su debida posición.

—Pero ¿cómo se veía la tierra por el telescopio? —preguntó.

Hizo otro rápido y leve movimiento con los dedos, como si estuviese girando algo.

—Mi bisabuelo lo enfocó —dijo—. Lo enfocó hacia la tierra. Lo enfocó hacia una oscura masa boscosa situada en el horizonte. Lo enfocó de forma que pudo ver... cada

árbol... cada árbol por separado... y los pájaros... subiendo y bajando... y una estela de humo... allí... entre los árboles... Y luego... más abajo... más abajo... (la señora Ivimey bajó la mirada)... había una casa... una casa entre los árboles... una granja... se veía hasta el último ladrillo... y las tuberías a ambos lados de la puerta... con flores azules y rosas, hortensias quizá... —La señora Ivimey guardó silencio—. Poco después una muchacha salió de la casa con algo azul en la cabeza... y se detuvo... para alimentar a los pájaros... a las palomas... que revoloteaban a su alrededor... Y luego... mirad... Un hombre... ¡Un hombre! Surgió de detrás de la esquina. ¡Estrechó a la muchacha entre sus brazos! Se besaron... ¡Se besaron!

La señora Ivimey abrió los brazos y los cerró como si besase a alguien.

—Era la primera vez que mi bisabuelo veía a un hombre besando a una mujer... con su telescopio... ¡a kilómetros y kilómetros sobre los páramos!

La señora Ivimey apartó algo de sí... probablemente el telescopio. Se sentó muy erguida.

—De modo que bajó corriendo las escaleras de la torre. Corrió por los campos. Corrió por senderos, por caminos, entre los bosques. Recorrió kilómetros y kilómetros sin parar de correr y justo cuando las estrellas comenzaban a aparecer sobre los árboles llegó a la casa... cubierto de polvo, empapado en sudor...

La señora Ivimey se detuvo como si estuviera viendo aquella escena.

—Y luego, y luego... ¿qué hizo después? ¿Qué dijo? ¿Y la muchacha? —la apremiaron.

Un rayo de luz cayó sobre la señora Ivimey como si alguien hubiese enfocado la lente del telescopio sobre ella. (Era la fuerza aérea, en busca de aviones enemigos.) Se había puesto en pie. Llevaba algo azul en la cabeza. Había levantado una mano, como si estuviese en el umbral de una puerta, sorprendida.

—Ah, la muchacha... Era... —vaciló, como a punto de decir «yo». Pero recordó y rectificó—. Era mi bisabuela —dijo.

Se dio la vuelta para coger su chal. Estaba en una silla, a sus espaldas.

—Pero, cuéntanos... ¿qué pasó con el otro hombre, el hombre que surgió de detrás de la esquina? —le preguntaron.

—¿Ese hombre? Ese hombre —murmuró la señora Ivimey, inclinándose para ponerse el chal (el foco ya no iluminaba la terraza)—, supongo que desapareció.

—La luz —añadió, mientras recogía sus cosas—, sólo cae aquí y allá.

El foco había pasado. Ahora iluminaba el patio del Palacio de Buckingham. Y era hora de salir para el teatro.

Gipsy, la perra callejera

—Tenía una sonrisa encantadora —dijo May Bridger, con aire pensativo. Una noche, ya tarde, los Bridget y los Bagot charlaban junto al fuego de viejas amistades. Helen Folliott, la chica de la sonrisa encantadora, se había esfumado. Nadie sabía qué había sido de ella. Había tenido un accidente, eso oyeron decir, y, todos estaban de acuerdo, siempre habían pensado que le ocurriría algo así, y, cosa extraña, ninguno la había olvidado.

—Tenía una sonrisa encantadora —repitió Lucy Bagot.

Y así empezaron a hablar de lo extrañas que eran las relaciones humanas: lo fortuito que era hundirse o salir a flote, por qué se recuerdan unas cosas y se olvidan otras, hasta qué punto puede cambiarlo todo una insignificancia, y cómo gente que se ve a diario de pronto desaparece y no vuelve a verse más.

Luego guardaron silencio. Fue entonces cuando oyeron un silbido —¿era un tren o una sirena?—, un silbido débil y lejano que recorrió las llanuras de Suffolk y se extinguió. El sonido debió de avivar algún recuerdo, al menos en los Bagot, porque Lucy dijo, mirando a su marido:

—Tenía una sonrisa encantadora.

Titulo original: «Gipsy, the Mongrel». Relato escrito entre octubre de 1939 y enero de 1940, y nunca publicado. Damos el texto de la copia mecanografiada con revisiones ológrafas, elaborado a partir de tres borradores distintos por lo menos.

Folliott, la chica de la sonrisa encantadora. Y en cierto sentido la relacionaba con el animal. ¿Acaso no guardan todas las historias una relación entre sí?, se dijo, y entretanto se le escaparon un par de frases del relato de Tom. Cuando volvió a prestar atención, los Bagot estaban recordando anécdotas absurdas que no les agradaba mucho contar, y sin embargo estaban cargadas de significado.

—Lo aprendió todo sola —estaba diciendo Tom—. Nunca le enseñamos nada. Y cada día aprendía algo nuevo. Un truco detrás de otro. Me traía las cartas en la boca. A veces, Lucy encendía una cerilla y ella la apagaba... así —explicó, aplastando una cerilla con el puño—, con la pata. O ladraba cuando sonaba el teléfono. «Maldito teléfono», parecía decir con absoluta claridad. Y las visitas... ¿recuerdas cómo agarraba a nuestros amigos, como si fuesen de su propiedad? «Puedes quedarte...» y en ese caso saltaba y te lamía la mano. «A ti no te queremos...» y entonces corría hasta la puerta, como para indicarles la salida. Y nunca se equivocaba. Juzgaba a las personas tan bien como cualquiera.

—Sí —confirmó Lucy—, era una perra de gran carácter. Y sin embargo —añadió—, mucha gente no se daba cuenta. Lo cual era otra razón más para sentir simpatía hacia ella. Por ejemplo, el hombre que nos regaló a Hector.

Bagot comenzó a contar la historia.

—Se llamaba Hopkins —dijo—. Era agente de Bolsa. Estaba muy orgulloso de su casita en Surrey. Ya sabéis de qué clase de hombre hablo... siempre con botas y polainas, como en las fotografías de las revistas deportivas. Estoy seguro de que era incapaz de distinguir un extremo del caballo del otro. Pero «no soportaba vernos con una perra callejera de aspecto tan miserable como aquella». —Tom Bagot volvía a citar. Era evidente que esas palabras se habían clavado en los Bagot como un agujijón—. De modo que tuvo la osadía de hacernos un regalo. Un perro llamado Hector.

—Un setter irlandés —explicó Lucy.

—Con el rabo tieso como una vara —continuó Bagot— y un *pedigree* más largo que tu brazo. Gipsy podría haberse enfadado. Podría habérselo tomado a mal. Pero era una perra sensata. No era nada quisquillosa. Vive y deja vivir... de todo hay en la viña del Señor. Ése era su lema. Los veías por la calle principal... codo con codo, iba a decir, trotando juntos. Estoy segura de que Gipsy le enseñó unas cuantas cosas...

—Hay que ser justos con él, era un perfecto caballero —interrumpió Lucy.

—Estaba un poco mal de la cabeza —dijo Tom Bagot, llevándose un dedo a la sien.

—Pero sus modales eran perfectos —intervino Lucy.

No hay nada como una historia de perros para sacar a flote la personalidad de las personas, reflexionó Mary Bridger. Por supuesto, Lucy tomaba partido por el caballero; Tom por la dama. Pero los encantos de la dama habían acabado por derrotar incluso a Lucy Bagot, que tenía tendencia a juzgar con dureza a su propio sexo. De modo que la perra debía de tener realmente algo especial.

—¿Y qué pasó después? —les interrumpí.

—Todo transcurrió sin contratiempos. Éramos una familia feliz —continuó Tom—. Nada rompía la armonía hasta que... —aquí vaciló—. Pensándolo bien —dijo bruscamente—, no se puede culpar a la naturaleza. Gipsy estaba en la flor de la vida... tenía dos años. ¿A cuánto equivale eso en un ser humano? ¿Dieciocho? ¿Veinte? Y estaba llena de vida... llena de alegría... como una muchacha. —Se detuvo.

—Estás pensando en la cena —le ayudó su mujer—. En la noche en que los Harvey Sinnott vinieron a cenar. Era el catorce de febrero... es decir —añadió con una extraña sonrisa—, el día de San Valentín.

—En mi tierra lo llaman el día del apareamiento —interrumpió Dick Bridger.

—Eso es —continuó Tom Bagot—, era el día de San Valentín... ¿el patrón de los enamorados, verdad? Bueno,

los Harvey Sinnott habían venido a cenar. No los conocíamos de nada. Teníamos que vernos por asuntos de la empresa (Tom Bagot era el delegado en Londres de la gran empresa de ingeniería de Liverpool Harvey, Marsh y Coppard). Era una cena de negocios. Para gente sencilla como nosotros se trataba de una prueba muy dura. Queríamos mostrarnos hospitalarios. Hicimos cuanto pudimos. *Lucy* —Tom señaló a su mujer— había cuidado hasta el último detalle, lo había preparado todo con varios días de antelación. Todo estaba tal como debía ser. Tú ya sabes a qué me refiero, *Lucy*... Y le dio una palmadita en la rodilla. *Mary Bridger* conocía bien a *Lucy*. Se imaginaba la mesa puesta; la plata brillante, todo como «debía ser», tal como había dicho Tom, para los invitados de honor.

—Era gente elegante, de eso no cabía duda —continuó Tom Bagot—. Pero excesivamente tradicional...

—Ella era de esas mujeres —interrumpió *Lucy*— que parece estar preguntándose, «¿Cuánto cuesta? ¿Es auténtico?», mientras hablan contigo. Iba demasiado emperifollada. Se pasó toda la cena repitiendo que era un placer (puesto que se alojaban como siempre en el Ritz o en el Carlton) disfrutar de una comida sencilla y tranquila. Tan agradable, tan hogareña. Era un descanso...

—No bien terminó de pronunciar estas palabras —interrumpió Bagot— hubo una explosión... Una especie de terremoto debajo de la mesa. Una pelea. Un alllido. Y nuestra invitada se levantó con toda su... —Tom abrió los brazos para indicar lo gorda que era aquella mujer— panoplia —se aventuró a decir—, y gritó: «¡Alguien me está mordiendo!» ¡Alguien me está mordiendo!» —la imitó Tom—. Miré debajo de la mesa. —(Levantó el volante de la silla y miró debajo)—. ¡Ay, esa pobre criatura abandonada! ¡Ese diablillo travieso! Allí mismo, a los pies de la buena señora... acababa de dar a luz... ¡había tenido un cachorro!

Aquel recuerdo era demasiado para él. Se apoyó en el respaldo de la silla, retorciéndose de risa.

—Entonces —continuó—. Los envolví en una servilleta. Y me los llevé a los dos. (El perrito estaba muerto, completamente muerto.) Intenté que afrontase los hechos. Se lo puse delante del hocico. Fuera, en el patio trasero. Fuera, a la luz de la luna, bajo la inocente mirada de las estrellas. Estuve a punto de darle una buena tunda. Pero ¿quién se atreve a pegar a un perro que sonrío...?

—¿Ante la moral y las buenas costumbres? —sugirió Dick Bridger.

—Podríamos decirlo así —respondió Bagot, sonriendo—. ¡Pero hay que ver el carácter que tenía! Se puso a correr por el patio, la muy fresca, detrás de un gato... No, no tuve valor.

—Y los Harvey Sinnott estuvieron estupendos —añadió Lucy—. El incidente sirvió para romper el hielo. Desde aquel día somos buenos amigos.

—La perdonamos —continuó Tom Bagot—. Dijimos que nunca más debía ocurrir una cosa así. Y no ocurrió. Nunca más. Pero ocurrieron otras. Montones de cosas. Podría contaros mil historias. Aunque lo cierto es —dijo, sacudiendo la cabeza—, que no creo en las historias. Un perro tiene personalidad propia, igual que nosotros, y la manifiesta igual que nosotros, a través de lo que decimos, a través de infinidad de pequeños detalles.

—Parece ridículo, pero es verdad —añadió Lucy—. El caso es que cuando entrabas en una habitación pensabas: «¿por qué habrá hecho eso?», como si se tratase de un ser humano. Pero como era un perro no te quedaba más remedio que adivinarlo. A veces resultaba imposible. La pata de cordero, por ejemplo. Se la llevó de la mesa sujetándola con las patas delanteras y riéndose. ¿Era una broma? ¿Nos estaba gastando una broma? Eso parecía. Un día intentamos engañarla. Le encantaba la fruta... las manzanas, las ciruelas, cualquier fruta cruda. Le dimos una ciruela con una piedra dentro. Nos preguntábamos qué haría con ella. No me creeréis pero, para no herir nuestros sentimientos se quedó con la ciruela en la boca, y luego, cuando pensó que ya no la veíamos, tiró la pie-

dra en su cuenco de agua y volvió moviendo el rabo. Era como si dijese: «¡Ahí tenéis!»

—Sí —dijo Tom Bagot—, nos dio una buena lección. Muchas veces me he preguntado —continuó—, qué pensaba de nosotros cuando se tumbaba en la alfombra, junto al fuego, entre un montón de botas y cerillas usadas. ¿Cuál era su mundo? ¿Ven los perros lo mismo que nosotros o ven algo distinto?

Los cuatro bajaron la vista hacia las botas y las cerillas usadas e intentaron por un momento apoyar el hocico entre las patas y mirar en el interior de las cavernas rojas y las llamas amarillas con los ojos de un perro. Pero no fueron capaces de responder a esa pregunta.

—Teníais que haberlos visto allí tumbados —continuó Bagot—, Gipsy a un lado del fuego, Hector al otro, tan parecidos como un huevo a una castaña. Era cuestión de cuna y de educación. Él era un aristócrata. Ella una perra del pueblo. Era natural puesto que su madre era una cazadora furtiva, su padre no se sabe quién y su amo un gitano. Los sacábamos de paseo a los dos. Hector estirado como un policía, siempre respetuoso de la ley. Gipsy saltando vallas, asustando a los patos, siempre como las gaviotas: aves vagabundas como ella. La llevábamos por el río, donde la gente daba de comer a las gaviotas. «Toma un poquito de pescado», decía. «Te lo has ganado». No me creeréis pero la vi alimentar a una de ellas con su propia boca. Sin embargo no tenía paciencia con los niños mimados... los perritos falderos. Parecía discutir el asunto con Hector, los dos tumbados en la alfombra junto a la chimenea. ¡Y acabó transformando al viejo *tory*! Deberíamos habernos dado cuenta antes. Sí, muchas veces me siento culpable. Pero siempre ocurre lo mismo... es muy fácil ver cómo se habrían podido evitar las cosas una vez hechas.

Su rostro se ensombreció, como si recordase alguna tragedia menor que, como bien decía, se podría haber evitado, y sin embargo para quien la escuchaba no significaría más que la caída de una hoja o la muerte de una mariposa. Los Bridger se dispusieron a escuchar la histo-

ria, fuese la que fuese. Tal vez la había atropellado un coche, o tal vez la habían robado.

—Fue el bobo de Hector —continuó Bagot—. Nunca me gustaron los perros bonitos —explicó—. No hay nada malo en ellos, pero les falta carácter. Puede que tuviese celos. Desde luego carecía del buen juicio de Gipsy sobre lo que era oportuno y lo que no. Cuando Gipsy hacía una cosa, Hector intentaba superarla. Resumiendo... un buen día Hector saltó la tapia del jardín, aterrizó en el invernadero del vecino, se enredó entre las piernas de un anciano, chocó con un coche, y no se hizo el menor rasguño, pero abolló el capó. Ese día nos costó diez libras y una visita a comisaría. Gipsy era la culpable de todo. Sin ella Hector sería tan dócil como un corderito. El caso es que uno de los dos tenía que irse. En justicia debería haber sido Gipsy. Pero veámoslo de otro modo. Pensad, por ejemplo, que tenéis dos criadas y no podéis quedaros con las dos; una de ellas no tendrá la menor dificultad para encontrar trabajo, pero la otra... no es plato de todos los gustos y podría verse en un buen aprieto. No lo dudaríais... haríais lo mismo que nosotros. Regalamos a Hector a unos amigos; nos quedamos con Gipsy. Puede que fuese injusto. El caso es que ese fue el origen de todos los problemas.

—Sí, las cosas fueron mucho peor después de aquello —dijo Lucy Bagot—. Gipsy se sentía culpable de la marcha de Hector. Lo demostraba de mil maneras posibles, con pequeños detalles, que es al fin y al cabo la única forma que tiene un perro de demostrarlo. —Lucy guardó silencio. La tragedia estaba cada vez más cerca, esa pequeña y absurda tragedia que tan difícil resultaba contar y tan difícil olvidar para aquella pareja de mediana edad.

—Hasta entonces no nos dimos cuenta de la cantidad de sentimientos que había en Gipsy. Los seres humanos, como dice Lucy, pueden hablar. Pueden decir «Lo siento», y con eso ya está todo arreglado. Pero un perro no puede. Los perros no hablan. Pero los perros —añadió— recuerdan.

—Gipsy recordaba —corroboró Lucy—. Lo demostraba. Una noche, por ejemplo, entró en la sala de estar con una vieja muñeca de trapo. Yo estaba allí sola. Gipsy la cogió y la dejó en el suelo, como si se tratase de un regalo... para sustituir a Hector.

—Otra vez —continuó Bagot— apareció en casa con un gato blanco. Era un animal enfermo y lleno de llagas, que ni siquiera tenía cola. El gato no quería marcharse. Nosotros no lo queríamos. Gipsy tampoco. Pero significaba algo. ¿Intentaba sustituir a Hector? ¿No sabía hacerlo de otro modo? Tal vez...

—O tal vez había otra razón —interrumpió Lucy—. Nunca llegué a saberlo. ¿Intentaba darnos una pista? ¿Prepararnos para algo? ¡Si hubiese podido hablar! En ese caso habríamos podido razonar con ella, habríamos intentado convencerla. El caso es que durante todo aquel invierno tuvimos la vaga impresión de que algo no iba bien. Se quedaba dormida y empezaba a aullar, como si estuviese soñando. Luego se levantaba y recorría la habitación con las orejas de punta, como si hubiese oído algo. Yo salía a la puerta y miraba. Pero no había nadie. Otras veces se ponía a temblar de un modo horrible, mitad miedo, mitad ansiedad. Si fuese una mujer pensarías que una tentación se estaba apoderando de ella poco a poco. Era como si intentara resistirse a algo y no pudiera, como si tuviese algo en la sangre, por así decir, que no podía soportar. Eso nos parecía... Y ya no quería salir de paseo. Se quedaba sentada en la alfombra, junto a la chimenea, y escuchaba. Pero lo mejor es contar los hechos y dejar que juzguéis por vosotros mismos.

Lucy guardó silencio. Pero Tom le hizo una señal con la cabeza.

—Cuenta tú el final —dijo, por la sencilla razón de que él no se sentía capaz de contarlo, por absurdo que pareciera.

Lucy Bagot empezó su relato; hablaba ceremoniosamente, como si estuviese leyendo una crónica periodística

—Una tarde de invierno, el 16 de diciembre de 1937, Augustus, el gato blanco, se sentó a un lado de la chimenea. Gipsy se sentó al otro. Estaba nevando. El ruido de la calle parecía sofocado por la nieve. Tom dijo: «Se oiría caer un alfiler. Hay tanto silencio como en el campo.» Y prestamos atención. Se oyó pasar un autobús por una calle distante. Se oyó batir una puerta. Se oyeron pasos que se alejaban. Todo parecía desvanecerse, perderse en la nieve. Y entonces (lo oímos porque estábamos muy atentos) se oyó un silbido... un silbido prolongado y no muy intenso... que se extinguió poco a poco. Gipsy también lo oyó. Levantó la vista. Se puso a temblar. Luego sonrió... —Lucy se detuvo. Controló su voz y dijo—: A la mañana siguiente ya no estaba en casa.

Se hizo un silencio sepulcral. Tenían la sensación de estar rodeados por un vasto espacio vacío, de que los amigos desaparecían para siempre, llamados por una voz misteriosa a perderse en la nieve.

—¿No la encontrasteis? —preguntó Mary Bridger al cabo de un rato.

Tom Bagot negó con la cabeza.

—Hicimos todo lo posible. Ofrecimos una recompensa. Fuimos a la policía. Circulaba el rumor... de que había pasado por allí un grupo de gitanos.

—¿Qué creéis que oyó Gipsy? ¿Por qué sonrió? —preguntó Lucy Bagot—. ¡Ay, aún sigo rogando —exclamó— por que aquello no fuese el fin!

El legado

«Para Sissy Miller.» Gilbert Clandon cogió el broche de perlas perdido entre un montón de anillos y broches sobre la mesita de la sala de estar de su esposa y leyó la inscripción: «Para Sissy Miller, con cariño.»

Era muy propio de Angela haberse acordado incluso de Sissy Miller, su secretaria. Y sin embargo qué extraño resultaba, pensó una vez más Gilbert Clandon, que lo hubiese dejado todo tan en orden... un regalito para cada uno de sus amigos. Como si hubiese presentido su muerte. Gozaba de excelente salud cuando salió de casa aquella mañana, seis semanas atrás; cuando cruzó la calle en Piccadilly y el coche la mató.

Gilbert Clandon estaba esperando a Sissy Miller. Le había pedido que viniese; le debía, eso pensaba Gilbert, esta muestra de gratitud, tras tantos años de servicio. Sí, siguió pensando, mientras esperaba allí sentado, era extraño que Angela hubiese dejado todo tan en orden. Todos los amigos habían recibido una pequeña muestra de su afecto. Cada anillo, cada collar, cada cajita china —sentía pasión por las cajitas— llevaba un nombre graba-

Título original: «The Legacy». Relato escrito entre el 17 de octubre y el 4 de noviembre de 1940 para *Harper's Bazaar*, que no lo publicó, apareciendo posteriormente en *HH*. Damos el texto de la que parece última copia mecanografiada.

do. Y cada objeto le traía a Gilbert algún recuerdo. Éste se lo había regalado él; ése —el delfín de esmalte con ojos de rubí— se lo había encontrado Angela en un callejón de Venecia. Gilbert recordaba el grito de alegría que lanzó al encontrarlo. Para él, claro está, no había dejado nada en particular, a menos que fuese el diario. Los quince volúmenes, encuadernados en piel verde, se encontraban apilados a sus espaldas, en el escritorio de Angela. Siempre, desde que se casaron, Angela había llevado un diario. Algunas de sus contadas... no podía llamarlas peleas digamos riñas... tuvieron su origen en ese diario. Cuando Gilbert entraba y la encontraba escribiendo, Angela siempre cerraba el diario o lo tapaba con la mano. «No, no, no», Gilbert aún le oía decir, «tal vez cuando me haya muerto». De modo que lo había dejado para él. Era su legado. Lo único que no habían compartido en vida de ella. Pero Gilbert siempre había dado por hecho que Angela le sobreviviría. Si se hubiese detenido un momento a pensar en lo que estaba haciendo ahora estaría viva. Pero había cruzado la calle sin mirar, según dijo el conductor del vehículo durante la investigación. No le había dado ocasión de frenar... El ruido de voces en el vestíbulo interrumpió sus reflexiones.

—La señorita Miller, señor —dijo la doncella.

Sissy Miller entró. Gilbert jamás había estado a solas con ella, y mucho menos, llorando. Estaba muy afectada, y no era para menos. Angela había sido para ella mucho más que un jefe. Había sido una amiga. Para él, pensó Gilbert, apenas se diferenciaba de cualquier mujer de su clase. Había miles de Sissys Miller: mujercillas vulgares provistas de carteras negras. Pero Angela, con su capacidad para comprender a los demás, había descubierto todo tipo de cualidades en Sissy Miller. Era la discreción personificada, siempre callada; tan leal y digna de confianza que podías contarle cualquier cosa.

La señorita Miller no pudo decir nada al principio. Se sentó allí, secándose las lágrimas con un pañuelo. Luego hizo un esfuerzo.

—Perdóneme, señor Clandon —dijo.

Gilbert respondió con un murmullo. Por supuesto la comprendía. Era natural. Sabía lo que su mujer había significado para ella.

—He sido tan feliz aquí —dijo Sissy Miller, mirando a su alrededor. Su mirada se posó en el escritorio situado detrás de Gilbert. Allí era donde trabajaban... ella y Angela. Porque Angela asumía las obligaciones que le caen en suerte a la mujer de un político eminente. Angela había sido su máximo apoyo durante toda su carrera. Gilbert la había visto muchas veces sentada allí con Sissy... Sissy ante la máquina de escribir, copiando cartas al dictado. Sin duda la señorita Miller estaba pensando lo mismo. Gilbert ya no tenía más que darle el broche que su mujer había dejado para ella. Parecía un regalo algo incongruente. Habría sido mejor dejarle algún dinero, o incluso la máquina de escribir. Pero ahí estaba: «Para Sissy Miller, con cariño.» Y, cogiendo el broche, se lo entregó a Sissy acompañado de un pequeño discurso que había preparado para la ocasión. Estaba seguro, dijo Gilbert, de que sabría apreciarlo. Su mujer lo había lucido en muchas ocasiones... Y Sissy contestó, al recibir el broche, casi como si ella también hubiese preparado un discurso, que lo guardaría como un tesoro... Gilbert suponía que la señorita Miller tendría otros vestidos más acordes con el broche de perlas. Sissy llevaba el abrigo negro y la falda negra que parecía ser el uniforme de las secretarías. Gilbert recordó a continuación que iba de luto. Ella también tenía su tragedia personal... un hermano al que adoraba había muerto tan sólo un par de semanas antes que Angela. ¿Había sido un accidente? Sólo recordaba que Angela se lo había contado; Angela, con su capacidad de compasión, parecía terriblemente afectada. Entretanto, Sissy Miller se había levantado. Se estaba poniendo los guantes. Estaba claro que no quería molestar. Pero Gilbert no podía dejar que se marchase sin hablar de su futuro. ¿Que planes tenía? ¿Podía hacer algo por ella?

Sissy tenía la mirada fija en la mesa ante la que se sentaba para escribir a máquina, la mesa donde estaban los diarios. Y, perdida en sus recuerdos de Angela, tardó en

responder al ofrecimiento de Gilbert. Por un momento pareció no comprender. De modo que él repitió:

—¿Qué planes tiene, señorita Miller?

—¿Planes? Ah, no hay ningún problema, señor Clandon —exclamó—. Por favor, no se preocupe por mí.

Le había obligado a decir que no necesitaba ayuda económica. Se dio cuenta de que habría sido mejor formular un ofrecimiento de ese tipo por escrito. Todo cuanto podía hacer ahora era decirle mientras le daba la mano: «Recuerde, señorita Miller, si puedo hacer algo por usted, será un placer...» Luego abrió la puerta. Sissy Miller se detuvo un momento en el umbral, como si de pronto hubiese recordado algo.

—Señor Clandon —dijo, mirándole fijamente por primera vez, y por primera vez él se sintió sorprendido por la expresión de sus ojos, compasiva a la vez que inquisidora—. Si alguna vez —dijo— puedo hacer algo por usted, recuerde, lo consideraré un placer, en recuerdo de su esposa...

Y dicho esto se fue. Sus palabras y la expresión que las acompañaron resultaron inesperadas. Era como si la señorita Miller creyese, o esperase, que Gilbert la necesitaba. Una idea curiosa, casi fantástica, le asaltó cuando volvió a sentarse. ¿Sería posible que durante todos aquellos años en los que él apenas había reparado en ella, Sissy Miller hubiese albergado en su interior, como dicen los novelistas, una auténtica pasión por él? Se vio reflejado en el espejo al pasar. Tenía unos cincuenta años; y no podía dejar de reconocer que aún era, como demostraba el espejo, un hombre de aspecto muy distinguido.

—¡Pobre Sissy Miller! —dijo, medio riendo. ¡Cuánto le habría gustado compartir aquella broma con Angela! Instintivamente se dirigió hacia los diarios. «Gilbert», leyó, abriéndolo al azar, «estaba guapísimo...» Era como si Angela hubiese respondido a su pregunta. Por supuesto, parecía decir ella, eres un hombre a quien las mujeres consideran muy atractivo. Por supuesto, Sissy Miller también lo pensaba. Siguió leyendo. «¡Que orgullosa estoy de ser su mujer!» Y él siempre se había sentido muy orgulloso de ser su marido. En muchas ocasiones, cuando salían

a cenar fuera, Gilbert la miraba desde el otro lado de la mesa y pensaba: ¡Es la mujer más adorable de todo el local! Siguió leyendo. Ese primer año Gilbert se presentaba como candidato al Parlamento. Recorrieron todo el distrito electoral. «Cuando Gilbert se sentó el aplauso fue abrumador. El público se puso en pie y cantó: “Es un muchacho excelente.” Yo estaba muy emocionada». Él también lo recordaba. Angela estaba sentada en la tribuna, a su lado. Gilbert aún veía la mirada que le dirigió, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Y luego? Pasó las páginas. Habían ido a Venecia. Gilbert recordaba muy bien aquellas felices vacaciones, tras ser elegido. «Tomábamos helados en Florians.» Gilbert sonrió... Angela era aún una niña; le volvían loca los helados. «Gilbert me ofreció un relato interesantísimo de la historia de Venecia. Me contó que los Duces...», lo había escrito todo con su letra de colegiala. Una de las cosas maravillosas de viajar con Angela era que siempre estaba ansiosa por aprender. Siempre decía que era terriblemente ignorante, como si ese no fuese precisamente uno de sus encantos. Luego —abrió el volumen siguiente— volvieron a Londres. «Tenía tantas ganas de causar buena impresión que me puse mi traje de novia.» Gilbert la veía sentada junto al anciano Sir Edward; y conquistando a aquel hombre maravilloso, su jefe. Leyó rápidamente, rememorando una escena tras otra a partir de aquellos fragmentos deshilvanados. «Cenamos en la Cámara de los Comunes... Fuimos a una fiesta en Lovegroves. Lady L. me preguntó si era consciente de mi responsabilidad como esposa de Gilbert.» Luego, a medida que pasaban los años —había cogido otro volumen del escritorio—, Gilbert se había dejado absorber cada vez más por su trabajo. Y ella, claro está, empezó a pasar cada vez más tiempo sola. Al parecer, para Angela había sido muy doloroso no tener hijos. «¡Cómo me gustaría», decía una entrada, «que Gilbert tuviera un hijo!» Por extraño que parezca él nunca lo había lamentado demasiado. La vida le resultaba rica y plena tal como era. Ese año le ofrecieron un puesto menor en el gobierno. No era más que un puesto menor, pero el

comentario de Angela fue el siguiente: «¡Ahora estoy completamente segura de que llegará a ser Primer Ministro!» Bueno, si las cosas hubiesen transcurrido de otro modo tal vez habría sido posible. Aquí se detuvo a especular sobre lo que podría haber ocurrido. La política era un juego, pensó; pero la partida aún no había concluido. No a los cincuenta años. Recorrió rápidamente con la mirada más páginas, llenas de pequeños detalles, los insignificantes y felices detalles que constituían la vida diaria de Angela.

Tomó otro volumen y lo abrió al azar. «¡Qué cobarde soy! He vuelto a dejar pasar la oportunidad! Pero me parecía egoísta molestar a Gilbert con mis problemas cuando él tiene tanto en qué pensar. Y casi nunca pasamos la velada solos.» ¿Qué significaba aquello? Ah, más adelante había una explicación... Angela se refería a su trabajo en East End. «Finalmente he hecho acopio de valor y se lo he dicho a Gilbert. Se ha mostrado muy amable y complaciente. No ha puesto ninguna objeción.» Gilbert recordaba aquella conversación. Angela le había dicho que se sentía ociosa, inútil. Que le gustaría tener una ocupación propia. Quería hacer algo —se había sonrojado de un modo delicioso, recordó Gilbert, mientras hablaba sentada en esa misma silla— por los demás. Él se burló un poco de ella. ¿No le bastaba con cuidarle y ocuparse de la casa? De todas formas, si eso le divertía, él no tenía nada que objetar. ¿Qué sería? ¿Un distrito? ¿Un comité? Sólo debía prometer que no caería enferma. Y a partir de ese momento todos los miércoles iba a Whitechapel. Gilbert recordaba lo poco que le gustaba cómo vestía Ángela en esas ocasiones. Pero al parecer ella se lo había tomado muy en serio. El diario estaba lleno de referencias del tipo: «He ido a ver a la señora Jones... Tiene diez hijos... Su marido perdió un brazo en un accidente... He hecho todo lo posible por encontrar un trabajo para Lily.» Gilbert pasó a otra parte. Su nombre aparecía cada vez menos. Su interés decreció. Algunas de las anotaciones no significaban absolutamente nada para él. Por ejemplo: «He tenido una violenta discusión con B. M. sobre el socialismo.» ¿Quién era B. M.? No conse-

guía adivinar a quién correspondían las iniciales; alguna mujer, supuso Gilbert, que Angela había conocido en uno de sus comités. «B. M. atacó con violencia a las clases altas... Después de la reunión di un paseo con él e intenté convencerlo. Pero es muy estrecho de miras.» De modo que B.M. era un hombre... sin duda uno de esos «intelectuales» como ellos mismos se llaman, violentos y estrechos de miras, como decía Angela. Al parecer ella le había invitado a visitarla. «B. M. ha venido a cenar. ¡Le dio la mano a Minnie!» El signo de exclamación sirvió para completar la imagen mental de Gilbert. Al parecer, B. M. no parecía acostumbrado a las criadas; le había dado la mano a Minnie. Tal vez fuese uno de esos trabajadores sumisos que airean sus opiniones en los salones de las damas. Gilbert conocía muy bien a esa clase de hombres y no sentía la menor simpatía por aquel espécimen en particular, fuera quien fuese el tal B.M. Ahí estaba otra vez. «He ido con B.M a la Torre de Londres... Dice que la revolución está próxima... Dice que vivimos en el Paraíso de los Idiotas.» Ése era precisamente el tipo de frase que diría B.M... Gilbert casi le oía decirlo. También lo veía con absoluta claridad... un hombrecillo rechoncho, de barba descuidada y corbata roja, vestido con un traje de tweed, como todos los hombres de su clase, hombres que no habían trabajado honestamente ni un solo día en toda su vida. ¿Tendría Angela el suficiente sentido común para darse cuenta de eso? Siguió leyendo. «B. M. dijo cosas muy desagradables de...» El nombre estaba tachado. ¿Sería el suyo? ¿Era ésa la razón por la que Angela se apresuraba a tapar la página cuando él entraba? Este nuevo pensamiento se sumó a su creciente antipatía hacia B. M. Había tenido la insolencia de criticarle en su propia casa. ¿Por qué Angela no le había contado nada? Era muy impropio de ella ocultar las cosas; siempre había sido la inocencia personificada. Siguió pasando las páginas, buscando todas las alusiones a B. M. «B. M. me ha contado la historia de su infancia. Su madre trabajaba de asistenta... Cuando pienso en ello no soporto seguir viviendo con tanto lujo... ¡Gastarse tres gui-

neas en un sombrero!» ¡Si Angela le hubiese hablado del asunto en lugar de calentarse la cabeza con cuestiones demasiado difíciles para ella! B. M. le había prestado libros. Karl Marx. «La revolución está próxima.» Las iniciales B. M., B. M., B. M. volvían a su mente una y otra vez. Pero ¿por qué no recordaba el nombre completo? Había un desenfado, una intimidad en el uso de las iniciales muy impropio de Angela. ¿Le llamaría B. M cara a cara? Siguió leyendo. «B. M. se presentó inesperadamente después de cenar. Por fortuna estaba sola.» Eso había ocurrido hacía solo un año. «Por fortuna» —¿por qué por fortuna?— «estaba sola.» ¿Dónde estaba él esa noche? Consultó su agenda. Había cenado en Mansion House. ¡Y B. M. y Angela habían pasado la velada solos! Intentó recordar lo que ocurrió aquella noche. ¿Lo esperaba ella levantada cuando volvió a casa? ¿La habitación tenía el mismo aspecto de siempre? ¿Había copas encima de la mesa? ¿Había sillas juntas? No recordaba nada... absolutamente nada, nada salvo su discurso durante la cena en Mansion House. La situación se le hacía cada vez más inexplicable: su mujer recibía a un desconocido cuando estaba sola en casa. Tal vez el siguiente volumen le aclarase algo. Se lanzó precipitadamente sobre el último de los diarios... el que Angela había dejado inacabado al morir. En la primera página aparecía otra vez aquel maldito individuo. «He cenado sola con B.M... Se puso muy nervioso. Dijo que ya era hora de hablar con claridad... He intentado que me escuchase. Pero no quería. Amenazó con que si yo no...» el resto de la página estaba tachada. Había escrito «Egipto. Egipto. Egipto.» de arriba abajo. Gilbert era incapaz de pronunciar palabra; pero no cabía más que una interpretación: el muy canalla le había pedido que fuese su amante. ¡A solas en esta habitación! La sangre se le subió a la cabeza. Pasó las páginas a toda prisa. ¿Qué había respondido Angela? Las iniciales desaparecieron. Ahora era simplemente «él». «Ha venido otra vez. Le he dicho que no podía tomar ninguna decisión... le he suplicado que me dejase.» ¿La había amenazado en esta misma casa? ¿Por qué Angela no le

había dicho nada? ¿Era posible que hubiese dudado siquiera un instante? A continuación leyó: «Le he escrito una carta.» Luego había varias páginas en blanco. Más tarde decía: «Ha cumplido sus amenazas.» Y después... ¿qué venía después? Pasó una página tras otra. Todas estaban en blanco. Hasta que allí, justo el día antes de su muerte, había escrito: «¿Tengo yo también valor para hacerlo?» Ése era el final.

Gilbert Clandon dejó caer el diario al suelo. Veía a Angela ante sus ojos. La veía en el momento de cruzar la calle, en Piccadilly. Ángela tenía la mirada fija; los puños apretados. El coche se acercaba...

Gilbert no podía soportarlo. Tenía que saber la verdad. Corrió al teléfono.

—¡Con la señorita Miller! —Se hizo el silencio. Luego oyó que algo se movía por la habitación.

—Dígame —respondió finalmente la voz de la señorita Miller.

—¿Quién es B. M.? —tronó Gilbert Clandon.

Gilbert oyó el tic-tac del reloj barato sobre la repisa de la chimenea de la señorita Miller; luego oyó un largo y profundo suspiro. Sissy dijo al fin:

—Era mi hermano.

Era su hermano; su hermano que se había suicidado.

—¿Está usted ahí? —oyó preguntar a la señorita Miller—. ¿Hay algo que pueda explicarle?

—¡Nada! —exclamó Gilbert—. ¡Nada!

Ya tenía su legado. Angela le había contado la verdad. Se había arrojado a la calzada para reunirse con su amante. Se había arrojado a la calzada para huir de él.

El símbolo

Había una pequeña brecha en la cima de la montaña, como un cráter lunar. Estaba llena de nieve, irisada como el pecho de un paloma o blanca como la muerte. Aquí y allá tenía lugar un movimiento de partículas secas que nada cubrían. A semejante altitud era imposible encontrar vida animal. De todos modos, la nieve se mostraba a veces irisada; y rojo sangre; y blanco immaculado, según el día.

Las tumbas del valle —pues había una abrupta pendiente a ambos lados; primero de roca pura; nieve ennegrada; más abajo un pino crecía en un risco; luego una cabaña solitaria; luego una mancha de color verde intenso; luego un grupo de frágiles tejados; finalmente, en el fondo, un pueblecito, un hotel, un cine y un cementerio—, las tumbas de la iglesia que había cerca del hotel llevaban grabados los nombres de varios hombres que habían muerto escalando ¹.

Título original: «The Symbol». Junto con «El balneario», a continuación, probablemente una de las últimas piezas que escribió VW. Se conservan un borrador ológrafo y una copia mecanografiada con revisiones ológrafas fechada en 1 de marzo de 1941, de donde sacamos el texto. En las notas se recogen las variaciones más extensas e importantes entre ambas versiones, y en ellas aparecen entre corchetes e interrogaciones las lecturas dudosas.

¹ [En el ológrafo esta frase va seguida de:] Aquel pico virgen jamás había sido escalado [tachado]. Era una amenaza: algo se clavaba en la mente como las dos mitades de un disco roto: dos números: dos números que no se pueden sumar: un problema insoluble.

«La montaña», escribió la mujer, sentada en el balcón del hotel, «es un símbolo...» Se detuvo. Veía la cumbre más alta con los prismáticos. Enfocó la lente, como si quisiera ver qué era el símbolo. Estaba escribiendo a su hermana mayor, que vivía en Birmingham.

El balcón daba a la calle principal de la estación veraniega en los Alpes, como un palco en el teatro. Había muy pocos salones privados, de modo que las funciones —pues eso es lo que eran... sainetes— se representaban en público. Siempre eran algo provisionales; preludios, sainetes. Distracciones para pasar el rato; rara vez llegaban a ninguna conclusión, como el matrimonio; o incluso una amistad eterna. Había en ellas algo fantástico, etéreo, poco concluyente. Eran pocas las cosas sólidas que se podían transportar hasta esa altura. Incluso las casas parecían de juguete. Cuando la voz del locutor inglés llegó por fin al pueblo, también ésta se volvió irreal.

La mujer apartó los prismáticos y saludó con una inclinación de cabeza a los jóvenes de la calle que se disponían a iniciar la escalada. Tenía cierta relación con uno de ellos... una tía del muchacho había sido directora del colegio de su hija.

Con la pluma aún entre los dedos, aún con una gota de tinta en la punta, la mujer saludó con la mano a los escaladores. Había escrito que la montaña era un símbolo. Pero ¿de qué? ² Allá por 1840 perdieron la vida dos hombres, en 1860 fueron cuatro; los primeros al romperse una cuerda; los segundos por congelación, al caer la noche. Siempre estamos escalando para llegar a una cumbre; ésa era la frase estereotipada. Pero no representaba lo que ella veía mentalmente, tras haber mirado con los prismáticos la altura inviolada ³.

² [En la copia mecanografiada esta frase va seguida de dos frases tachadas:] Estuvo a punto de escribir un tópico. El símbolo del esfuerzo.

³ [En el ológrafo, después de decir que la montaña es un símbolo del esfuerzo, la mujer que está en la terraza piensa:] Pero eso no era adecuado. La otra cosa que esta montaña representaba no era en absoluto un tópico: de hecho era algo que lejos de convertirse en tinta espontáneamente, seguía siendo casi impronunciable, incluso para ella.

El cráter que había en la cima de la montaña reflejaba los cambios

Continuó de manera inconexa. «¿Por qué me hará pensar en la Isla de Wight? Cuando Mamá se estaba muriendo la llevamos allí ¿te acuerdas? Y yo salía al balcón cuando llegaba el barco y describía a los pasajeros. Decía: “Creo que ése es el señor Edwardes... Acaba de bajar la pasarela”. Luego: “Ya han desembarcado todos los pasajeros. Ahora le han dado la vuelta al barco...”. Nunca te decía, naturalmente que no —tú estabas en la India; estabas embarazada de Lucy—, cuánto deseaba que al llegar el doctor dijese de manera definitiva: “No vivirás más de una semana”. Se prolongó demasiado; vivió dieciocho meses. La montaña acaba de recordarme que cuando estaba sola, fijaba la vista en su muerte, como si se tratase de un símbolo. Pensaba que si pudiese alcanzar ese punto... cuando fuera libre... recordarás que no pudimos casarnos hasta que ella murió... En ese caso también serviría nube, en lugar de la montaña. Pensé: Cuando alcance ese punto... nunca se lo he contado a nadie; porque parecía una crueldad; estaré en la cima⁴.

del día. ¿Lo estoy pasando bien?, escribió con la tinta que quedaba en la pluma. Si te soy sincera ya no me queda prácticamente ninguna [¿emoción?]. Estoy escribiendo desde una terraza y a la una en punto sonará el gong. No me he cortado las uñas. No me he peinado. Me pongo a leer un libro y no consigo terminarlo. Me pregunto por qué cuando era joven rechacé al hombre que quería casarse conmigo. ¿Por qué se mudó Papá justo cuando conocí a Jasper? Luego vino el cáncer de Mamá. Tuve que cuidarla. Lo perdí todo. Quiero decir, todo pasó muy deprisa.

⁴ [En el ológrafo, este pasaje va seguido de:] ¿Qué me mueve a escribir todo esto? Debería saber entrar en tu vida, como dicen ellos. No tenemos otra escapatoria... Observó la montaña... Hay quien dice que ése es el modo de sumar dos y dos. ¿Estoy escribiendo tonterías? Sólo intento decirte lo que pienso aquí en el balcón. Soy tan consciente como ellos del deseo de llegar a la cumbre. Me asaltan los sueños más absurdos. Creo que si pudiese llegar hasta allí moriría feliz. Creo que allí, en el cráter, que parece una de esas manchas de la luna, encontraría la respuesta. Se me ocurre que cuando lamentamos —digamos la juventud perdida—, no hacemos sino recurrir a clichés. El verdadero problema es escalar la montaña y llegar a la cima. ¿Por qué, si no, sentimos deseos de hacerlo? ¿Quién nos los ha inspirado? Es hora, añadió, de comprar flores para las tumbas de quienes han muerto: también ellos padecen de bocio. Seguro que podría descubrir la razón. Pero... ¡Las laderas me hacen pensar en tantas cosas! [Elipsis de VW en todo el texto]

Imaginaba muchos aspectos distintos. Claro que procedemos de una familia angloindia. Aún imagino, a partir de las historias que he oído contar, cómo vive la gente en otras zonas del mundo. Veo chozas de barro; y salvas; veo elefantes bebiendo en lagos. Muchos de nuestros tíos y primos fueron exploradores. También yo he sentido siempre grandes deseos de explorar. Pero, claro, llegado el momento parecía más sensato, a la vista de nuestro largo noviazgo, casarse.»

Miró al otro lado de la calle, a la mujer que sacudía una alfombra en un balcón. Salía todas las mañanas a la misma hora. Su balcón estaba a tiro de piedra. Incluso habían llegado al punto de sonreírse cada una desde su balcón.

«Los pueblos pequeños», añadió, cogiendo la pluma, «son iguales tanto aquí como en Birmingham. En todas las casas admiten huéspedes. El hotel está abarrotado. Aunque monótona, la comida tampoco puede decirse que sea mala. Y, por descontado, el hotel tiene espléndidas vistas. Desde todas las ventanas se ve la montaña. Y lo mismo ocurre en cualquier parte del pueblo. Te lo aseguro, a veces me entran ganas de gritar al salir de la tienda donde venden los periódicos —los recibimos con una semana de retraso— al ver esa montaña a todas horas. A veces parece como atravesada en medio del camino. Y otras veces es como una nube; sólo que nunca se mueve. El caso es que todo el mundo, incluso los inválidos, que están por todas partes, habla de la montaña. O de lo bien que se ve hoy, como si estuviese ahí mismo, al otro lado de la calle; o de lo lejos que parece; se podría confundir con una nube. Eso dicen todos. Anoche, durante la tormenta, deseé que al menos por una vez hubiese quedado oculta. Pero justo cuando traían las anchoas, el reverendo W. Bishop dijo: ¡Mirad, ahí está la montaña!

»¿Estoy siendo egoísta? ¿No debería avergonzarme de mí misma, cuando hay tanto sufrimiento? El sufrimiento no se limita a los visitantes. La gente de aquí sufre terriblemente a causa del bocio. Por supuesto eso se podría solucionar, si alguien tuviese iniciativa y dinero. ¿No debe-

ríamos avergonzarnos de hacer hincapié en algo que a fin de cuentas no tiene remedio? Haría falta un terremoto para destruir esa montaña, porque, supongo que su origen fue también un terremoto. El otro día le pregunté al propietario, Herr Melchior, si ahora había terremotos alguna vez. Dijo que no, sólo corrimientos de tierra y avalanchas. A veces, dijo, han enterrado un pueblo entero. Pero, añadió rápidamente, aquí no hay ningún peligro.

»Mientras escribo estas palabras veo claramente a los jóvenes en la ladera de la montaña. Van encordados. Creo que ya te he dicho que uno de ellos iba al colegio con Margaret. Ahora están pasando por una grieta...»

La pluma se le cayó de la mano y la gota de tinta se extendió formando una línea en zig-zag por toda la página. Los jóvenes habían desaparecido.

A última hora de la noche, cuando el equipo de rescate recuperó los cuerpos, ella encontró la carta inacabada sobre la mesa del balcón. Mojó la pluma una vez más y añadió: «Las viejas frases estereotipadas vendrán muy bien para la ocasión. Murieron en su intento de escalar la montaña... Y los habitantes del lugar llevaron flores a sus tumbas. Murieron en su intento de descubrir...»

No parecía una forma de terminar muy adecuada. Y añadió: «Besos a los niños», y a continuación su apodo familiar.

El balneario

Como todas las ciudades costeras, estaba impregnada de olor a pescado. Las jugueterías aparecían repletas de conchas esmaltadas, duras, aunque frágiles. Incluso los habitantes del lugar tenían cierta apariencia de molusco... un aspecto insignificante, como si alguien hubiese sacado al auténtico animal con la punta de un alfiler y sólo quedase el caparazón. Los ancianos del paseo eran moluscos. Sus polainas, sus pantalones de montar, sus catalejos parecían convertirlos en juguetes. Era tan poco cierto que ellos hubiesen sido alguna vez auténticos marineros o auténticos deportistas como que las conchas pegadas en los marcos de las fotografías y los espejos hubiesen yacido alguna vez en las profundidades del mar. También las mujeres, con sus pantalones, sus zapatos de tacón, sus bolsos de rafia y sus collares de perlas, parecían caparazones de auténticas mujeres que salen de mañana a hacer la compra.

A la una en punto esta frágil población de moluscos esmaltados se congregó en el restaurante. El restaurante olía a pescado, tenía el olor de un barco de pesca que ha

Título original: «The Watering Place». Se conservan un borrador ológrafo y una copia mecanografiada carente de fecha que presenta variaciones respecto al primero. Damos el texto de la copia mecanografiada.

sacado sus redes cargadas de arenques. El consumo de pescado en este comedor ha debido de ser enorme. El olor invadía incluso la habitación con el rótulo «Señoras» situada en el primer piso. Esta habitación constaba sólo de dos compartimentos divididos por una puerta. A un lado de la puerta se aliviaban las necesidades de la naturaleza; y al otro, frente al tocador y el espejo, la naturaleza quedaba sometida por el arte. Tres muchachas procedían a ejecutar esta segunda fase del ritual cotidiano. Ejercían su derecho a mejorar la naturaleza, a sojuzgarla con sus polveras y sus pintalabios rojos. Mientras hacían esto, charlaban. Pero su conversación se vio interrumpida por la llegada de una ola; luego la ola se retiró y se oyó decir a una de ellas:

—Nunca me preocupé por ella... es tonta de remate... A Bert nunca le han gustado las mujeres mayores... ¿Lo has visto desde que volvió?... Sus ojos... son tan azules... Como estanques... Los de Gert también... Los dos tienen los mismos ojos... Puedes hundirte en ellos... Los dos tienen los mismos dientes... Tiene unos dientes tan blancos, tan bonitos... Gert también... Pero los tiene un poco torcidos... cuando sonrío...

El agua borboteó... Las olas derramaron su espuma y se retiraron. A continuación se oyó decir: «Debería tener más cuidado. Si le sorprenden haciendo eso le harán un consejo de guerra...» En ese momento se oyó correr el agua en el compartimento contiguo. La marea parece estar subiendo y bajando eternamente en el balneario. Descubre a estos pececillos; los cubre de agua. Se retira, y aquí están de nuevo los peces, despidiendo un intenso y extraño olor a pescado que parece inundar por completo el balneario.

Pero de noche la ciudad se vuelve etérea. Un blanco resplandor ilumina el horizonte. Hay aros y diademas en las calles. La ciudad queda sumergida bajo el agua. Y sólo se distingue su esqueleto de bombillas de colores.

Abreviaturas usadas en las notas

Se indica fecha y lugar de la primera edición

- VW Virginia Woolf
- CE I-IV *Collected Essays*, Vols. I-IV, ed. Leonard Woolf (Londres: Chatto & Windus, 1966-67)
- D I-V *The Diary of Virginia Woolf*, Vols. I-V, ed. Anne Olivier Bell (Londres: The Hogarth Press, 1977-84)
- HH *A Haunted House and Other Short Stories*, ed. Leonard Woolf (Londres: The Hogarth Press, 1944)
- JR I-III Ológrafo de *Jacob's Room*, Partes I-III, Berg Collection
- L I-VI *The Letters of Virginia Woolf*, Vols. I-VI, ed. Nigel Nicolson (Londres: The Hogarth Press, 1975-80)
- MDP *Mrs Dalloway's Party: A Short Sequence by Virginia Woolf*, ed. Stella McNichol (Londres: The Hogarth Press, 1973)
- MHP Monks House Papers, B2e, cuaderno ológrafo (Universidad de Sussex)
- MT *Monday or Tuesday* (Londres: The Hogarth Press, New York: Harcourt, Brace and Co., 1921)
- NW *Notes for Writing*, cuaderno ológrafo (Berg Collection); transcripción de un fragmento titulado «Notes for Stories» publicado en *Virginia Woolf: To The Lighthouse, The Original Holograph Draft*, transcr. y ed. de Susan Dick (Toronto: University of Toronto Press, 1982)
- QBI Quentin Bell, *Virginia Woolf: A Biography*, Vol. I (Londres: The Hogarth Press, 1972)

VWEI-VI *The Essays of Virginia Woolf*, Vols. I-VI, ed. Andrew McNeillie (Londres: The Hogarth Press, New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1986-92)

Alianza Tres

Títulos publicados

2. Andrei Platónov:
Dzhan
Prólogo de Evgueni Evtuchenko
3. Cesare Pavese:
Cartas, I (1926-1950)
4. Cesare Pavese:
Cartas, II (1926-1950)
5. Rafael Dieste:
Historias e invenciones
de Félix Muriel
6. Edouard Dujardin:
Han cortado los laureles
Prólogo de Valéry Larbaud
7. Pedro Salinas:
Víspera del gozo
8. Ronda de muerte en Sínara
Espectáculo de Ricard Salvat
sobre textos narrativos,
poéticos y dramáticos de
Salvador Espriu
9. Italo Calvino:
La especulación inmobiliaria.
La Jornada de un escrutador.
La nube de «smog»
10. Julio Cortázar:
Octaedro
11. Heinrich Mann:
En el país de Jauja
12. Thomas Hardy:
El brazo marchito
13. Carlos Barral:
Años de penitencia. Memorias
14. Marcel Proust:
Los placeres y los días.
Parodias y miscelánea
15. Ernesto Sabato:
Abaddón el exterminador
16. La escritura en libertad
Antología de poesía
experimental a cargo de
Fernando Millán y Jesús
García Sánchez
17. Brian W. Aldiss:
Intangibles, S. A.
18. Ezequiel Martínez Estrada:
Cuentos completos
19. Pierre Drieu la Rochelle:
El fuego fatuo
20. Gerald Durrell:
Mi familia y otros animales
21. Edward Morgan Forster:
La vida futura
22. Peter Handke:
Carta breve para un largo
adiós
23. Enrique Anderson Imbert:
El leve Pedro
24. María Van Rysselberghe:
Los cuadernos de la «Petite
Dame», I
Notas para la historia
auténtica de André Guide.
1918-1929
25. Thomas Mann:
Los orígenes del Doctor
Faustus. La novela de
una novela
26. Gerald Brenan:
Memoria personal 1920-1975
27. Rainer Maria Rilke:
El testamento
28. Gabriele d'Annunzio:
Cuentos del río Pescara
29. F. Scott Fitzgerald:
Los relatos de Basil
y Josephine
30. Italo Calvino:
Nuestros antepasados
31. Franz Kafka:
Cartas a Felice y otra
correspondencia de la época
del noviazgo, 1: 1912
32. Denis Diderot:
Santiago el fatalista y su amo
33. Franz Kafka:
Cartas a Felice y otra
correspondencia de la época
del noviazgo, 2: 1913
34. E. M. Forster:
El más largo viaje
35. José M.ª Guelbenzu:
La noche en casa
36. Franz Kafka:
Cartas a Felice y otra
correspondencia de la época
del noviazgo, 3: 1914-1917
37. Victor Segalen:
René Leys
38. Vicente Aleixandre:
En un vasto dominio
39. Pierre Drieu la Rochelle:
Relato secreto
40. T. S. Elliot:
Poesías reunidas, 1909-1962
41. Edith Wharton:
Relatos de fantasmas
42. Jesús Fernández Santos:
A crillas de una vieja dama
43. Henry de Montherlant:
Los bestiarlos

44. 45, 46, 47. Corpus Berge:
Los pasos contados
Una vida a caballo de dos
siglos (1887-1957)
48. Jorge Luis Borges:
Obra poética
49. Thomas Hardy:
Tess, la de los d'Urberville
50. Antología de poesía primitiva
Selección y prólogo
de Ernesto Cardenal
51. Saul Below:
La víctima
52. Adolfo Bioy Casares:
Dormir al sol
53. Antología poética en honor
de Góngora desde
Lope de Vega a Rubén Darío
Recogida por Gerardo Diego
54. Peter Handke:
La mujer zurda
Relato
55. Hermann Broch:
La muerte de Virgilio
56. Lou Andreas-Salomé:
Mirada retrospectiva
57. El Siglo Once en 1.ª persona.
Las «Memorias» de 'Abd Allah,
último rey Zirí de Granada
destronado por los Almorávides
(1090). Traducidas por
E. Lévi-Provançal (ob. 1956)
y Emilio García Gómez
58. Francisco García Lorca:
Federico y su mundo
59. Iris Murdoch:
El castillo de arena
60. Mijail Bulgakov:
El maestro y Margarita
61. La muerte del rey Arturo
Introducción y traducción
de Carlos Alvar
62. Gerald Durrell:
Bichos y demás parlantea
63. José Bergamín:
Al fin y al cabo. Prosas
64. José María Guelbenzu:
El río de la luna
65. Rainer María Rilke:
Los apuntes de Malta
Laurids Brigge
66. Poesía de Trovadores,
Trouvères y Minnesinger
Edición bilingüe
Antología de Carlos Alvar
67. Emilio García Gómez:
El mejor Ben Quzmán
en 40 zéjeles
68. E. M. Forster:
Un viaje a la India
69. Rafael Dieste:
El alma y el espejo
70. Jorge Amado:
Doña Flor y sus dos maridos
71. Jean Paul:
La edad del pavo
72. Jorge Luis Borges:
La cifra
73. Jorge Amado:
Tienda de los milagros
74. Federico García Lorca:
Lola la comedianta
75. Beatriz Guido:
La caída
76. Jorge Luis Borges:
Obras completas
en colaboración, 1
77. E. M. Forster:
La mansión
78. Miguel Angel Asturias:
Viento fuerte
79. Jorge Amado:
Gabriela, clavo y canela
80. Rafael Sánchez Ferlosio:
Las semanas del jardín
81. José María Arguedas:
Todas las sangres
82. Gerald Durrell:
El jardín de los dioses
83. Ramón Carande:
Galería de raros
84. Silvina Ocampo:
La furia y otros cuentos
85. Vlady Kocianclch:
La octava maravilla
86. Carlos Barral:
Los años sin excusa.
Memorias II
87. Francisco Aysa:
Recuerdos y olvidos
88. Miguel Angel Asturias:
El papa verde
89. Miguel Hernández:
Obra poética completa
90. Ciro Alegría:
El mundo es ancho y ajeno
91. Roger Poole:
La Virginia Woolf desconocida
92. Mercé Rodoreda:
Mi Cristina y otros cuentos
93. C. P. Cavafis:
Poesía completa
94. Agustina Bessa Luís:
Cuentos Impopulares
95. José Ferrater Mora:
Claudia, mi Claudia
96. William Golding:
Ritos de paso

97. César Vallejo:
Obra poética completa
98. Peter Handke:
Gaspar
El pupilo quiere ser tutor
Insultos al público
99. Juan Ramón Jiménez:
Política poética
100. Mercè Rodoreda:
Aloma
101. Miguel Angel Asturias:
Los ojos de los enterrados
102. Gunnar Ekelöf:
Diwan
103. Rafael Cansinos-Assens:
La novela de un literato. I
104. August Strindberg:
Teatro escogido
105. Beatriz Guido:
La Invitación
106. Miguel Angel Asturias:
Mulata de tal
107. Fernando Pessoa:
Poesía
108. Jorge Luis Borges:
Obras completas
en colaboración, 2
109. F. Scott y Zeldá Fitzgerald:
Pizcas de paraiso
110. Jorge Amado:
Tereza Batista cansada
de guerra
111. Francisco Ayala:
Recuerdos y olvidos
2. El exilio
112. Henri Michaux:
En otros lugares
113. Iris Murdoch:
La campana
114. Hermann Hesse:
Escritos sobre literatura, 1
115. José Lezama Lima:
Paradiso
116. Thomas Bernhard:
Corrección
117. Octavio Paz:
Los signos en rotación
y otros ensayos
118. Pedro Salinas:
El defensor
119. Miguel Angel Asturias:
Viernes de dolores
120. C. P. Snow:
Una mano de barniz
121. Ernst Jünger:
Visita a Godenholm
122. Adolfo Bioy Casares:
Diario de la guerra del cerdo
123. Silvina Ocampo:
Los días de la noche
124. José Lezama Lima:
Opplano Licario
125. August Strindberg:
Teatro de cámara
126. Theodor Fontane:
Effi Briest
127. Miguel Angel Asturias:
Maladrón
128. Hermann Hesse:
Escritos sobre literatura, 2
129. Iris Murdoch:
La cabeza cortada
130. Joanot Martorell - Martí Joan
de Galba:
Tirant lo Blanc, 1
131. Joanot Martorell - Martí Joan
de Galba:
Tirant lo Blanc, 2
132. Jorge Amado:
Capitanes de la arena
133. Elena Poniatowska:
Hasta no verte, Jesús mío
134. William Golding:
La oscuridad visible
135. Nadezhda Mandelstam:
Contra toda esperanza
136. Thomas Bernhard:
La celera
137. Pedro Salinas:
Cartas de amor a Margarita
138. Adolfo Bioy Casares:
El sueño de los héroes
139. Miguel Angel Asturias:
Week-end en Guatemala
140. Doris Lessing:
Cuentos africanos, 1
141. José María Guelbenzu:
El esperado
142. Snorri Sturluson:
Edda menor
143. André Gide:
Los alimentos terrenales
144. Arnold Zweig:
La disputa por el sargento
Grischa
145. Henry James:
El retrato de una dama
146. K. S. Karol:
La nieve roja
147. William Golding:
Los hombres de papel

148. Ernst Jünger:
Abejas de cristal
149. Rafael Cansinos-Assens:
La novela de un literato, 2
150. El poema de Mío Cid.
Versión de Pedro Salinas
151. José Ferrater Mora:
Voltaire en Nueva York
152. Peter Handke:
Lento regreso
153. Pu Songling:
Cuentos de Liao Zhai
154. Jean-Paul Sartre:
Freud
155. Eugène Ionesco:
El porvenir está en los
huevos - Jacques o la
sumisión - Víctimas del
deber - Amadeo o cómo
librarse de él
156. Antonio Di Benedetto:
Sombras, nada más...
157. Fernando Pessoa:
Sobre literatura y arte
158. José Revueltas:
Antología. Prólogo de
Octavio Paz
159. Jorge Luis Borges:
Los conjurados
160. Thomas Bernhard:
Helada
161. Jean-Paul Sartre:
Escritos sobre literatura, 1
162. Adolfo Bloy Casares:
La aventura de un fotógrafo
en La Plata
163. Peter Handke:
La doctrina de Sainte-Victoire
164. Italo Calvino:
Palomar
165. Edda Mayor
Edición de Luis Lerate
166. Doris Lessing:
Cuentos africanos, 2
167. Rafael Cansinos-Assens:
El candelabro de los siete
brazos
168. Leonardo Sciascia:
El teatro de la memoria
169. Zélie Gattal:
Anarquistas, gracias a Dios
170. Miguel Hernández:
Epistolario
171. René Char:
Común presencia
(Edición bilingüe)
172. Joseph Heller:
Dios sabe
173. Beowulf y otros poemas
anglosajones (Siglos VII-X)
174. William Golding:
Caída libre
175. Vicente Aleixandre:
Epistolario
176. Alvaro Mutis:
La Nieve del Almirante
177. Miguel Hernández:
El torero más valiente.
La tragedia de Callisto.
Otras prosas
178. Peter Handke:
Historia de niños
179. Yorgos Seferis:
Poesía completa
180. Botho Strauss:
Rumor
181. La búsqueda del Santo Grial
Introducción de Carlos Alvar
182. Alfonso Reyes:
Antología general
183. Peter Handke:
Por los pueblos
184. Antonio di Benedetto:
Cien cuentos
185. José Ferrater Mora:
Hecho en Corona
186. Adolfo Bloy Casares:
Historias desafortunadas
187. Marlo Benedetti:
Cuentos completos
188. Martin Walser:
Matrimonios en Phillipsburg
189. Rainer Maria Rilke:
Cartas francesas a Merline
190. Doris Lessing:
Cuentos africanos, 3
191. Miguel de Unamuno:
Poesía completa, 1
192. Thomas Bernhard:
Relatos
193. Nadine Gordimer:
Hay algo ahí afuera
194. Italo Calvino:
Colección de Arena
- 195, 196. Historia de Lanzarote
del Lago
Edición de Carlos Alvar
197. María Zambrano:
Hacia un saber sobre el alma

198. Witold Gombrowicz:
Peregrinaciones argentinas
199. Textos literarios helios
Introducción y notas de Alberto
Bernabé
200. Juan Benet:
Otoño en Madrid hacia 1950
201. Miguel de Unamuno:
Poesía completa, 2
202. José María Guelbenzu:
La mirada
203. José Lezama Lima:
Relatos
204. Juan Ramón Jiménez:
Españoles de tres mundos
205. Augusto Monterroso:
La letra e
206. Alejandro Manzoni:
Historia de la columna infame
207. Elena Poniatowska:
Querido Diego, te abraza Quiela
y otros cuentos
208. Frederic Prokosch:
Los asiáticos
209. Jorge Luis Borges:
Biblioteca personal (prólogos)
210. Primo Levi:
El sistema periódico
211. Mario Benedetti:
Crítica cómplice
212. Josef Skvorecky:
El saxofón bajo
213. Historia de Lanzarote del Lago
3. El Valle sin Retorno
214. Historia de Lanzarote del Lago
4. El libro de Meleagant
215. Miguel Hernández:
Cartas a Josefina
216. Jaime García Terrés:
Las manchas del Sol
Poesía 1956-1987
217. Alberto Girri:
Noventa y nueve poemas
218. Miguel de Unamuno:
Poesía completa, 3
219. Francisco Ayala:
Recuerdos y olvidos
220. Primo Levi:
Historias naturales
221. Historia de Lanzarote del Lago
5. El libro de Agravain
222. Daniel Sueiro:
Cuentos completos
223. Historia de Lanzarote del Lago
6. El bosque perdido
224. Eduardo Arroyo:
«Panamá» Al Brown, 1902-1951
225. Francisco Ayala:
Cazador en el alba
226. Historia de Lanzarote del Lago
7. La locura de Lanzarote
227. Thomas Bernhard:
Tala
228. Jesús Aguilre, Duque de Alba:
Memorias del cumplimiento
4. Crónica de una Dirección
General
229. Witold Gombrowicz:
Diario, 1 (1953-1956)
230. Miguel de Unamuno:
Poesía completa, 4
231. Ramón Carande:
Galería de amigos
232. Primo Levi:
Si ahora no, ¿cuándo?
233. Pierre Drieu la Rochelle:
Gilles
234. Naguib Mahfuz:
Dialogadas, 1967-1971
235. Manuel Andújar:
Cuentos completos
236. Primo Levi:
Defecto de forma
237. Peter Handke:
Desgracia impecable
238. Alberto Jiménez Fraud:
Residentes
239. Odysseus Elytis:
Antología general
240. Francisco Ayala:
Las plumas del fénix
241. Elio Vittorini:
Conversación en Sicilia
242. Ramón Pérez de Ayala:
Trece dioses
243. William Golding:
Cuerpo a cuerpo

244. Pedro Lain Entralgo:
Descargo de conciencia (1930-1960)
245. Christopher Isherwood:
La violeta del Prater
246. Elena Poniatowska:
La «flor de lis»
247. Witold Gombrowicz:
Diario, 2 (1957-1961)
248. Josef Skvorecky:
Los cobardes
249. Peter Handke:
Ensayo sobre el cansancio
250. George Steiner.
Lecturas, obsesiones y otros ensayos
251. Christopher Isherwood:
Desde lo más profundo
252. Francisco Ayala:
El escritor en su siglo
253. Thomas Bernhard:
Maestros antiguos
254. Victoria Ocampo:
Autobiografía
255. Luis Cernuda:
La realidad y el deseo
256. Emilio Adolfo Westphalen:
Bajo zarpas de la quimera
Poemas 1930-1988
257. Zenobia Camprubí:
Diario, 1
258. Carlos Alvar:
El rey Arturo y su mundo
259. Miguel de Unamuno:
El resentimiento trágico de la vida
260. Elsa Morante
La historia

261. Leonardo Sciascia:
Sucesos de historia literaria y
civil
262. Peter Handke:
La repetición
263. Francisco Ayala:
El tiempo y yo, o el mundo
a la espalda
264. William Golding:
Fuego en las entrañas
265. Robert Graves:
Entre luna y luna
266. Peter Handke:
Ensayo sobre el Jukebox
267. José Angel Valente:
Material Memoria (1979-1989)
268. Elias Lönnrot:
El Kalevala
269. Un novio para mamá
y otros relatos
270. Thomas Bernhard:
El carpintero y otros relatos
271. Peter Handke
La ausencia
272. Gerald Durrell:
Rescate en Madagascar
273. Poesía antiguo-nórdica
Antología (siglo IX-XII)
Edición de Luis Lerate
274. Robert Graves:
La comida de los centauros y
otros ensayos
275. Peter Handke:
Ensayo sobre el día logrado
276. Hermann Lenz:
El cochero y el pintor de
blasones

El nombre de VIRGINIA WOOLF (1882-1941) se asocia habitualmente a las novelas publicadas por la autora entre 1925 y 1937, etapa en que obras como «La señora Dalloway» (LB 1679) o «Al faro» (LB 1633) la consagraron definitivamente como una de las principales figuras de la literatura anglosajona de su época. o a sus ensayos críticos, recogidos en diversas recopilaciones. Poco conocida es, por el contrario, su producción en el campo del relato breve, a pesar de que su deseo de renovar la narrativa la llevó a experimentar con este género literario a lo largo de toda su vida. Desde lo que podríamos llamar «piezas de aprendizaje», en las que comenzó a desarrollar una voz propia, Virginia Woolf utilizó en su narrativa breve temas, personajes y técnicas que más tarde